



APARECIDA

***Renacer de
una esperanza***

Noviembre 2007



AMERINDIA



APARECIDA

***Renacer de una
esperanza***

Noviembre 2007

© 2007
Fundación Amerindia

ISBN: 978-958-8215-24-2

Portada: Cuadro que reposa en la Sala de Promesas de la Basílica de Aparecida.

Dirección editorial, Edición:
INDO-AMERICAN PRESS SERVICE LTDA.

La presente obra está protegida por las leyes internacionales sobre derechos de autor.

Este libro digital pertenece a la Fundación Amerindia, que lo pone a disposición pública gratuitamente, y da permiso y recomienda compartirlo, imprimirlo y difundirlo.

Noviembre de 2007



Contenido

Presentación.....	7
Aparecida: valores y límites	
<i>D. Demetrio Valentini</i>	9

CONTEXTOS

Crónica del desarrollo de la V Conferencia	
<i>Agenor Brighenti</i>	25
Aparecida a la luz de las conferencias de Río, Medellín, Puebla y Santo Domingo	
<i>José Oscar Beozzo</i>	35
El ir y venir del método “ver – juzgar – actuar”	
<i>José Marins</i>	53

LA VIDA DE NUESTROS PUEBLOS HOY

Aparecida: entre la memoria y el cambio de paradigma	
<i>Pablo Bonavía</i>	61
Pluralismo cultural y pluralismo religioso	
<i>J. B. Libanio</i>	77
La globalización en el Documento de Aparecida	
<i>Pedro A. Ribeiro de Oliveira</i>	83

LA VIDA DE JESUCRISTO EN LOS DISCÍPULOS MISIONEROS

¿Será posible ahora construir un nuevo modelo de Iglesia? <i>Pablo Richard</i>	93
El discipulado como seguimiento del Jesús histórico <i>Benedito Ferraro</i>	99
Eclesiología de Aparecida <i>Víctor Codina</i>	105
Aparecida: la opción preferencial por el pobre <i>Gustavo Gutiérrez</i>	126
Aparecida y los indígenas <i>Eleazar López Hernández</i>	140
Lectura comunitaria de la Biblia y Lectio Divina <i>Ángel Mario Caputo y Lauren Fernández</i>	148
La mujer en la sociedad y en la iglesia <i>Socorro Martínez Maqueo</i>	159

LA VIDA DE JESUCRISTO PARA NUESTROS PUEBLOS

El proyecto Aparecida <i>José Comblin</i>	171
Misión, el paradigma-síntesis de Aparecida <i>Paulo Suess</i>	187
Iglesia particular, parroquia y CEBs <i>Roberto Oliveros M.</i>	202
Ministerios, laicos, vida consagrada y ministerio teológico <i>Olga Consuelo Vélez Caro</i>	214
Una espiritualidad para un despertar misionero <i>José María Arnaiz</i>	222
Liturgias, celebración y Eucaristía <i>Vera Ivanise Bombonato</i>	238

Iniciación cristiana, catequesis y comunicación	
<i>Irmão Nery fsc</i>	246
La pastoral social en Aparecida	
<i>Sergio Torres G.</i>	260
Ecumenismo y diálogo interreligioso	
<i>Paulo Suess</i>	274
Conclusión: María de Guadalupe y de Aparecida (Religiosidad popular)	
<i>María Cecilia Domezi</i>	284

ANEXOS

Los cambios al documento de Aparecida	
<i>Ronaldo Muñoz</i>	297



Presentación

Esta publicación sale al encuentro de un creciente interés por **información de primera mano** sobre la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño realizada en mayo de 2007 en Aparecida, Brasil. En ella se incluyen diversas **interpretaciones** en torno al sentido de este acontecimiento así como el aporte de **testimonios** personales que posibilitan otro tipo de acercamiento a su significado para la vida de las comunidades cristianas y de nuestros pueblos.

Con estos elementos el libro quiere ser, ante todo, *una invitación*. Los trabajos que lo componen no sólo ofrecen a sus lectores la posibilidad de informarse sino también de *tomar parte* en lo que está siendo el “proceso-Aparecida”. Porque la V Conferencia no fue un hecho aislado del contexto sociocultural de América Latina y el Caribe ni de los complejos y, con frecuencia, conflictivos dinamismos que hoy interactúan en la vida de nuestras sociedades y de la misma iglesia. Contexto y dinamismos que estuvieron presentes tanto en la preparación de la conferencia como en la realización de la misma. Y que inciden, de igual modo, en la relectura que las Iglesias locales y sus comunidades han comenzado a hacer de las conclusiones. Dinamismos que atraviesan también, por otra parte, las controversias surgidas ante los cambios que se introdujeron en el texto emanado

de la asamblea episcopal antes de transformarse en el Documento oficial de la V Conferencia.

Casi todos los artículos aquí incluidos están escritos por personas que, además de participar en las instancias de preparación de la asamblea episcopal, estuvieron presentes en la ciudad de Aparecida durante todo el desarrollo de la misma. Formaron parte de un equipo de biblistas, teólogos/as, pastoralistas y cientistas sociales que convocó *Amerindia* para responder *in situ* a las demandas de asesoramiento planteadas por distintos participantes de la Conferencia. Creemos que sus aportes –unidos a muchos otros– hicieron posible que en la asamblea episcopal se des-ocultaran algunas de las realidades más dolorosas –y también aquellas más esperanzadoras– que vive nuestro continente. Y que se tuviera en cuenta la experiencia y el testimonio de fe, a veces hasta el martirio, de comunidades cristianas que viven el seguimiento de Jesús en medio de ellas.

Ello fue posible porque este grupo de personas, más allá de los comprensibles escepticismos que precedieron a la V Conferencia, se resistió a adoptar una postura pasiva: estaban convencidos de que la fe cristiana no consiste solamente en *creer lo que no se ve*, sino también en *crear lo que se espera*. Si Aparecida logró recuperar la memoria latinoamericana y caribeña y abrirse a los desafíos de un presente frecuentemente encubierto por aproximaciones interesadamente descontextualizadas, fue gracias a quienes, tanto dentro como fuera de la asamblea, asumieron una actitud de compromiso a la vez crítico y esperanzado.

A este mismo compromiso convocamos a los lectores. Lo hacemos ofreciendo trabajos que quieren ser un testimonio creíble y una interpretación consistente de lo que significó la V Conferencia para la historia presente y futura de nuestros pueblos y de nuestra iglesia.



Aparecida: valores y límites

*D. Demetrio Valentini**

Nota previa

El oscuro episodio de las modificaciones introducidas en el texto de Aparecida arroja una sombra que acompaña ahora el proceso de recepción de la V Conferencia. Este episodio requerirá ser asimilado adecuadamente para que no perjudique los desarrollos positivos de Aparecida.

Él se inscribe en el ámbito mayor de la caminata de la Iglesia de América Latina y el Caribe, y tiene que ver con la afirmación de su mayoría eclesial y la consecuente superación de la situación de tutela con que todavía es vista por parte de algunas instancias eclesiales.

El impacto del episodio se explica por el fuerte contraste entre las esperanzas suscitadas por Aparecida y la sorpresa causada por este procedimiento inesperado. Ahora, la fuerza de estas esperanzas necesitará enfrentar también este obstáculo, probando cuánto de ellas son de hecho consistentes.

* Obispo de Jales. Ordenación Episcopal 31/07/82. Cargos ejercidos en la CNBB: Responsable por el Sector de Pastoral Social (dos mandatos); Presidente de Cáritas Brasileira (tres mandatos); Presidente del Servicio Pastoral de los Migrantes; Responsable por las Semanas Sociales Brasileñas.

Participación: Conferencia de Santo Domingo 1992; Sínodo de América 1997; Conferencia de Aparecida 2007.

En este sentido, este contratiempo que Aparecida no se merecía, alarga las competencias de la Iglesia de América Latina y el Caribe, llamada a dar testimonio de su madurez e instada a ofrecer su valiosa contribución al conjunto de toda la Iglesia.

Introducción

Las breves reflexiones que aquí presento, parten de observaciones personales hechas a lo largo de mi participación en la Conferencia de Aparecida.

Ellas quieren resaltar el clima positivo, esperanzador y abierto que resultó de este evento eclesial. Para esto señalo algunos factores positivos, tanto del proceso de preparación como de la marcha de la propia asamblea en Aparecida.

Al mismo tiempo, considero importante destacar algunos límites de Aparecida que conviene tener en cuenta para dimensionar bien su alcance.

Por último, me permito sugerir algunos desdoblamientos que se inscriben en la continuidad de Aparecida, y que demandan adecuadas previsiones para ser ejecutados.

1. Los aires positivos de Aparecida

1.1 Factores que influyeron

1.1.1 EL PROCESO DE PREPARACIÓN

La primera observación a ser planteada cuando ahora nos damos cuenta de que ya aconteció la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño, es que ella no precisaba haber acontecido. Incluso algunos pensaban que nunca más acontecería una nueva “conferencia general”, pues este tipo de evento eclesial se habría agotado en Santo Domingo. Allí, Juan Pablo II anunció su intención de realizar un “sínodo continental”. De ahí en adelante habría “sínodos continentales”, no habría más “conferencias generales”. La identidad propia de la Iglesia de América Latina y el Caribe sería absorbida en el conjunto de toda América, dentro del

lema presentado con insistencia en el Sínodo de 1997: “Una sola América, una sola Iglesia”.

No obstante, el CELAM, con vistas a celebrar sus 50 años, propuso la realización de una nueva “conferencia general”. La sugerencia fue tomando fuerza y finalmente se tornó decisión aprobada por el Papa.

En esto tuvo mérito la Presidencia del CELAM, con el cardenal Errázuriz al frente, que recogió las posiciones de las conferencias episcopales que convergían claramente en la realización de una nueva conferencia y las presentó al Papa, quien consintió dado el consenso manifestado de esta manera por la Iglesia de América Latina y el Caribe.

Así, esta Conferencia contó, desde el inicio de su proceso de preparación, con la clara preocupación de comunión eclesial, tanto entre las conferencias episcopales como en relación a Roma. Ella fue fruto de una iniciativa de la Iglesia de América Latina y el Caribe, al mismo tiempo que era expresión de comunión eclesial, dando credibilidad y seguridad a todo el proceso.

Otro aspecto a ser ahora valorado fue la intensa participación que esta propuesta suscitó en las bases, que de inmediato percibieron la preciosidad de este nuevo momento eclesial que se presentaba como una gracia inesperada para la Iglesia del continente.

La Conferencia, por tanto, comenzó bien, en el modo de ser decidida y preparada. Esto confirió credibilidad a todo el proceso de encaminamiento de las providencias para su realización.

1.1.2 DINÁMICA INTERNA DE LA ASAMBLEA

Iniciada la asamblea en Aparecida, el día 13 de mayo de 2007, todos los participantes percibieron enseguida la seriedad y la transparencia de los procedimientos. De tal forma que resultó un clima de confianza en los trabajos que eran hechos.

Vale la pena resaltar algunos aspectos que contribuyeron decisivamente a este ambiente saludable.

En primer lugar, el esfuerzo sincero del CELAM, muy atento a la buena coordinación de los trabajos. Otro factor importante fue el respeto por el plenario. La Presidencia simbólicamente fue pronto planteando al plenario algunas decisiones simples, para decir que a él le cabía tomar las grandes decisiones que vendrían después.

Así, la asamblea se percató de sus atribuciones, y esto fue beneficioso para el clima de responsabilidad que todos pasaron a asumir.

Fueron valorados los grupos de trabajo y las comisiones temáticas. De esta manera fue creciendo la confianza mutua entre los participantes y se fue desencadenando el empeño personal de cada uno, que veía sus esfuerzos valorados por el proceso de la asamblea. Esto proporcionó un entorno de intenso trabajo que involucraba a todos.

A esto se sumó la contribución positiva de los peritos, repartidos en los grupos y las comisiones, cuya presencia era bien aceptada y valorada, creando un contexto de buen entendimiento y de colaboración mutua.

Igualmente los teólogos, fueran los invitados a participar de los trabajos de la propia asamblea, fueran los que estaban en Aparecida para acompañar la Conferencia, pudieron prestar un valioso servicio, libres de prevenciones o exclusiones.

1.1.3 INFLUENCIA POSITIVA DEL CONTEXTO

Para entender el espíritu de Aparecida es importante tener presente la forma cariñosa como el Papa fue recibido por el pueblo sencillo, tanto en Sao Paulo como en Aparecida. Esto contribuyó mucho al clima de apertura y de superación de prevenciones, que tal vez existía antes de la Conferencia. El pueblo fue generoso, y el Papa fue sensible. Estaba creado el ambiente de confianza que se reflejó en toda la asamblea.

Otro factor que marcó mucho a esta Conferencia fue el testimonio de fe de los peregrinos que todos los días iban a visitar el santuario y a participar especialmente de los momentos de celebración junto a los obispos. La atmósfera

de fe del santuario impresionó a los obispos y los hizo experimentar el contexto eclesial en que estaban inmersos.

Esto contribuyó mucho a generar un espíritu de acoplamiento que envolvió a todos los participantes, resultando un medio de aproximación y comodidad entre los delegados de las conferencias episcopales y los numerosos representantes de la Curia Romana. Esta buena conexión repercutió en el modo de abordar las cuestiones que iban surgiendo.

Un factor positivo también fue la presencia, aunque pequeña y discreta, de algunos representantes de otras denominaciones religiosas, incluso de un rabino, que acompañó los trabajos desde el comienzo hasta el final de la asamblea. Su presencia agudizó la preocupación ecuménica, que diluyó la postura que algunos temían de que Aparecida se caracterizara por incentivar la confrontación con las sectas.

El hecho de haberse realizado en el Santuario de Aparecida fue decisivo para el conjunto de esta Conferencia.

2. El Documento de Aparecida

La intención no es hacer aquí un análisis exhaustivo del documento. Muy al contrario. Solamente pretendo indicar algunos aspectos que pueden ayudar a su abordaje.

2.1 Su género literario

Sólo quien participó directamente de la elaboración de este Documento puede darse cuenta de las peculiaridades inherentes a su proceso: hecho a prisa, a muchas manos, en condiciones precarias de trabajo, bajo presión de plazos exiguos, recogiendo sugerencias expresadas en dos lenguas pero formuladas nada más en español. Esta vez resultó claro que estos documentos de las “Conferencias Episcopales Latinoamericanas y Caribeñas” constituyen un “género literario” propio, que requiere ser tomado en cuenta para su correcta interpretación.

Sin embargo, es en la precariedad de su hechura que reside la fuerza de las intuiciones que ellos expresan. Quizá resida

aquí la equivocación mayor de quien pretende “mejorar” estos documentos con cambios posteriores y fuera del contexto en que el Documento fue elaborado. Sería mejor dejarlo como quedó, pues así el Documento expresaría de forma más adecuada lo que la asamblea quiso decir.

El documento de una asamblea que dura pocos días y recoge una gran carga de expectativas, no tiene la pretensión de ser literariamente sofisticado ni perfecto en la proporción de sus diferentes partes. A través de la precariedad de su redacción él testimonia mejor el mensaje de un evento, la intención de sus autores, que el pulimento posterior hecho fuera de contexto.

2.2 *La organicidad del Documento de Aparecida*

Aun con la precariedad inherente a las condiciones en que fue elaborado, el Documento de Aparecida presenta una organicidad mucho más clara que los documentos de las conferencias anteriores. Su contenido es nítidamente acompasado por el tema central de Aparecida: “Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que en él nuestros pueblos tengan vida”.

A esto colaboró la buena trabazón, percibida con claridad, entre la Presidencia del CELAM y el Equipo de Redacción, presidido por el cardenal Bergoglio.

2.3 *La recuperación del método ver-juzgar-actuar*

Más allá del significado sustantivo que tuvo la decisión de Aparecida de recuperar el método tradicional usado pastoralmente en América Latina y el Caribe, restableciendo una tradición interrumpida en Santo Domingo, este método ayudó a hacer más evidente la composición del Documento en las tres partes como ahora él se presenta.

3. **Límites de Aparecida**

Es bueno tener presente los límites concretos de este evento eclesial. Ellos no son necesariamente un factor negativo. Al contrario, pueden resaltar mejor los resultados obtenidos.

3.1 *La composición de la propia Asamblea de Aparecida*

Un primer límite de la Conferencia de Aparecida es percibido cuando analizamos la composición de la asamblea. El total de los participantes eran 266 personas. Pero los miembros con derecho a voto eran apenas 162. Por consiguiente, había un número muy grande de personas que estaban en Aparecida bajo títulos diversos, cuya presencia interactuaba con los encargados de decidir las cuestiones. Concretamente, además de los 162 con derecho a voto, los otros participantes se distribuían así: 81 invitados (61 hombres y 20 mujeres), 15 peritos (12 hombres y 3 mujeres), 8 observadores de otras religiones (6 hombres y 2 mujeres).

Si miramos ahora más detenidamente la composición de los 162 votantes, sólo 93 eran obispos elegidos en sus respectivas conferencias episcopales, y como tales, eran delegados de las conferencias episcopales de América Latina y el Caribe para la V Conferencia de Aparecida. Después había 15 obispos nombrados por Roma y 32 representantes de la Curia Romana, siendo que los restantes 22 participaban a título de cardenales de América Latina, 3 nuncios apostólicos y algunos obispos representando a los episcopados de los Estados Unidos, Canadá, Portugal y España.

Un breve análisis permitiría decir que la composición de la Asamblea reflejó su carácter preponderantemente latinoamericano y caribeño, aunque con una fuerte presencia de otras latitudes indicando la dimensión universal de este evento eclesial.

3.2 *Demora en la primera semana*

Los primeros días estaban destinados a crear el ambiente y a garantizar el clima de confianza y de responsabilidad de la asamblea. Y esto fue bueno, como ya se observó. Al mismo tiempo, fue evidente la demora en partir para el trabajo directo de elaboración del documento. Recién al final de la primera semana quedó formalmente decidido que la Asamblea produciría un documento. Sin embargo, para entonces ya había transcurrido más de un tercio del tiempo disponible, lo que se

tradujo, en la semana siguiente, en acelerado atropellamiento que fue difícil de asimilar.

3.3 *Incidentes en el proceso de elaboración del documento*

Como resultado de la demora inicial, y del poco tiempo disponible, hubo algunos incidentes que perturbaron el proceso de elaboración del documento.

3.3.1 PÉRDIDA DEL PROTAGONISMO DE LAS COMISIONES

El primero de ellos fue la decisión de retirar a las comisiones la atribución de continuar la redacción de las respectivas partes del documento, para confiarlas al Equipo de Redacción. Esta decisión fue aprobada sin mucho discernimiento y justificada en vista de la premura del tiempo para concluir el documento. Con todo, ella implicó una disminución de las responsabilidades de las comisiones que venían trabajando bien y cuyo trabajo pasaba por la criba del análisis colectivo, lo que garantizaba más consistencia y seguridad a los textos producidos. Desde ese momento, la redacción dependería mucho más del estilo y de las opciones de los miembros del Equipo de Redacción.

3.3.2 INHIBICIÓN PARA LA PRESENTACIÓN DE ENMIENDAS FINALES

El reglamento de la Asamblea inhibía la presentación de enmiendas. Para que un miembro de la Asamblea pudiera presentar una enmienda final al texto, necesitaba contar con el aval de siete presidentes de Conferencias Episcopales. Esto, obviamente, desalentó las iniciativas de modificar el texto. Aun con las evidentes fallas que el texto presentaba, pocos se sintieron animados a buscar el apoyo de siete presidentes para presentar una enmienda. Era preferible dejarlo como estaba, conocedores de que las circunstancias en que fue elaborado disculpaban tales imperfecciones.

Ahora, tras el episodio de las modificaciones introducidas en el texto después de la aprobación del Documento por la Asamblea, este hecho evidencia todavía más el error de querer alterar a posteriori un texto, cuyos cambios habían

sido tan fuertemente desalentados por la propia Asamblea, cuando ésta aún estaba en condiciones de variarlo.

3.3.3 POCA EXPERIENCIA DE GRANDES ASAMBLEAS

Muchos delegados no habían participado de las conferencias anteriores, ni tenían experiencia de grandes asambleas, dada la composición de las pequeñas conferencias episcopales de los países latinoamericanos y caribeños. En comparación con el proceso de elaboración de los documentos de la Conferencia de Obispos del Brasil, por ejemplo, donde cada miembro de la asamblea tiene posibilidades de alterar el texto hasta el momento de su votación final mediante la presentación de “modos” a ser sometidos al plenario con carácter prioritario, el proceso de Aparecida fue mucho más atropellado e inseguro. Faltó práctica parlamentaria para esta Asamblea.

3.3.4 AUSENCIA DE DEBATES ABIERTOS

Muchos problemas de la Iglesia no fueron mencionados en Aparecida, y mucho menos debatidos. Sea por falta de tiempo, o por inviabilidad de consensos, o simplemente por motivos de agenda, Aparecida no pudo enfrentar algunos problemas que quizá estuviesen en la expectativa de mucha gente.

En esto intervino el sentido de la medida y de la oportunidad. Quedó claro que el ambiente no permitía la discusión de algunos problemas que quizá podrían lograr consensos suficientes en la asamblea, o bien recibir su desaprobación provocando retrocesos en vez de avances.

En este sentido, el gran avance de Aparecida consistió en evitar retrocesos y dejar las puertas abiertas para que los avances se puedan producir de aquí hacia adelante.

3.3.5 INDEFINICIÓN DE LA “MISIÓN CONTINENTAL”

Aparecida hizo una propuesta amplia y abarcadora en la forma de una “misión continental” a ser llevada adelante por toda la Iglesia de América Latina y el Caribe. No obstante no fue posible definir cómo deberá ser esta “misión continental”.

Únicamente el último día la asamblea realizó un breve trabajo en grupos y un plenario para oír sugerencias sobre esta empresa eclesial. En la medida en que quedó indefinida, corre el riesgo de no ser asumida con convicción.

4. Desdoblamientos de Aparecida

El ambiente final de Aparecida fue muy positivo y esperanzador. Posteriormente fue puesto a prueba por los cambios hechos en el texto del documento. Sin embargo, en principio, Aparecida abrió caminos para desarrollos fecundos para la vida y la misión de la Iglesia en nuestro continente.

4.1 Reafirmación de la caminata de la Iglesia en América Latina y el Caribe

Independientemente del tema central, y del texto aprobado, la Conferencia de Aparecida transmite un claro mensaje de recobrar la caminata de la Iglesia latinoamericana y caribeña. Ella se sintió confirmada a proseguir esta caminata, libre de aprehensiones o de sospechas que con frecuencia eran asociadas a dicha caminata.

4.2 Superación de preconceptos

El clima de confianza y de fraternidad entre los participantes, bajo el impacto positivo del ejemplo de fe sencilla y profunda de los peregrinos, ayudó a superar preconceptos que aún pudiesen existir en torno a cuestiones ligadas a la vida eclesial en América Latina y el Caribe.

4.3 Apertura a acogida y complementaciones

Esta es otra actitud incentivada por el clima de Aparecida: la acogida fraterna, en el contexto eclesial, involucrando sobre todo el relacionarse entre comunidades, que permanecen como la realización básica de la Iglesia, y los movimientos, llamados a enriquecer a las comunidades con el testimonio de sus dones.

4.4 Derecho de “ciudadanía eclesial” de muchos valores

Tal vez el hecho más consistente, y positivo, de Aparecida resida en esto: la confirmación tranquila y pacífica de valores

eclesiales, afirmados con serenidad, sin tensiones y sin tantas distinciones. Estos valores pueden ser enumerados de la siguiente manera:

- La opción por los pobres, por las personas sencillas, avalada por el discurso de Benedicto XVI quien le dio una clara fundamentación cristológica.
- Las comunidades eclesiales de base, que al inicio de la Conferencia enfrentaron la terquedad de algunos que querían simplemente suprimir hasta su mención, pero que acabaron siendo acogidas como modo en el documento, aunque ahora este capítulo haya sufrido profundas alteraciones con las modificaciones introducidos en él.
- El método ver-juzgar-actuar, recuperado de forma explícita.
- La emergencia de nuevos sujetos (indígenas, afroamericanos, mujer, migrantes).
- La valoración de la Biblia, a ser puesta en manos del pueblo.
- El recobro del Concilio Vaticano II, citado con serenidad como referencia indispensable para la Iglesia en nuestro tiempo.
- La Teología de la Liberación, que no fue citada, pero fue puesta en práctica en la manera como se hizo el documento.

5. Desafíos de Aparecida

La Conferencia de Aparecida ya fue válida solamente por el hecho de haber reanimado a la Iglesia de América Latina y el Caribe, después de un tiempo de intensos cuestionamientos internos, y frente a las dificultades de nuestro continente.

Aun así, es bueno tener presente los grandes desafíos que en la actualidad se presentan a esta Iglesia. Ella está siendo probada como nunca lo fue en la historia. Acostumbrada a contar tranquilamente con las grandes mayorías católicas, se enfrenta con un doble desafío: ante sí misma, reencontrar

su identidad para posicionarse adecuadamente en la nueva realidad que ahora se presenta; y ante los pueblos latinoamericanos y caribeños, rehacer su identificación con estos pueblos para seguir siendo significativa ante una población que no se siente obligada más a ser católica.

Para esto es necesario encontrar nuevas motivaciones para que los pueblos latinoamericanos y caribeños se continúen identificando con la Iglesia Católica. Estas motivaciones no pueden prescindir de la autenticidad de los caminos propuestos por la Iglesia, que requieren estar fuertemente inspirados en el Evangelio de Cristo.

En este sentido, Aparecida acabó descubriendo que ser “discípulos y misioneros” de Jesucristo no es únicamente un buen tema para una gran conferencia, sino el recuperar el meollo del propio Evangelio de Cristo. En verdad, se trata de recuperar la dinámica fundamental del Evangelio de Jesús. Y esto exige autenticidad y radicalidad de disposiciones. Mucho más que el texto de su atropellado documento, Aparecida nos remite al Evangelio de Jesucristo para ser puesto en práctica en las circunstancias de hoy.

6. Continuidad de Aparecida

Por lo que todo indica, Aparecida fue una estación de donde se parte en arrojada misión. Como estación, puede haber sido precaria y provisoria. No tuvo grandes peripecias. No obstante los rumbos que ella apunta son edificantes y generosos.

No tuvo grandes avances. Ellos necesitan ser hechos de aquí en adelante. Su avance mayor, si queremos quedarnos en la palabra, fue evitar retrocesos; rescatar valores; superar resistencias, desconfianzas y perplejidades; sentir firmeza y seguir adelante.

También resultó claro que para seguir adelante, cada instancia precisa ahora asumir sus funciones: el CELAM, las conferencias episcopales y, sobre todo, las Iglesias Locales.

Es indispensable garantizar el clima favorable para la continuidad de la caminata. Y aquí se plantea de nuevo el

desafío de asimilar positivamente el episodio de los cambios del texto, inclusive llevando adelante las aclaraciones que para esto se hicieran necesarias.

En fin, valorar Aparecida como una experiencia de la dinámica profunda del Evangelio, que nos envuelve para hacernos a todos “discípulos misioneros” de Jesús. Una Conferencia que conduce a la Iglesia de América Latina y el Caribe a reencontrarse con el Evangelio y con la misión.

Conclusión

Todo el proceso de preparación y realización de la Conferencia de Aparecida puede compararse a la excavación de un pozo. Hecho el pozo y encontrada la vena de agua, ahora se trata de sacar agua de este pozo. La experiencia enseña que la primera agua que sale de un pozo nuevo suele ser turbia. En la medida en que se saca más agua, ella se va aclarando.

El agua encontrada en Aparecida es aquella que Jesús prometió a la samaritana. Él quiere hacer de cada discípulo misionero una fuente impetuosa de agua, para que todos y todas tengan vida en abundancia.



CONTEXTOS





Crónica del desarrollo de la V Conferencia

*Agenor Brighenti**

A pesar de los “filtros” por los cuales pasó el texto de la Asamblea de Aparecida, durante y después de ella, para sorpresa de todos la V Conferencia desembocó en un buen Documento Final. Deslegitimando tendencias que desconocen el Concilio Vaticano II (DA 100), el Documento reafirmó la *tradición latinoamericana y caribeña*: la opción por los pobres como inherente a la fe cristológica (n. 396), las

* Doctor en Ciencias Teológicas - Universidad Católica de Lovaina (Bélgica), especializado en Pastoral Social y Planeamiento Pastoral - Instituto Pastoral del CELAM (Medellín) y Licenciado en Filosofía - Universidad del Sur de Santa Catarina (Tubarão, SC). Actualmente es profesor de Teología en el Instituto Teológico de Santa Catarina (ITESC) y en la Universidad Pontificia de México (UPM), Presidente del Instituto Nacional de Pastoral de la CNBB, miembro del Comité Ejecutivo Latinoamericano de Amerindia y del Comité Organizador del Foro Mundial de Teología y Liberación. Fue Perito del CELAM en la Conferencia de Santo Domingo y de La CNBB en Aparecida.

Entre sus publicaciones se destacan, además de decenas de artículos científicos publicados en revistas nacionales e internacionales, varios libros como: *Por uma Evangelização Inculturada. Princípios pedagógicos e Passos Metodológicos*, Paulinas, São Paulo 1998; *Dívida Externa e Neocolonialismo. Por uma globalização da solidariedade*, Ed. Paulinas, São Paulo 2000; *A Igreja Perplexa. A novas perguntas, novas respostas*, Ed. Paulinas, São Paulo 2004; *A missão evangelizadora no contexto atual. Realidade e desafios a partir da América Latina*, Ed. Paulinas, São Paulo 2006; *A pastoral dá o que pensar. A inteligência da prática transformadora da fé*, Siquém-Paulinas, Valência-São Paulo 2006.

CEBs como célula inicial de la estructura eclesial (n. 178), el método ver-juzgar-actuar (n. 33) y la relación intrínseca entre conversión personal y conversión de las estructuras (n. 384).

Y como si fuese poco, el *Documento de Aparecida* fue todavía más lejos incorporando *novedades* como: una Iglesia en estado permanente de misión (n. 162); una misión de promoción de la vida que no es exclusiva de la Iglesia y, por eso, debe ser llevada a cabo en colaboración con otros organismos e instituciones (n. 384); como implica cambios estructurales, es necesario actuar a nivel nacional e internacional (n. 384); la pobreza no únicamente como fruto de la explotación, sino como el mundo de la insignificancia, de los sobrantes y desechables (n. 65); la sangría de católicos hacia otros grupos religiosos como búsqueda sincera de Dios, a quien no encuentran en la Iglesia (n. 225); el protagonismo de las mujeres en la organización pastoral, con efectiva presencia en ministerios propios y en las esferas de planificación y toma de decisión (n. 458); y, los mártires de las causas sociales, como “nuestros santos todavía no canonizados” (n. 98).

¿Cómo explicar esta grata sorpresa? ¿Acaso un milagro de Nuestra Señora Aparecida? Es evidente que ella estuvo presente, intercediendo por sus hijos más pobres en el continente. Con todo, junto a ella, hay otras razones que conforman el “espíritu del texto”—la tradición latinoamericana y caribeña—, provenientes del contexto en que el texto fue gestado.

1. La participación de las Iglesias Locales en el proceso de preparación

Los buenos frutos de Aparecida se fundan en el proceso de preparación de la Va. Conferencia. Pero no el proceso de los organizadores, que caminó a contramano de las aspiraciones de las Iglesias Locales y terminó siendo irrelevante para los participantes de la Asamblea de Aparecida. Así, el *Documento de Participación* adoptó una postura bastante preconiliar, eclipsando el Reino de Dios en la eclesiología, silenciando las voces proféticas de los mártires latinoamericanos de las

causas sociales, ignorando las CEBs, relegando al basurero de la historia el método ver-juzgar-actuar, desconociendo la rica contribución de la teología latinoamericana y caribeña y profesando un docetismo cristológico que descontextualiza el evento histórico Jesucristo. El texto encontró fuerte oposición en las Iglesias Locales en general, como atestiguan sus contribuciones, compiladas por las conferencias episcopales nacionales y enviadas al CELAM. A pesar de eso la perspectiva no cambió, de ahí que el texto de *Síntesis de las Contribuciones Recibidas* en gran medida no recogió las contribuciones de las Iglesias Locales, como era su función.

Luego, todo hacía creer que ésta sería la tónica que se impondría en la Asamblea y remataría en el Documento Final. No obstante, el trabajo de base no había sido en vano. Él fue decisivo para la formación de una especie de “opinión pública” de la Iglesia en el continente, la cual influyó a los delegados a la V Conferencia. En los dos primeros días, dedicados a escuchar las expectativas de los participantes, se percibió que ellos habían llegado a Aparecida cargados de las “alegrías y las esperanzas, de las tristezas y las angustias” (GS 1), expresadas por su pueblo.

2. Una metodología participativa, aunque atropelladora

Los buenos frutos de Aparecida se explican, además, por la metodología de trabajo adoptada. A diferencia de Santo Domingo, que siguió la metodología del Sínodo de los Obispos —conferencias y reacción del plenario—, Aparecida adoptó una metodología participativa, aunque atropelladora.

Con acierto se comenzó escuchando a la Asamblea, siguiéndose con trabajos en Grupos y en Comisiones y Subcomisiones temáticas. Lamentablemente era un método impracticable dado el corto tiempo de que se disponía, al menos que se hubiese partido de un “documento de trabajo”. La consecuencia fue el atropellamiento de la Asamblea en momentos en que se requería de tranquilidad para crear y redactar. Y ocurrió entonces lo que se temía: en el paso

de la segunda a la tercera redacción del Documento, la Asamblea perdió el control del texto. En efecto, se transfirió a la Comisión de Redacción aquello que era función de las Comisiones Temáticas: la integración o rechazo de enmiendas al texto.

Ahora bien, durante el tiempo en que desempeñó su papel de autora, la Asamblea fue sujeto de posicionamientos, muchos de ellos proféticos. De este modo, si por un lado, el texto se quedó más acá del conjunto de la Asamblea, por otro, quedó mucho más allá de aquellos sectores que, en nombre de la novedad de los cambios de los tiempos actuales, proponían “voltear la página”, volviendo hacia atrás. *El Documento de Aparecida* “volteó la página”, pero hacia adelante, si bien no todas las páginas necesarias para responder a los desafíos actuales, ni ciertamente las suficientes para que la Iglesia continúe caminando en el sendero de la tradición latinoamericana y caribeña. Si el texto no avanzó más es sólo porque la Asamblea no pudo, en parte, en razón de la inocencia y desarticulación de los más puros y, en parte, debido a la habilidad de los más astutos.

3. Una Asamblea con tensiones y un Documento sin contradicciones

La Asamblea de Aparecida estuvo marcada por un espíritu de gran cordialidad, lo que no ocultó su diversidad y pluralismo. Ya en la primera semana de trabajo se explicitaron tensiones de diversa índole: entre laicos de los movimientos y laicos de las pastorales y las CEBs; entre religiosos y miembros de las nuevas comunidades de vida; entre antifeministas y defensores de una Iglesia ministerial, que incluya a las mujeres; entre guardianes de la vida en el ámbito más restringido (vida intrauterina y eutanasia) y defensores de la vida en sentido amplio, desde el nacimiento a la muerte, incluida la pobreza; entre agentes de una acción evangelizadora limitada al ámbito espiritual y religioso y los que incluyen hasta la ecología y la cuestión de la Amazonia; entre obispos de los movimientos y obispos sensibles a una Iglesia autóctona; entre obispos eurocentristas y obispos defensores de la

tradición latinoamericana y caribeña; entre los que parten de principios generales y los que parten de la realidad; etc.

Frente a tamañas diferencias, era de esperar momentos de debate. Sin embargo, en Aparecida no hubo debate. Las tensiones y crisis se administraron políticamente, evitándose entrar en la discusión. Aun así, un consenso sin tornar explícitas las diferencias, carga siempre tensiones subyacentes. De ahí las aparentes contradicciones del texto, dado que no todas las posiciones tienen el mismo peso. Hay afirmaciones hegemónicas que traspasan todo el Documento y hacen parte del “espíritu del texto” —la tradición latinoamericana y caribeña—; y hay afirmaciones residuales, más periféricas, que entraron en el texto para que otras proposiciones pudiesen también ser contempladas, pero que no expresan su espíritu. Por ejemplo, para que las CEBs entraran como “lugar de estructuración de la Iglesia”, se tuvo que contemplar la importancia de los movimientos; para que volviese el método ver-juzgar-actuar, se tuvo que aceptar que la parte del ver comenzara con una profesión de fe; para que la mujer fuese destacada como protagonista en la Iglesia y la sociedad, se tuvo asimismo que reafirmar su papel en el hogar, como madre de familia; para que los religiosos fuesen reconocidos en su profetismo e inserción en los medios más pobres —“elemento decisivo para la misión”—, se tuvo que reconocer la relevancia de las nuevas comunidades de vida; etc. Se trata de contradicciones aparentes, pues, además de no expresar el “espíritu del texto”, el propio Documento se encarga de puntualizarlas.

4. La superación de los momentos de crisis de la Asamblea

El rehuir el debate no impidió momentos de crisis, aunque superados por la propia Asamblea. Ellos fueron básicamente cuatro.

El *Discurso Inaugural del Papa*. Factor importante para la afirmación de la Asamblea, en la perspectiva de la tradición latinoamericana y caribeña, fue el *Discurso Inaugural*

de Benedicto XVI. Para desconcierto de los sectores conservadores, el Papa, en vez de cerrar, abrió puertas para una evangelización sintonizada con la causa de los más pobres, contribuyendo decisivamente al buen éxito de la Conferencia de Aparecida. No pocos esperaban que el Papa fijase límites o puntualizase la tradición latinoamericana y caribeña, tal como Juan Pablo II lo había hecho en Puebla y Santo Domingo. Sin embargo, en lugar de ser coercitivo, el Papa fue propositivo.

La definición del Esquema General del Documento Final. Después de una primera semana de trabajo participativo, muy rica, de definición de las sugerencias de la Asamblea, la Comisión de Redacción, integrada por ocho obispos y asesorada por cuatro peritos, tuvo la misión de redactar una propuesta de Esquema General del Documento Final. El texto, insustancial, provocó fuertes reacciones y, antes de ser presentando a la Asamblea, fue abortado por la Presidencia. El proyecto, en gran medida, desconocía las contribuciones de la Asamblea durante la semana. Dejaba de lado el método ver-juzgar-actuar, se estructuraba en torno a un cristomonismo que eclipsaba al Espíritu Santo y no descendía a opciones o compromisos pastorales. Una nueva propuesta fue elaborada y presentada a la Asamblea, la cual, oficialmente, desconocía la primera. Recibió la aprobación de diez de los quince grupos de trabajo, pero fue asumido por todos con ciertas enmiendas, como la inclusión de las CEBs, la mujer, los ministerios laicos y la ecología, cuestiones difíciles, que tendrían idas y venidas durante la redacción del texto final.

La "Síntesis de las Contribuciones Recibidas" como "Documento de Trabajo". La Conferencia de Medellín tuvo un *Documento de Trabajo* como punto de partida, lo que explica su excelente texto. Por su parte, las conferencias de Puebla y Santo Domingo también tuvieron Documento de Trabajo, sólo que no pudieron hacer de ellos el punto de partida de la Asamblea. Era ya la época del control de la participación de las Iglesias Locales y de las conferencias episcopales nacionales, con predominio de la metodología utilizada en el Sínodo de los Obispos. Aparecida, aun cuando

tuvo un proceso oficial de preparación frustrante, tuvo un final feliz. La misma nomenclatura de los documentos previos da cuenta de la decisión de desvincular el proceso de preparación del trabajo de la Asamblea: el texto de preparación fue denominado no de “consulta”, sino “Documento de Participación”; el resultado de la colección de la participación, que conforme se había anunciado se llamaría “Documento de Síntesis” (no de “trabajo”, pero por lo menos “documento”), a final de cuentas ni el término “documento” perduró, titulándolo “Síntesis de las Contribuciones Recibidas”. Además, ni “síntesis” era, pues en gran medida no acogió las contribuciones enviadas. El hecho es que la Asamblea, en Aparecida, tuvo que partir de la “estaca cero”. Y fue en este contexto que después de la entrega de la Primera Redacción, mientras las Comisiones trabajaban en la integración de las enmiendas para la Segunda Redacción del Documento Final, se presentó a las Comisiones Temáticas la propuesta de hacer del texto “Síntesis de las Contribuciones Recibidas” el “Documento de Trabajo” de la Conferencia. La iniciativa no solamente fue mal recibida, sino que produjo malestar. En verdad, se trataba de una propuesta previa, con la intención de llevarla a votación en plenario. Felizmente, ya era tarde para las víctimas de su propio veneno.

Poderes especiales a la Comisión de Redacción. El Documento de Aparecida se situó del lado de acá de la Asamblea, en parte debido a los “filtros” de la Comisión de Redacción. En el paso de la segunda a la tercera redacción, la Asamblea perdió el control del texto. La Presidencia, alegando falta de tiempo efectivo para llegar a la cuarta redacción, solicitó a la Asamblea, en detrimento de las Comisiones Temáticas, que delegase a la Comisión de Redacción la tarea de integrar las enmiendas. Hubo quien tomara la palabra para expresar la gravedad del cambio metodológico en perjuicio de la Asamblea. Se tenía conciencia de los filtros de la Comisión de Redacción. Aun así, dada la real limitación del tiempo, se aceptó la propuesta, aunque con el recurso de que siete presidentes de conferencias nacionales pudiesen

presentar una enmienda, que obligatoriamente tendría que ser sometida a la votación de la Asamblea. El procedimiento fue respetado en parte. Hubo 25 enmiendas según esta modalidad, provenientes de los sectores comprometidos con la tradición latinoamericana y caribeña, algunas de ellas con la firma de hasta doce presidentes. Casi todas fueron sometidas a votación y aprobadas en el plenario. Pero algunas, contradiciendo el reglamento, fueron recusadas por algunos miembros influyentes de la Asamblea y no se las sometió a votación.

5. Una Asamblea en interacción con actores externos

La grata sorpresa del buen texto elaborado por la Conferencia de Aparecida se debe asimismo a lo que ocurrió en torno a la Basílica de Aparecida. Por ejemplo, fue la primera asamblea realizada con la presencia de teléfono celular e Internet. Con ello, por más que se aislase el recinto de la Asamblea del acceso de personas extrañas, casi simultáneamente se podía acompañar, desde afuera, lo que estaba aconteciendo dentro de ella e influir sobre sus actores. Segundo, también fue la primera asamblea realizada en un local público —el Santuario de Aparecida—, adonde millares de personas acuden diariamente y más de sesenta mil los fines de semana. Sumado a esto, el hospedaje en hoteles próximos al Santuario permitió a los obispos y demás delegados de la Conferencia el contacto directo con la religiosidad popular, una riqueza registrada por el Documento Final.

Tercero, un hecho nuevo en la Conferencia de Aparecida fue la presencia de teólogos prestando servicio y asesorando a los obispos, del lado de afuera de la Asamblea, si bien no de forma clandestina o paralela. Algunos fueron traídos por las propias conferencias episcopales, aunque la mayor parte fue reunida por Amerindia.

Con el consentimiento de la presidencia del CELAM, los teólogos reunidos por Amerindia, juntamente con los traídos por las conferencias nacionales, organizaron varios encuentros con obispos, religiosos y laicos participantes, por separado y

en conjunto, para trazar estrategias, debatir ciertas cuestiones y lograr determinados acuerdos. Fueron innumerables los textos redactados, así como fueron a centenares las enmiendas elaboradas para mejorar el texto, en gran medida acogidas por la Asamblea a través de la propuesta de miembros suyos. La influencia de estos teólogos fue mucho mayor de lo que se puede imaginar, contribuyendo de manera decisiva a la reafirmación de la tradición latinoamericana y caribeña y al avance de las nuevas proposiciones.

Cuarto, entre las iniciativas en torno a la Basílica, tampoco se puede dejar de mencionar la fuerza simbólica del *Foro de Participación de la V Conferencia*, ideado por organismos de pastoral de la Iglesia en el Brasil. Fueron tres iniciativas significativas con vistas a estrechar lazos con el trabajo de los obispos y demás delegados reunidos. La primera fue el *Seminario Latinoamericano de Teología*, bajo la coordinación del Consejo Nacional de Laicos, organismo ligado a la Conferencia de Obispos del Brasil. Estuvieron presentes personas de casi todos los estados brasileños y de 16 países de América Latina, el Caribe y Europa. El evento fue transmitido por Internet con asistencia, solamente en el Brasil, en 27 salas. La segunda iniciativa fue la *Romería de las Comunidades de Base, de las Pastorales Sociales y de la Pastoral de la Juventud*, que salió a medianoche de la ciudad de Roseiras y llegó al Santuario de Aparecida para la misa de las ocho de la mañana. Fueron más o menos cinco mil personas, apostando al modo popular de ser Iglesia. La tercera iniciativa fue la *Tienda de los Mártires*, establecida en las márgenes del río Paraíba, cerca del puerto de Itaguaçu, donde fue encontrada la imagen de María Aparecida. La sencillez de la tienda y del recinto, decorada con imágenes de los centenares de mártires latinoamericanos, daba al local de piso de arcilla un carácter sagrado que invitaba a quitarse las sandalias y dejarse tocar por su testimonio heroico. Diariamente, durante todo el tiempo que duró la Asamblea, celebraciones, oficio de las comunidades, reflexiones y misa reunieron a la comunidad local y tuvieron la presencia de varios obispos de la V Conferencia.

Concluyendo

La V Conferencia, cuya Asamblea General aconteció en Aparecida, muestra una vez más la importancia decisiva de la participación de las Iglesias Locales en el proceso de preparación. Sus contribuciones crearon una especie de “opinión pública eclesial” que influyó directamente sobre los delegados de la Conferencia. Fue esa participación, así como la de otros actores externos durante la Asamblea de Aparecida, de modo especial de teólogos, la que permitió la autoafirmación de la Asamblea como Iglesia autóctona, celosa de su tradición e identidad, solemnemente reafirmada y reimpulsada en el nuevo contexto.



Aparecida a la luz de las conferencias de Río, Medellín, Puebla y Santo Domingo

José Oscar Beozzo*

Introducción

En Aparecida se retomó el método propio de la pastoral y de la teología latinoamericanas y caribeñas, que había sido excluido en la anterior Conferencia de Santo Domingo (1992) y en el Sínodo de América (1997), el método “ver, juzgar y actuar”. Se restableció así el nexo histórico de la Iglesia latinoamericana y caribeña con las anteriores conferencias de Medellín y Puebla y con su práctica teológica y pastoral.

* Vicario de la Parroquia de São Benedito en Lins (SP), sociólogo e historiador, profesor de Historia de la Evangelización en América Latina y el Caribe en el pos-grado de Misionología del ITESP (Instituto de Teología de São Paulo), miembro de CEHILA (Comisión de Estudio de Historia de la Iglesia en América Latina) y coordinador general del CESEP (Centro Ecueménico de Servicios a la Evangelización y Educación Popular). En Aparecida, participó del equipo de coordinación del Forum de Participación, como integrante del grupo Amerindia, como asesor del obispo Dom Demétrio Valentini de Jales (SP) y de la CNBB (Conferencia Nacional de Obispos del Brasil). Entre otros libros, escribió: *Leis e Regimentos de Missão - A política indigenista no Brasil*. São Paulo: Loyola:1983; *A Igreja do Brasil de João XXIII a João Paulo II, de Medellín a Santo Domingo*. Petrópolis: Vozes, 1993; *A Igreja do Brasil no Concílio Vaticano II: 1959-1965*. São Paulo: Paulinas; Rio: EDUCAM, Petrópolis: CAAL, Sobral: UVA, 2005. jbeozzo@terra.com.br

Globalización excluyente

La Conferencia de Aparecida al describir “la realidad que nos interpela como discípulos y misioneros” (DA 2.1), la presenta marcada por cambios que “afectan profundamente nuestras vidas” y agrega:

La novedad de estos cambios, a diferencia de los ocurridos en otras épocas, es que tienen un *alcance global* que, con diferencias y matices, afectan al *mundo entero* (DA 34).

Fue bajo este prisma de la globalización que se movió el análisis, reconociendo que este nuevo escenario mundial aceleró los movimientos demográficos migratorios en gran escala; se convirtió en la clave para la comprensión de los cambios en otras áreas: política, cultural y religiosa; en la esfera de la seguridad nacional e internacional; en el ámbito de los mercados, en términos de mano de obra, producción, comercio y finanzas; en el campo de la ciencia y la tecnología, de modo particular en el de las biotecnologías y las comunicaciones. En el dominio del medio ambiente, la naturaleza fue sometida a creciente presión por la aceleración del ritmo de explotación, devastación y agotamiento de los recursos naturales y por los desastrosos cambios climáticos, fruto del calentamiento global. Destacó además en el modelo de globalización la desregulación de las antiguas barreras éticas, sociales y laborales para el libre juego del mercado capitalista. Por eso, la globalización representó, junto a nuevas posibilidades, la imposición de una dura servidumbre a las grandes mayorías empobrecidas o simplemente su exclusión, en el torbellino de la implacable competencia que privilegia y favorece a los detentadores del conocimiento y la tecnología, los más fuertes, ricos y poderosos, sea en términos de naciones y clases sociales, sea en términos de empresas e individuos.

Retomando la profética denuncia de Puebla y la invitación a que reconozcamos, en el rostro de los pobres, la fisonomía del propio Cristo sufriente (DP 31-39), la Conferencia de

Aparecida, en dos lugares distintos, se ocupa de las nuevas pobreza resultantes de esta globalización excluyente:

La globalización hace emerger, en nuestros pueblos, nuevos rostros de pobres. Con especial atención y en continuidad con las Conferencias Generales anteriores, fijamos nuestra mirada en los rostros de los nuevos excluidos: los migrantes, las víctimas de la violencia, desplazados y refugiados, víctimas del tráfico de personas y secuestros, desaparecidos, enfermos de HIV y de enfermedades endémicas, tóxico dependientes, adultos mayores, niños y niñas que son víctimas de la prostitución, pornografía y violencia o del trabajo infantil, mujeres maltratadas, víctimas de la exclusión y del tráfico para la explotación sexual, personas con capacidades diferentes, grandes grupos de desempleados/as, los excluidos por el analfabetismo tecnológico, las personas que viven en la calle de las grandes urbes, los indígenas y afroamericanos, campesinos sin tierra y los mineros. La Iglesia, con su Pastoral Social, debe dar acogida y acompañar a estas personas excluidas en los ámbitos que correspondan (DA 402; véase también DA 65).

Por otro lado, movimientos sociales, iglesias y hasta países enteros se vienen organizando para oponerse a este modelo de globalización neoliberal. Los Foros Sociales Mundiales representan una articulación inédita a nivel internacional para organizar propuestas de una globalización alternativa que tome en cuenta los intereses de las mayorías y los límites del medio ambiente; que visualice la dimensión social y no apenas la económica; que globalice no apenas el capital y el lucro, sino igualmente la repartición y la solidaridad.

Se constató además que todos estos elementos están cada vez más conectados entre sí, operando entrelazados y en creciente simbiosis, como en la doble hélice del DNA.

Lo global y lo local

Lo global y lo local son, por su parte, el frente y el reverso de una misma moneda. Personas, instituciones y eventos acontecen y evolucionan en un determinado espacio y un preciso momento. Al mismo tiempo que son afectados por las condiciones globales, actúan localmente. Nunca, como en esta V Conferencia, el lugar donde ella se desarrolló desempeñó un papel tan notable y decisivo.

Millares de peregrinos que acudían en romería al Santuario de la Patrona del Brasil, acabaron por envolver y conmover a los obispos, imprimiendo a la Conferencia de Aparecida un sello especial en relación a las anteriores conferencias.

Es claro que cada lugar encierra en sí uno o más significados desde el punto de vista geográfico, político, social o religioso y puede incorporar nuevas significaciones que acrecientan allí su sello o dejan registrada su huella. Algunos lugares se pueden transformar en referencias históricas o dejarse impregnar por una irresistible aura de lo sagrado. Árboles y montañas, nacientes y ríos, lagos y florestas, cavernas y desiertos, sitios sinuosos y encrucijadas se pueden transformar en lugares únicos, en lugares “altos”, en los que los cielos y la tierra se encuentran, en los que lo divino y lo humano se entrelazan.

Aun cuando sean usados de forma prosaica y utilitaria, estos espacios no son indiferentes. Esto vale para los grandes encuentros eclesiales que marcaron la caminata reciente de la Iglesia en el continente latinoamericano y caribeño.

Lugares y significaciones

El que el Concilio Plenario Latinoamericano (28 de mayo al 9 de junio de 1899) aconteciera en Roma y no en América Latina y el Caribe, marcó su propuesta de fondo: operar, a partir de la Santa Sede, la reforma y uniformidad de un catolicismo caracterizado por el patronato regio de España y Portugal y por el rígido control estatal durante todo el período colonial. Después de las independencias nacionales este catolicismo

quedó a la deriva, prácticamente sin obispos y sometido a los embates de liberales y conservadores por el control político de las iglesias locales. Se caracterizó, además, por los escasos e inciertos vínculos con el centro romano. Es pues, con razón, que el Concilio fue visto como una etapa importante en el proceso de la así llamada “romanización” del catolicismo latinoamericano y caribeño, con todas sus consecuencias positivas, pero también negativas. La romanización produjo un catolicismo más interiorizado, más fuertemente centrado en el clero. Pagó asimismo el precio de un distanciamiento de las culturas locales y de un retraimiento hacia la esfera más privada de la familia y de las conciencias individuales, con escasa incidencia en la vida cultural, social y política de estas sociedades.

La I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño en Río de Janeiro (25 de julio al 4 de agosto de 1955), inmediatamente después de la clausura del XXXVI Congreso Eucarístico Internacional (17 al 24 de julio), indicó la creciente importancia numérica del catolicismo de esta región en el contexto de la Iglesia universal; la toma de conciencia tanto de sus posibilidades, como de muchas de sus fragilidades y lagunas. Ya el Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires en 1934, que recibió como legado pontificio al entonces Secretario de Estado de la Santa Sede, cardenal Eugenio Pacelli, futuro Pío XII, puso por primera vez a la Iglesia del continente en el circuito de los grandes eventos internacionales del catolicismo contemporáneo. El XXXVI Congreso Eucarístico de Río de Janeiro, al repetir el evento en tierras americanas, ahora en el Brasil, reconocía la relevancia de la Iglesia brasileña, con la exitosa creación de su Conferencia Nacional de Obispos (1952), la CNBB. La iniciativa romana de convocar en seguida del Congreso una primera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño, mostraba la urgencia de una articulación continental para enfrentar problemas y retos que se presentaban semejantes en casi todos los países de la región. El principal resultado de la Conferencia fue la creación del CELAM: Consejo Episcopal Latinoamericano.

La escogencia de Medellín (26 de agosto al 7 de setiembre de 1968), con ocasión del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional en Bogotá (18 al 25 de agosto), representó nítidamente la intención de reforzar las estructuras colegiales de la Iglesia afianzadas por el Concilio Vaticano II y representadas continentalmente por el CELAM, cuya sede se encontraba en Colombia.

Puebla (27 de enero al 13 de febrero de 1979) puso en el orden del día el catolicismo mexicano, con todo su sello guadalupano y popular, con la fuerza de la segunda Iglesia más numerosa del continente, pero de igual modo con la realidad de un Estado hasta entonces enfrentado a la religión mayoritaria del pueblo, desde las reformas liberales de Benito Juárez (1858), hasta los artículos jacobinos de la Constitución de 1917 y las sangrientas jornadas de las persecuciones del presidente Plutarco Calles y del levantamiento armado de los cristeros (1928).

Santo Domingo (12 al 28 de octubre de 1992), inaugurada en la fecha misma de los 500 años de la llegada de Cristóbal Colón a las islas del Mar Caribe, despertó a América Latina a la compleja realidad caribeña. Éste no puede ser caracterizado, sin más, como “latino”. Es “latino”, sí, con su marca hispánica (Cuba, República Dominicana, Puerto Rico), pero asimismo francés (Haití, Guadalupe, Martinica, Guayana Francesa), sin olvidarse, sin embargo, de la omnipresente población traída de África durante más de trescientos años de ininterrumpido tráfico negrero. De manera alguna “latino”, si recorremos el Caribe a partir de la antigua colonización británica (Jamaica, Barbados, Guayana, etc.), holandesa (Curazao, Aruba, Surinam y demás Antillas Holandesas), dinamarquesa (Islas Vírgenes) y, más recientemente, estadounidense (Islas Vírgenes y Puerto Rico). De raíces católicas sí, pero también de sólidas raíces anglicanas, calvinistas, luteranas, allí plantadas ya en los siglos XVI, XVII y XVIII. Casi todos los países caribeños ostentan mayorías protestantes y evangélicas y no católicas, como en el resto del continente.

Aparecida: opción inesperada

La escogencia del lugar de la V Conferencia sufrió oscilaciones y percances. La zona andina, y más precisamente Quito, en Ecuador, fue planteada por el CELAM como sede de la Conferencia, ya que otras regiones habían acogido alguna de las anteriores: Brasil, más al sur (1955); Colombia, más al norte (1968); México, en la zona centro y norteamericana (1979); y República Dominicana, en el Caribe (1992). Entraron después en la disputa Chile y Argentina, contendiendo como sede Santiago y con más insistencia, Buenos Aires, alegando la inconveniencia de la altura de Quito para los prelados más viejos. La precaria salud de Juan Pablo II y el deseo manifestado por el Pontífice de inaugurar la V Conferencia, conspiraron a favor de Roma.

Ni Brasil, ni el Santuario de Aparecida, figuraban dentro del abanico de las candidaturas y propuestas.

En el santuario, la sede de los trabajos

Llevar la Conferencia a los espacios mismos de la Basílica Nacional de Aparecida tuvo profundas implicaciones sobre su desarrollo y sus resultados.

Las anteriores conferencias estuvieron confinadas a lugares que no dejaron mayor huella en la tesitura misma de los documentos, a no ser por el hecho de ser seminarios, espacios ligados a la formación de un segmento minoritario y bien preciso del cuerpo eclesial: el de la jerarquía eclesiástica y, más precisamente, del clero diocesano. Así aconteció con el Concilio Plenario, realizado en las dependencias del Colegio Pío Latinoamericano de Roma, fundado por Pío IX en 1858, año de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, como lugar de formación del clero, más en particular de los futuros obispos del continente. Lo mismo se repitió con la II Conferencia, efectuada en las afueras de la ciudad de Medellín, más allá de la zona de barriadas miserables de Loreto, sobre una colina donde se podía divisar la ciudad, aunque bien apartado del bullicio y de la agitación

de la vida urbana, lejos de sus ruidos y de sus problemas humanos y sociales.

No fue diferente la escogencia en México, con los obispos aislados detrás de los muros del Seminario Palafoxiano de Puebla. En Río de Janeiro, la I Conferencia fue acogida en las dependencias del Sagrado Corazón de Jesús, un colegio de religiosas francesas volcado hacia la formación de la élite femenina de la ciudad y construido en el entonces elegante barrio de Laranjeiras. En Santo Domingo, para escándalo de muchos, los obispos fueron alojados en hoteles de lujo del turismo internacional y se reunían en las dependencias rígidamente protegidas y aisladas de la Casa de los Cursillos de Cristiandad. Pudiera ser que el cambio de seminarios hacia el espacio menos clerical de un movimiento laico de clase media, no fuese del todo ajena a la propuesta de una nueva evangelización “con especial protagonismo de los laicos” (SD 302).

En Aparecida se repitió la decisión de alojar a los obispos en hoteles, aunque de carácter más modesto, típicos de una ciudad de romerías, con excepción de los obispos brasileños hospedados en el predio del Seminario Buen Jesús. Los cinco hoteles reservados para los participantes de la Conferencia estaban agrupados en torno a la Basílica Vieja en los altos de la ciudad y en la avenida que corre al lado de la Basílica Nueva. Se tuvieron que modernizar, en especial en lo que atañe a su sistema de comunicaciones, haciendo disponibles para los huéspedes computadoras con acceso a Internet en el sistema de banda ancha y dotando todos los apartamentos y demás dependencias de los hoteles de tecnología “wireless”, de acceso inalámbrico a Internet. La exigencia ponía a la Conferencia y sus participantes en la onda de la principal característica de la actual globalización, la “conectividad” entre las máquinas y el acceso permanente a la red mundial de computadoras.

Liturgia celebrada con el pueblo

Decisión más crucial aún fue la de romper el aislamiento en la esfera litúrgica impuesto a los participantes de las anteriores

conferencias. Las celebraciones eucarísticas dejaron de ser privativas de los delegados e invitados, tal como aconteciera en el Concilio Vaticano II, los sínodos y las anteriores conferencias latinoamericanas y caribeñas, para tornarse momentos de celebración abiertos a todo el pueblo de Dios. Esto obligó a que los cánticos y las oraciones se realizaran preferentemente en lengua portuguesa, acogiendo al mismo tiempo un gran número de canciones del himnario más popular brasileño y de los demás países de América Latina y el Caribe.

Es claro que causó desagrado la excesiva jerarquización de la distribución de los lugares, ocupando los cardenales la primera fila alrededor del altar, seguidos por los arzobispos, obispos, presbíteros, religiosos/as, diáconos y por último laicas y laicos. Se podía, por otro lado, notar que la disposición no formaba una pirámide, sino círculos concéntricos, no elevados, sino al mismo nivel del resto de los fieles que ocupaban la basílica.

Hubo días en que fue nítido un descompás mayor entre la celebración pensada para los miembros de la Conferencia, con la homilía a ellos dirigida, frente a la multitud de romeros que se apiñaba por las naves y los atrios de la basílica. El desencuentro se reveló más agudo el día de Pentecostés, cuando el presidente de la celebración en ningún momento saludó a aquella masa popular de más de cuarenta mil romeros que participaban de la celebración. Por su propia cuenta, no obstante, ellos se insertaron en la celebración aplaudiendo el cortejo de los obispos a la entrada y a la salida o sumándose a los cantos entonados por el coro. Sólo al final se sintieron tomados en cuenta, cuando los padres redentoristas encargados de la basílica tomaron el micrófono, realizaron la bendición de los romeros y de los objetos que traían y entonaron el tradicional cántico a la Patrona: “¡Danos la bendición, oh Madre querida, Nuestra Señora Aparecida!”.

Romeros y romerías

A lo largo de los días, los obispos fueron siendo tocados por aquel flujo continuo de romeros que llegaban cantando

y rezando, desde la madrugada, o que transitaban lenta y pacientemente, en silencioso cortejo, subiendo la rampa detrás del altar para pasar delante de la pequeña imagen negra de la Virgen, rezando con el cuerpo, las manos o apenas con la mirada agradecida y suplicante, en gesto de muda presencia, tan bien captado por la canción “Romería” de Renato Teixeira:

É de sonho e de pó,
O destino de um só,
Feito eu perdido em pensamento,
Sobre o meu cavalo,
É de laço, é de nó,
De gibeira, o jiló,
Dessa vida,
Cumprida a sol.

Sou caipira pirapora,
Nossa Senhora de Aparecida,
Ilumina a mina, escura e funda,
O trem da minha vida.

O meu pai foi pião,
Minha mãe, solidão,
Meus irmãos perderam-se na vida,
A custa de aventuras,
Descasei, e joguei,
Investi,
Desisti,
Se à sorte, eu não sei,
Nunca vi.

Sou caipira pirapora,
Nossa Senhora de Aparecida,
Ilumina a mina, escura e funda,
O trem da minha vida.

Me disseram, porém,
Que eu viesse aqui,

Pra pedir, de romaria e prece,
Paz nos desalentos,
Como eu não sei rezar,
Só queria mostrar,
Meu olhar, meu olhar, meu olhar.

Los pobres y los romeros nos evangelizan

En Puebla los obispos reconocieron:

El compromiso con los pobres y oprimidos y el surgimiento de las Comunidades de Base ayudaron a la Iglesia a descubrir el potencial evangelizador de los pobres, mientras estos la interpelan constantemente, llamándola a la conversión y porque muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de la solidaridad, servicio, simplicidad y disponibilidad para acoger el don de Dios (DP 1147).

En Aparecida los obispos tocaron con las manos y, de forma bien visible y concreta, la experiencia de la fe y piedad del pueblo de los pobres, golpeando a la puerta del Santuario y entreviendo allí una presencia materna y acogedora, misericordiosa y esperanzadora del Dios de los pequeños y humildes. Reconocieron entonces, con humildad, en el Documento Final, que aquel pueblo de los romeros los tocó y evangelizó:

Nos hemos sentido acompañados por la oración de nuestro pueblo creyente católico, representado visiblemente por la compañía del Pastor y los fieles de la Iglesia de Dios en Aparecida, y por la multitud de peregrinos de todo Brasil y otros países de América al Santuario, que nos edificaron y evangelizaron (DA 3).

En la narración del Génesis, Jacob, en su viaje de Berseba a Jarán, al caer el sol se detiene en un lugar, allí acampa, se adormece y tiene un sueño en el que recibe aquella tierra por herencia, oyendo entonces de Dios la promesa:

Mira que yo estoy contigo; te guardaré por doquiera que vayas y te devolveré a este solar. No, no te abandonaré hasta

haber cumplido lo que te he dicho. Al despertar, Jacob dijo: ¡Así pues, está Yahveh en este lugar y yo no lo sabía! Quedó con miedo y dijo: ¡Qué temible es este lugar! ¡Esto no es otra cosa sino *la casa de Dios y la puerta del cielo*! Levantose Jacob de madrugada, y tomando la piedra que se había puesto por cabezal, la erigió como estela y derramó aceite sobre ella. Y llamó aquel lugar *Betel*, aunque el nombre primitivo de la ciudad era Luz. Jacob hizo entonces este voto: Si Dios me asiste y me guarda en este camino que recorro, y me da pan que comer y ropa con que vestirme, y vuelvo sano y salvo a casa de mi padre, entonces Yahveh será mi Dios; y esta piedra que he erigido como estela será *Casa de Dios (Betel)*; y de todo lo que me dieres, te pagaré el diezmo (Gn 28, 15-22).

La exclamación “*Domus Dei et janua coeli*”, “morada de Dios y puerta del cielo”, lugar de la bendición y de la promesa, resume bien la experiencia profunda de Jacob, pero igualmente de los romeros que los obispos captaron bien al vislumbrar en Aparecida, la simiente y promesa de una casa *común* para todo el continente, fundada en la justicia, la acogida a los pobres y a sus necesidades:

Así se expresó el *Papa Benedicto XVI en el santuario mariano de Aparecida*¹: para que nuestra casa *común* sea un continente de la esperanza, del amor, de la vida y de la paz hay que ir, como buenos samaritanos, al encuentro de las necesidades de los pobres y los que sufren y crear “las estructuras justas que son una condición sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad...” (DA 537).

Somos extranjeros y peregrinos (1Pd 2,11)

Aparecida ayudó asimismo a retomar el tema de la caminata y la imagen tan querida y fecunda de una Iglesia peregrina, desinstalada y presta a acompañar a un pueblo que, alcanzado por la pobreza, las guerras civiles, los desastres

¹ DI 4.

económicos y ambientales, se va transformando en un pueblo de migrantes:

Reconocemos el don de la vitalidad de la Iglesia que peregrina en América Latina y el Caribe, su opción por los pobres, sus parroquias, sus comunidades, sus asociaciones, sus movimientos eclesiales, nuevas comunidades y sus múltiples servicios sociales y educativos. Alabamos al Señor porque ha hecho de este continente un espacio de comunión y comunicación de pueblos y culturas indígenas. También agradecemos el protagonismo que van adquiriendo sectores que fueron desplazados: mujeres, indígenas, afrodescendientes, campesinos y habitantes de áreas marginales de las grandes ciudades (DA 128).

Esa Iglesia de un pueblo de peregrinos anticipa el final de los tiempos, cuando Dios reunirá a todos aquellos que vienen de la gran tribulación para el banquete del cordero:

La Iglesia peregrina vive anticipadamente la belleza del amor que se realizará al final de los tiempos en la perfecta comunión con Dios y los hombres². Su riqueza consiste en vivir ya en este tiempo la “comunión de los santos”, es decir, la comunión en los bienes divinos entre todos los miembros de la Iglesia, en particular entre los que peregrinan y los que ya gozan de la gloria³ (DA 160).

Lo más importante, no obstante, está expresado en el compromiso asumido de acompañar a los pobres y junto con ellos luchar para restablecer la justicia y la solidaridad, aun cuando esto pueda costar el martirio:

Nos comprometemos a trabajar para que nuestra Iglesia Latinoamericana y Caribeña siga siendo, con

² Cf. *ibid.*

³ Cf. LG 49.

mayor ahínco, compañera de camino de nuestros hermanos más pobres, incluso hasta el martirio. Hoy queremos ratificar y potenciar la opción del amor preferencial por los pobres hecha en las Conferencias anteriores⁴. Que sea preferencial implica que debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales. La Iglesia latinoamericana está llamada a ser sacramento de amor, solidaridad y justicia entre nuestros pueblos.

Casa y santuario: las dos puntas de la espiritualidad popular

La espiritualidad popular acontece primero en la casa, se nutre de la leche materna. Es en las rodillas de la madre que el niño aprende a colocar las manos en plegaria, a hacer la señal de la cruz, a balbucear el Ave María y el Padrenuestro. Es delante de un altar doméstico que la familia reza el rosario, enciende una vela, hace una promesa, celebra sus alegrías y derrama sus lágrimas.

Aquella experiencia doméstica adquiere una dimensión más pública cuando las personas parten en peregrinación y sus gestos de piedad se suman a millares de otras personas, adquiriendo una nota de comunión eclesial más amplia y universal. Los obispos no permanecieron ajenos a estas demostraciones colectivas de la fe popular. ¿Cómo no reconocer la experiencia concreta de aquellos días en Aparecida, cuando la Conferencia se inclina con simpatía y sensibilidad sobre la espiritualidad popular?

Entre las expresiones de esta espiritualidad se cuentan: las fiestas patronales, las novenas, los rosarios y *via crucis*, las procesiones, las danzas y los cánticos del folclore religioso, el cariño a los santos y a los ángeles, las promesas, las oraciones en familia. *Destacamos las peregrinaciones, donde se*

⁴ Medellín 14, 4-11; DP 1134-1165; SD 178-181.

puede reconocer al Pueblo de Dios en camino. Allí el creyente celebra el gozo de sentirse inmerso en medio de tantos hermanos, caminando juntos hacia Dios que los espera. Cristo mismo se hace peregrino, y camina resucitado entre los pobres. La decisión de partir hacia el santuario ya es una confesión de fe, el caminar es un verdadero canto de esperanza, y la llegada es un encuentro de amor. La mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios. El amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio. También se conmueve, derramando toda la carga de su dolor y de sus sueños. La súplica sincera, que fluye confiadamente, es la mejor expresión de un corazón que ha renunciado a la autosuficiencia, reconociendo que solo nada puede. Un breve instante condensa una viva experiencia espiritual⁵.

Allí, el peregrino vive la experiencia de un misterio que lo supera, no sólo de la trascendencia de Dios, sino también de la Iglesia, que trasciende su familia y su barrio. En los santuarios muchos peregrinos toman decisiones que marcan sus vidas. Esas paredes contienen muchas historias de conversión, de perdón y de dones recibidos que millones podrían contar (DA 259-260).

Fue una pena que pocos obispos estuvieran presentes en la basílica en la mañana del domingo 20 de mayo, para encontrarse con la gran romería de las CEBs, de la Pastoral de la Juventud, de la Pastoral Carcelaria y las demás pastorales sociales congregadas bajo el lema: *Pueblo de Dios con Jesús Liberador, Rumbo a Aparecida*. Los romeros caminaron toda la noche, recuperando en las paradas las intuiciones mayores de cada una de las cinco conferencias: Río de Janeiro, Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida.

⁵ “El Santuario, memoria, presencia y profecía del Dios vivo”, en *L’Osservatore Romano* (ed. española), 28.05.1999, pág. 22.

Hicieron igualmente memoria de los millares de mártires de América Latina y el Caribe, hasta ahora poco reconocidos oficialmente, quienes dieron su vida en testimonio de fe y de compromiso con el seguimiento de Jesús en medio de los pobres y de los que sufren injusticia.

Allí palparían de cerca la experiencia tan fecunda de la unión entre espiritualidad popular y lectura orante de la Biblia, entre fe popular y lucha por la justicia y por la transformación social y política de nuestras sociedades, entre bautismo y empeño apostólico, además de verificar la profunda piedad y eclesialidad de las CEBs. Esta presencia de la Iglesia de los Pobres se prolongó durante toda la Conferencia en la Tienda de los Mártires, una evocación viva de la memoria de aquellos y aquellas que entregaron sus vidas por la causa del evangelio, de la justicia en favor de los pobres y la defensa de los derechos humanos de los más vulnerables y excluidos. Probablemente el clamor de tantas voces en el continente y el signo vivo de la Tienda de los Mártires hizo que Aparecida, al contrario de Santo Domingo, no se olvidase de los mártires del continente, aunque en breves referencias.

Los mártires de la caminata

En el *Documento de Aparecida* la temática del martirio aparece asociada a la de la misión y a la comunidad, de modo particular a las comunidades eclesiales de base. Hilvanamos seguidamente tres pasajes del Documento que apuntan en esta dirección:

Misión y martirio

Identificarse con Jesucristo es también compartir su destino: “Donde yo esté estará también el que me sirve” (Jn 12, 26). El cristiano corre la misma suerte del Señor, incluso hasta la cruz: “Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga” (Mc 8, 34). *Nos alienta el testimonio de tantos misioneros y mártires de ayer y de hoy en nuestros pueblos que han llegado*

a compartir la cruz de Cristo hasta la entrega de su vida (DA 140).

CEBs y martirio

En la experiencia eclesial de algunas iglesias de América Latina y del Caribe, las Comunidades Eclesiales de Base han sido escuelas que han ayudado a formar cristianos comprometidos con su fe, discípulos y misioneros del Señor, *como testimonio la entrega generosa, hasta derramar su sangre, de tantos miembros suyos (DA 178).*

Comunidades y martirio

Nuestras comunidades llevan el sello de los apóstoles y, además, *reconocen el testimonio cristiano de tantos hombres y mujeres que esparcieron en nuestra geografía las semillas del Evangelio, viviendo valientemente su fe, incluso derramando su sangre como mártires.* Su ejemplo de vida y santidad constituye un regalo precioso para el camino creyente de los latinoamericanos y, a la vez, un estímulo para imitar sus virtudes en las nuevas expresiones culturales de la historia. Con la pasión de su amor a Jesucristo, han sido miembros activos y misioneros en su comunidad eclesial. Con valentía, han perseverado en la promoción de los derechos de las personas, fueron agudos en el discernimiento crítico de la realidad a la luz de la enseñanza social de la Iglesia y creíbles por el testimonio coherente de sus vidas. Los cristianos de hoy recogemos su herencia y nos sentimos llamados a continuar con renovado ardor apostólico y misionero el estilo evangélico de vida que nos han transmitido (DA 275).

De Aparecida lancen las redes al mundo

Aparecida se transformó, finalmente, en referencia mística y espiritual para la misión. Así como de las playas del lago

de Galilea, donde Jesús llamó a los primeros discípulos y de donde los envía como discípulos/misioneros para ser pescadores de seres humanos, así también de la Conferencia, y más precisamente de Aparecida, partió la invitación para lanzar las redes para la misión continental y mundial:

Ahora, desde Aparecida, los invita a echar las redes en el mundo, para sacar del anonimato a los que están sumergidos en el olvido y acercarlos a la luz de la fe. Ella, reuniendo a los hijos, integra a nuestros pueblos en torno a Jesucristo (DA 265).



El ir y venir del método “ver – juzgar – actuar”

José Marins

El método en general

El método de “ver - juzgar - actuar”, eliminado de Santo Domingo¹, ha causado fuertes discusiones en los primeros momentos de la Asamblea de Aparecida². En efecto, no es una mera técnica de trabajo grupal, anti-séptica e inocente.

¹ El Documento de Participación preparado por el CELAM, excluye el método “ver - juzgar - actuar”. En respuesta a las reacciones de las Conferencias Episcopales el Documento Síntesis de las Contribuciones recibidas opta por un procedimiento deductivo, que de hecho no permite ver a la realidad.

² Los críticos (eclesiásticos) ven en el método un relativismo implícito, como si la verdad pudiera ser elaborada mediante consensos obtenidos a través del proceso “ver - juzgar - actuar”. Muchos ven también en el esquema de los tres pasos, superponerse una espiritualidad “horizontal” asociada a la Teología de la Liberación y llevando a aceptar el análisis marxista y sus perspectivas tanto ideológicas como operativas. Un detalle, diríamos nosotros, el método ya estuvo en uso años antes de que se hablara de la Teología de la Liberación y ha sido plenamente aceptado desde Pío XI y Pío XII, dos papas nada comunistas y que no podían ser acusados de horizontalismos.

Al contrario, el método es contenido y el contenido está en el método. Él se orienta a lo comunitario; permite a las personas ser sujetos corresponsables y realizar una acción de conjunto, inteligentemente planeada y perseverantemente ejecutada. “Es un modo de ser, de estar e incidir”³. Una vida y fe. Este es un presupuesto, nos da identidad, pero no substituye el papel de las ciencias (lo contrario sería una vuelta abierta a la cristiandad).

En las síntesis de las conferencias episcopales presentadas en el comienzo de la Asamblea de Aparecida, quedó evidente como este método ha ayudado a nuestro pueblo a encontrar caminos de liberación. Hace parte del trabajo pastoral y está presente en la vida de muchas de nuestras Iglesias particulares, parroquias y de modo más constante en las CEBs y Pastorales Sociales. Por eso se entiende que los obispos hayan luchado para mantenerlo, una vez que él ha representado la caminata eclesial del continente (DA 19-20)⁴.

En América Latina y el Caribe

El método estuvo así ligado a la manera de ser Iglesia y educó para la pastoral de conjunto, porque se trata de Ver “como comunidad”; Juzgar “como comunidad” y Actuar “como comunidad.” Desde antes de Medellín, algunos países ya

³ Un modo muy arraigado en la fe bíblica. El núcleo de la fe de Israel tiene como punto de partida el Ex.3, el grito de un pueblo que sufre y que reclama justicia. Dios “mira” (la opresión), “oye” (los clamores), “conoce” (los sufrimientos) y “actúa” (liberando). Cf. Carlos Ayala Ramírez, América Latina, ver-juzgar-actuar un método de estar en la realidad, Adital, sábado 19 Mayo 2007.

⁴ Sintéticamente: el VER se entiende no como un mero hablar “sobre” una realidad, sino como se la ve, se la entiende y se la asume. El JUZGAR evalúa personas, estructuras y culturas en el hoy de la historia, las recibe en lo que tienen de verdad y bien; invita a enriquecerse con cada realidad conocida, estudiada, discernida. El ACTUAR, recibe y transforma; reconoce, purifica y completa. Reconoce los nuevos lugares teológicos (locus) y los CELEBRA. Esos pasos del método no son compartimentos separados, sino que, como vasos comunicantes, mutuamente se relacionan; este es el papel del EVALUAR.

usaban el método⁵, tanto en los grupos de Acción Católica especializada, como en las CEBs y hasta en documentos episcopales.

La comunidad eclesial, sin preocuparse por sospechas alarmistas, se valió del método para poner en práctica su fe y precisar su misión como también su reflexión teológica. Eso quiere decir que el método hace ver con los ojos del Padre, juzgar coherentemente con las enseñanzas y testimonios de Jesús y su comunidad y actuar bajo la influencia del Espíritu. ¡Bastante Trinitario!

Santo Domingo ha representado una ruptura impuesta, que provocó discontinuidad en el caminar que venía desde Medellín. Aparecida viene a sanar, ese trauma pastoral, permitiendo al método retomar su ciudadanía eclesial.

Los obispos “Pastoralistas” intuyeron que en la cuestión del método estaba en juego no solamente un esquema operativo, sino la manera peculiar de profesar su fe (discipulado) y realizar su misión la comunidad eclesial. Además Aparecida, decidió partir no de Santo Domingo, sino del Vaticano II, del Magisterio de Benedicto XVI y de la gran Tradición que viene desde las primeras Comunidades Cristianas del Nuevo Testamento⁶.

⁵ Vale recordar que los obispos de Brasil, desde la década del 50 han estado utilizando dicho método. Mons. Helder Cámara, entonces Secretario de la CNBB, alcanzó a trabajar con el entonces Nuncio Apostólico, Mons. Lombardi a fin de nombrar obispos asesores de la Acción Católica especializada, habituados al método de VER – JUZGAR – ACTUAR. Entonces, el método se usó para sistematizar la acción pastoral y para estructurar los documentos episcopales, tanto a nivel local como regional y nacional.

⁶ Mons. Demetrio Valentini lo anota: “Ella (la Conferencia de Aparecida) quiso retomar, por ejemplo, el método tradicional de “ver – juzgar – actuar”, que había sido abandonado en la conferencia anterior de Santo Domingo. Y no solamente se retomó ese método, sino que se hizo cuestión de explicar en el Documento que se lo retomaba por insistencia venida de casi todos los episcopados de los países de América Latina. El sentido de esa decisión no se limita al mérito de un método de trabajo. Con él, la Conferencia quiso decir más, aun cuando no está explícito: ella concretó uno de sus objetivos mayores, que era el de retomar la caminata de la Iglesia de América Latina, fortaleciendo su identidad propia y superando perplejidades que dificultaban su acción.

Sin embargo, hay que reconocer que en el texto de Aparecida el método permaneció más bien como intención, orientación y esfuerzo no siempre exitoso⁷. En efecto, retomar el método no significó que todos entendieron su alcance. Véase, a título de ejemplo, cómo la realidad anunciada en el texto final de Aparecida no pasapora un análisis estructural; tampoco la acción misionera se liga y responde a los problemas enumerados a lo largo del amplísimo texto de 554 párrafos. En el texto se confundió conocimiento con diagnóstico de la realidad. Ésta es denunciada pero no se va a sus causas estructurales. Además, hay como un malabarismo “conciliador”: en la 3ª redacción de Aparecida, segunda parte, primer capítulo hay lugar para el VER, pero el JUZGAR, ya vino en la parte anterior (¡la primera parte!).

¿Tres o cinco pasos?

La práctica pastoral de las CEBs ha avanzado más que el esquema heredado de la Acción Católica de Cardjin, añadiendo dos pasos nuevos a los tres conocidos: EVALUAR / CELEBRAR.

En Aparecida:

- En el VER – Estuvo en juego la acogida a toda la ciencia moderna; la inculturación, pues para ver “con”, “desde”, “como” es necesario ser judío, griego, romano, latinoamericano, negro, indígena, migrante, mujer, joven, excluido. Se trataba de asegurar que la Iglesia de A.L y el Caribe se diera cuenta del mundo y de la hora en que se encuentra la gente y ella misma, como comunidad de

⁷ Marcelo Barros OSB, lo anota: El Documento de Aparecida retomó el método “ver - juzgar - actuar”, consagrado en Medellín (n. 19 y 20). Quienes leen esta observación que está en el Documento no puede dejar de considerar que, en la continuidad del texto, esta metodología no aparezca claramente. De cualquier forma, el mero hecho de que los obispos hayan optado por este método revela un deseo de dialogar con lo mejor de nuestra historia y es positivo, aún cuando en la práctica, los autores del Documento hayan tenido dificultad para concretar esa opción.

discípulos. Tendría que cuestionarse sobre ¿qué y cómo ver prioritariamente y por qué?

- En el JUZGAR – Lo que dijo la Asamblea, ¿ha sido algo no-negociable, porque está apoyado en dogmas o declaraciones del Magisterio? O MÁS BIEN, es un acercamiento que, aún siendo lo mejor que se ha podido, (por sujetos e instrumentos disponibles), ¿no es una conclusión con valor de evidencia matemática, sino posible de complementaciones ulteriores?
- En el ACTUAR – Las propuestas operativas tendrían que ser respuesta a las urgencias y necesidades mencionadas a lo largo del texto sobre la realidad social y eclesial. Por lo menos se tendría que hacer frente a tres cuestiones básicas: 1. ¿Qué estamos haciendo y confirmando?; 2. ¿Qué aspectos nuevos hay que asumir?; 3. ¿Qué nos toca corregir o pasar a segundo plano? ¿De qué tenemos que pedir perdón?
- En el CELEBRAR – Se confirma hasta dónde el método ha sido asumido en las diferentes manifestaciones de la Asamblea en su espíritu de fiesta, sin barreras, como lo expresaba Clemente de Alejandría: “como en un día de fiesta que no conoce el ocaso”⁸, en la relación entre los participantes y particularmente en la liturgia. Hay que preguntarse si éste ha sido aceptado solamente como manera de escribir un documento, o como dinamismo vital que anima todo lo que se hace: símbolos, estructuras de trabajo, modelos de participación, asambleas, ruedas de prensa, síntesis... hasta el modo de celebrar⁹.
- La EVALUACIÓN cuestiona a los agentes: ¿Cómo la Iglesia se ve a sí misma? ¿Cómo examina críticamente el modelo teológico-pastoral que privilegia (e impone)? ¿Qué decir de la misma V Conferencia General? Como en las

⁸ Stromata, 4.

⁹ ¿Liturgia de obispos con la presencia pasiva del pueblo... o celebraciones capaces de incluir toda la asamblea?

anteriores, hay luces y sombras. Evaluar no es encontrar culpables únicamente, sino antes de todo garantizar el rumbo y con la consecuente participación colegiada.

Reconocemos entre las luces, el asumir el método del “ver – juzgar – actuar”, justificado explícitamente en los números del Documento (19 y 20).

Como interrogante: ¿Con quiénes, cuándo y cómo la V Asamblea dejará de ser texto y será contexto de la Iglesia de América Latina y el Caribe? ¿Cuándo, en el método y globalmente, se hablará abiertamente y sin miedo sobre los desafíos eclesiales que están en la mente y en el corazón de casi todos, pero que siguen siendo silencio oficial?

¿Cómo se ayudará entonces, a aclarar posiciones, a asumir fidelidades? Viviendo el sueño de la catolicidad y unidad de los discípulos misioneros, como lo quiso Jesús (Jn 17, 21), como la clave misionera de su Comunidad.



LA VIDA DE NUESTROS PUEBLOS HOY



Aparecida: entre la memoria y el cambio de paradigma

*Pablo Bonavía**

Los cristianos nos acercamos a la V Conferencia General del Episcopado (VCG) y a su Documento conclusivo (DA) con un interés que va más allá de la investigación histórica o periodística. Aún valorando estos aspectos - también necesarios - nuestra aproximación apunta a un discernimiento creyente de *'lo que el Espíritu está diciendo a las iglesias'* en este tiempo marcado por profundos cambios epocales. Un discernimiento que reconoce en dicho acontecimiento un momento de particular significación en el seguimiento de Jesús por parte de nuestras comunidades.

Esta aproximación creyente tiende a despertar importantes **expectativas** al interior de la comunidad eclesial y en cada uno de nosotros. Expectativas que conviene tener en cuenta pues condicionan la interpretación-valoración que hagamos de la asamblea episcopal y del Documento que produjo. **¿Qué se esperaba de la conferencia de Aparecida como acontecimiento? ¿Qué esperamos nosotros, una vez finalizada la asamblea, de su Documento Final?**

Si repasamos artículos escritos **antes** de la VCG podemos agrupar las expectativas que se habían generado en tres

* Uruguayo. Sacerdote del clero diocesano de Montevideo. Coordinador de Amerindia. Párroco de La Cruz de Carrasco y Profesor de teología en la Facultad de Teología Monseñor Mariano Soler.

categorías. Por un lado se esperaba que la conferencia fuera capaz de **recuperar** la gran tradición eclesial latinoamericana-caribeña que tuvo en la conferencia de Medellín su expresión magisterial original y desencadenante. Por otro se anhelaba que, en vista de las transformaciones producidas en el mundo y en el continente desde Santo Domingo (1992), se pudiera enriquecer y **resignificar** dicha tradición. Por último, no pocos tenían la esperanza de que en Aparecida se pudieran identificar y discernir evangélicamente algunos aspectos de la nueva época que estamos viviendo para **anticipar**, desde la perspectiva de los crucificados de este mundo, los rasgos de una nueva manera de vivir el seguimiento de Jesús que contribuya a configurar un futuro más humano para todos y todas en el seno de nuestra amenazada 'casa común'.

Voces proféticas y sensatas, como la del obispo D. Demetrio Valentini, advertían, sin embargo, que no convenía exagerar las expectativas en un contexto eclesial atravesado por serias limitaciones y con un tipo de asamblea que impone muchas restricciones a una tarea de tamaño complejidad. Decía Don Demetrio: "¿Aparecida dará razón a tantas expectativas? Ciertamente los días de la Conferencia serán pocos para todo esto y el Documento esperado incapaz de responder a todos estos anhelos. Entonces es tanto **más importante entender Aparecida no como un acontecimiento aislado sino como un proceso que ya empezó y que, sin duda, el Documento Final necesita dejar abierto para que continúe y se profundice**"¹.

También a nosotros nos parece importante ubicar el DA en un *proceso eclesial* mucho más amplio, propio de un tiempo caracterizado por la emergencia de un nuevo paradigma civilizatorio, que está obligando a los y las cristianas a replantearse desde la raíz el seguimiento de Jesús. Proceso que será necesariamente largo, no exento de conflictos e incertidumbres, que ciertamente no depende sólo de lo que

¹ D. Demetrio Valentini, *Reflexiones sobre la Conferencia de Aparecida*, Conferencia dictada en la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 7 de febrero de 2007, Introducción.

pueda hacer una conferencia de obispos en menos de 20 días, por importante que sea. Proceso que vuelve a plantear los fundamentos de la existencia cristiana y obliga a redescubrir y poner en juego, una y otra vez, los elementos que podríamos llamar permanentes o ‘meta-paradigmáticos’ de toda tradición que se pretenda fiel a la novedad radical del Evangelio de Jesús. En este camino, hecho posible por la acción del Espíritu, hay una continua interacción entre dos momentos o dos polos que remiten el uno al otro: memoria y adviento. **Memoria y adviento** que se entrelazan y retroalimentan en el proceso de **conversión** personal y comunitaria al seguimiento de Jesús así como en el permanente discernimiento que éste supone.

En tal sentido se puede afirmar de la existencia cristiana lo que los medioevales decían de la teología: ella es ‘ante et retro oculata’. Es decir, la fe se mueve siempre entre dos polos, entre dos miradas que se iluminan recíprocamente. Por un lado la mirada puesta en la memoria, en lo descubierta y des-encadenado por el acontecimiento pascual de Jesús: memoria subversiva reactualizada en la lectura de la Palabra, en los sacramentos y en el testimonio de conversión de los cristianos. Por otro, la mirada puesta en lo nuevo, en lo que adviene, en la iniciativa de Dios que viene del futuro y se hace presente ya hoy bajo la forma de signos anticipatorios. Son dos aspectos que no se suman como datos exteriores el uno al otro sino que se iluminan e interpretan mutuamente: la memoria se conserva viva para discernir –y configurar– lo nuevo y, a su vez, lo nuevo es posible porque asume y dinamiza lo desencadenado en el acontecimiento pasado².

Desde esta perspectiva, que pretende ser radical, afirmamos: para comprender lo que dio de sí o, mejor aún, *lo que está*

² Entrelazado con esta dialéctica de memoria y adviento se halla otro aspecto de la existencia cristiana que Leonardo Boff, llama la dinámica ‘*intra et extra oculata*’. La vida del creyente tiene una mirada dirigida hacia la acción del Espíritu en lo más hondo de su existencia personal y, simultáneamente, otra enraizada en el advenimiento del Reino en el seno de la historia compartida con los demás. Cf. L. Boff, *Teologia sob o signo de transformação*, en Luiz Carlos Susin (org.), *O Mar se abriu*, ed. Loyola, 2000, São Paulo, Brasil, p.233-34.

llamada a dar de sí, la conferencia de Aparecida conviene analizar qué logró en términos de *recuperación, resignificación y anticipo* en el seno de la tradición eclesial latinoamericana y universal. Y hemos de hacerlo intentando descubrir en este evento la voz y la fuerza del Espíritu que es quien nos permite asumir con compromiso e imaginación la aventura de seguir a Jesús, en medio de nuestras limitaciones y contradicciones, para que la novedad del Reino de Dios no sólo acontezca sino que sea la perspectiva desde la que configuramos el futuro, ese ‘otro mundo posible’ según el proyecto de Dios.

1. Lo que Aparecida recuperó

Son varios, y de gran importancia, los aspectos de la tradición eclesial latinoamericana que han sido **recuperados** en la V Conferencia. Algo que se percibe con mayor relieve si no aislamos el Documento Final del contexto que acompañó la preparación y realización de la asamblea episcopal leída como ‘acontecimiento’. En este sentido queremos subrayar la recuperación de un clima de sencillez, apertura y cordialidad que había caracterizado al ejercicio del ministerio episcopal en América Latina y el Caribe a partir del Concilio Vaticano II. Clima que se logró mantener a lo largo de todo el proceso preparatorio y durante la conferencia misma y que supuso dejar atrás posturas puramente defensivas, temerosas y aún claramente autoritarias que últimamente se habían tornado habituales en ciertos ambientes eclesiásticos. Hay que reconocer a las autoridades del CELAM el esfuerzo por superar prejuicios ya instalados y el valor de convocar en este proceso a personas de distintas corrientes espirituales y teológicas a una búsqueda humilde, realista, y plural para afrontar una realidad cuyos cambios y creciente complejidad desafían hasta sus mismas raíces la experiencia de fe de los cristianos.

En ese clima, que fue posible mantener gracias a la actitud responsable y dialogante de muchos participantes, reaparecieron con fuerza imprevista aspectos fundamentales de la tradición latinoamericana-caribeña. Reparición inesperada sobre todo si tenemos en cuenta el ‘Documento de Participación’ que

dio comienzo al proceso de consulta previo y que reflejaba la perspectiva 'deductivista' predominante desde la Conferencia de Santo Domingo en 1992. Entre ellos hay que subrayar *el método ver-juzgar-actuar* (DA 19), *la opción preferencial por los pobres* (DA 391-398), la inseparable unidad entre seguimiento de Jesús y el compromiso por la *justicia social* (DA 384-385), incluyendo un llamado a crear *estructuras sociales* 'que consoliden un orden social, económico y político en el que no haya inequidad y donde haya posibilidades para todos' (DA 384), la importancia de las *iglesias locales* (DA 166, 169, 182), las *comunidades eclesiales de base* colocadas como espacio de comunión eclesial junto con la diócesis y la parroquia y reasumidas, con Medellín como 'célula inicial de estructuración eclesial y foco de evangelización' (DA 178-179), la importancia dada a *la Palabra de Dios y su lectura orante como fuente de espiritualidad y discernimiento* que debe animar toda la vida de la Iglesia (DA 248).

Todos estos puntos, que apuntan a lo más original de la tradición cristiana en nuestro continente, han sido definitivamente recuperados en Aparecida. Algo que tiene especial valor pues supone retomar un camino que había perdido fuerza y contornos en los últimos años ante la ausencia de pronunciamientos claros por parte de la jerarquía. Más aún: se retoma el camino en medio del notable cambio del contexto socio-cultural procesado en los casi 30 años transcurridos desde la conferencia de Puebla (1979). Y no como consecuencia de una improvisación sino respondiendo a 'muchas voces venidas de todo el continente', como dice el párrafo en el que se propone retomar el método ver-juzgar-actuar (DA 19).

Este párrafo 19 resulta, sin embargo, representativo de un aspecto más general que caracteriza al Documento emanado de la V Conferencia, algo que refleja su valor pero, también, sus limitaciones. Se trata de la desproporción, y aún incoherencia, entre lo que proclaman con contundencia algunos textos puntuales y la arquitectura general del DA. En este caso del método ver, juzgar, actuar se proclama la necesidad de '*articular*' a) la perspectiva creyente de ver la

realidad con b) su valoración crítica a partir de criterios tanto de la fe como de la razón, con, finalmente, c) el actuar de los discípulos y misioneros de Jesucristo. Pues bien, el propio DA, sea por la diversidad de perspectivas entre los redactores, por la urgencia de llegar a conclusiones o por la ausencia de una metodología adecuada, termina yuxtaponiendo más que retroalimentando los distintos momentos del discernimiento. Queda proclamada la necesidad de retomar esta metodología en nuestro discernimiento comunitario y pastoral: pero eso lo deberemos asumir responsablemente en cada una de nuestras iglesias locales y sus respectivas instancias comunitarias.

2. **Aparecida también ‘resignificó’**

La fidelidad al camino recorrido en los últimos decenios por la Iglesia latinoamericana-caribeña no puede reducirse a la mera *recuperación* de contenidos y métodos, por importantes que sean. En una realidad que cambia rápidamente y revela cada vez más su enorme complejidad, la fidelidad implica también *releer, enriquecer, resignificar* dicha tradición a la luz de los nuevos aportes, desafíos y lenguajes que surgen de la experiencia actual. ¿La V Conferencia y el DA dieron este paso?

Aquí la respuesta es más matizada. No creemos que un sí o un no tajantes den cuenta de lo que realmente sucedió. Preferimos afirmar que lo que se logró en el DA fue poner algunas bases para el proceso de ‘resignificación’ de la memoria creyente latinoamericana-caribeña que ha de procesarse a nivel de la iglesia continental y en cada una de nuestras iglesias locales. Creemos que muchos de los participantes de la asamblea de Aparecida hicieron un esfuerzo considerable en este sentido, pero el resultado obtenido fue más bien limitado.

Sin embargo, hay una cuestión fundamental de nuestra tradición que sí aparece recontextualizada: **la opción preferencial por los pobres**. Para un estudio profundo de la cuestión remitimos al excelente artículo de Gustavo Gutiérrez en este mismo libro, pero acá señalamos al menos algunos puntos que avalan nuestra afirmación. Son aspectos que el

DA supo recoger del proceso eclesial de los últimos 25 años en el que, más allá de conocidas fragilidades y aún retrocesos, se ha desencadenado una fecunda retroalimentación entre la práctica social, la experiencia espiritual y la reflexión teológica de muchos cristianos. Algunos de estos aspectos que parecen claramente asumidos por el DA son:

- a) El rol determinante que juega la *lógica del mercado*: no sólo concentra el poder y la riqueza sino que se impone como 'valor regulador' de todas las relaciones humanas (DA 45,46, 61,62).
- b) La *profundización y diversificación de los 'rostros'* de personas que claman desde la pobreza y la exclusión tal como aparece en varios textos (DA 65, 393, 402 y toda la sección que va del 407 al 430). Entre esas personas aparecen los migrantes, desplazados, niños y niñas sometidos a la violencia y obligados a vivir y trabajar en la calle, tóxico-dependientes, presos recluidos en condiciones inhumanas, los excluidos por su analfabetismo tecnológico. Ellos son 'los otros' de nuestra sociedad: menospreciados e invisibilizados por el sistema y por nosotros mismos en cuanto nos dejamos dominar por él (cf. DA 89).
- c) La dimensión '*relacional*' e *intersubjetiva* implicada en la opción preferencial por los pobres para que no se limite a una consideración económica, política o estratégica ni tampoco puramente emotiva. La relación con las personas y los grupos pobres ha de incluir actitudes de involucramiento personal tales como: elegirlos para compartir nuestro tiempo, escucharlos, acompañarlos en los momentos difíciles, cultivar su amistad, apreciar desde dentro sus valores, reconocer su inmensa dignidad, defender sus derechos, acompañar y promover de múltiples maneras su '*hacerse sujetos*' (DA 397 y 398).
- d) El *fundamento cristológico* de la opción. Fundamento absolutamente decisivo pues implica reconocerla como 'no opcional' para los cristianos. Aquí el DA recoge la contundente afirmación de Benedicto XVI en el discurso

inaugural de la V Conferencia: 'la opción por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza' (DA 392). Por eso se señala tajantemente que 'todo lo que tenga que ver con Cristo tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo' (DA 393).

- e) Su carácter contracultural nos obliga a *no dar dicha opción por descontada*, a asumirla una y otra vez 'a contrapelo' de las presiones sociales y las inercias personales. Sólo así podrá transformarse en una 'actitud permanente' contra la tendencia a defender demasiado nuestros espacios de privacidad y a contagiarnos del consumismo individualista reduciendo esta opción a un plano teórico sin incidencia en nuestros comportamientos y decisiones (DA 397). En este sentido hay un llamado a *revertir la falta de fidelidad a esta opción por parte de muchos cristianos 'constructores de la sociedad'* que tienen especiales responsabilidades políticas, económicas y culturales (DA 501).
- f) Precisamente esa necesidad de realimentar dicha opción implica asumir que ella ha de *atravesar todas nuestras estructuras y prioridades eclesiales*: más aún, los obispos se comprometen a trabajar para que la Iglesia toda sea compañera de camino de nuestros hermanos más pobres incluso hasta el martirio (DA 396 y 508).

3. Aparecida y el cambio de paradigma

Recuperar y resignificar estos aspectos fundamentales de la memoria cristiana latinoamericana era un servicio que muchos consideraban necesario e impostergable en este momento de nuestro caminar como comunidad creyente. Pero no constituía un fin en sí mismo. Era el paso previo para la operación realmente decisiva: discernir los desafíos de un cambio de época que ya se está procesando entre nosotros y esbozar como Iglesia continental una respuesta profética, fiel y creativa.

¿Logró hacerlo la conferencia de Aparecida? Si esperábamos que el DA fuera a presentar, ya constituido, un nuevo modelo

de presencia evangelizadora que diera una respuesta madura al conjunto de retos que caracterizan al cambio de época que estamos viviendo, la respuesta es negativa. Quien vaya a buscar eso a nuestro texto saldrá desilusionado. Quizás tendrá que preguntarse si es realista pedir tamaña empresa a una reunión con las características que tenía esta conferencia en el contexto eclesial en que vivimos. Podríamos incluso preguntarnos si, aún en el caso de ser viable, hubiera sido positivo para el caminar de nuestras comunidades que algo así hubiera sucedido. Si no habría significado poner en práctica una metodología pastoral concebida ‘de arriba abajo’ que no recoge ni estimula el compromiso creativo de nuestras iglesias locales y de sus comunidades más pequeñas.

Lo que sí encontramos a lo largo del DA es la emergencia de algunos aspectos muy característicos de lo que hoy suele reconocerse como el ‘cambio de época’ que estamos viviendo. Y del **nuevo paradigma** que parece configurarlo. Son elementos todavía dispersos, que despuntan aquí y allá en forma inorgánica, sin afectar la perspectiva general del texto. Pueden parecer poca cosa, pero con ellos al menos se comienzan a dar pasos hacia una iglesia continental que sea cada vez más dócil a lo que el Espíritu le dice en estos tiempos. Esos elementos son los que me propongo exponer brevemente a continuación como primera aproximación a una cuestión que deberá ser asumida y proseguida.

- a. Lo primero que los obispos reconocen es que, *en medio de procesos de exclusión que no sólo permanecen sino que se agudizan* como consecuencia de un modelo económico excluyente y depredatorio (DA 61, 62, 69, 84, 86), vivimos un tiempo de grandes cambios, un verdadero **cambio de época** (DA 44) que afecta profundamente la vida de nuestros pueblos (DA 16, 20, 33, 479). Cambios, que, a diferencia de los producidos en otros tiempos, tienen un alcance *global* y afectan al mundo entero (DA 34) generando no pocas veces desorientación entre los católicos (DA 480). Son transformaciones que tienen que ver, sobre todo, con *lo cultural* (DA 44), e interpelan fuertemente a la iglesia en orden a discernir los signos de

los tiempos para ponerse al servicio del Reino de Dios anunciado por Jesús (DA 33) en el mundo de hoy. Quizás los textos más explícitos en este sentido sean los que aparecen en los Nos. 479 y 480:

“Sin embargo el patrimonio cultural latinoamericano y caribeño se ve confrontado con la *cultura actual*, que presenta *luces y sombras*. Debemos considerarla con *empatía* para entenderla, pero también con una postura crítica para descubrir lo que en ella es fruto de la limitación humana y del pecado. Ella presenta *muchos y sucesivos cambios*, provocados por nuevos conocimientos y descubrimientos de la ciencia y de la técnica. De este modo, *se desvanece una única imagen del mundo que ofrecía orientación para la vida cotidiana*. (479) Los obispos son enfáticos en señalar que *‘el anuncio del Evangelio no puede prescindir de la cultura actual: ésta debe ser conocida, evaluada y en cierto sentido asumida por la Iglesia, con un lenguaje comprendido por nuestros contemporáneos. Solamente así la fe cristiana podrá aparecer como realidad pertinente y significativa de salvación. Pero, esta misma fe deberá engendrar modelos culturales alternativos para la sociedad actual. Los cristianos, con los talentos que han recibido, talentos apropiados deberán ser creativos en sus campos de actuación: el mundo de la cultura, de la política, de la opinión pública, del arte y de la ciencia’* (480).

- b. Uno de los ingredientes característicos de dicha cultura es la conciencia de que la humanidad ha entrado en **la fase planetaria** de su experiencia histórica y de su autocomprensión. Es decir: el paso de una concepción del mundo ligada a culturas, naciones y estados a otra ligada al planeta Tierra y a la humanidad en su conjunto. La nueva conciencia planetaria implica asumir que vivimos en una *casa común* con grandes riquezas pero también con claras limitaciones y que formamos parte de una *única familia humana*, enraizada, a su vez, en la inmensa *biosfera*. Como consecuencia del proceso de globalización esta gran familia vive ahora en una

inédita *proximidad* y creciente *interdependencia* entre pueblos, regiones y culturas diferentes. Y entre éstas y la naturaleza.

Aquí vale la pena citar enteros un par de números especialmente lúcidos e integradores de esta nueva perspectiva que, además, se reconoce como parte del patrimonio tradicional de los pueblos originarios de nuestro continente:

“Con los pueblos originarios de América, alabamos al Señor que creó el universo como espacio para la vida y la convivencia de todos sus hijos e hijas y nos los dejó como signo de su bondad y de su belleza. También la creación es manifestación del amor providente de Dios; nos ha sido entregada para que la cuidemos y la transformemos en *fuerza de vida digna para todos*. Aunque hoy se ha generalizado una mayor valoración de la naturaleza, percibimos claramente de cuántas maneras el hombre amenaza y aun destruye su ‘hábitat’. *“Nuestra hermana la madre tierra” es nuestra casa común y el lugar de la alianza de Dios con los seres humanos y con toda la creación. Desatender las mutuas relaciones y el equilibrio que Dios mismo estableció entre las realidades creadas, es una ofensa al Creador, un atentado contra la biodiversidad y, en definitiva, contra la vida. El discípulo misionero, a quien Dios le encargó la creación, debe contemplarla, cuidarla y utilizarla, respetando siempre el orden que le dio el Creador*” (DA 125).

Por eso “la mejor forma de respetar la naturaleza es promover una ecología humana abierta a la trascendencia que respetando la persona y la familia, los ambientes y las ciudades, sigue la indicación paulina de *recapitular todas las cosas en Cristo* y de alabar con Él al Padre (cf. 1Cor 3, 21-23). El Señor ha entregado el mundo *para todos*, para los de las generaciones presentes y futuras. El destino universal de los bienes exige la solidaridad con la generación presente y las futuras. Ya que los recursos son cada vez más limitados, *su uso debe estar regulado*

según un principio de justicia distributiva respetando el desarrollo sostenible” (DA 126).

Se nos propone aprender a contemplar y cuidar la creación “como casa de todos los seres vivos y matriz de la vida del planeta” (DA 474 a) y a la naturaleza como “una herencia gratuita que recibimos para proteger” (DA 471) Pero sin ingenuidades ni evasiones líricas se nos advierte que esta herencia se manifiesta muchas veces *frágil e indefensa ante los poderes económicos y tecnológicos que impulsan con frecuencia una explotación irracional*. En ello “*tiene una enorme responsabilidad el actual modelo económico que privilegia el desmedido afán por la riqueza por encima de la vida de las personas y los pueblos y del respeto racional de la naturaleza*” (DA 473). Y por eso exhorta a que en “*las intervenciones sobre los recursos naturales no predominen los intereses de grupos económicos que arrasan irracionalmente las fuentes de vida en perjuicio de naciones enteras y de la misma humanidad*” (DA 471).

Esta nueva realidad nos coloca en un contacto más inmediato con la diversidad de nuestro mundo y por eso mismo conduce a una disyuntiva de la que dependerá la sobrevivencia misma del género humano. En efecto, la planetarización puede ser la oportunidad para crear una unión y solidaridad más estrechas a niveles regionales y a nivel mundial, o hará todavía más dramáticas el empobrecimiento, la exclusión y las injusticias que enfrenta la humanidad y nuestro continente (cf. DA 522). América Latina, en concreto, es un ejemplo de esta contradicción dolorosa: por un lado posee múltiples factores de unidad, pero, por otro “*se trata de una unidad desgarrada porque atravesada por profundas dominaciones y contradicciones, todavía incapaz de incorporar en sí ‘todas las sangres’ y de superar la brecha de estridentes desigualdades y marginaciones*” (DA 527).

- c. Se trata de un segundo aspecto del nuevo paradigma que puja por abrirse camino en medio de la crisis de la modernidad occidental: el reconocimiento de la

alteridad como mediación de la propia identidad y de todo auténtico crecimiento en humanidad. Occidente ha tenido una particular dificultad en asumir la realidad de los 'otros': no en vano la conquista y colonización de América fue definida precisamente como un '*otricidio*'. La cultura occidental ha defendido su identidad a través de la destrucción o menosprecio de lo diferente y su espíritu colonialista ha quedado al descubierto por los métodos utilizados, en clara contradicción con lo que proclamaba era su identidad. Hoy en cambio hay un desafío fundamental que es concebir la alteridad en la igualdad, el ubicar las diferencias como una riqueza superando relaciones de sometimiento, invisibilización, subordinación o menosprecio. Generando cooperación en vez de competencia. Esta manera positiva de vivir la alteridad afecta todos los niveles de la vida humana: la relación entre etnias y culturas, el vínculo mujer-varón, adulto-joven, saber académico-saber popular, Estado-sociedad civil, el diálogo entre religiones, la misma relación de la humanidad con la naturaleza. En todos estos niveles se trata de que el 'poder-con' el otro vaya ganándole terreno al 'poder-sobre' él.

En el desarrollo de la V Conferencia esta 'alteridad' se abrió camino sólo gradualmente y no sin dificultades. Se trata de algo que afecta en profundidad demasiados aspectos de nuestra realidad social, cultural y religiosa como para que pueda asumirse rápidamente y sin generar desconcierto y, a veces, dolorosas rupturas. El DA recoge en forma todavía inorgánica esta perspectiva pero sus textos tienen el valor de abrir posibilidades para un desarrollo futuro. Es sintomático que la terminología del '*otro*' y la asunción del paradigma de la alteridad aparezca explícitamente en relación a las culturas de los pueblos originarios y afroamericanos: "Los indígenas y afroamericanos son, sobre todo, 'otros' diferentes, que exigen respeto y reconocimiento. La sociedad tiende a menospreciarlos, desconociendo su diferencia. Su situación social está marcada por la exclusión y la pobreza" (DA 89). Y por

eso “están amenazados en su existencia física, cultural y espiritual; en sus modos de vida, en sus identidades; en su diversidad; en sus territorios y proyectos pues la globalización económica y cultural pone en peligro su propia existencia como pueblos diferentes” (DA 90).

Cabe destacar que en el DA el reconocimiento, la alteridad no es algo otorgado unilateralmente por parte de algunos: son los propios pueblos discriminados quienes asumen su ser diferentes y generan el reclamo de ‘descolonizar’ las prácticas y las mentalidades de todos para desocultar los valores propios de las diferentes culturas sin subordinaciones de ningún tipo. Generando el diálogo y las relaciones interculturales que a todos enriquecen. “La historia de los afroamericanos ha sido atravesada por una exclusión social, económica, política y, sobre todo, racial, donde la identidad étnica es factor de subordinación social. Actualmente, son discriminados en la inserción laboral, en la calidad y contenido de la formación escolar, en las relaciones cotidianas y, además, existe un proceso de ocultamiento sistemático de sus valores, historia, cultura y expresiones religiosas. En algunos casos, permanece una mentalidad y una cierta mirada de menor respeto acerca de los indígenas y afroamericanos. De modo que, descolonizar las mentes, el conocimiento, recuperar la memoria histórica, fortalecer espacios y relaciones interculturales, son condiciones para la afirmación de la plena ciudadanía de estos pueblos” (DA 96). Así es que “los movimientos por la recuperación de las identidades, de los derechos ciudadanos y contra el racismo, los grupos alternativos de economías solidarias, hacen de las mujeres y hombres negros sujetos constructores de su historia, y de una nueva historia que se va dibujando en la actualidad latinoamericana y caribeña. Esta nueva realidad se basa en *relaciones interculturales donde la diversidad no significa amenaza, no justifica jerarquías de poder de unos sobre otros, sino diálogo desde visiones culturales diferentes, de celebración, de interrelación y de reavivamiento de la esperanza*” (DA 97).

Esta perspectiva de la alteridad aparece también, implícitamente, en la decisión de incluir entre las personas cuyos rostros reflejan el de Cristo no sólo a los marginados por razones económicas sino también a *migrantes, desplazados, refugiados, desocupados, tóxicodependientes, personas con capacidades diferentes, portadores de enfermedades graves y VIH-Sida* (DA 65 y 402 y la sección 407-430). También ellos son ‘otros’ menospreciados e invisibilizados.

- d. El mencionado paradigma surge con mayor evidencia en los capítulos que tratan de la dignidad y participación de las *mujeres* (DA 451-457) y los *varones* (DA 459-462). Pero lo he dejado para el final porque allí se da otro paso que me parece vale la pena subrayar como íntimamente vinculado a la alteridad y también constitutivo del nuevo paradigma epocal: **la reciprocidad**. En efecto, el DA no se limita a decir que el varón y la mujer se complementan: la sola afirmación de la complementariedad podría entenderse como una suma de capacidades específicas que se han desarrollado independientemente y que luego se agregan en forma meramente extrínseca. Se afirma reiteradamente que la relación entre la mujer y el varón es de reciprocidad (DA 452, 457, 459) y que por tanto lo específico de cada uno se reconoce y crece a través de un mutuo intercambio que “les permite reconocer más nítidamente *su propia identidad*” (DA 459).

Este criterio de reciprocidad no aparece invocado con tanta claridad en lo referido a otros escenarios en los que se ponen en juego relaciones entre personas o grupos no sólo con perfiles e intereses diversos sino muchas veces contrapuestos entre sí. Sí está presente, aunque en forma apenas implícita, en varios textos referidos al *diálogo* entre etnias, culturas y religiones - por ejemplo en DA 95 y 228 que impulsan el diálogo intercultural, interreligioso y ecuménico - pero queda, también acá, la necesidad imperiosa de su ulterior profundización. Profundización y desarrollo que deberán procesarse en los distintos niveles de construcción de ciudadanía y de experiencia creyente de las comunidades cristianas en el continente.

4. A modo de conclusión

Planetarización – alteridad – reciprocidad. Tres ángulos correlativos del ‘nuevo paradigma’ que hoy se abre camino en este desafiante cambio epocal que nos ha tocado vivir. Tres dimensiones que el DA recoge con desigual fuerza y profundidad y que apunta a recapitular desde la categoría de ‘comunidad’ o, mejor aún, de ‘comunidad en la diversidad’ propia del misterio trinitario. Una perspectiva alentadora, sin duda. Pero ella requerirá liberar previamente a la categoría de comunidad de connotaciones unilateralmente institucionales, jurídicas y aún ‘subordinacionistas’ –para decirlo en términos trinitarios– con que muchas veces se plantea. Liberación que sólo será posible si se relea la ‘comunidad’ a la luz del criterio fundante para los cristianos: la radical novedad de la *praxis histórica de Jesús* que lo llevó a morir en la cruz y a resucitar como primogénito. Praxis jesuánica que está casi totalmente ausente en el DA y que, en la nueva etapa del ‘proceso Aparecida’, tendremos que rescatar ya que lo ‘recuperado’ por la V Conferencia no incluye este aspecto central de la tradición espiritual y teológica latinoamericana de los últimos decenios.



Pluralismo cultural y pluralismo religioso

*J. B. Libanio**

El pluralismo cultural y religioso se impone de manera clara e indiscutible. Los medios de comunicación están llenos todos los días con noticias de todo el mundo que muestran tanto la variedad cultural como los conflictos entre culturas, etnias, religiones. En América Latina y el Caribe salta a la vista la pluralidad de tradiciones indígenas, afroamericanas y europeas. Somos pueblos de muchas etnias, culturas y religiones.

1. El itinerario de las redacciones

Desde los primeros borradores del Documento, la V Conferencia de Aparecida señalaba tal hecho. Primero, el “contexto de pluralismo religioso” se le apareció como el

* (1932) Formado en Filosofía, Lenguas Neolatinas y Doctorado en Teología (Frankfurt y Roma). Profesor de teología en la facultad jesuita de Filosofía y Teología (CES/ISI) de Belo Horizonte. Miembro fundador del equipo de teología de la CRB-Nacional; Primer Presidente de la Sociedad de Teología y Ciencias de la Religión (SOTER); Asesor de Intereclesiais de CEBs. Vice párroco en Vespasiano. Ex miembro de COEP de UFMG. Algunas obras recientes: Concilio Vaticano II, São Paulo, Loyola, 2005; Qual o caminho entre o crer e o amar? São Paulo, Paulus, 2005, 2ª. Edição; Como saborear a celebração eucarística? São Paulo, Paulus, 2005, 2ª. Edição; Qual o futuro do Cristianismo? São Paulo, Paulus, 2006. Os carismas na Igreja do Terceiro Milênio. Discernimento, desafios e práxis, São Paulo, Loyola, 2007.

causante de la crisis de la identidad cristiana y como urgencia de una fe consciente y vivida. En términos muy simples, cuanto más pluralismo religioso, tanto más necesitamos conocer y vivir con conciencia explícita nuestra fe cristiana. Por eso, el pluralismo cultural fue percibido en la primera versión como responsable de la necesidad de opciones personales debido a la “dictadura del relativismo” que él, por medio de la cultura global, ejerce.

Prosiguiendo la reflexión, los obispos distinguirán en el “nuevo pluralismo religioso” de nuestro continente la diversidad de los que creen y pertenecen a otras iglesias, comunidades eclesiales y grupos cristianos o pseudocristianos. Y sentirán en la piel la dificultad del diálogo ecuménico con todos ellos.

Yendo más a fondo en la problemática, en la tercera redacción los obispos volvieron a la cuestión del lenguaje que se usa en la catequesis, en la pastoral. ¿Será que nuestro modo de hablar no se revela poco significativo para la cultura actual y, sobre todo, para los jóvenes? Quizá no tengamos suficiente conciencia del cambio en el tipo de lenguaje usado en estos tiempos posmodernos, marcados por un amplio pluralismo social y cultural. Los cambios han vuelto difícil la transmisión de la fe por la familia y la sociedad. Y no se ve que la Iglesia participe realmente en la producción de la cultura, en especial en el mundo universitario y de los medios de comunicación.

En la última versión, la oficial, el texto avanza aún más. Continúa apuntando hacia el pluralismo como desafío y problema, pero percibe también en él una posibilidad nueva de inculturación de la fe de la Iglesia, enriqueciéndola con nuevas expresiones y valores, expresando y celebrando cada vez mejor el misterio de Cristo. De esta manera, la fe se une más íntimamente a la vida, adquiriendo una “catolicidad” —en el sentido etimológico de universal— más plena, no sólo geográfica, sino además cultural.

Se demanda del cristiano una doble actitud frente al pluralismo cultural moderno y posmoderno: empatía y postura crítica. La empatía implica una actitud primera de apertura, de aproximación, de benevolencia en el espíritu, de encontrar en

el pluralismo elementos positivos, entresacando del cascajo pepitas de oro. La posición crítica, por su parte, nos defiende de la ingenuidad y la propaganda que presenta todo lo nuevo como avance.

El Documento continúa la reflexión. El pluralismo revela las muchas y sucesivas transformaciones del momento actual, fruto del avance de los conocimientos humanos y los descubrimientos científicos y tecnológicos. Si midiésemos los conocimientos en kilos de papel, hoy cargaríamos toneladas, mientras nuestros antepasados apenas disponían de algunos kilos. Quien se ha acostumbrado a la Internet y frecuenta el buscador *Google* u otro semejante, se asombra con los infinitos archivos disponibles. El nivel de información sobrepasa cualquier imaginación e inteligencia. Todo eso repercute en nuestra concepción del pluralismo cultural.

La capacidad crítica se torna absolutamente importante frente a tanta oferta. En el antiguo interior de nuestros países, alguien iba a una tienda o almacén y rápidamente compraba un jaboncillo. Allí sólo había un tipo de jabón y no tenía manera de escoger. Hoy, en cambio, alguien entra en un inmenso supermercado y se topa con decenas de jabones. ¿Qué hacer? Requiere de criterios de escogencia: precio, marca, aroma, etc. Un fenómeno semejante acontece frente al pluralismo cultural. El Documento de Aparecida insiste al respecto. Ante tanta oferta cultural y religiosa, el cristiano asume “la responsabilidad de construir su personalidad y plasmar su identidad social”.

Cerrando la reflexión, el Documento prosigue. El pluralismo cultural revela un doble movimiento en tensión. Se relaciona con la emergencia de la valoración del sujeto, de la libertad, la dignidad y la conciencia personal. Verdadera conquista de la humanidad. De otro lado, ese mismo pluralismo cultural y religioso, navegando en la cultura globalizada y mediática, traviste el valor innegable del descubrimiento del valor de la persona humana en individualismo. En vez de reconocer la dignidad inalienable de la persona humana, el individualismo la erige como realidad absoluta en detrimento de la ética y

la relación humana, generando principalmente la crisis de la familia.

2. Pautas pastorales

Hasta aquí hemos acompañado la evolución de las redacciones. ¿Y qué consecuencias pastorales nos ofrece tal enseñanza? ¿Cómo en la práctica de la vida cristiana personal, comunitaria y social viviremos el pluralismo cultural y religioso? Varios pasos.

2.1 Entender el origen

Frente a cualquier anomalía orgánica, el médico, antes de prescribir algún remedio, se detiene en el diagnóstico. ¿De qué se trata y cuál es la causa? Entonces: ¿qué es realmente el pluralismo cultural y religioso?

A primera vista, parece ser una realidad de siempre. Dejando de lado los millones de años de los que carecemos de noticia histórica, la cultura escrita muestra ya desde los inicios pluralidad de imperios, de lenguas. El Antiguo Testamento nos narra el mito de la Torre de Babel, que permite dos interpretaciones muy diferentes. Literalmente, el pluralismo de lenguas es un castigo de Dios por la arrogancia humana de querer construir una torre que alcanzara el cielo. O, como se prefiere hoy, la pluralidad de lenguas va en la línea del proyecto de Dios de la libertad humana ante la pretensión de que una única lengua y cultura dominen a todos. Independientemente de la interpretación, el texto bíblico refleja la existencia de la pluralidad cultural.

No obstante, hay una novedad en el pluralismo que se inicia en los tiempos modernos. Y esa novedad desafía fuertemente la fe cristiana. La cultura manifiesta la capacidad del ser humano de tomar distancia de la naturaleza propia y circundante y darle significado, modificarla. El animal con hambre busca comida. El ser humano con hambre inventa la refacción. Comer es algo natural, hacer una refacción, es algo natural-cultural. Ahí está la diferencia. La cultura es, por tanto, el universo de símbolos, significados, representaciones,

imaginaciones, instituciones que el ser humano crea para la doble finalidad de desarrollarse personalmente y vivir socialmente con otros.

Mientras la humanidad vivió bajo la mirada de un soberano humano o divino, las personas se sentían dependientes de él. La pluralidad de culturas no producía el efecto de división, de desgarramiento personal, de fragmentación. Porque cada uno se percibía todo él dentro de su cultura. El pluralismo, en la práctica, no afectaba como factor de división, de crisis interna, de ruptura. La Modernidad desplaza la experiencia de vivir bajo una mirada externa humana o divina hacia el interior de cada persona, su conciencia, libertad, valor individual. Ahora ella no solamente quiere escoger el mundo bajo el cual quiere vivir, sino dentro de este mundo aquello que le place, conviene, agrada, desea. Éste es el pluralismo actual. Divide el interior de la persona. Pone en crisis aquella fe que existía tranquila al lado de otras, porque estaba entera en la Iglesia o religión en que vivía. Ahora, la proximidad de las culturas y de otras denominaciones religiosas, cristianas o no, cuestiona al fiel. Se siente atraído a experimentar, a cambiar de religión. Volviendo al ejemplo de la tienda del interior. Nadie pensaba en experimentar otro jaboncillo, sino que simplemente compraba el que existía en el almacén. En el supermercado, por el contrario, es tentado a escoger y variar la compra. Luego, el origen nuevo del pluralismo es el descubrimiento de la propia libertad, de la capacidad de escoger, del deseo de experimentar cosas nuevas.

2.2 *Discernir la propia fe en ese nuevo contexto*

El elemento positivo de tal situación orienta la dirección principal del Documento de Aparecida. Él ya no apuesta más a la fe cristiana sólo porque los cristianos viven bajo una única mirada cultural cristiana. Constata que por ese camino no se conserva la fe católica. Entonces apunta, de modo positivo, al nuevo camino. El cristiano necesita hacer una experiencia personal del Encuentro con Cristo. Y de ese encuentro resulta la convicción firme y alegre de seguirlo —ser discípulo—, y después él se entusiasma al punto de anunciar este Cristo a los

otros. Continuemos con la comparación del supermercado. Es como si alguien comprase algo que realmente le gustó y le hiciese bien. En adelante siempre comprará la misma cosa. Es evidente que el nivel de experiencia es totalmente otro. En la compra, estamos ante una cosa de la que gustamos. Aquí nos encontramos ante una persona con quien nos vinculamos, nos comprometemos.

Y el lado negativo del pluralismo. Proviene de la falta de la experiencia profunda y existencial. En este caso la persona se halla desgarrada por tantas ofertas, que vaga de religión en religión, de iglesia en iglesia, pues cada una de ellas se presentará con toda su fuerza seductora. Ahora sí, casi vale la comparación del supermercado. Las propuestas religiosas se visten, a menudo, con la ropa de la propaganda y se tornan cosas.

2.3 *Enfrentar creativamente tal situación*

Ante tal contexto, ¿qué hacer? La experiencia pastoral ha mostrado que por la vía autoritaria de mandamientos, de obligaciones pesadas y forzadas, ya no se avanza. Una Iglesia centrada en ella misma, en la parte institucional, no tiene futuro. El camino se abre por la vía de la comunidad de base, donde las personas viven la fe ayudándose mutuamente. Por otra parte, el Documento señala hacia ellas al decir que la “Gran Misión Continental” encuentra en las comunidades eclesiales de base no sólo un signo de vitalidad de la Iglesia, sino también un punto de partida válido, revitalizando las parroquias por dentro. Traduciendo en otras palabras: una Iglesia como red de comunidades de base tiene más oportunidad de responder al pluralismo, porque las personas viven en su interior la dimensión personal y comunitaria. Y las comunidades de base, articuladas entre sí, brindan la consistencia necesaria para ser Iglesia en términos de catolicidad.



La globalización en el Documento de Aparecida

*Pedro A. Ribeiro de Oliveira**

Introducción

La interpretación de documentos como éste, elaborados en el transcurso de una asamblea, conferencia o congreso, requiere un cuidado especial en el sentido de tomar en cuenta que ellos conforman un género literario propio, pues deben reunir las más diferentes contribuciones para obtener un grado de consenso que asegure su legitimidad. Por esta razón, un documento final será una composición heterogénea que incluye contribuciones muy diversas y hasta discrepantes. En este caso vale la metáfora de la colcha de retazos que por el reverso son cosidos sobre un forro. Así como es el tejido del forro el que da unidad y resistencia a la colcha, es el sustrato teórico-metodológico el que unifica el conjunto de contribuciones en este género de documentos.

En el caso del Documento Final de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño, cabría bien la metáfora de la colcha de retazos cosida sobre un tejido inadecuado, porque le falta un sustrato metodológico capaz de dar consistencia al conjunto. Habiendo la Comisión de Redacción rechazado el método *ver, juzgar y actuar*, las contribuciones hechas por la conferencia fueron cosidas

* PPG en Ciencias de la Religión, PUC-Minas.

sobre una base formada por el método deductivo, que parte de ciertas premisas teológicas a priori para de ellas inferir las orientaciones prácticas. El resultado es que el Documento Final presenta una exhortación teológico-doctrinal, que en sus grandes principios es válida para cualquier tiempo y lugar, pero que guarda poca correspondencia con la realidad actual de América Latina y el Caribe. Para mostrar los avances del magisterio eclesial latinoamericano y caribeño sobre el tema de la globalización, es preciso hacer una lectura selectiva del Documento Final con el fin de rescatar los pasajes donde fue usado el método *ver, juzgar y actuar*, y así reconstruir su orientación pastoral.

Las implicaciones de la globalización para Nuestra América

Sabemos que la globalización es un hecho histórico de nuestros tiempos y como tal debe ser encarada: la victoria del capitalismo en la “guerra fría” eliminó las últimas barreras a su expansión —el socialismo como sistema económico alternativo y el Estado de Bienestar como instancia reguladora del mercado—. Como todo hecho histórico, ella viene cubierta por una ideología que la justifica para volverla aceptable. El Documento Final, sin embargo, no distingue el hecho de la versión ideológica transmitida por el pensamiento neoliberal y la utiliza como si fuese una constatación objetiva de ese proceso histórico.

El Documento dedica más de 50 párrafos al tema de la globalización, viendo en ella una consecuencia del progreso científico y tecnológico de nuestra época (DA 33). En ese largo texto hay muchas consideraciones sobre sus aspectos positivos y negativos, pero ahí se encuentran también nuevas percepciones acerca del fenómeno, suscitando la movilización de los cristianos en favor de su superación. Es sobre esas nuevas percepciones que enfocaremos el análisis.

El ver se abre actualizando los “rostros de quienes sufren” (DA 65), delineados por primera vez en el documento de Puebla. Ese párrafo termina afirmando:

“Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y opresión, sino de algo nuevo: la exclusión social. Con ella queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está abajo, en la periferia o sin poder, sino que se está afuera. Los excluidos no son solamente ‘explotados’ sino ‘sobrantes’ y ‘desechables’”.

El párrafo siguiente va al meollo de la cuestión al plantear que

“Las instituciones financieras y las empresas transnacionales se fortalecen al punto de subordinar las economías locales, sobre todo, debilitando a los Estados, que aparecen cada vez más impotentes para llevar adelante proyectos de desarrollo al servicio de sus poblaciones, especialmente cuando se trata de inversiones de largo plazo y sin retorno inmediato”.

Se refiere explícitamente a las industrias extractivas y al agronegocio que destruyen la naturaleza y la biodiversidad, contaminan el aire y provocan cambios climáticos. Llama incluso la atención hacia la “creciente producción de agro combustibles, que no debe hacerse a costa de la necesaria producción de alimentos para la sobrevivencia humana” (DA 66).

Seguidamente examina la celebración de tratados de libre comercio entre países con economías asimétricas, que contienen “exigencias desmedidas en materia de propiedad intelectual, a tal punto que se permite derechos de patente sobre la vida en todas sus formas” (DA 67). Constata que

“...muchos gobiernos se encuentran severamente limitados para el financiamiento de sus presupuestos públicos por los elevados servicios de la deuda externa e interna, mientras, por otro lado, no cuentan con sistemas tributarios verdaderamente eficientes, progresivos y equitativos” (DA 68).

Y señala los mecanismos del sistema financiero como los principales causantes de la actual concentración de la renta y de la riqueza, porque

“...la libertad concedida a las inversiones financieras favorecen al capital especulativo, que no tiene incentivos para hacer inversiones productivas de largo plazo, sino que busca el lucro inmediato en los negocios con títulos públicos, monedas y derivados” (DA 69).

El *ver* concluye registrando las nefastas consecuencias de la globalización para nuestros pueblos, y encamina así hacia el *juzgar*. Entre las consecuencias que más amenazan la vida, el Documento subraya que

“La población económicamente activa de la región está afectada por el subempleo (42%) y el desempleo (9%), y casi la mitad está empleada en trabajo informal... En este contexto, los sindicatos pierden la posibilidad de defender los derechos de los trabajadores” (DA 71).

Llama la atención hacia la situación de los campesinos quienes

“...en su mayoría, sufren a causa de la pobreza, agravada por no tener acceso a tierra propia. Sin embargo, existen grandes latifundios en manos de unos pocos. En algunos países, esta situación ha llevado a la población a demandar una Reforma Agraria...” (DA 72),

y hacia

“...el proceso de movilidad humana, en su doble expresión de migración e itinerancia, en que millones de personas migran o se ven forzadas a migrar, dentro y fuera de sus respectivos países... La explotación laboral llega, en algunos casos, a generar condiciones de verdadera esclavitud. Se da también un vergonzoso tráfico de personas, que incluye la prostitución, aun de menores. Especial mención merece la situación de los refugiados, que cuestiona la capacidad de acogida de la sociedad y de las iglesias” (DA 73).

El Documento cierra este tópico abordando tres temas enteramente nuevos:

- a) La “voluntad de integración regional con acuerdos multilaterales, involucrando un número creciente de países que generan sus propias reglas en el campo del comercio, los servicios y las patentes. Al origen común se une la cultura, la lengua y la religión, que pueden contribuir a que la integración no sea sólo de mercados, sino de instituciones civiles y sobre todo de personas. También es positiva la globalización de la justicia, en el campo de los derechos humanos y de los crímenes contra la humanidad, que a todos permitirá vivir progresivamente bajo iguales normas llamadas a proteger su dignidad, su integridad y su vida” (DA 82).
- b) La biodiversidad y la “rica socio diversidad, representada por sus pueblos y culturas. Estos poseen un gran acervo de conocimientos tradicionales sobre la utilización sostenible de los recursos naturales, así como sobre el valor medicinal de plantas y otros organismos vivos, muchos de los cuales forman la base de su economía. Tales conocimientos son actualmente objeto de apropiación intelectual ilícita, siendo patentados por industrias farmacéuticas y de biogenética” (DA 83). Y continúa: “La naturaleza ha sido y continúa siendo agredida. La tierra fue depredada. Las aguas están siendo tratadas como si fueran una mercancía negociable por las empresas, además de haber sido transformadas en un bien disputado por las grandes potencias” (DA 84).
- c) “La creciente agresión al medioambiente puede servir de pretexto para propuestas de internacionalización de la Amazonia, que sólo sirven a los intereses económicos de las corporaciones transnacionales. La sociedad panamazónica es pluriétnica, pluricultural y plurirreligiosa. En ella se está intensificando cada vez más la disputa por la ocupación del territorio. Las poblaciones tradicionales de la región quieren que sus territorios sean reconocidos y legalizados” (DA 86). En fin, critica “el retroceso de

los hielos en todo el mundo: el deshielo del Ártico, cuyo impacto ya se está viendo en la flora y fauna de ese ecosistema; también el calentamiento global se hace sentir en el estruendoso crepitar de los bloques de hielo antártico que reducen la cobertura glacial del Continente y que regula el clima del mundo” (DA 87).

Frente a la crítica a esta realidad de nuestros días el Documento propone, en el *actuar*, las líneas de acción pastoral para una *globalización de la solidaridad y justicia internacional* (DA 406), a ser concretizada en cinco grandes campos de acción:

- a) “Apoyar la participación de la sociedad civil para la reorientación y consiguiente rehabilitación ética de la política... la vigencia de la democracia, una verdadera economía solidaria y un desarrollo integral, solidario y sustentable”.
- b) Buscar “la creación de oportunidades para todos, la lucha contra la corrupción, la vigencia de los derechos laborales y sindicales; hay que colocar como prioridad la creación de oportunidades económicas para sectores de la población tradicionalmente marginados, como las mujeres y los jóvenes”.
- c) “Trabajar por el bien común global es promover una justa regulación de la economía, finanzas y comercio mundial. Es urgente proseguir en el desendeudamiento externo para favorecer las inversiones en desarrollo y gasto social¹, prever regulaciones globales para prevenir y controlar los movimientos especulativos de capitales, para la promoción de un comercio justo y la disminución de las barreras proteccionistas de los poderosos, para asegurar precios adecuados de las materias primas que producen los países empobrecidos y normas justas para atraer y regular las inversiones y servicios entre otros”.
- d) “Examinar atentamente los tratados intergubernamentales y otras negociaciones respecto del libre comercio. La

¹ TM97.

Iglesia del país latinoamericano implicado, a la luz de un balance de todos los factores que están en juego, tiene que encontrar los caminos más eficaces para alertar a los responsables políticos y a la opinión pública acerca de las eventuales consecuencias negativas que pueden afectar a los sectores más desprotegidos y vulnerables de la población”.

- e) “Llamar a todos los hombres y mujeres de buena voluntad a poner en práctica principios fundamentales como el bien común (la casa es de todos), la subsidiaridad, la solidaridad intergeneracional e intrageneracional”.

En suma, extrayendo de la “colcha” los retazos colocados conforme el método *ver, juzgar y actuar*, el Documento nos ofrece un buen análisis de la globalización, con orientaciones seguras para los cristianos de nuestro continente. Él podría haber ido más lejos si hubiese explorado mejor la contribución del Papa en su *Discurso Inaugural*, donde retoma la *Populorum progressio* para recordar que el desarrollo

“...ha de ser integral, es decir, orientado a la promoción de todo el hombre y de todos los hombres, e invita a todos a suprimir las graves desigualdades sociales y las enormes diferencias en el acceso a los bienes”.

Como observa el Papa,

“En este contexto es inevitable hablar del problema de las estructuras, sobre todo de las que crean injusticia. En realidad, las estructuras justas son una condición sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad... las estructuras justas han de buscarse y elaborarse a la luz de los valores fundamentales, con todo el empeño de la razón política, económica y social... Las estructuras justas jamás serán completas de modo definitivo; por la constante evolución de la historia, han de ser siempre renovadas y actualizadas; han de estar animadas siempre por

un “ethos” político y humano, por cuya presencia y eficiencia se ha de trabajar siempre”.

Así, concluye el Papa, la Iglesia ejerce de hecho su papel de “abogada de la justicia y de los pobres, precisamente al no identificarse con los políticos ni con los intereses de partido”.



LA VIDA DE JESUCRISTO EN LOS DISCÍPULOS MISIONEROS



¿Será posible ahora construir un nuevo modelo de Iglesia?

*Pablo Richard**

1. Siete causas que explican el éxito de esta V Conferencia

La V Conferencia enraizó otra vez a la Iglesia de América Latina y el Caribe en la tradición del Concilio Vaticano II y las conferencias de Medellín y Puebla. La V Conferencia sacó a la Iglesia del silencio y de la contrarreforma vigente en estos últimos 25 años. Se detuvo un proceso de auto-destrucción de la Iglesia y renació nuevamente la esperanza de que “otro modelo de Iglesia es posible” y que tenemos la fuerza y el sujeto capaz de reconstruirla.

Todo esto representa una gran alegría y un gran logro, que tuvo diferentes causas. Enumeramos algunas, sin darle ningún orden de importancia:

Primero: Fue una Conferencia con un buen apoyo teológico, interno y externo.

Segundo: La Conferencia se celebró en el santuario mariano más grande del Brasil, lo que permitió un acercamiento de los obispos a la realidad religiosa del pueblo.

* Chileno, Universa Philosophia Systematica, Licenciado en Teología, Ordenado presbítero diocesano, Licenciado en Sagradas Escrituras. Estudios de Arqueología bíblica, Doctor Honoris Causa: París 1977 (Facultad Libre de Teología Protestante), Doctor en Sociología de la Religión. Dedicado enteramente a la Lectura Popular de la Biblia en América Latina y Caribe. Formación de agentes de Pastoral Bíblica. Exégesis con dimensión pastoral.

Tercero: Hubo mucha oportunidad de diálogo entre los obispos mismos y entre los obispos con teólogos, sacerdotes, periodistas y otras muchas personas comprometidas con la Iglesia latinoamericana. La comunicación con los obispos fue franca, directa y libre en todo momento y lugar.

Cuarto: No hubo actividades paralelas o contrarias a la Conferencia. Todo el trabajo de apoyo se hizo en comunión e identificación con la asamblea.

Quinto: Pesó sobre la asamblea el tomar conciencia de los millones de católicos que se han alejado de la Iglesia (se calcula que en los últimos 10 años 30 millones de católicos han abandonado la Iglesia en América Latina y el Caribe). Este dato, claramente aproximativo, pero real, suscitó dos reacciones. Una minoritaria que proponía una gran misión continental para recuperar a los alejados. Otra, mayoritaria, que tomaba conciencia que las causas no sólo estaban fuera de la iglesia (las sectas, el relativismo, la pérdida del sentido moral, etc.), sino que las causas estaban fundamentalmente dentro de la Iglesia. La gente se aleja porque ya la Iglesia no le dice nada o por la ausencia casi total de falta de reforma dentro de la Iglesia. Lo positivo de estos hechos fue doble. Por un lado bajó ese espíritu triunfalista de la Iglesia católica; por otro lado se tomó conciencia de la necesidad de una autocrítica y una reforma dentro de la Iglesia.

Sexto, y lo más importante y difícil de comunicar: en la asamblea se despertó un espíritu de libertad y de reacción a más de 30 años de autoritarismo y centralismo euro-romano dentro de la Iglesia. Se cuestionó colectivamente un cierto modelo de Iglesia encerrado sobre sí mismo y lejano al mundo actual. Se superó un ambiente de miedo que paralizaba a la Iglesia: los sacerdotes tenían miedo a los obispos y éstos tenían miedo al Vaticano. El Vaticano a su vez tenía miedo a toda corriente de liberación. Los obispos, en forma masiva y decidida, recuperaron la identidad de ser Iglesia latinoamericana y caribeña. Se recuperó el sentido de ser Iglesia local, con un espíritu más libre, creativo y autónomo, de comunión con la Iglesia universal y con la autoridad máxima del Obispo de Roma, designado en el título más evangélico de su ministerio: “**Pater pauperum**”, es decir “Papa”.

Séptimo. La fuerte espiritualidad que dominó en todo momento el trabajo de la asamblea: espiritualidad eucarística y bíblica. Las luchas de poder y las discusiones encontradas, no lograron romper esa espiritualidad de comunión y fraternidad.

2. Terminó la V Conferencia: ¿Cuál es ahora nuestra esperanza y nuestra tarea?

Cuando terminó el Foro Social Mundial en Porto Alegre, se proclamó una gran esperanza “otro mundo es posible”. Años atrás, los zapatistas en Chiapas, México, también formulaban su esperanza y utopía: “Construir una sociedad donde quepan todos y todas, en armonía con la naturaleza”. Los economistas rechazaban el programa: “si no hay para todos, que por lo menos haya para mí” y lo sustituían por otro: “Si hay para todos, entonces habrá para mí”. Otros repetían sin cesar: “yo soy solamente si eres tú”, “todo asesinato es un suicidio”, “solidaridad o suicidio colectivo”, “es mejor encender una luz, que maldecir las tinieblas”. Podríamos seguir proclamando muchas otras explosiones de esperanzas y utopías, pero siempre surge la pregunta inevitable: **Otro mundo es posible, ¿cuál será el sujeto capaz de construirlo?**

También en Aparecida vivimos la alegría y la esperanza de que **otro modelo de Iglesia es posible**. Pero igualmente surgió la pregunta inevitable: **¿Cuál será el sujeto que la haga posible?**

Todos y todas terminamos la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y Caribeño con un sentimiento de esperanza. Un poco de temor por los cambios que podría hacer la curia romana al Documento Final entregado en Aparecida. Hubo cambios, que creo no destruyen la esperanza de fondo de que otro modelo de Iglesia es posible.

Mucho se ha repetido que un documento eclesial, por sí mismo, no es capaz de cambiar la Iglesia. Documentos no cambian estructuras. El P. José Comblin muchas veces nos advirtió, que el Concilio Vaticano II había cambiado profundamente nuestra visión teológica de la Iglesia, pero no cambió sus estructuras. Es por esto que en 50 años un movimiento de contra-reforma borró el Concilio de la memoria de la Iglesia.

Algo parecido sucedió, aunque con menos eficacia, con las conferencias de Medellín y Puebla y su teología y propuesta pastoral. Esta nueva propuesta perduró en la conciencia eclesial latinoamericana, pero una contra-reforma tenaz pudo poco a poco deslegitimar y destruir las pocas reformas y estructuras que Medellín y Puebla intentaron realizar. El Concilio Vaticano II y las conferencias latinoamericanas en Medellín y Puebla, produjeron excelentes documentos, pero no lograron realizar una reforma eclesial significativa de sus estructuras. Fue entonces, por inercia programada que reaparecieron las viejas estructuras de los Concilios de Trento (siglo 16) y Vaticano I (siglo 19). Estos dos concilios hicieron una reforma eclesial tan sólida que duró más de 400 años.

3. **Otra Iglesia es posible. ¿Cuál será el sujeto que la hace posible?**

Somos muchos los que creemos que después de la V Conferencia en Aparecida es **posible construir otro modelo de Iglesia**, dejando muy claro que este proyecto lo queremos construir **al interior de la Iglesia y en comunión con la Iglesia universal**. El nuevo modelo de Iglesia no es marginal ni paralelo a la Iglesia actualmente existente. Ya se han escrito muchos artículos de análisis del Documento Final, ahora mi propósito es, pensando hacia futuro, diseñar la posibilidad de construir lo que este Documento nos ofrece y exige, y sobretodo construir ese sujeto que lo haga posible. El sujeto tanto en su dimensión personal como colectiva.

Una **falsa perspectiva** es pensar, en forma cuantitativa, que para construir un nuevo modelo de Iglesia hay que atraer a los que se han alejado de la Iglesia, por medio de una misión general o “nueva evangelización”. O también instruir lo mejor posible a los católicos, alargando los períodos de catequesis a nivel bautismal, eucarístico o de confirmación. En muchas parroquias se ha duplicado o triplicado la formación requerida como obligación para recibir los sacramentos. Esto ya ha mostrado su ineficacia. Incluso la así llamada “nueva Evangelización” ha fracasado por su indefinición. Toda estrategia de misión o de catequesis es un proyecto fracasado si la Iglesia no hace una *evaluación interna* para descubrir por

qué tantos católicos se han alejado de la Iglesia o están ya orientados hacia su abandono. Digo una evaluación “interna”, pues la Iglesia anda buscando siempre fuera de sí misma las causas de su debilidad: las “sectas”, el materialismo, el olvido de Dios, la ética sexual errada, etc. Hay que analizar el porqué tantos cristianos han abandonado la Iglesia. Si la Iglesia no cambia, los que se han alejado no volverán nunca, y los que todavía no se van, dudan de los motivos para seguir en la Iglesia, o su deficiente convicción, hará que sus hijos ya no se acerquen a la Iglesia. En síntesis: si la Iglesia no hace una evaluación interna o no hace una reforma de sus estructuras, de su teología o de su moral, la Iglesia no podrá ser un sujeto eficaz para que “otro modelo de Iglesia sea posible” y el Documento Final de la V Conferencia sea real.

Debemos tomar conciencia y aceptar que hay muchas cosas en la Iglesia que no cambiarán nunca, por lo menos en este siglo, como el celibato obligatorio, sus concepciones en el campo de la ética sexual, la participación de la mujer en todos los niveles del ministerio, y tantas cosas más. **En este sentido hay una crisis irreversible de un determinado modelo hoy dominante en la Iglesia.** Simultáneamente otro modelo de Iglesia sí es posible, siempre al interior de la misma Iglesia. Por eso debemos ser realistas: **evitar toda contradicción con el modelo de Iglesia dominante y en crisis irreversible y crecer ahí donde está nuestra fuerza. Sólo así tendremos la fuerza para la construcción de un nuevo modelo de Iglesia y de un sujeto capaz de construirlo. Veamos brevemente dónde está nuestra fuerza para construir y crecer.**

- a) **En general:** retomar en forma global y sistemática toda la tradición de reforma de la Iglesia propuestas por el Concilio Vaticano II, las Conferencias de Medellín, Puebla y Aparecida que nos marcan el camino y nos dan la fuerza para construir el nuevo modelo de Iglesia que buscamos y el sujeto capaz para construirlo.
- b) **Los elementos básicos que no pueden faltar y donde está nuestra fuerza son:**

El método *ver, juzgar y actuar.*

Las Comunidades Eclesiales de Base (como aparecen en Puebla y Aparecida).

La formación permanente de los agentes de pastoral, especialmente de los laicos y laicas.

La participación de la mujer en todos los niveles ministeriales.

La Teología de la Liberación y todas las teologías diferenciadas y específicas de liberación en América Latina y el Caribe.

La espiritualidad liberadora, con toda su exigencia y formas concretas de realización.

c) **El movimiento bíblico**

Este tema está pobre en el *Documento de Aparecida*.

No basta hablar de la animación bíblica de todas las pastorales de la Iglesia. Se corre el peligro de manipular los textos bíblicos en función de la pastoral.

Debemos tener una escuela para el estudio y la formación en la Biblia como un todo. Multiplicar talleres y seminarios intensivos de formación bíblica.

Insistir en la formación bíblica de los agentes de pastoral.

Crear un movimiento bíblico fuerte y extendido.

Fortalecer las redes bíblicas existentes, a nivel nacional y continental.

Fortalecer la Lectura Orante de la Biblia (Lectio Divina).

Organizar “retiros bíblicos”.

Conclusión: Todo lo dicho en este pequeño artículo es sólo el comienzo de una propuesta para empezar a caminar. El final de la V Conferencia es el comienzo de una nueva tarea. Ahora tenemos los elementos teológicos y la fuerza espiritual suficiente para empezar a trabajar.



El discipulado como seguimiento del Jesús histórico

Benedito Ferraro*

En el seguimiento de Jesucristo, aprendemos y practicamos las bienaventuranzas del Reino, el estilo de vida del mismo Jesucristo: su amor y obediencia filial al Padre, su compasión entrañable ante el dolor humano, su cercanía a los pobres y a los pequeños, su fidelidad a la misión encomendada, su amor servicial hasta el don de su vida. Hoy contemplamos a Jesucristo tal como nos lo transmiten los Evangelios para conocer lo que Él hizo y para discernir lo que nosotros debemos hacer en las actuales circunstancias¹.

Esta afirmación de la V Conferencia de Aparecida nos ayuda a comprender el significado del discipulado como seguimiento. Nos recuerda la afirmación de Pablo: “Tengan entre ustedes los mismos sentimientos que había en Jesucristo” (Fil 2,5). Nos ayuda también a entender nuestra profesión de fe en Jesús de Nazaret, quien asumió plenamente la condición humana:

Trabajó con manos humanas, reflexionó con inteligencia humana, actuó con voluntad humana y amó con corazón humano. Nacido de la Virgen María,

* Profesor de teología de la PUC, Campinas. Asesor de la Pastoral Obrera de Campinas.

¹ Conferencia de Aparecida (DA), 139.

es verdaderamente uno de nosotros, semejante en todo a nosotros, excepto el pecado².

1. Ser discípulo y seguir a Jesús de Nazaret (Mc 6,1-6; 3,14; Lc 10,2-12; Jn 1,38-39)

No podemos olvidar que Jesús era judío, ligado a las tradiciones de su pueblo y preocupado con la situación de vida de los pobres de su tiempo. Como hijo de carpintero, hizo la experiencia del trabajo y convivió con los trabajadores de la Palestina del siglo I. El evangelio de Mateo nos habla de la compasión de Jesús frente al sufrimiento del pueblo: “Viendo a la muchedumbre, Jesús tuvo compasión³ porque estaban vejadas y abatidas, como ovejas que no tienen pastor” (Mt 9,36). Jesús, el Mesías Siervo Sufriente, se solidariza con las muchedumbres abandonadas, como ovejas sin pastor, y asume sus dolores, criticando la situación de abandono en que viven, en nítida referencia al profeta Ezequiel 34. El evangelista Juan presentará a Jesús como el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas (cf. Jn 10,11).

Ser discípulo es estar con Él (Mc 3,14a), crear solidaridad y comunidad, abrirse a la misión al servicio del Reino y asumir, si fuese preciso, el mismo destino del Maestro (Mc 3,14b). Ser discípulo/a es asumir, como Jesús de Nazaret lo hizo, el anuncio del Evangelio del Reino a los pobres y excluidos de su tiempo (cf. Lc 4,16-21). Es rescatar la vida de los que están perdiendo la vida por causa de la injusticia. Es anunciar que la salvación se hace presente en el cambio de situación real de vida operada en la acción evangelizadora y liberadora de Jesús (cf. Mt 11,2-6). Hoy, somos invitados a actualizar esta acción evangelizadora y liberadora⁴ de Jesús apoyando las luchas de los sin tierra, de los sin techo, de los desempleados/as, abandonados por el

² *Gaudium et spes*, 22.

³ Es importante resaltar que el verbo utilizado en griego es “*splangnizomai*”, que significa tener dolores de entrañas, dolores de parto, recordándonos el texto de Éx 3,7-10, donde Yahweh ve la aflicción del pueblo y escucha su clamor.

⁴ Cf. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 30.

mercado, por el Estado y, muchas veces, por la propia Iglesia, y solidarizándonos con los rostros sufrientes del pueblo de la calle, de los migrantes, de los enfermos, de los dependientes de químicos, de los presos⁵, pues como

...discípulos y misioneros, estamos llamados a contemplar, en los rostros sufrientes de nuestros hermanos, el rostro de Cristo que nos llama a servirlo en ellos⁶.

La opción por los pobres está implícita en la fe cristiana y es parte integrante del discipulado como seguimiento de Jesucristo: “Nuestra fe proclama que Jesucristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del ser humano”. Por eso,

...la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza⁷. Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo, el Dios hecho hombre, que se ha hecho nuestro hermano (cf. Hb 2,11-12)⁸.

Hoy, el seguimiento de Jesús, por la fuerza del Espíritu del Resucitado, nos lleva a fundar comunidades consecuentes con su práctica. Comunidades samaritanas que ayuden a aliviar los dolores del pueblo crucificado y sufriente, dejándose guiar por el Espíritu Santo (cf. Gál 5,25), aceptando como propia la pasión por el Padre y por el Reino y anunciando la Buena Nueva a los pobres, curando a los enfermos, consolando a los tristes, liberando a los presos y anunciando el Año de la Gracia del Señor (cf. Lc 4,18-19)⁹.

2. Camino y seguimiento: confrontaciones, enfrentamientos y rupturas

El camino indica un lugar de partida y un lugar de llegada. Jesús es para nosotros el precursor del camino. Es Él quien

⁵ Cf. DA 407-426.

⁶ DA 393; cf. DP, 31-39; SD 179.

⁷ DI 3.

⁸ DA 392.

⁹ Cf. DA 152.

crea la posibilidad del camino, pues sabe de dónde vino y para dónde va (cf. Jn 8,14). Juan, en su evangelio, expresa esta realidad en términos teológicos afirmando que *Jesús es el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6). Quien, entonces, anda en el camino de Jesús, quien lo sigue, encuentra la verdad, la libertad y la vida.

Pero este camino es conflictivo, porque es el lugar de la confrontación, de la exigencia de posicionamiento, de la conflictividad. El seguimiento exige discernimiento, opción y, muchas veces, rupturas. El evangelista Marcos, en una larga secuencia (Mc 8,22-11,8), al presentar el camino mesiánico de Jesús, caracteriza las exigencias del discipulado como seguimiento. En este camino, los discípulos y las discípulas son llamados a la conversión, al cambio de mentalidad, a romper con la ideología de los dominantes que impide la posibilidad de la vida. Son invitados a romper con la falsa imagen del mesías (Mc 8,27-33), a admitir la conflictividad de la vida (Mc 8, 34-38), a caminar con fe en la ambigüedad de la historia (Mc 9,2-13), a vivir la fraternidad (Mc 9,33-37), a discernir con quién hacer alianzas (Mc 9,38-40), a retomar la intención original de la unión entre el hombre y la mujer (Mc 10,17-27), a comprender el poder como servicio a los hermanos y hermanas (Mc 10,35-45).

En verdad, Marcos nos indica que los discípulos y las discípulas, cuando se ubican en el seguimiento de Jesús, son llamados a una espiritualidad que los sustente en el camino conflictivo que va de Cesarea de Filipo hasta Jerusalén, el lugar de la confrontación final. Hoy, muchos cristianos y cristianas en América Latina y el Caribe, indígenas, afroamericanos, campesinos, obreros, abogados, sacerdotes, religiosas, obispos, han experimentado el mismo destino de Jesús, ya que transitaron el mismo camino que exigió el enfrentamiento final: el martirio.

3. Asumir la cruz y seguir a Jesús

Identificarse con Jesucristo es también compartir su destino: “Donde yo esté estará también el que

me sirve" (Jn 12,26). El cristiano corre la misma suerte del Señor, incluso hasta la cruz: "Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga" (Mc 8,34). Nos alienta el testimonio de tantos misioneros y mártires de ayer y de hoy en nuestros pueblos que han llegado a compartir la cruz de Cristo hasta la entrega de su vida¹⁰.

Estas palabras de la V Conferencia nos ayudan a ubicar la cruz de Jesús de Nazaret en el contexto de la Palestina del siglo primero. Su cruz es consecuencia de su práctica en el enfrentamiento con las autoridades judías y romanas de su tiempo. Jesús de Nazaret era una persona inserta en el contexto de su época a partir de la lucha de los pobres y excluidos. Su muerte, por formar parte de un grupo de resistencia que asumía la perspectiva de vida desde los marginados, fue motivada por conflictos económicos, políticos, sociales y religiosos de su tiempo: dolencias y enfermedades, exclusión por causa del sistema de pureza, opresión y pago de impuestos que llegaban al 60% de toda la producción de los campesinos y artesanos de la época (cf. Mt 9,35-36).

Por eso, cuando hablamos de asumir la cruz y seguir a Jesús, no podemos hacer una espiritualización de esta cruz, sacándola de la historia real y concreta. Asumir la cruz significa estar en contra del sistema de muerte, en contra del sistema injusto que excluye e impide que las personas tengan vida y vida en abundancia, como predicaba Jesús de Nazaret (Jn 10,10). Hoy, asumir la cruz de Jesús significa enfrentar el sistema que, en el continente latinoamericano y caribeño, está generando una situación de *inequidad social*¹¹:

Lamentablemente, la cara más extendida y exitosa de la globalización es su dimensión económica, que se sobrepone y condiciona las otras dimensiones

¹⁰ DA 140.

¹¹ "En efecto, es una contradicción dolorosa que el Continente del mayor número de católicos sea también el de mayor inequidad social" (DA 527).

de la vida humana. En la globalización, la dinámica del mercado absolutiza con facilidad la eficacia y la productividad como valores reguladores de todas las relaciones humanas. Este peculiar carácter hace de la globalización un proceso promotor de inequidades e injusticias múltiples.

Seguir a Jesús significa acoger su proyecto, el proyecto del Reino de Dios, y entrar en el camino conflictivo que puede llevar, como a Jesús y muchos de nuestros mártires, a enfrentar el martirio. Solamente asumiendo de manera consciente la realidad como Jesús lo hizo es que podremos hablar de seguimiento.

Asumir la cruz de Jesús significa asimismo ser solidarios con los pobres, cuando no podemos cambiar inmediatamente las estructuras injustas. El hecho de estar con ellos en su sufrimiento, completa en nosotros lo que faltó a la pasión de Jesús (cf. Col 1,24), el Crucificado que es el Resucitado y que se une a todos los crucificados del mundo. Los pobres crucificados se vuelven, de este modo, la cruz real. Asumir su dolor es asumir la cruz de Cristo. Así como Jesús vino para dar la vida, somos invitados a descender de la cruz a los crucificados. Éste fue el actuar de Jesús de Nazaret que resultó en su persecución y muerte, pues el tener compasión y el asumir los dolores de los pobres y excluidos provoca conflictos. Ir a las causas de la exclusión, ayer y hoy, no es una actitud sin consecuencias. Es aquí que la fe cristiana manifiesta su profetismo y su dinamismo transformador. El martirio puede ser el resultado último del discipulado como seguimiento de Jesús de Nazaret.

Asumir la cruz de Jesús significa igualmente enfrentar el sufrimiento delante de una dolencia que no se puede evitar. En este caso, creemos que la pasión de Jesús completa en nuestra carne aquello que no podemos superar por nuestras propias fuerzas. En este sentido, así como Jesús hizo su entrega al Padre, aquel que sufre se entrega al Dios de la vida, que en su bondad y misericordia de Madre también lo aceptará.



Eclesiología de Aparecida*

Víctor Codina**

Preámbulo histórico

Antes de reflexionar sobre la eclesiología de Aparecida, conviene recordar que la eclesiología de la Iglesia local ha estado ausente en la Iglesia durante todo el segundo milenio. Mientras en el primer milenio había una conciencia clara de que la Iglesia de Dios partía y se constituía a partir de la Iglesia local en comunión con las demás Iglesias locales presididas por la Iglesia local de Roma y que así constituían la Iglesia universal, en el segundo milenio sólo se habla de la Iglesia universal que parece identificada con la Iglesia romana.

Hasta nuestros días muchos, dentro y fuera de la Iglesia, piensan que la institución eclesial es como una especie de multinacional con sede central en Roma y sucursales en las diferentes diócesis, organizada gracias a un cuerpo eficiente de empleados tecnócratas que cumplen órdenes y procuran que la empresa funcione y prospere. La Iglesia sería una especie de Mc Donald's, Sony, General Motors o Coca Cola

* Artículo originalmente publicado en el libro "Aparecida" editado por el Instituto de Misionología de la Universidad Católica de Cochabamba (Bolivia).

** (Barcelona 1931), Sacerdote Jesuíta, Doctor en Teología, profesor de eclesiología en la Universidad Católica Boliviana de Cochabamba, reside en Bolivia desde hace 25 años y ha publicado numerosas obras.

que en lugar de vender hamburguesas, objetos electrónicos, coches o bebidas hace marketing de productos religiosos.

Afortunadamente el Vaticano II redescubrió la importancia de la Iglesia local, claramente atestiguada en el Nuevo Testamento y afirmó que en ella y a partir de ella se constituye la Iglesia universal (LG 23, 26-28). La Iglesia local no sólo es la diócesis encomendada a un obispo (CD 37) sino que puede designar también un territorio geográfico y cultural con una cierta unidad histórica (AG 19-22).

Solamente desde estas premisas se puede hablar de la legitimidad de una Iglesia de América Latina y el Caribe y se comprende que se haya configurado una Iglesia latinoamericana después del Vaticano II, con su teología, sus opciones pastorales, su espiritualidad, sus santos y mártires y su estilo propio de vivir la fe. Esta eclesiología latinoamericana se ha ido configurando bajo el impulso de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, desde Río a Aparecida.

Por esto, antes de hablar de la Conferencia de Aparecida, conviene decir una breve palabra sobre la eclesiología de las otras Conferencias que han ido preparando el camino¹.

La I Conferencia convocada en Río por Pío XII en 1955, aunque fue importante por iniciar la serie de Conferencias latinoamericanas, representa todavía la mentalidad de Cristiandad que prevalecía antes del Vaticano II. El Papa Pío XII había escrito en 1950 la encíclica *Humani generis* contra la Nueva teología surgida sobre todo en Francia (la Nouvelle Théologie) y había destituido de sus cátedras a sus teólogos más representativos (como Chenu, Congar, Danielou, De Lubac). Pío XII ahora veía a América Latina como una reserva espiritual de ortodoxia, incontaminada de los errores teológicos europeos. Pero para la Conferencia de Río la Iglesia

¹ R. Muñoz, El camino de la Iglesia de América Latina a través de sus Conferencias de Medellín, Puebla y Santo Domingo, CLAR, octubre-diciembre 2005, 129-130.

de América Latina también estaba en riesgo por las amenazas del marxismo y del protestantismo, agravadas por la falta de clero. Por esto se hace un llamado a la Iglesia universal para que envíe misioneros a América Latina. La eclesiología subyacente a la Conferencia de Río de Janeiro es claramente la de Cristiandad, apologética y autosuficiente, convencida de que la Iglesia tiene la solución a todos los problemas. Seguramente lo más positivo de esta Conferencia fue la creación del CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano).

La II Conferencia de Medellín (1968), convocada por Pablo VI después del Vaticano para que el Concilio se extendiera al mundo no europeo, presenta una eclesiología liberadora, centrada en el Éxodo. Su método consiste en partir de la realidad, para iluminarla con la Palabra y así proyectar una acción pastoral encarnada. Medellín parte de la realidad de pobreza e injusticia que sufren los pueblos de América Latina, afirma que a la luz de la revelación esta situación es pecado, e impulsa una lucha en busca de estructuras más justas. Las comunidades de base son las células de esta nueva eclesiología, toda ella orientada al Reino de Dios. Medellín fue un verdadero Pentecostés para la Iglesia de América Latina y el punto de arranque de su caminar como Pueblo de Dios en este continente. Medellín se ha constituido en el test y punto de referencia obligado para discernir el caminar de la Iglesia latinoamericana a través de los años siguientes.

La eclesiología de la III Conferencia de Puebla (1979) presidida por Juan Pablo II, tiene características más intraeclesiales, pretende ser una eclesiología de comunión y participación, ya no habla de liberación, pero mantiene todavía el método de Medellín: parte de la realidad, escucha el clamor del pueblo que sufre, hace la opción preferencial por los pobres y vuelve a señalar la importancia de las comunidades de base.

Santo Domingo, IV Conferencia (1992), convocada por Juan Pablo II a los 500 años de la primera evangelización de América Latina, refleja ya claramente en su eclesiología el invierno eclesial que se cernía sobre toda la Iglesia. Se abandona el método latinoamericano de partir de la realidad,

se habla de una nueva evangelización (que parece insinuar que hay que cambiar la línea comenzada en Medellín), se propone una promoción humana silenciando la dimensión liberadora y se defiende la cultura cristiana, término muy cuestionable teológicamente. En cambio fue muy positiva su preocupación por la inculturación en la cultura adveniente y en las culturas indígenas y afroamericanas. Hay una clara voluntad de hacer marcha atrás respecto al caminar de la Iglesia de América Latina (su teología, sus comunidades de base, sus mártires...) y por tanto Santo Domingo representa una tendencia a volver a una eclesiología universal con poca relevancia de las Iglesias locales. No es casual que pocos meses antes de Santo Domingo, la Congregación para la Doctrina de la Fe emitiese el documento *Communio notio*, en el cual defendía que existe una prioridad ontológica y cronológica de la Iglesia universal sobre la local. Este documento que suscitó reacciones teológicas en contra de parte de varios sectores eclesiales, apunta claramente a una tendencia eclesial conservadora de querer volver a la eclesiología anterior al Vaticano II².

Aparecida

1. Antedecentes inmediatos a Aparecida

Para el 2007, a 15 años de Santo Domingo, se convoca en Aparecida, santuario mariano del Brasil, la V Conferencia del Episcopado de América Latina y el Caribe con el lema "Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que en Él nuestros pueblos tengan vida".

Se comprende que se despertase una gran expectativa ante esta V Conferencia: ¿se seguiría la línea conservadora de Santo Domingo o se retomaría el impulso profético de Medellín? ¿Se respetaría el caminar de la Iglesia de América

² J. Martínez Gordo, Eclesiología y gobernación. El debate de J. Ratzinger y W. Casper sobre la relación entre la Iglesia universal y la Iglesia local, Revista Latinoamericana de Teología, n° 66, mayo-junio 2006, 229-250.

Latina o se impondría el estilo europeo que se hace pasar por el genuinamente católico y universal? ¿Se mantendría el método latinoamericano de partir del ver/juzgar/actuar? La notificación vaticana contra la cristología de Jon Sobrino poco antes de la celebración de Aparecida todavía suscitó mayores interrogantes: ¿se quiere liquidar definitivamente la teología de la liberación? ¿Se reafirmará la legitimidad de la Iglesia local latinoamericana o se volverá a la eclesiología de la Iglesia universal?

El *Documento de participación* a Aparecida solicitaba a todos los miembros del Pueblo de Dios aportar sus puntos de vista a Aparecida. En este sentido fue muy positivo. Pero su contenido era muy decepcionante: no se partía de la realidad, presentaba una antropología abstracta, una cristología sin Jesús histórico, una eclesiología eclesiocéntrica sin Reino de Dios, una misionología de Cristiandad muy poco sensible a los signos de los tiempos. La Gran Misión continental que se anunciaba suscitó muchos temores.

Fueron numerosas las voces críticas al Documento y las propuestas a Aparecida³. Éstas se pueden agrupar en estos tres acápites:

³ A. Vigente, El Documento de participación de la Quinta Conferencia, Pasos, S. José de Costa Rica, n° 123, enero-febrero 2006, 11-23 y en Revista latinoamericana de Teología, San Salvador, n° 68, mayo agosto 2006, 95-118; N. Castellanos, Hacia una Iglesia latinoamericana más profética, Revista latinoamericana de Teología, n° 68, 2006, 118-124; V. Codina, Hacia la V Conferencia de Aparecida 2007, Cuarto intermedio, Cochabamba, n° 82, febrero 2007, 4-18; V. Codina, Elementos teológico-pastorales que no pueden estar ausentes en la V. Conferencia, Revista latinoamericana de Teología, n° 69, septiembre-diciembre 2006, 289-297; Profesores de la Facultad de Teología de la Compañía de Jesús (FAJE-ISI), Texto alternativo en camino a la V Conferencia de Aparecida, Revista latinoamericana de Teología, n° 68, mayo-agosto 2006, 125-133; P. Trigo, Temas que debería abordar la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Revista latinoamericana de Teología, n° 70, enero-abril 2007, 29-48; Que nuestros pueblos en Él tengan vida, Aparecida 2007, Sal Terree abril 2007; D. Demetrio Valentina, Expectativas da Quinta Conferencia, Perspectiva Teológica, n° 107, jan/abril 2007, 85-102; Amerindia, Aportes para Aparecida, Montevideo 2006.

- 1) Recuperar la memoria del caminar de la Iglesia de América Latina: el método latinoamericano, los mártires, recordar a los Santos Padres de América Latina (los grandes obispos defensores de los pobres), las comunidades de base, la vida religiosa inserta y la CLAR.
- 2) Reafirmar lo ya asumido por el Vaticano II (Palabra, Pueblo de Dios, diálogo con el mundo) y por las Conferencias de América Latina: opción por los pobres (hoy más numerosos), por los jóvenes (hoy sin perspectivas de futuro), por las familias (hoy sacudidas por la emigración), protagonismo de los laicos, atención a las culturas indígenas y afroamericanas, a la cultura moderna, defensa de la tierra y de la ecología...
- 3) Abrirse a los nuevos desafíos: iniciar a una profunda experiencia espiritual cristiana, abrirse al diálogo con el mundo del conocimiento, a las nuevas tecnologías y a los MCS, defensa de la mujer, revisión de temas relacionados con la afectividad, sexualidad y matrimonio, sería formación de laicos, promover nuevos ministerios: ordenación de "viri probati" (hombres casados con experiencia), favorecer el diaconado indígena, recuperar para el ministerio a los sacerdotes que abandonaron su sacerdocio, etc.

En general se deseaba que Aparecida se centrara en el tema de la vida, punto focal al cual tenía que dirigirse tanto el discipulado como la misión.

El *Documento de síntesis* que recogió los aportes de todas las Conferencias episcopales tuvo en cuenta algunas de estas propuestas y volvió al método latinoamericano: mirar la realidad desde la mirada del Padre, iluminarla desde la Palabra y proponer una acción con la fuerza del Espíritu. La eclesiología se sitúa bajo el horizonte del Reino y su propuesta de vida y de misión se abre al mundo. Pero se percibe una cierta desconexión entre la realidad, la teología y la praxis pastoral, que se dispersa en numerosas opciones. Tampoco el tema de la vida se convierte en el eje central.

El discurso de Benedicto XVI con el que inauguró la V Conferencia, en contra de lo que muchos temían y de lo que prensa destacó, tuvo muchos elementos inspiradores para la eclesiología de América Latina y el Caribe: partía de la situación de la fe en América Latina fruto positivo de la primera evangelización cristiana, reafirmaba la continuidad con las anteriores Conferencias, recalca la importancia de ser discípulos y misioneros en Cristo sin intimismos ni abandono de los problemas sociales, señalaba que en la fe en Cristo está implícita la opción por los pobres, reafirmaba el derecho a una vida plena y humana y la necesidad de la contribución los cristianos a los problemas sociales y terminaba con una oración inspirada en el pasaje de Emaús: “quédate con nosotros...”

Aunque no hubo referencias nominales a los grandes obispos mártires, ni a las comunidades de base, en el discurso de Benedicto XVI no hubo condenas ni críticas a la teología latinoamericana, ni se centró en temas morales o en las sectas. Algunos, como L. Boff, echaron de menos un pronunciamiento profético en defensa de la ecología, a partir de la situación de la Amazonía.

Ahora bien, si miramos cuál fue la perspectiva teológica del discurso hemos de afirmar que fue claramente intraeclesial y revelaba su preocupación por la debilidad de la fe en este continente de mayoría católica y donde se concentra el mayor número de católicos de la Iglesia. Aunque naturalmente señalaba los problemas sociales y la necesidad del compromiso por la justicia, el acento se situaba más en la Iglesia que en el Reino, más en la vida cristiana que en la vida en general. Esta tendencia intraeclesial e incluso eclesiocéntrica se reflejará también en el Documento Final de Aparecida

2. Aparecida

Aparecida ha sido mucho más que un Documento, ha consistido en una fuerte experiencia eclesial en la que han tomado parte activa no sólo los participantes delegados, sino también grupos de laicos reunidos en carpas junto al río en

oración y diálogo, comunidades de base y gente popular que peregrinaba al santuario, teólogos que colaboraban y ofrecían sus aportes, etc. Pero el punto básico para una valoración del acontecimiento Aparecida sin duda será el Documento conclusivo.

El Documento de Aparecida

El *Documento de Aparecida* recupera la metodología latinoamericana del ver, juzgar y actuar, iniciada por Medellín y abandonada en Santo Domingo. Veamos sus aspectos más relevantes.

2.1 Ver

Comienza el Documento haciendo un buen análisis de la realidad social, económica, política, cultural y eclesial de América Latina, con sus luces y sombras. Respecto a la Iglesia latinoamericana el Documento señala como aspectos positivos la fe profunda del pueblo y el valor de la religiosidad popular, el compromiso eclesial con los pobres y la dignidad humana, la renovación bíblica, catequética y litúrgica, la vitalidad de las parroquias y de la vida consagrada, el trabajo de las diversas pastorales, el testimonio de los laicos, las diversas comunidades, etc. Pero también señala sus sombras: un debilitamiento de la vida cristiana en su conjunto (como ya señaló Benedicto XVI en su Discurso Inaugural), clericalismo, individualismo, marginación de la mujer, sacramentalismo con falta de evangelización, poco compromiso de los laicos en la vida social, disminución del clero y de la vida religiosa, materialismo y falta de sentido de trascendencia, abandono de las prácticas religiosas y de la pertenencia a la Iglesia, paso a otros grupos religiosos, etc.

Una lectura detenida del Documento nos lleva a la conclusión de que hay en los obispos una seria preocupación por la pérdida de vitalidad de la Iglesia latinoamericana. Esto se refuerza leyendo algunos párrafos de la Introducción al Documento:

DA 10. "La V Conferencia se propone 'la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios y recordar

también a los fieles de este continente que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo' (DI 3)".

DA 11. "La Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancia latinoamericanas y mundiales", revitalizar la novedad del evangelio. "Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos".

DA 12. "No resistiría a los embates del tiempo una fe católica reducida a bagaje, a elenco de normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales a las verdades de la fe, a una participación ocasional a algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados. Nuestra mayor amenaza 'es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en la cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad' (Ratzinger, J.). A todos nos toca 'recomenzar desde Cristo' (NMI 28-29), reconociendo que 'no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva' (DCE 1)".

DA 14. El reto principal de la Iglesia es mostrar su capacidad para promover y formar discípulos y misioneros que comuniquen el don del encuentro con Jesucristo. "Este es el mejor servicio que la Iglesia tiene que ofrecer a las personas y a las naciones".

A partir de esta situación se comprende que Aparecida adopte una perspectiva clara y preferentemente intraeclesial: custodiar y alimentar la fe del pueblo, renovar el bautismo y su dimensión misionera, formar a los cristianos en su fe, acrecentar su pertenencia a las comunidades eclesiales, crear comunidades misioneras, preparar una Gran Misión.

Pero ante esta realidad eclesial se esperaría que Aparecida no sólo reconociese el hecho sino que tratara de investigar

sus causas. ¿Por qué se ha debilitado la fe en América Latina? ¿Desde cuándo se ha iniciado este proceso? Un hecho tan generalizado debe tener causas serias, no puramente individuales, sino estructurales y que tampoco se pueden atribuir únicamente al ambiente social y cultural del mundo moderno y postmoderno. Debe haber también causas intraeclesiales sin duda ligadas al invierno eclesial que se vive en la Iglesia después de la breve primavera conciliar del Vaticano II.

Enumeremos algunas de estas posibles causas. Desde la *Communio* (1992) se ha ido debilitando el papel de las Iglesias locales, así como también desde la carta apostólica *Apostolos* (1998) se ha limitado el rol de las conferencias episcopales, reforzándose el centralismo romano. El deseo de Juan Pablo II de que se le ayudase a encontrar una forma de ejercicio del primado petrino que, sin renunciar a lo esencial de su misión, se abriera a una situación nueva (*Ut unum sint* 1995, n° 95), aunque ha tenido respuestas y sugerencias positivas de parte de varios teólogos, no ha conducido a ninguna reforma práctica ni de la curia romana ni del ejercicio del primado romano⁴. De Roma han emanado diversos documentos restrictivos sobre la colaboración de los fieles laicos en el ministerio de los presbíteros (1997), sobre la liturgia (*Redemptionis sacramentum* 2004), sobre la ordenación de diáconos indígenas, que han frenado mucho el impulso de la Iglesia latinoamericana. Las críticas a la teología de la liberación y a las comunidades de base y la reciente notificación sobre la cristología de Jon Sobrino ha desanimado y desconcertado mucho a los cristianos, sobre todo a los sectores populares. Los criterios conservadores (tucioristas) empleados en la elección de obispos estos últimos años y el procedimiento de su nombramiento sin participación de la comunidad cristiana, el carácter meramente consultivo de los sínodos romanos, el dualismo existente entre sínodos

⁴ Véanse por ejemplo los aportes positivos de J. R. Quinn, *La reforma del papado*, Barcelona 2000 y de C. Schickendantz, *¿A dónde va el papado?*, Proyecto, Buenos Aires 2001.

romanos y el consistorio de cardenales, la poca claridad sobre la relación entre nuncios y conferencias episcopales, el apoyo decidido de Roma a los nuevos movimientos eclesiales frente a cierta postergación de la vida religiosa, el no admitir la ordenación de “viri probati”, la escasez de ministros ordenados..., todo ello sin duda ha frenado el impulso de la Iglesia latinoamericana de años anteriores y ha debilitado la fe de muchos sectores latinoamericanos. El no escuchar el clamor de las mujeres en la Iglesia, la exclusión de la eucaristía a los matrimonios divorciados vueltos a casar, el no repensar la moral sexual y matrimonial... ha favorecido que muchos abandonasen la Iglesia y acudiesen a otros grupos religiosos. ¿Se puede continuar hablando de América Latina y el Caribe como del Continente de la esperanza?

2.2 Juzgar

El *Documento de Aparecida* desarrolla en su segunda parte *La vida de Jesucristo en los discípulos misioneros*.

Para ello profundiza en la vocación de los discípulos llamados por el bautismo al seguimiento de Jesucristo y a configurarse con el Maestro, para poder anunciar el evangelio de vida, con la fuerza del Espíritu. Esta vocación de discípulos y misioneros se vive en la Iglesia, en los diferentes tipos de comunidad existentes (diócesis, parroquias, comunidades de base y pequeñas comunidades...), según las diversas vocaciones específicas (presbiteral, religiosa, laical...).

Pero lo que llama más la atención de esta parte es el espacio dedicado a la formación de los discípulos y misioneros de Jesucristo. Se postula una formación integral, kerygmática y permanente, atenta a las diversas dimensiones (humana, espiritual, intelectual, comunitaria, pastoral, misionera), una formación respetuosa de los procesos, que contemple el acompañamiento de los discípulos y que se articule sobre todo en dos momentos, en la iniciación cristiana y en la catequesis permanente o catecumenado de adultos.

Esta formación ha de estar estrechamente ligada a las comunidades: a la familia, a la parroquia, a las comunidades de

base y pequeñas comunidades, a los movimientos eclesiales y nuevas comunidades, a los centros católicos de educación (colegios y universidades), etc.

Nos parece sumamente positivo que Aparecida haga la opción por la formación de los laicos y por su inserción en comunidades cristianas.

Se habría que cuestionar por qué no se ha dado formación a los laicos hasta ahora o por qué la formación que se ha dado ha fallado. ¿Es defecto de las familias, de los párrocos, de los catequistas, de los colegios, de las comunidades cristianas? En todo caso surgen muchos interrogantes sobre el cómo de esta formación.

¿Cómo formar en la fe cristiana de manera profunda a los sectores populares que viven casi exclusivamente de la religiosidad popular? ¿Cómo hacer para insertarlos en comunidades, cuando la gran mayoría de ellos sólo tiene una vinculación puntual con ocasión de los sacramentos de los momentos centrales de la vida? ¿Hay que enseñarles el Catecismo de la Iglesia Católica y el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, o más bien hay que partir de sus dificultades e intereses concretos para iniciarles a una lectura popular de la Biblia? Más aún, si creemos que los pobres y excluidos son un lugar teológico privilegiado porque a ellos han sido revelados prioritariamente los misterios del Reino de Dios (Lc 10, 21-22; Mt 11,25), ¿no habríamos de partir de ellos para comprender mejor el evangelio y la revelación del Dios del Reino? ¿No deberíamos desde ellos como sujetos activos repensar la misma forma de estructurar la Iglesia, una Iglesia que es de todos pero prioritariamente ha de ser de los pobres?

¿Cuál ha de ser la formación y evangelización de los sectores originarios, indígenas y afroamericanos, de modo que se entre en diálogo con sus culturas y religiones ancestrales y se acojan las semillas del Verbo sembradas en sus culturas por el Espíritu?

¿Cuál ha de ser la formación y transmisión cristiana de la fe en las familias y cómo hacerlo, cuando los padres muchas

veces desconocen lo esencial de la fe, no tienen tiempo para dedicar a sus hijos, están preocupados por el llevar el pan de cada día a su familia?

Tampoco queda claro en el Documento cuál ha de ser la función de la escuela en esta formación cristiana, cuál es el papel que corresponde a la educación pública fiscal y lo que pertenece a la esfera de la comunidad cristiana eclesial.

El riesgo de las propuestas de Aparecida sobre la formación cristiana es que se tenga presente sobre todo a los sectores de mayor nivel económico y mayor formación académica, que tienen más tiempo e interés por la esfera religiosa y colaboran más con la Iglesia. Pero ¿cómo formar con criterios evangélicos a estos sectores, que tradicionalmente han estado en manos de parroquias y de los colegios y universidades de la Iglesia y que a pesar de ello no sólo han sido incapaces de transformar la realidad injusta del continente sino que más bien se han aprovechado del “sistema”? ¿Qué hacer para que la formación cristiana a estos sectores no se reduzca al tema de sexualidad, de la familia y de la práctica dominical?

Aparecida destaca la necesidad de una experiencia cristiana profunda, citando las sabias palabras de Benedicto XVI en su encíclica **Dios es amor** (nº 1), quien afirma que no basta una formación doctrinal ni moral si no va precedida de un encuentro personal con el Señor, con Jesucristo vivo y resucitado. Pero ¿quiénes pueden iniciar a esta mistagogía espiritual, a esta experiencia espiritual, sin la cual toda la formación resbala y cae?

Aquí reaparece la importancia que da Aparecida a las diversas comunidades cristianas (de base, pequeñas comunidades, parroquias...) que han de ser la matriz que inicie, evangelice, forme, alimente la fe y haga discípulos y misioneros. Por otra parte, aunque Aparecida afirma que discípulos y misioneros son las dos caras de una misma medalla y que la formación se orienta a la misión, conviene clarificar en qué consiste esta misión. De lo contrario puede resultar que esta formación sólo tenga una finalidad apologética, como insinúa el *Documento de Aparecida*, una formación para defender la

fe de los católicos, para que estos no abandonen la Iglesia católica y no pasen a otros grupos religiosos...

También en este punto la eclesiología de Aparecida es muy intraeclesial. ¿Se abrirá esta Iglesia al Reino en el resto del Documento?

2.3 *Actuar*

Finalmente se propone una acción al servicio de la vida, orientada al Reino, con una serie de objetivos: promoción de la dignidad humana, renovación de la opción por los pobres y excluidos, defender la vida de la familia y de las personas (niños, jóvenes, adultos mayores, mujeres, varones), incentivar la cultura de la vida y del medio ambiente, atender a la educación, a la comunicación social, a los indígenas y afrodescendientes, estar presente en los nuevos areópagos, promover la reconciliación y la solidaridad, intensificar la pastoral urbana y la presencia cristiana en la vida pública, ser sensibles a los rostros sufrientes de nuestro pueblo, en especial a la gente de la calle, enfermos, adicto dependientes, migrantes, presos...

Se insiste con razón en que el Reino de Dios exige la búsqueda de estructuras justas, unir la justicia y la misericordia, hacer de la Iglesia un sacramento de amor y solidaridad, realizar una promoción humana y una liberación auténtica e integral, apoyar las políticas sociales y económicas al servicio de un desarrollo sostenible, trabajar por los constructores de la sociedad, no relegar la Iglesia al templo, promover una evangelización no separada de la solidaridad, superar el escándalo de que el continente con mayor número de católicos sea el más desigual e injusto...

Al final, se desea que Aparecida sea un nuevo Pentecostés para América Latina y se anuncia una Gran Misión continental.

Pero el tema de la vida, que aparece en el lema de Aparecida como el objetivo de la V Conferencia “para que nuestros pueblos en Él tengan vida”, no parece constituir el eje central de documento, aunque evidentemente se enumeren una serie de opciones al servicio de la vida. Además estas opciones son tan

numerosas y dispersas que en la práctica resultan inoperantes: niños, jóvenes, padres y madres, ancianos, familias, pobres, indígenas, afros, enfermos, migrantes, portadores del sida y drogodependientes, encarcelados, educación, salud, medios de comunicación, nuevos areópagos, ciudades, integración latinoamericana, medio ambiente, Amazonia y Antártida... ¿Qué quedará de todo ello?

Una vez más se tiene la impresión de que Aparecida directamente está preocupada más por lo intraeclesial que por la realidad social, económica y cultural de nuestros pueblos. Para Aparecida, América Latina y el Caribe es ante todo un continente cristiano y católico, cuya fe hay que defender, aunque haya que tener presente que es un continente pobre. En cambio, para la tradición latinoamericana liberadora, América Latina es ante todo un continente pobre que es creyente. En Aparecida la dimensión social se contempla más como punto de llegada de la praxis que como punto de arranque teológico y espiritual. La eclesiología de Aparecida no es excéntrica, no es una Iglesia que se convierta continuamente al Reino, que procura construir el Pueblo de Dios (laós) a partir del pueblo pobre y marginado (óchlos), sino que es una Iglesia que está más preocupada de sus miembros, sus estructuras, sus comunidades, sus efectivos, su influjo y poder, sus derechos, sus intereses, más interesada por la vida eclesial y cristiana que por la vida en general, la vida sin otras connotaciones: la vida del pueblo, la vida de los hombres y mujeres, la vida económica, social, cultural y religiosa, la vida de la creación, del cosmos... En el fondo las directrices teológicas de *Communio*, de las que hablamos anteriormente, siguen todavía vigentes hoy: la Iglesia universal antecede ontológica y cronológicamente a la Iglesia local latinoamericana pobre y creyente.

3. Valoración eclesiológica global de Aparecida

Podemos comenzar afirmando que Aparecida ha recuperado en gran parte la memoria del caminar de la Iglesia latinoamericana: el método ver, juzgar y actuar, la opción por los pobres, el papel fundamental de las comunidades de

base, de una vida religiosa mística y profética. En este sentido se puede decir, que aunque no mencione explícitamente la teología de la liberación, ha asumido sus opciones decisivas: en la fe en Cristo está implícita la opción por el pobre.

También ha reafirmado las opciones de las anteriores Conferencias por la vida, los jóvenes, indígenas y afroamericanos, la familia, la mujer, la tierra y la ecología, el protagonismo de los laicos, la atención a la cultura moderna y a los MCS, etc.

Quizás la mayor novedad de Aparecida consista en haber hecho una opción por la formación de los discípulos, formación que incluye dimensiones doctrinales, espirituales, misioneras, etc. También es notoria su insistencia en la necesidad de la inserción en las diferentes comunidades eclesiales existentes.

En cambio no ha respondido a algunas de las peticiones que se habían formulado a partir del Documento de participación: revisión y ampliación de los ministerios ordenados; recuperación pastoral de los sacerdotes que dejaron el ministerio; repensar la teología, la moral y la pastoral en torno a la afectividad, la sexualidad y el matrimonio; tener un diálogo serio con el mundo moderno y postmoderno; discernir en los actuales movimientos sociales y políticos de América Latina los signos de la presencia del Espíritu.

Como hemos ido señalando a lo largo de este escrito, la perspectiva central de Aparecida es mayormente intraeclesial. Es semejante a una fábrica que vende sus productos en el mercado y de repente comienza a entrar en crisis porque el público ya no compra sus productos porque hay competencia en el mercado. Pero en vez de repensar el por qué no se vende, en vez de mejorar su tecnología y la calidad de sus productos, se reduce a lanzar una campaña publicitaria para aumentar su marketing.

La Iglesia católica desde hace años (ya desde la I Conferencia de Río de Janeiro de 1955), ha considerado a América Latina como una reserva espiritual de catolicismo, que representa

una fuente de esperanza frente al declive de la Iglesia europea (errores doctrinales y morales, indiferentismo, secularización, abandono de la práctica religiosa, descrédito de la institución eclesial, agnosticismo, ateísmo, falta de vocaciones...).

Mientras la Iglesia ha perdido a Europa y en general al Primer Mundo, cuando en el Tercer Mundo asiático y africano la Iglesia es todavía minoritaria, América Latina era considerada por Roma como la Amazonia espiritual del catolicismo, el pulmón católico que podía oxigenar y dar a vida a toda la Iglesia universal. Ahora se experimenta que esta Amazonia espiritual está amenazada, que la Iglesia de América Latina está en crisis, que el continente de la esperanza ya no es lo que era antes y que el proceso tiende a deteriorarse cada vez más.

Aparecida representa, si nuestro análisis es correcto, un esfuerzo último para la recuperación de la identidad católica (volver a ser discípulos y misioneros), una reconquista espiritual, una apologética, un intento de “cerrar filas”, de realizar un marketing misionero: la Gran Misión continental.

En lugar de preguntarse por qué la Iglesia va desapareciendo en Europa y qué cambios se exigirían a la estructura eclesial, en vez de cuestionarse por qué la Iglesia está debilitándose en América Latina, se cierran los ojos y se quiere mantener la estructura intacta y reforzar la identidad de los discípulos y la misión, sin cuestionar a la institución eclesial.

No es que sea equivocado el insistir en la identidad cristiana ni en la necesidad de la formación, de experiencia espiritual y de una mayor inserción eclesial, sino que lo que debe quedar claro es el horizonte último de todo ello, que es el Reino de Dios, la vida en todas sus dimensiones, el proyecto de Jesús, los otros y otras, el cosmos que es nuestra patria común. Por ello la Iglesia latinoamericana antes de misionar y evangelizar a los demás, debería comenzar por escuchar, por oír el clamor de los pobres, de los indígenas, de las mujeres, de los jóvenes, de la tierra, de los movimientos sociales y políticos que surgen en el continente y que afirman que otro mundo es posible.

Aparecida acaba con la hermosa oración con la que el Papa finalizó su discurso inaugural, pidiendo al Señor, como los discípulos de Emaús, que se quede con nosotros (Lc 24, 29). Pero antes de elevar esta oración tal vez deberíamos escuchar al Señor que llama necios y tardos de corazón a los Emaús por no comprender las escrituras (Lc 24, 25-27).

Deberíamos quizás imitar a aquellos monjes, que según una vieja leyenda, comenzaron lentamente a desmontar y a desedificar su monasterio. A los que les preguntaban por qué lo hacían, respondían que desde dentro del monasterio ya no podían ver la salida ni la puesta del sol...

4. La crisis galilea como propuesta pastoral

¿Cómo ser fieles a Aparecida, aprovechar sus valores y aspectos novedosos, corregir sus vacíos y sombras, sin escandalizar al pueblo, sino ayudándole a que crezca en su fe y en su ser eclesial?

En los evangelios sinópticos se constata que Jesús, después de sus grandes éxitos en su predicación y milagros, pasa por una crisis motivada porque los jefes del pueblo lo rechazan, algunos discípulos lo abandonan al ver que no es el Mesías rey que esperaban ("el asunto de los panes" Mc 6, 52) y otros, aunque no le abandonan, no le comprenden.

Todo esto obliga a Jesús a un nuevo replanteo de su misión, a una reflexión que le lleva a abandonar Galilea y dirigirse a territorios paganos, a Cesarea de Filipo y a la frontera sirofenicia y a un cambio de conducta: habla poco del Reino de Dios, no hace milagros, no expulsa demonios, no come con pecadores, se concentra en los discípulos, a los que imparte instrucciones nuevas (Mc 10, 31-45). En este contexto les pregunta quién dice la gente que es él, qué opinan ellos, llama a Pedro Roca y Satanás (Mc 8, 27-30; Lc 9; 18-26; Mt 16, 13-28), se transfigura para que no se asusten ante la pasión, etc.

También en el evangelio de Juan aparece una crisis después del discurso del pan de vida en Cafarnaúm, cuando pregunta

a sus discípulos si ellos también desean irse y dejarle (Jn 6, 22-54). Luego se dirige a la otra orilla del Jordán (Jn 10, 40) y a Betania (Jn 11).

En síntesis, el enfrentamiento con las autoridades religiosas de Israel y la incompreensión de los discípulos obligan a Jesús a una concentración en la comunidad de los discípulos⁵. Pero Jesús no hace marcha atrás, no renuncia sus opciones ni a su proyecto del Reino, no deja de caminar hacia la Pascua.

También América Latina y el Caribe se ve ahora bajo el embate de los grandes desafíos del mundo globalizado y neoliberal, de las nuevas tecnologías y culturas, experimenta que el cristianismo de muchos es inconsecuente con la vida, el continente mayoritariamente católico es el económica y socialmente más desigual, muchos poseen una fe débil y poco formada, hay disminución de vocaciones, hay poco sentido de pertenencia eclesial, la rica religiosidad popular está al margen de la Iglesia institucional, aumenta la indiferencia religiosa, muchos pasan a las sectas y a las religiones originarias, la Iglesia pierde adeptos y prestigio.

Frente a esta realidad es coherente, como en la crisis galilea de Jesús, que la Iglesia de América Latina proponga una concentración eclesial que le lleve a profundizar la fe bautismal de los discípulos, a propiciar una experiencia espiritual profunda, una formación cristiana más madura y una mayor inserción en las comunidades eclesiales. Seguramente ya no podremos ir soñando con una Iglesia de masas, sino de comunidades responsables que sean fermento de la sociedad.

Pero todo ello con la condición de no perder el horizonte último, el Reino de vida, ni desvincular la fe de la vida, ni olvidar a las mayorías pobres del continente, que no sólo han de ser objeto de la atención pastoral, y humana, sino que constituyen sujetos sociales y eclesiales, verdaderos lugares teológicos y fuente de espiritualidad y de encuentro con el Cristo vivo presente en la historia. A partir de ellos se ha de

⁵ J. Sobrino, *Jesucristo liberador*, Madrid 1991, 198-200.

reconstruir la comunidad eclesial, comprender qué significa ser discípulos y misioneros al servicio de la vida. Los pobres tienen potencial evangelizador y misionero. Aparecida debería impulsar el surgimiento de lo que soñó Juan XXIII: una Iglesia de los pobres. El Vaticano II no se limitó a definir la identidad eclesial, la Iglesia “ad intra” en la *Lumen Gentium*, sino que se abrió “ad extra” al mundo contemporáneo en la *Gaudium et spes*. Tampoco Aparecida puede limitarse a profundizar su identidad eclesial sino que tiene que abrirse al Reino de vida, vida que está amenazada en América Latina.

5. Una palabra desde Bolivia

Si reflexionamos ahora desde la fe en la situación de la Iglesia boliviana claramente veremos que es totalmente urgente e imprescindible en la actual situación del proceso boliviano, intensificar la formación religiosa del pueblo de Dios. Ya no se podrá continuar siendo cristiano sólo por costumbre o tradición. Es necesario crear convicciones personales y compromisos verdaderos.

La gran mayoría del pueblo cristiano en Bolivia vive casi exclusivamente de la religiosidad popular: peregrinaciones a santuarios, fiestas patronales, procesiones de semana santa, más asiduo a los sacramentales que a los sacramentos muchas veces reducidos a los momentos liminares de la vida. Muchos de los que se consideran practicantes dominicales, no quieren tomar ulteriores compromisos con la comunidad cristiana. Los sectores verdaderamente comprometidos con su fe en la comunidad y en la vida son minoritarios. La vida pública (política, economía, trabajo, cultura, MCS...) aunque esté llevada por cristianos, católicos en su mayoría, no refleja los valores y la fe cristiana.

En concreto se trataría de urgir en Bolivia la formación cristiana de los laicos y su vinculación con la comunidad eclesial. Ésta me parece ser la mayor novedad de Aparecida y la exigencia más urgente para la Iglesia boliviana: la formación cristiana de los laicos. Pero no podemos centrarnos en la formación de los laicos de las clases medias y altas, sino que hemos de

acompañar, escuchar, dialogar y evangelizar a las mayorías pobres, partiendo de sus vivencias religiosas y culturales, pues son pobres creyentes, con potencial evangelizador.

Pero como hemos dicho, todo esto en función del Reino de Dios, hacia la construcción de una sociedad nueva donde reine la justicia, sin exclusiones ni marginaciones, al servicio de la vida del pueblo, comenzando por lo mínimo pero que es lo más urgente: que todos tengan una vida humana digna.

No podemos separar la situación real del pueblo y el actual proceso de cambio que vivimos de la aplicación de Aparecida a Bolivia. Esta realidad nos interpela como ciudadanos y como cristianos.

Como discípulos y misioneros de Jesucristo hemos de discernir la presencia del Espíritu en los acontecimientos de la historia (GS 4; 11; 44) y distinguir lo que es del Espíritu de lo que procede de limitaciones, errores y pecados humanos. En este proceso de discernimiento la Iglesia se juega su credibilidad y su capacidad para decir una palabra profética y evangélica en el futuro. Si la Iglesia de Bolivia en su conjunto se cierra a los signos de los tiempos y extingue el Espíritu sin discernirlo antes, pagará muy seriamente su miopía y ceguera.

Si como dijo Ireneo, la gloria de Dios es la vida del ser humano, vida que culmina en la visión de Dios, la vida ha de ser el gran test para discernir si un movimiento o un proyecto es según el evangelio o no. Una vida que comienza con los mínimos (pan, techo, escuela, hospital, trabajo, familia...) pero que incluye respeto a la dignidad de la persona a su libertad, cultura, etnia, sexo y religión.

A partir de aquí surgirán las propuestas y acciones, que muchas veces no serán protagonizadas por la Iglesia sino por el pueblo y sus movimientos. La gran misión de la Iglesia es acoger el profetismo del pueblo, discernirlo y acompañarlo. Así pasaremos de ser una Iglesia eclesiocéntrica, señora, dueña y maestra, a una Iglesia servidora de los demás, que escucha, defiende y acoge la vida que el Espíritu hace nacer en nuestro mundo. También en Bolivia.



Aparecida: la opción preferencial por el pobre

*Gustavo Gutiérrez**

Como en el caso de las anteriores Conferencias episcopales latinoamericanas, la de Aparecida marcará la vida de la iglesia en el continente.

Ellas son el resultado de procesos largos, con la participación de importantes porciones del Pueblo de Dios, incluso en las asamblea finales, en las que desde Medellín –siguiendo la pista abierta por el Concilio- participan activamente un número importante de laicos, sacerdotes, religiosas, miembros de otras iglesias cristianas y de otras religiones, cuya contribución estuvo, igualmente, presente en la V Conferencia.

La preparación lejana de Aparecida está en los años anteriores, en el compromiso y en la fidelidad de muchos al Evangelio y a los pobres de este continente, pese a todas las dificultades e, incluso, incomprensiones. Está, sobre todo, en “el testimonio valiente de nuestros santos y santas, y de quienes aún sin haber sido canonizados, han vivido con radicalidad el evangelio y han ofrendado su vida por Cristo, por la Iglesia y por su pueblo” (DA 98). Muchos de ellos son conocidos, otros tantos son anónimos, pero todos son “testigos de la fe”, como dice el Documento (un reconocimiento y homenaje que habíamos extrañado en las conferencias anteriores). Para

* Peruano. Autor de “Teología de la liberación” (1971).

quienes siguieron de cerca esta línea en la vida de la iglesia latinoamericana, tal vez, Aparecida no resulte tan sorpresiva.

El camino inmediato a esta conferencia estuvo jalonado por diálogos y consultas con personas de distintas posiciones, así como por diferentes reuniones del CELAM en las que se fue definiendo el perfil de esa asamblea. Apertura que estuvo también presente durante los días de la Conferencia y contribuyó a hacer de ella un momento importante en la vida de la Iglesia latinoamericana y caribeña.

Se ha dicho que Aparecida significa una ratificación de la línea teológico-pastoral asumida en las últimas décadas en los encuentros continentales precedentes. Es cierto en varios aspectos. A la vez, o más bien por esa misma razón, lo hace creativamente, con la mirada en el tiempo que viene, teniendo en cuenta los desafíos actuales a la vivencia y al anuncio del mensaje evangélico.

Estas páginas no pretenden comentar el conjunto del Documento, sino de simplemente uno de sus ejes, central eso sí, que da estructura al texto y nos proporciona un criterio fundamental de lectura del texto y acontecimiento de Aparecida: la opción preferencial por el pobre. Efectivamente, como se dice en el Documento Final, esta perspectiva es “uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña” (DA 391).

Veremos en primer lugar la insistencia en saber discernir los signos de los tiempos, como lo pedía Juan XXIII convocando al Concilio. Examinaremos, luego, como se presenta en Aparecida el fundamento y las implicaciones de la opción por el pobre. Finalmente, subrayaremos una de sus más importantes consecuencias: la relación entre anuncio del Evangelio y la transformación de la historia.

I. Discernir los signos de los tiempos

En el proceso que llevó a Aparecida se fue afirmando, ante la propuesta de numerosos episcopados, la necesidad de asumir nuevamente el método ver, juzgar, actuar.

Una lectura creyente

Desde el inicio *Aparecida* se propone hacer una lectura creyente de la realidad y la ubica en relación con su tema central: “Como discípulos de Jesucristo nos sentimos interpelados a discernir los ‘signos de los tiempos’, a la luz del Espíritu Santo, para ponernos al servicio del Reino, anunciado por Jesús, que vino para que todos tengan vida y ‘para que la tengan en plenitud’ (Jn 10, 10)” (DA 33).

Como es sabido, quien puso este tema sobre el tapete en nuestra época fue Juan XXIII. La recepción que tuvo esta iniciativa prueba su consonancia con el mensaje cristiano y su sensibilidad creyente. Es una óptica que se entronca con la encarnación en la historia del Hijo de Dios, que revela el amor de Dios por el género humano que vive en ese devenir histórico. Ese es su fundamento en la fe y en la teología. Discernir lo que en él corresponde, o no, a las exigencias y presencia del Reino es tarea del conjunto de la iglesia. Efectivamente, desde un principio quedó claro, en este derrotero, que los acontecimientos históricos que deben ser cernidos no son sólo positivos, hay también, evidentemente, los que no se sitúan en la línea de los valores evangélicos. El asunto es capital para la tarea de proclamación del evangelio, en ese horizonte se colocan los documentos mencionados.

Aparecida ve este discernimiento como una tarea permanente y que debe renovarse continuamente. Una serie de hechos de los últimos años, tanto de orden económico, político, cultural, como en el religioso y cristiano están diseñando, a un ritmo vertiginoso, una situación inédita que mueve el piso a muchas de nuestras certezas y hace tambalear no pocos proyectos históricos presentes hasta hace muy poco. Sin duda, la historia ha apretado el paso en tiempos recientes.

Obviamente, las formas de entrada de los pobres y oprimidos en el escenario histórico de años anteriores no son las mismas hoy, es necesario estar atentos a las rutas inéditas que toman actualmente. De este modo, el esbozo de la compleja realidad del pobre se va completando, por ensayo y por error, con

estridentes y sin ellas, pero finalmente se hace más preciso e interpelante, de lo cual toma nota Aparecida. En otras palabras, nos hallamos ante un proceso en curso, que no ha dado todavía todo de sí.

La cuestión del método en Aparecida

El camino que debía seguirse para precisar las tareas de la comunidad cristiana en el hoy de América Latina y el Caribe fue un asunto muy debatido en la preparación de Aparecida e, incluso, en la Conferencia misma.

Ver juzgar y actuar

Como lo hemos recordado, partir de un análisis y de una interpretación de la realidad social e histórica se constituyó en un elemento decisivo en los documentos de Medellín y Puebla. No sucedió lo mismo en Santo Domingo debido a indicaciones que respondían al temor de que hacer de ello un primer paso significaba caer, se decía, en el “sociologismo” y renunciar a la perspectiva de la fe cristiana.

Era ignorar el sentido de ese método que sostiene que el ver es ya una lectura creyente, quienes lo practican, después de su lanzamiento por la Juventud Obrera Católica y el, más tarde, cardenal Cardijn, lo saben bien. Algunas comisiones en Santo Domingo hicieron un intento por mantenerlo, pero la indicación general que lo desaconsejaba empobreció, pese a ciertos logros, el producto final. De ello hubo una conciencia clara en Aparecida.

El discurso de Benedicto XVI, de gran influencia en las conclusiones de Aparecida, insiste en el Dios de rostro humano y, por lo tanto en su presencia en la historia: “Dios es la realidad fundante, no un Dios sólo pensado o hipotético, sino el Dios de rostro humano; es el Dios-con-nosotros, el Dios del amor hasta la cruz” (DI 3). El tema mateano del Emmanuel –de abolengo veterotestamentario- impregna sus palabras y ofrece un fuerte apoyo para hablar de los compromisos que los cristianos, y la iglesia en su conjunto, deben asumir ante la situación de América Latina y el Caribe.

Al inicio de su discurso, con un lenguaje que, en el pasado, algunos veían con desconfianza, el Papa afirma, incluso, que “el Verbo de Dios, haciéndose carne en Jesucristo, se hizo también historia y cultura” (DI 1). Al hacerse hombre entra en la historia humana y se sitúa en una cultura; son dimensiones necesarias y cargadas de consecuencias para una comprensión apropiada del mensaje cristiano. Un mensaje que se da en la historia, y que al mismo tiempo la trasciende.

II. Reafirmación de la opción preferencial por el pobre

Asumimos “con nueva fuerza esta opción...” (DA 399), “se confirma nuestra opción...” (Resumen 6), “reafirmamos nuestra opción...” (Mensaje Final 4), mantenemos “con renovado esfuerzo nuestra opción...” (id. n. 4). Aparecida se sitúa en una continuidad reforzada y creativa de la opción preferencial por el pobre, que dibuja “la fisonomía de la iglesia” (DA 391) en el continente. Es una convicción que la Conferencia plantea como un punto de no retorno.

El fundamento cristológico

Sin duda, una de las aseveraciones más relevantes del discurso inaugural de Benedicto XVI, y de gran influjo en el texto final, concierne el fundamento teológico de la opción por el pobre. Tocar el tema, y hacerlo en términos muy claros, ante la Conferencia episcopal del continente en el que surgió la formulación de esa solidaridad con los pobres fue particularmente significativo.

El Papa encuadra dicha opción recordando que la fe cristiana nos hace salir del individualismo y crea una comunión con Dios y, por eso mismo, entre nosotros: “La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás”. La opción por el pobre es un camino hacia la comunión, y encuentra en ella significación más profunda y exigente. El

texto que acabamos de citar continúa, en forma inmediata, de este modo: “En este sentido, la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Cor. 8,9)” (DI 3). Es la fe en un Dios que se ha hecho uno de nosotros y que se manifiesta en el testimonio del amor prioritario de Jesucristo por los pobres.

En esa línea de encarnación es citado el texto en Aparecida. “Nuestra fe proclama que ‘Jesucristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre’ [*Iglesia en América* (n.67)]” (DA 392). Y citando al Papa, dice: “Por eso ‘la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza’ (DI n.3)” (id.). “Por eso”, equivalente al “en ese sentido” del discurso papal, la mención del rostro de Cristo y del ser humano da el fundamento de esa opción. De modo límpido lo sostiene Aparecida: “Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo, el Dios hecho hombre, que se ha hecho nuestro hermano (cf. Hb 2, 11-12)” (id.).

Vínculo señalado ya por las tres Conferencias latinoamericanas anteriores. En ellas aparece nítidamente el fundamento cristológico de la opción por el pobre. Pero, indudablemente, la formulación que hallamos en Aparecida da precisión, actualidad y un gran vigor a una perspectiva que ha puesto un sello indeleble en la vida de la iglesia del continente y más allá de él. De este modo, la opción por el pobre se constituye en un eje del Documento de Aparecida, y lo es porque, precisamente, se trata de un eje de vida y de reflexión para todo seguidor de Jesús.

Los rostros de los pobres

El Documento deduce una importante consecuencia de lo dicho sobre el fundamento de la opción por el pobre: “Si esta opción –dice– está implícita en la fe cristológica, los cristianos como discípulos y misioneros estamos llamados a contemplar en los rostros sufrientes de nuestros hermanos, el rostro de

Cristo que nos llama a servirlo en ellos". Ese reconocimiento implica "una mirada de fe" (DA 393).

El tema, de evidente inspiración evangélica, surge, como es sabido, en Puebla (nn.31-39). Su recepción en las comunidades cristianas del continente y en muchas de sus celebraciones litúrgicas fue enorme. Santo Domingo lo retomó, extendió la lista de esos rostros y pidió que se prolongara. Es lo que ha hecho Aparecida, asumiendo un elemento relevante de la tradición eclesial latinoamericana de las últimas décadas. De modo preciso y firme se sostiene que el reto que viene de esos rostros sufrientes va al fondo de las cosas: "ellos interpelan el núcleo del obrar de la Iglesia, de la pastoral y de nuestras actitudes cristianas" (DA 393). La razón es clara y demandante, porque "todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo: 'Cuanto lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron' (Mt 25, 40)" (id.). Estrecha relación entre Cristo y el pobre: reconocer el rostro de Cristo en el rostro sufriente de tantos hombres y mujeres. El texto capital de Mateo 25, de larga presencia en la historia de la evangelización y en la solidaridad con los pobres de este continente, es el basamento de esta perspectiva. Por ese motivo es el pasaje bíblico más trabajado en la teología de la liberación.

La preferencia por los pobres

Se trata de una opción, en tanto solidaridad y compromisos firmes; una opción no opcional, como se ha dicho muchas veces. Una opción preferente por los pobres.

El Documento esboza una percepción de la *complejidad* de la pobreza, que no se limita a su dimensión económica, por importante que ella sea. "El flagelo de la pobreza (...) tiene diversas expresiones: económica, física, espiritual, moral, etc." (DA 176). De allí su sensibilidad por "la diversidad cultural" del continente que considera "evidente" (DA 56). Valora y considera un "kairos", un momento propicio en el continente, la nueva presencia de indígenas y afrodescendientes que

puede incluso llevarnos a “un nuevo Pentecostés”. En un buen apunte, el Documento dice que ellos “son, sobre todo, ‘otros’ diferentes que exigen respeto y reconocimiento. La sociedad tiende a menospreciarlos, desconociendo su diferencia” (DA 89). En efecto, el pobre es el otro de una sociedad que no le reconoce, salvo teóricamente, su dignidad humana.

En la misma vena, y acentuando la complejidad del mundo de la marginación e insignificancia social, Aparecida trata de la situación de la mujer que sufre una ominosa exclusión por varias razones y de quién “urge escuchar el clamor, tantas veces silenciado” (DA 454). Para ella vale, asimismo, la cuestión del tipo de alteridad mencionada, de cierta manera la mujer es ‘otra’ respecto de la sociedad actual, alguien a quien no se reconoce la plenitud de su dignidad humana. El texto pone, además, el acento en las mujeres que pertenecen a poblaciones particularmente marginadas, al mismo tiempo que subraya la actualidad y la premura de ese estado de cosas. “En esta hora –se dice- de América Latina y el Caribe urge escuchar el clamor, tantas veces silenciado, de mujeres que son sometidas a muchas formas de exclusión y de violencia en todas sus formas y en todas las etapas de sus vidas. Entre ellas, las mujeres pobres, indígenas y afrodescendientes han sufrido una doble marginación” (DA 454). Doble marginación, sobre la que nos alertaba ya el texto la Opción preferencial por el pobre de Puebla (n. 1135, nota).

Aparecida es atenta también a un punto central de la práctica y la reflexión acerca de la opción por el pobre: los pobres mismos deben ser gestores de su destino. No se trata de hablar por los pobres, lo importante es que ellos tengan voz en una sociedad que no escucha su clamor por la liberación y la justicia. Ellos sienten “la necesidad de construir el propio destino” (DA 53). El proceso de “recuperación de identidades (...) hace de las mujeres y hombres negros sujetos constructores de su historia y de una nueva historia que se va dibujando en la actualidad latinoamericana y caribeña” (DA 97). Esto vale en varios campos: “día a día los pobres se hacen sujetos de la evangelización y de la promoción humana integral” (DA 398).

El término preferencia no intenta moderar -y, menos todavía olvidar- la exigencia de solidaridad con el pobre y con la justicia social. No se le comprende sino en relación con el amor de Dios. La Escritura lo presenta como universal y preferente a la vez. A ello se refería Juan XXII cuando hablaba de “una iglesia de todos y particularmente una iglesia de los pobres”. Dos aspectos que están, no en contradicción, pero sí en una tensión fecunda. Limitarse a uno de ellos es perder los dos. Por ello, Aparecida dice -al inicio del capítulo que trata especialmente de la opción por el pobre- que “la misión del anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo tiene una destinación universal. Su mandato de caridad abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes de la convivencia y todos los pueblos” (DA 380). En este marco hay que entender el sentido de la prioridad de los insignificantes y excluidos.

Es lo que hace el Documento cuando, al hablar de la opción por el pobre, afirma que “sea preferencial implica que debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales. La Iglesia latinoamericana está llamada a ser sacramento de amor, solidaridad y justicia entre nuestros pueblos” (DA 396). Transversal a todas las instancias eclesiales y no encajonada en determinados sectores, de manera a ser sacramento de amor y justicia. A eso apunta la preferencia y no a amortiguar la radicalidad de la opción.

Por un lado, la universalidad sitúa el privilegio de los pobres en un ancho horizonte de ruta y le exige rebasar continuamente sus eventuales límites; a su vez, la preferencia por los pobres da concreción y alcance histórico a dicha universalidad y le advierte del peligro de permanecer en un nivel engañoso y nebuloso.

III. Evangelización y compromiso por la justicia

Son varias las cuestiones que se derivan del modo como es reafirmada y presentada la opción preferencial por el pobre en Aparecida. Nos limitaremos a enfatizar una de ellas.

Compartir una experiencia

El anuncio del Evangelio procede de un encuentro. Del encuentro con Jesús. Recordarlo le permite al Documento entrar en consideraciones que nos son muy cercanas, que forman parte de muchas experiencias y que van al sentido mismo de la opción preferencial por el pobre.

La alegría del discípulo

Ese compartir nace de la alegría del “encuentro con Jesucristo, a quien reconocemos como el Hijo de Dios encarnado y redentor (...) deseamos que la alegría de la buena noticia del Reino de Dios, de Jesucristo vencedor del pecado y de la muerte, llegue a todos (...) darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo” (DA 29). Sin esta experiencia la transmisión del mensaje se convierte en algo frío y lejano que no llega a las personas. La opción por el pobre no escapa al riesgo “de quedarse en un plano teórico o meramente emotivo, sin verdadera incidencia en nuestros comportamientos y en nuestras decisiones” (DA 397). La alegría del encuentro con Jesús amplía nuestra mirada y ensancha nuestro corazón.

La opción por los pobres nos pide “dedicar tiempo a los pobres, prestarles una amable atención, escucharlos con interés, acompañarlos en los momentos más difíciles, eligiéndolos para compartir horas, semanas o años de nuestra vida, y buscando, desde ellos, la transformación de su situación” (id)... No es una cuestión de condescendencia, sino de solidaridad y amistad, y la amistad significa igualdad y justicia, reconocer su dignidad humana.

Pobrezas ocultas

“Sólo la cercanía que nos hace amigos –dice Aparecida–, nos permite apreciar profundamente los valores de los pobres de hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir la fe. La opción por los pobres debe conducirnos a la amistad con los pobres” (DA 398). En efecto, sin amistad no hay auténticamente solidaridad ni un verdadero compartir con

ellos, la opción es por personas concretas, hijas e hijos de Dios.

Esta postura nos ayudará a percibir “los grandes sufrimientos que vive la mayoría de nuestra gente y que con mucha frecuencia –dice el Documento con sensibilidad y finura- son pobreza ocultas” (DA 176). Las hay entre los pobres, son pobreza modestas, poco llamativas, hechas vida cotidiana, tan asimiladas que de ellas no se habla, vejaciones sufridas como hechos ineluctables, un cierto pudor las cubre con un manto de silencio. Ocurre, sobre todo, con las mujeres de los sectores pobres; marginadas, muchas veces al interior mismo de sus familias, pero no sucede únicamente con ellas. Todas esas pequeñas (o grandes) miserias sólo salen a la superficie -cuando lo hacen- después de mucho tiempo de amistad, y hasta se pide disculpas para hablar de ellas. Hasta allí hay que ir.

Estas consideraciones no obvian, de ningún modo, que la opción por el pobre significa, asimismo, un compromiso por la justicia (lo veremos en el siguiente párrafo). Simplemente, nos hacen acentuar aspectos que pueden escaparse a una mirada que no cala suficientemente en las hondas dimensiones de la opción por el pobre y en los aspectos más delicados de las personas.

La Iglesia abogada de la justicia y de los pobres

La acción por la justicia y la promoción humana no son ajenas a la evangelización. Todo lo contrario. Ellas no terminan allí donde comienza el anuncio del mensaje cristiano, no es una pre-evangelización, constituyen una parte de la proclamación de la Buena Noticia. Esto que hoy es evidente para nosotros, y lo es en *Aparecida*, es el resultado de un proceso que fue haciendo comprender el sentido de decir “que llegue tu Reino”. Es hablar de la transformación de personas y de la historia en la que el reinado de Dios se hace presente ya, aunque *todavía no* plenamente. Es una andadura que se acelera desde el Concilio, donde se tomó seriamente la presencia de la iglesia en el mundo.

Las conferencias episcopales, comenzando por Medellín que afirma que Jesús vino a liberarnos del pecado, cuyas consecuencias son servidumbres que se resumen en la injusticia (*Justicia* 3). El Sínodo romano sobre *Justicia en el mundo* (1971) se sitúa en esa línea: la misión de la iglesia “incluye la defensa y la promoción de la dignidad y de los derechos fundamentales de la persona humana” (n.37). La *Evangelii Nuntiandi* (n.29) recogió la perspectiva; y Juan Pablo II afirmó en Puebla que la misión evangelizadora “tiene como parte indispensable la acción por la justicia y la promoción del hombre” (DI III,2).

Benedicto XVI recuerda que “la evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana” (DI 3, ver DA 27). Y en su encíclica: “Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí” (*Deus caritas est*, 15). Se trata de una cuestión de principio que las infidelidades a ese postulado en la historia, no lo modifican en tanto que exigencia permanente. En ese orden de ideas, declara abiertamente, en un texto muy influyente en Aparecida: “La Iglesia es abogada de la justicia y de los pobres”, y unas líneas más abajo repite la idea: “abogada de la justicia y de la verdad” (DI 4). Textos varias veces citados en Aparecida.

El anuncio del evangelio implica una transformación de la historia que gire en torno a la justicia, a una respetuosa valoración de las diferencias de género, étnicas y culturales, y a la defensa de los más elementales derechos humanos sobre las que debe fundarse una sociedad en la que se viva una auténtica igualdad y fraternidad.

La mesa de la vida

Denunciar la injusticia y proponerse establecer la justicia, son expresiones necesarias de la solidaridad con persona concretas. Creemos en un Dios de la vida que rechaza la pobreza inhumana que no es otra cosa que muerte injusta y prematura. Todos estamos llamados a participar en el banquete de la vida. “Las agudas diferencias –afirma la Conferencia– entre ricos y pobres nos invitan a trabajar con

mayor empeño en ser discípulos que saben compartir la mesa de la vida, mesa de todos los hijos e hijas del Padre, mesa abierta, incluyente, en la que no falte nadie. Por eso reafirmamos nuestra opción preferencial y evangélica por los pobres" (*Mensaje Final* 4). Mesa abierta, de la que nadie está excluido, pero cuyos primeros invitados son los últimos de este mundo.

El Papa, en su discurso inaugural hizo una interesante alusión al peligro en el mundo de hoy a una actitud individualista e indiferente a la realidad en que vivimos que Aparecida recoge con los mismos términos: "la santidad no es una fuga hacia el intimismo o hacia el individualismo religioso", tendencia muy marcada en la sociedad y en el mundo religioso de hoy. El texto insiste, "tampoco un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo y, mucho menos, una fuga de la realidad hacia un mundo exclusivamente espiritual" (DA 148; ver DI 3). En efecto, una gran tentación contemporánea en la vida cristiana de la que muchos se ufanan y que da buena conciencia al precio de abandonar el testimonio de Jesús. Como si una postura intimista y recoleta, con la pretensión de moverse en una esfera "exclusivamente espiritual", respondiese fielmente a las exigencias evangélicas.

En la Eucaristía, configurándonos con el Señor, y en escucha orante de su Palabra, hacemos memoria de su vida, testimonio, enseñanza, muerte y resurrección y celebramos con gozo nuestra comunión con Dios y entre nosotros (cf. DA 142).

Conclusión

El Documento tiene una impronta de esperanza, pero no de ilusiones. Hacia el final del texto se anota que "no hay otra región que cuente con tantos factores de unidad" como América Latina y el Caribe. Pero se trata de una "una unidad desgarrada porque atravesada por profundas dominaciones y contradicciones" y añade "todavía incapaz de incorporar en sí 'todas las sangres'" (DA 527). La frase de José María Arguedas, con la que caracterizaba al Perú, vale, en efecto,

para todo el continente. Ella expresa nuestra diversidad y, también, nuestra riqueza y potencialidades. Conociéndolas podremos enfrentar debidamente los retos que vienen de nuestra situación.

Aparecida ha intentado ver cara a cara esa realidad, sin subterfugios y escapatorias. Y presenta exigencias a los discípulos de Jesucristo para que cumplan su misión con fidelidad al evangelio. Lo hace convencida de que “La opción preferencial por los pobres nos impulsa, como discípulos y misioneros de Jesús, a buscar caminos nuevos y creativos a fin de responder otros efectos de la pobreza” (DA 409). La opción preferencial por el pobre comprende un estilo de vida que ha inspirado muchos compromisos en tres niveles, diversos pero relacionados: el anuncio de la buena nueva (en los terrenos pastoral y social), tal vez el más visible; el teológico; y, como basamento de todo lo anterior, el de la espiritualidad, el seguimiento de Jesús. Esto la hace uno los ejes transversales del Documento.

Al inicio de estas páginas decíamos que el acontecimiento y el *Documento de Aparecida* marcarán la vida de la iglesia de América Latina y el Caribe en el tiempo que sigue, pero es necesario completar esa afirmación. Esto dependerá de la recepción que le demos a Aparecida, es algo que está en nuestras manos. En las manos de las iglesias locales, de las comunidades cristianas y de diferentes instancias eclesiales. La exégesis, la interpretación de textos como éste, se hace en los hechos, en la práctica.



Aparecida y los indígenas

*Eleazar López Hernández**

El evento

Recién terminó en Aparecida, Brasil, la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño con 266 participantes entre obispos, representantes de diversos sectores eclesiales, peritos y observadores, incluidos miembros de otras denominaciones cristianas e incluso de otras religiones.

* Ordenado sacerdote el 8 de septiembre de 1974. Perteneció al pueblo zapoteca del Istmo de Tehuantepec – México. Teólogo, filósofo y humanista. Miembro fundador del Movimiento de Sacerdotes Indígenas de México; participa en la Pastoral Indígena de México y de América Latina desde 1970. Es del Equipo coordinador de la Articulación Ecuémica Latinoamericana de Pastoral Indígena, AELAPI. Forma parte del Equipo Coordinador del Centro Nacional de Ayuda a las Misiones Indígenas, AC desde 1976, siendo responsable del Departamento de Formación. Ha colaborado en el surgimiento de la Teología India a nivel latinoamericano. Miembro de la Asociación Ecuémica de Teólogos del Tercer Mundo, ASETT. Miembro fundador de la Asociación Ecuémica de Misionólogos de América Latina; Vicepresidente de la Asociación Internacional de Misionólogos Católicos, IACM. Autor de diversos artículos publicados en revistas teológicas de México, Costa Rica, Bolivia, Ecuador, Argentina, Francia, Italia, Alemania. Asesor de la presidencia de la Confederación Latinoamericana de Religiosos, CLAR.

La reunión se llevó a cabo en el mayor santuario mariano de Brasil los días 13 al 31 de mayo de 2007. El Papa Benedicto XVI se hizo presente para inaugurar la Conferencia y de inmediato se regresó a Roma. Las palabras del Papa dieron pautas importantes para la reflexión episcopal durante todo el evento, pero igualmente causaron tensión y polémica por la manera en que algunas frases suyas fueron interpretadas. Sin embargo ni las palabras del Papa ni la tensión o polémica suscitada inhibió la expresión de las voces más específicamente latinoamericanas, sino que todas lograron manifestarse abiertamente buscando unirse al final en una sola voz como la del primer Concilio de Jerusalén, que terminó diciendo: “El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido...”.

El proceso para llegar a ese resultado deseado no fue tan fácil y sencillo. Ciertamente hay que resaltar que durante la Conferencia el ambiente fue muy distensionado. Se dio mucha libertad para participar, hablar y plantear cualquier tema o asunto. Esta libertad no era sólo para los obispos, sino para todos los participantes, que podían ser también canal de expresión de otros miembros de la Iglesia latinoamericana y caribeña. Incluso se pusieron mecanismos para que los participantes en la Conferencia fueran los responsables de todo el proceso, desde la gestación del Documento hasta su redacción final, a través de la mecánica de trabajo por Comisiones o subcomisiones, que debían entregar sus conclusiones a una Comisión de Redacción elegida y aprobada por todos.

Los frutos de Aparecida

Además de los documentos finales, el fruto mayor de Aparecida, según el parecer de los obispos que estuvieron dentro, es el encuentro mismo de ellos actuando, de cara al pueblo de Dios, en *Colegialidad* y en *Comunión* con el Papa y toda la Iglesia universal. Asumiendo las particularidades eclesiales de cada Conferencia, como parte de la realidad de nuestros pueblos, los obispos dieron testimonio de su fe en Jesucristo, Camino, verdad y vida; y también hablaron del nuestro modo especial de ser Iglesia enraizada en la vida y

culturas de los pueblos que habitan este Continente. Es lo que hizo posible mantener la continuidad de la perspectiva latinoamericana. Pero evidentemente, no sólo emergió esta voz; también otros sectores y grupos mostraron su tendencia eclesiológica, supuestamente más universalista, pero con acentos doctrinales abstractos y sin vinculación con la realidad concreta de nuestros pueblos.

No cabe duda que Aparecida fue el espejo de nuestra realidad eclesial. De golpe todo lo que somos se puso de manifiesto en ese evento con sus flores y espinas, con su trigo y su cizaña. Los pastores descubrieron que hablar con libertad y en ambiente distensionado no lleva automáticamente a consensos inmediatos; todo lo contrario, tuvieron que buscar esos consensos con trabajo arduo de diálogo y discusiones muy puntuales a la manera de los procedimientos democráticos o parlamentarios, a los que no estamos habituados en la Iglesia. Los debates fueron muy fuertes y hasta apasionados en torno a temáticas planteadas por los mismos participantes.

Hubo confrontación de ideas, de modelos, de opciones. Pero al final todos se llevaron en el corazón la experiencia colectiva de ser pastores de un pueblo cuya realidad se ha hecho más complicada y para su servicio pastoral se requieren cambios y transformaciones más radicales y audaces de la Iglesia. Igualmente, experimentaron el sentimiento de haber sido abrazados por el pueblo fiel que se manifestó masivamente en las “romerías” al Santuario de la Virgen Aparecida.

Seguramente el fruto más perdurable de los debates y encuentros son los dos escritos importantes, que se consensuaron y que sin duda abrirán caminos de esperanza a nuestras iglesias particulares: el Mensaje a los pueblos latinoamericanos y el Documento Final, que pronto será respaldado por la Santa Sede para que se convierta en expresión del Magisterio universal de la Iglesia.

Aparecida en los medios

Según los analistas, una visión excesivamente optimista de Aparecida no coincide con el punto de vista de quienes la han

mirado desde fuera o incluso de quienes acompañaron de cerca sin estar dentro de la asamblea. Para los grandes medios de comunicación social, Aparecida quedó desaparecida. En ningún momento llegó a ocupar las primeras planas de la opinión pública; sólo la visita del Papa a Brasil y su puntual intervención para inaugurar la Conferencia llamó la atención de los medios. Después, prácticamente la V Conferencia pasó sin pena ni gloria en la opinión pública; quienes se mantuvieron en la sala de prensa de la Conferencia eran medios confesionales, es decir, de la misma Iglesia Católica, cada uno con su propia perspectiva de las cosas: los más fuertes eran los de Aciprensa, marcadamente conservadores.

¿Qué interpretación se puede hacer de este desinterés de los medios de comunicación social por la Conferencia en Aparecida? Desde luego no se trata de un silencio malintencionado o resultado de un complot de los enemigos contra la Iglesia. La V Conferencia simplemente no alcanzó a ser noticia porque no mostró novedades para ellos. En su percepción, sólo se hablaron en Aparecida las mismas cosas de siempre y de la misma manera, es decir, teórica y abstracta, sin mordiente ni conexión con las problemáticas concretas de la gente; los debates episcopales fueron vistos por los medios, como discusiones bizantinas, sobre asuntos internos de la institución eclesiástica. Cosa que no interesaba a la opinión pública grande.

Aparecida y el pueblo sencillo

La gente sencilla de Aparecida tampoco logró conectarse con los debates de la Conferencia. El pueblo se acercó a ver al Papa, acudió en masa los fines de semana al santuario con sus romerías y peregrinaciones habituales y compartió el espacio con los obispos ahí reunidos; seguramente quedó impactado del número de los celebrantes de la Eucaristía, del buen orden y el cuidado litúrgico de los cantos y de los rezos, pero poco entendió de las palabras y de la temática del encuentro. Y la razón que los analistas encuentran es que la V Conferencia, aunque se realizó en el principal santuario

mariano del pueblo brasileño, no se hizo sensible a la piedad popular; no expresó ningún gesto simbólico para involucrar a la *Mae Aparecida* ni tampoco para acoger al sujeto del evento de Aparecida, que es el afrodescendiente, cuya presencia no alcanzó a tener un lugar relevante ni en los debates ni en las conclusiones. Para varios observadores, la Iglesia sólo usufructuó el espacio de Aparecida sin congraciarse con el dueño de Aparecida. Incluso el episcopado de Brasil no tuvo en la Conferencia todo el reconocimiento y la preponderancia que podría merecer dado que era la Iglesia anfitriona y la de mayor número de fieles católicos en el continente.

Estas observaciones críticas fueron compartidas con varios delegados oficiales, que estuvieron dentro de la V Conferencia. Por las primeras reacciones de algunos de ellos y también por los comentarios de quienes desde fuera acompañamos el proceso, hay un sabor agri dulce respecto a los resultados obtenidos en Aparecida. Casi nadie se siente totalmente satisfecho de lo logrado. Desde luego hay perlas muy valiosas en el conjunto; pero igualmente hay otras realidades no agradables.

Todos reconocen y valoran que hubo, desde la preparación, mucha participación de los distintos actores eclesiales, que se dio mucha libertad para hablar y para dar aportes. Lo mismo sucedió durante la Conferencia: todo mundo pudo llevar a la mesa del debate sus temas y preocupaciones pastorales; lo cual propició que la pluralidad se mostrara abiertamente, y eso es muy positivo y debería mantenerse en la vida eclesial después de Aparecida. Pero esta pluralidad no sólo era diferente, sino que en muchos puntos estaba enfrentada, pues manejaba esquemas y planteamientos totalmente opuestos entre sí. Y el problema metodológico fue cómo articular en la unidad tales planteamientos tan dispares. La sensación que dejaron los primeros borradores era la de una ensalada de muchas hierbas o un *chilaquile*, como decimos los mexicanos, hecho de muchos ingredientes, donde los sabores no estaban armonizados.

La pugna para incorporar “modos” o modificaciones a esos borradores fue intensa; y no faltan quienes sospechan

de manipulaciones o injerencias indebidas de gente de mucho poder eclesiástico, a la hora de aceptar o rechazar ciertos aportes. Por ejemplo dicen que, sistemáticamente se quitaron o se movieron de lugar aportes que venían de la Iglesia Brasileña, de las CEBs, de las/os religiosas/os, o que se referían a la opción referencial por los pobres, a la denuncia del proyecto neoliberal, a la necesidad de conversión de la Iglesia; y se incorporaban y se realizaban (por arte de magia, es decir, sin haber sido aprobadas en las comisiones) propuestas que venían de los grupos conservadores.

Y es que desde el principio, pero sobre todo a la hora de definir el marco general que diera unidad al documento, las visiones distintas de Iglesia y de pastoral se manifestaron y actuaron en el escenario para defender sus respectivos puntos de vista con mucho apasionamiento y hasta con cierto fanatismo. No fue fácil llegar a decir al final: “El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido...” Ya que la recomendación de Cristo a sus discípulos: “sean cándidos como palomas y astutos como serpientes” no se repartió de la misma manera en todos los participantes. Hubo unos que pecaban de candidez palomar en tanto que otros sobresalían en la astucia serpentina.

Conclusiones de Aparecida

Pero finalmente se llegó a puerto seguro al terminar la Conferencia. La sangre no llegó al río. Con el Mensaje en la mano y la adopción del Documento Final, cuya redacción definitiva requiere todavía la aprobación de la Santa Sede, los obispos se regresaron a sus respectivas iglesias particulares con la conciencia del deber cumplido y con muchas inquietudes y tareas a emprender para dar cauce a las conclusiones de Aparecida.

Al término de Aparecida se puede afirmar que las grandes opciones de la Iglesia latinoamericana siguen en pie: Para ser discípulos y misioneros de Jesucristo hoy, tenemos que partir de la realidad como hecho teológico, asumir la opción preferencial por y con los pobres como camino de salvación y como parte fundamental de la fe cristológica, comprometernos

evangélica y proféticamente para la creación de estructuras justas que hagan posible sociedades justas según el plan de Dios. Los indígenas quedamos incorporados como sujetos protagonistas dentro de la sociedad y de la Iglesia, con nuestros grandes valores y aportes a los demás. Los laicos, las mujeres, la vida religiosa y otros actores eclesiales, si bien fueron temas abordados en la V Conferencia, no tuvieron la resonancia que merecen y, en ese sentido, siguen siendo tareas pendientes para el futuro inmediato.

Los indígenas en Aparecida

Una mención especial merece la temática indígena en la Conferencia. Cinco de los expertos designados por el CELAM para asuntos indígenas fueron asumidos como peritos de la Conferencia; adicionalmente varios episcopados como Guatemala, Panamá, Ecuador y Bolivia designaron como sus representantes a obispos comprometidos con la causa india. De modo que la voz indígena llegó muy fortalecida y se había preparado para ello. Sin embargo, la desafortunada frase del Papa en el discurso inaugural, donde mencionó que la primera evangelización no había alienado ni se impuso de ninguna manera a las culturas autóctonas, suscitó una reacción violenta de muchos líderes indígenas de todo el Continente, lo que puso en jaque a la Conferencia y exigió de ella clarificaciones y rectificaciones. Mas eso mismo jugó a favor de que se tomara más en serio la causa indígena dentro de la Iglesia. Por eso, varios obispos se atrevieron a defender abiertamente, y en momentos a contracorriente, los avances logrados en la Iglesia en cuanto a ministerios indígenas y Teología india. Ellos no lograron todo lo que se requería, pero mostraron hasta dónde están dispuestos a llegar por este camino.

La Teología india, a pesar del proceso amplio de diálogo que se ha llevado en las Conferencias episcopales y con el CELAM, no fue mencionada explícitamente en el *Documento de Aparecida*, por una cuestión meramente de procedimiento canónico. Y es que, aunque en todo el proceso del diálogo

se ha concluido que no se debe regatear el término de verdadera “teología” al pensamiento religioso indígena, la Santa Sede, que es la instancia mayor de la Iglesia, no se ha pronunciado todavía al respecto; de modo que no procede utilizar oficialmente el término “Teología india” hasta que Roma no haya dado esa aprobación. Lo cual no significa que se haya condenado la Teología india. Tenemos que esperar que los tiempos se cumplan.

Valoración general de Aparecida

Por todo lo dicho anteriormente Aparecida será el inicio de un nuevo protagonismo episcopal y laical al interior de la Iglesia que, por lo sucedido en Aparecida se hace consciente de que tiene que asumir la tarea de transformar sus estructuras obsoletas en orden a la comunión y la colegialidad, tan deseadas y tan necesarias en el momento actual. En Aparecida se dieron muestras de que estamos llegando a nuestra mayoría de edad en la Iglesia y como Iglesia. Ni los indígenas, ni las y los religiosos ni mucho menos los obispos desean ser tratados en adelante como niños, sin capacidad plena de reflexión y decisión sobre la orientación de su vida y experiencia de fe. Pero sobre todo la Iglesia está desafiada por las realidades del mundo y del pueblo, para los que ella tiene una misión que cumplir, ganando primero, con compromisos serios y testimonio de vida, (no únicamente con palabras bonitas), el lugar que ella está perdiendo. La tentación del conservadurismo, que no quiere mirar la realidad y huye hacia espiritualismos de siglos pasados, sigue vigente en la Iglesia latinoamericana, pero también el compromiso profético al lado de los pobres y excluidos permanece y se fortaleció con Aparecida.

La conclusión final, que podemos sacar en estos momentos es que: las espinas que indudablemente hubo en esta milpa de Aparecida, no serán suficientes para ahogar las *preciosas, rozagantes y perfumadas flores* que el Espíritu de Dios hizo brotar en la Iglesia para Gloria de Dios y para Vida del Mundo.



Lectura comunitaria de la Biblia y Lectio Divina

Ángel Mario Caputo* y Lauren Fernández**

1. Antecedentes

Antes de entrar a nuestro tema específico: la *Lectura Comunitaria de la Biblia y Lectio Divina* en el Documento Final de Aparecida (DA), V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (VCG), hay que tomar en cuenta que la VCG es mucho más que el Documento Final. La VCG tiene antecedentes variados y conflictivos, y se realizó en un contexto del que surge el texto final. Echaremos una mirada, **desde la óptica bíblica**, al Documento de Participación, al

* Párroco de la Parroquia Espíritu Santo, Diócesis de Quilmes, Pvcia. de Buenos Aires. Coordinador General del Taller de Creaciones Populares para la Evangelización y Educación Popular – TCP. Director y Profesor del Centro de Formación Bíblica de la Diócesis de Quilmes – CEFORBIQ. Asesor de la Comisión Bíblica Diocesana (Quilmes). Profesor de Biblia en el Instituto Catequístico “San Pablo Apóstol” (Quilmes). Animador de la Pastoral Bíblica y de las Comunidades Eclesiales de Base-CEBs en distintos lugares del país. Últimas Publicaciones: CEBs, Historia y Contexto Eclesial; LEER para VIVIR !!! Lectura Popular y Comunitaria de la Biblia; FUENTE de VIDA y ESPERANZA !!! La Biblia en la Pastoral y las Pastorales.

** Sacerdote, misionero del Verbo Divino en Ecuador. Director del Centro Bíblico Verbo Divino. Secretario Ejecutivo de Evangelización en la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, Editor de libros y revistas, sobre todo en el campo bíblico. Asesor bíblico y formador de grupos bíblicos.

Documento de Síntesis, al Mensaje del Papa Benedicto XVI, y al Mensaje Final de la Asamblea a los Pueblos de América Latina y del Caribe.

1.1 Documento de Participación

Este documento menciona la importancia de la Palabra de Dios, la Lectura orante de la Sagrada Escritura, la Pastoral Bíblica, el trabajo ecuménico en relación a la Palabra (34 b, 56, 59, 62, 70, 91, 158). Son afirmaciones importantes pero aisladas y poco desarrolladas, lo que ya nos muestra que la cuestión bíblica no estaba seriamente planteada en el horizonte de su preocupación. En las preguntas que aparecen al final de las temáticas desarrolladas, no hay ninguna que se refiera a la Biblia, salvo leves referencias al Evangelio en 35 y 93. Incluso, en el índice analítico no aparece ninguna de las palabras mencionadas en el texto mismo.

1.2 Documento Síntesis

En este documento resultante de los aportes recibidos de parte de las Conferencias Episcopales, se manifiesta la primacía de la Palabra como nutriente de la teología y animación de la pastoral (14, 77, 115, 117).

Su mayor desarrollo lo hace en el capítulo 3, donde aborda la temática de “La Iglesia, a la escucha de la Palabra” y “La Iglesia, discípula y mensajera de la Palabra” (134, 136, 139, 206, 235, 243, 254, 362).

En relación con el Documento de Participación, hay una progresión, pues realiza constataciones y presenta orientaciones, mencionando la Lectio Divina sin mayores explicaciones. En general no hay un planteamiento sólido de lo que la Biblia tiene que ser en la vida de la Iglesia.

1.3 Mensaje del Papa Benedicto XVI

Su mayor aporte aparece en su Mensaje Inaugural (3). En él puntualiza la importancia de la Palabra de Dios, las mediaciones para entrar en ella, los frutos en la vida cristiana y exhorta a los Pastores a esforzarse para darla a conocer:

“Es condición indispensable el conocimiento profundo de la Palabra de Dios...” “Fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios”... “Animo a los Pastores a esforzarse en darla a conocer”...

1.4 Mensaje Final

Menciona la Palabra de vida saboreada en la Lectura orante (3), y al final afirma: *“Esperamos ser una Iglesia viva, fiel y creíble que se alimenta de la Palabra de Dios y en la Eucaristía”*. En una versión anterior hablaba también de ser una Iglesia “renovada” que lamentablemente no aparece en su redacción final.

Con esta introducción, pasemos al tema de la Lectura Comunitaria de la Biblia y Lectio Divina.

2. Haciendo Memoria del Caminar Bíblico

El Concilio Vaticano II, con su documento sobre la Divina Revelación (Dei Verbum, 1965), insistió en que los fieles tengan fácil acceso a la Biblia (DV 22), en la que Dios sale al encuentro de su pueblo y dialoga con él (DV 21). En el campo bíblico, esto significó verdaderamente un signo de los tiempos, que en América Latina se tomó muy en serio.

En América Latina desde mediados del siglo pasado, comienza a sentirse una gran preocupación por el tema del papel de la Iglesia ante la situación de pobreza, opresión y la violación de los derechos humanos. Desde ella, en la década de los sesenta, en algunos ambientes eclesiales fue surgiendo una práctica pastoral, guiada por la opción evangélica por lo pobres, que desde Medellín, las Asambleas Generales del episcopado han consagrado y reiterado como opción de la Iglesia latinoamericana, en medio de una realidad de muerte y sufrimiento, que hay que cambiar por medio del trabajo por el Reino de Dios. En esta situación, la metodología de la Acción Católica, Ver-Juzgar-Actuar, se adopta y se vuelve método teológico pastoral.

El pueblo creyente latinoamericano, desde este contexto, preocupaciones y método, comienza a leer la Biblia y

encuentra en ella, fuerza, luz y empuje para defender, proteger y promover la vida, el Reino de Dios.

Nace así un tipo de lectura, que se denominó Lectura Popular de la Biblia, que quizá hasta el día de hoy, despierta suspicacias en algunos sectores eclesiales, acusándola de ser una lectura conflictiva, ideológica y manipuladora de la Biblia, al punto de que hay quienes están totalmente en contra o ponen reparos a esta lectura bíblica, o prefieren no usar la denominación. El conflicto tras las suspicacias, acusaciones y reparos no es tanto la Biblia misma, sino el “sujeto en su contexto” que se encuentra con ella, la postura del lector, su lugar, visión y análisis, desde y con el cual, lee el texto bíblico. Hay quienes se preocupan de cuidar la “fidelidad al texto” en su contexto, sin preocuparse suficientemente del “sujeto” en su “contexto-realidad” que lee el texto. La Lectura popular o comunitaria de la Biblia (LCB) enfatiza en una doble fidelidad: al texto que lee el pueblo y al pueblo que lee el texto. Esta doble fidelidad, hace que la lectura bíblica sea transformadora de personas y estructuras y por lo tanto se hace salvíficamente conflictiva.

Es una lectura donde el pueblo de Dios, bajo la acción del Espíritu y desde la Tradición y el Magisterio, es sujeto de interpretación¹; es una lectura que abre los ojos, que llama a conversión y moviliza a trabajar por el Reino y su Justicia.

2.1 Lectura comunitaria de la Biblia y Lectio Divina

Entre LCB y Lectio Divina o Lectura orante de la Biblia no hay diferencia; pueden tener características o acentuaciones específicas, pero ambas apuntan a descubrir el sentido espiritual, “el mensaje del Espíritu” para nosotros hoy. Ambas, aunque se pueden realizar en forma personal, se practican en la comunión y con espíritu eclesial.

Aún así, no todos estamos diciendo lo mismo cuando hablamos de Lectio Divina, pues su dimensión orante, meditativa y contemplativa, podría entenderse y practicarse desde una

¹ La Interpretación de la Biblia en la Iglesia, Pontificia Comisión Bíblica, III-B, 3.

espiritualidad intimista y evasiva de la conflictividad social, olvidando o desvirtuando la dimensión histórica de la búsqueda o construcción del Reino de Dios y su Justicia (Mt 6,33).

2.2 Clave y metodología de la oración-lectura bíblica

La característica de la LCB, no es tanto unos pasos definidos, sino más bien, una clave hermenéutica. Se trata de la relación Biblia-Vida-Comunidad. Tres fuerzas, tres realidades que se relacionan dinámica y vitalmente para descubrir la Palabra de Dios y su mensaje para nosotros hoy. Es lo que llamamos el *Triángulo Hermenéutico*. En esta práctica, la *Comunidad*, Asamblea de los creyentes, bajo la acción del Espíritu y dentro de la Tradición y del Magisterio, lee el texto. Es lo que llamamos el con-texto. Lo hace desde su *Vida*, la realidad del pueblo con sus alegrías, angustias y esperanzas. La vida está muy presente antes y en el momento de la lectura bíblica, por eso la llamamos “pre-texto”.

Se trata entonces de leer, comprender y rezar el texto bíblico en el con-texto de la comunidad, relacionándolo al pre-texto de la vida-realidad para escuchar y descubrir el Mensaje de Dios para nosotros hoy.

La Lectio Divina, con sus cuatro pasos definidos, también es susceptible de realizarse desde esta clave hermenéutica. Justamente por ello nos hemos atrevido a decir que la LCB es Lectio Divina.

En el primer momento (Lectio). Se trata de leer y analizar el texto para comprenderlo. Las preguntas claves son: ¿Qué dice el texto? ¿Qué quiere decir el texto? ¿Quién está hablando? ¿De qué está hablando? ¿En qué situaciones está hablando? Ninguna lectura es aséptica, sino que siempre se hace, **consciente** o no, desde una realidad, desde un cúmulo de situaciones que condicionan al lector y a la misma lectio. La LCB, y su clave hermenéutica pide asumir conscientemente un “lugar” concreto desde donde leer.

En el segundo momento (Meditatio). Buscamos descubrir el mensaje del texto para llevarlo a nuestra vida personal,

comunitaria y social. Aquí nos preguntamos ¿Qué me dice o nos dice Dios para nuestra vida? La lectura bíblica, no consiste en quedarse en el texto escrito, o en consideraciones académicas históricas o literarias: Tus palabras (el texto) son lámparas para mis pasos (para la vida). La meditación sobre el texto, tendrá que ir de la mano de una meditación sobre la vida.

El tercer momento (Oratio), es el de la oración, el del diálogo con Dios, frente al mensaje de su Palabra que experimentamos. La pregunta clave es: ¿Qué le digo, o le decimos a Dios? ¿Qué súplica de petición, de acción de gracias, de perdón, de alabanza brota de nuestro corazón? Y expresamos nuestras oraciones.

El cuarto momento (Contemplatio). Es el de contemplar, ver y discernir la vida con los ojos de Dios. Es el momento de abrir los ojos para ver y seguir a Dios, que no deja de actuar y manifestarse en la historia, para ir con él a la acción, su acción, al compromiso, para transformar la realidad personal o social según su proyecto. La pregunta clave es: ¿Qué tengo que hacer, qué tenemos que hacer? ¿Qué me pide, a qué nos invita la Palabra de Dios?

Si bien, hay comunidades que realizan estos pasos, característicos y metodológicos de la Lectio Divina, en general las Comunidades Eclesiales de Base, Grupos Bíblicos, Pequeñas Comunidades, no siempre siguen estrictamente estos pasos: se mueven con más “libertad” y flexibilidad en la oración-lectura bíblica. En las reuniones, la mayoría de las veces, el texto bíblico es leído y en clima de oración se busca descubrir el mensaje. De todos modos, de una u otra manera, la Palabra de Dios, leída, reflexionada, rezada, cantada y celebrada, es la compañera inseparable de las comunidades cristianas.

3. Una vieja novedad en Aparecida

En el DA, la cuestión bíblica aparece muy específicamente en el capítulo 6 al hablar del Itinerario Formativo de los Discípulos y Misioneros, y más precisamente al plantear los lugares del encuentro con Jesucristo (DA 247-249).

Los lugares de encuentro con Jesucristo podrán ser distintos, pero Jesucristo es el mismo, y los modos y matices del encuentro en cada uno de esos lugares podrán ser distintos pero se complementan, se iluminan mutuamente, no pueden excluirse entre sí, pues el mensaje es Él mismo, Jesucristo, el Reino, la salvación.

Así, la Sagrada Escritura, siendo en sí misma lugar de encuentro con Jesucristo, es luz que ilumina su presencia en otros lugares, o que incluso denuncia su ausencia.

Entre los lugares de encuentro, citados por el Documento, en esta sección, encontramos: *“una comunidad viva en la fe y en el amor”* (DA 256) y *“de un modo especial en los pobres, afligidos y enfermos”* (DA 257). El que se citen estos lugares como teológicos, es especialmente importante y significativo para la LCB, pues ésta tiene como principios fundamentales la afirmación del encuentro de la comunidad, con Dios que manifiesta –habla– en el texto bíblico, su proyecto salvífico, formando comunidad e Iglesia.

Igualmente, son muy importantes *“los pobres y afligidos”* como lugar de encuentro con Dios y su Palabra; pues algo que caracteriza a la LCB, es su presencia en esta lectura, como sujetos y como clave hermenéutica.

He aquí los tres párrafos mencionados:

La importancia de la Palabra de Dios (DA 247). Ella, junto con la Tradición (DV 9) es fuente de vida para la Iglesia y alma de la acción evangelizadora. Que al iniciar esta nueva etapa de la Iglesia, a partir de esta V Conferencia General, es condición indispensable el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios. Hay que educar al pueblo en la lectura y la meditación de la Palabra de Dios para que ella sea el alimento y la roca sobre la que fundamentemos nuestro compromiso cristiano y toda nuestra vida.

La importancia de la Pastoral Bíblica (DA 248), entendida como Animación Bíblica de la Pastoral es escuela de interpretación, de comunión con Jesús y de evangelización inculturada, y puede realizar un camino de auténtica

conversión y renovada comunión y solidaridad (EAm 12). Ello implica la responsabilidad y exigencia por parte de los obispos, presbíteros, diáconos y ministros laicos de la Palabra, un acercamiento a la Sagrada Escritura, no sólo intelectual e instrumental, sino con un corazón hambriento de la Palabra del Señor (Am 8,11).

La Propuesta de la Lectio Divina. Al respecto de la misma, en el texto (249) aparece que hay otras forma de acercarse a la Sagrada Escritura, pero considera que la *Lectio Divina* es privilegiada y por eso la propone y menciona sus cuatro pasos: lectura, meditación, oración, contemplación... Aclara que esto se da cuando es bien practicada, lo que alude a la manipulación que puede hacerse de ella, tal como lo apuntábamos anteriormente.

Estos aspectos, con sus límites, son muy positivos y novedosos porque son asumidos en el *Documento de Aparecida* y quieren comenzar a formar parte de la conciencia colectiva y del caminar de la Iglesia Latinoamericana y Caribeña. Pero no son nuevos, porque ya han caracterizado la práctica de lectura bíblica en América Latina y el Caribe.

En la frase: “*la pastoral bíblica, entendida como animación bíblica de la pastoral*” (DA 248), la expresión “*entendida como*” parece que identifica Pastoral Bíblica y Animación Bíblica de la Pastoral. Si esto es así, nos parece que no es del todo exacto, pues la Animación Bíblica de la Pastoral supone la Pastoral Bíblica, y ella tiene que apuntar a que la Biblia esté presente en todas las pastorales. Esta toma de conciencia de la Animación Bíblica de la Pastoral, si bien ya lo había planteado el Vaticano II (Cfr. DV 21), es algo relativamente reciente. Hay que reconocer los muchos logros alcanzados, pero también hay que reconocer que hay amplios sectores eclesiales que tienen una deficiente Pastoral Bíblica, y por lo tanto, una deficiente Animación Bíblica de la Pastoral.

4. Pistas y Orientaciones Pastorales

La Palabra de Dios es fuerza y sustento para los discípulos y misioneros al servicio de la vida de nuestros pueblos. Para

ello tenemos que afirmar, potenciar y expandir esta presencia de la Biblia en la vida de la Iglesia, tal como lo plantea el DA. Nos parece fundamental plantear tres pistas.

- a. *Una Pastoral Bíblica*, que busque, resituar la Biblia en la vida de la Iglesia, del Pueblo de Dios, para redescubrir la vitalidad salvífica de la Palabra de Dios, crecer y madurar en la identidad eclesial al servicio del Reino de Dios hoy. Para ello deberá unir la Biblia con la vida y lograr que la Biblia se transforme en el libro de la Espiritualidad cristiana para vivir la Palabra de Dios hoy, que nos invita a lograr una vida digna para nuestros pueblos en nuestro mundo marcado por la Globalización neoliberal. Es importante para implementar esta Pastoral Bíblica constituir en cada diócesis y a nivel nacional, comisiones o departamentos bíblicos que, a través de una acción sostenida, sistemática y progresiva, **procurarán:**

- Poner el libro de la Biblia al alcance del pueblo, para que se transforme en el libro que da sustento y vigor a la vida y misión de las comunidades.
- Crear espacios de formación en general y para los promotores bíblicos y celebradores de la Palabra para ayudar a leer y celebrar la Biblia, desde la vida y para la vida.
- Buscar que la liturgia de la Palabra, en la Misa, sea un espacio privilegiado de encuentro con la Palabra de Dios y su interpretación.
- Elaborar materiales y subsidios bíblicos que ayuden y faciliten su interpretación.

La Pastoral Bíblica, desde los distintos niveles eclesiales (comunidades, parroquias, diócesis) tendrá que ser una verdadera pastoral organizada y encauzada para que las Sagradas Escrituras penetren las diferentes pastorales en la vida de la Iglesia.

- b. *La Formación Bíblica* exige, en todos sus niveles, la organización de talleres y seminarios bíblicos sistemáticos

para la formación de los agentes de pastoral. Es importante además, para potenciar y fortalecer el movimiento bíblico, el estudio científico y sistemático de la Biblia. Esta será fructífera sólo si tiene una orientación pastoral y latinoamericana que acentúa lo contextual, comunitario, eclesial y su dimensión ecuménica. La Exégesis no debe quedar reducida sólo a las Facultades de Teología y Seminarios.

- c. *La Animación Bíblica de la Pastoral.* La Biblia no es objetivo exclusivo de una pastoral específica, debe estar en el centro de toda la pastoral y de la vida de la Iglesia. Esta animación bíblica de la pastoral y vida de la Iglesia es a lo que debe aspirar la Pastoral Bíblica, y los procesos orgánicos de formación bíblica.

La lectura personal y comunitaria de la Biblia ha llevado a la centralidad de la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia Latinoamericana y Caribeña, alimentando nuestro discipulado y misión, y llegando a la Animación Bíblica de la Pastoral. Por lo tanto, para potenciar y multiplicar estas **prácticas** y experiencias, nos parece importante:

- Promover el interés bíblico en las distintas pastorales y que en los diferentes Centros de Formación la Biblia ocupe un lugar preferencial.
- Realizar campañas bíblicas nacionales, como el mes de la Biblia, con la participación de todas las pastorales.
- Elaborar subsidios bíblicos que posibiliten la participación del pueblo en la liturgia y los sacramentos.
- Acompañar y profundizar bíblicamente la religiosidad de nuestros pueblos.
- Encarar y fortalecer la formación bíblica en las diferentes pastorales: niños, jóvenes, mujeres, indígenas, afrodescendientes, familias, movimientos, pastoral social, etc.
- Fortalecer y ampliar los espacios ecuménicos en favor de la unidad y la defensa de la vida.

- Ampliar la diversidad de materiales con la implementación de los medios visuales e internet.

Conclusión

El acontecimiento de Aparecida, con sus limitaciones y aciertos, forma parte ya de nuestro caminar de la Iglesia latinoamericana y caribeña. Queda en nosotros el desafío de avanzar en sus propuestas y conclusiones. Respecto de la Lectio Divina, la Lectura Comunitaria de la Biblia, y de la animación bíblica de la pastoral, tal como lo hemos expresado, hemos dado pasos que abren perspectivas y caminos que tenemos que transitar y concretar en cada uno de nuestros países: diócesis, parroquias y comunidades.

Este caminar bíblico de América Latina y el Caribe no está aislado, sino que está dentro del caminar de la Iglesia Universal en la que, muy especialmente a partir del Concilio Vaticano II, la Biblia está presente. Signo de ello es la realización próxima del XII Sínodo Ordinario de los Obispos sobre la Palabra de Dios, cuyo tema es: "La Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia", que se llevará a cabo en Roma del 5 al 16 de octubre de 2008.

Que Aparecida sea un aporte e impulso para el próximo Sínodo y aparezca más patente el poder y la fuerza de la Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia al servicio de la vida en abundancia para nuestros pueblos.



La mujer en la sociedad y en la Iglesia

*Socorro Martínez Maqueo**

La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe se celebró en Aparecida ciudad en donde se venera la pequeña imagen de nuestra Señora Aparecida, la patrona de Brasil. Una virgen negra, humilde, pobre con un claro mensaje liberador para aquellos/as que sufren opresión, entre ellas, sin duda, las mujeres.

Los obispos, delegados y delegadas dejan plasmadas sus preocupaciones y orientaciones al respecto. Era necesario que Aparecida diera su palabra a un sujeto emergente, mayoría en la Iglesia y del cual se dice el s. XXI le pertenece.

A continuación señalo los párrafos principales teniendo en cuenta que tomo de la primera hasta la cuarta redacción (la cual aún no ha sido aprobada como Documento oficial), que es la última que tenemos hasta el momento.

La mujer en la sociedad

El Documento esboza algunos aspectos de la mujer en la sociedad que le preocupan:

* Religiosa del Sagrado Corazón. Colabora en la articulación continental de las Comunidades Eclesiales de Base; coordinadora de la red de educación popular latinoamericana del Sagrado Corazón. Miembro de Amerindia.

1. Exclusión

En el párrafo sobre los rostros de quienes sufren dice:

...muchas mujeres que son excluidas, en razón de su raza, o situación económica (no. 19 de la primera redacción y el 65 de la cuarta¹ DA).

El Documento reconoce que la globalización en la forma en que se vive actualmente la agrava:

...Una globalización sin solidaridad afecta negativamente a los sectores más pobres. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y opresión, sino de algo nuevo: la exclusión social. Con ella queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia o sin poder, sino que se está afuera. Los excluidos no son solamente “explotados” sino “sobrantes” y “desechables” (DA 65).

Es bien sabido que la exclusión ha aumentado en América Latina y el Caribe, y aunque afecta a todos, tiene mayores consecuencias entre la población femenina más pobre que se ve obligada a trabajar doble y triple jornada; es la que tiene menor escolaridad, y el porcentaje de analfabetismo, sobre todo en las poblaciones indígenas y afrodescendientes, es elevado².

2. Violencia dentro y fuera de casa

Urge tomar conciencia de la situación precaria que afecta la dignidad de muchas mujeres. Algunas desde niñas y adolescentes, son sometidas a múltiples formas

¹ La cuarta redacción de ahora en adelante se abrevia DA.

² Según el estudio en cinco países de la CEPAL de 2001 de la población mayor de 15 años, el 39% en las mujeres indígenas de Bolivia son analfabetas a diferencia de un 14% de los varones; en Brasil, el 18% de las mujeres afros y 16% de los varones, mientras que su población indígena femenina llega a un 28%. Los porcentajes en Ecuador, Guatemala y Panamá están en 39%, 59% y 45% respectivamente para la población indígena femenina.

de violencia dentro y fuera de casa: tráfico, violación, servidumbre y acoso sexual; desigualdades en la esfera del trabajo, de la política y de la economía; explotación publicitaria por parte de muchos medios de comunicación social que las tratan como objeto de lucro... (DA 48).

En esta hora de América Latina urge escuchar el clamor muchas veces silenciado de las mujeres que son sometidas a muchas formas de exclusión y de violencia en todas sus formas y en todas las etapas de su vida. Entre ellas, las mujeres pobres, indígenas y afrodescendientes han sufrido una doble marginación (DA 473).

Los párrafos arriba mencionados merecerían ser desglosados e ir a las causas, que no son señaladas, porque aluden a muchas situaciones de extrema gravedad que afectan desde su raíz la dignidad, el desarrollo y la psiquis de las mujeres.

Si tomamos en cuenta la realidad que se describe en el Documento es fácil llegar a la conclusión de que la violencia va en aumento, y muchos factores contribuyen a ella; entre ellos, la brecha entre ricos y pobres, la exclusión, el machismo, la corrupción, el enriquecimiento basado en negocios ilícitos y la impunidad. Las estadísticas demuestran que la violencia contra la mujer es una práctica de poder sistemática que cruza las fronteras sociales, económicas, raciales, período de vida, discapacidad física, preferencia sexual y contexto cultural, y sin duda la mayor indefensión está en los ámbitos populares en situaciones de precariedad extrema. Baste pensar en la infinidad de casos de atropello, intimidación y violación sexual a los que no se les hace justicia, además del posible rechazo y negación por parte del grupo al que pertenece.

El Documento no alude a los diversos actores de la violencia pero es bien sabido el alto grado de violencia doméstica (parejas dentro del hogar, familiares y amigos); mientras que en el espacio público el Estado se encarga de repetir y reforzar estas prácticas a través del ejercicio ya sea directo de la violencia con acciones violentas (tortura, violaciones sexuales) o indirecto (a través de leyes, políticas, etc.).

Se menciona la doble marginación de las mujeres pobres, indígenas y afrodescendientes por una sociedad que no acaba de aceptar las diferencias culturales y otra cosmovisión. Estos grupos excluidos por la globalización son para muchos amenazantes por ser diferentes y porque afianzan la identidad en lo propio, aunque continuamente amenazada y atropellada (cfr. DA 89).

3. Tráfico de seres humanos

La primera redacción tenía un párrafo sobre el tráfico de seres humanos... que desapareció a partir de la segunda.

La Iglesia en América Latina y el Caribe se siente fuertemente interpelada por la tragedia del tráfico de seres humanos, sobre todo de niños y de mujeres jóvenes, dentro de las fronteras de la propia nación y hacia otros países (No. 598 primera redacción).

El No. 48 DA dice que *algunas niñas y adolescentes* y menciona la palabra “tráfico”. No entra en mayores detalles pero es un tema de extrema gravedad y terribles consecuencias en seres humanos privados de su libertad y de su desarrollo por gente sin escrúpulos que se lucra con el tráfico de personas; además abarca mucho más que “algunas” niñas y adolescentes. Sin duda nos sorprenderíamos si conociéramos las redes que existen y el grado de ingreso que implica en los países.

4. Superar la mentalidad machista y reconocer la igual dignidad entre varón y mujer

Lamentamos que innumerables mujeres de toda condición no son valoradas en su dignidad, quedan con frecuencia solas y abandonadas, no se les reconoce suficientemente su abnegado sacrificio e incluso heroica generosidad en el cuidado y educación de los hijos ni en la transmisión de la fe en la familia, no se valora ni promueve adecuadamente su indispensable y peculiar participación en la construcción de una vida

social más humana y en la edificación de la Iglesia. A la vez, su urgente dignificación y participación pretende ser distorsionada por corrientes ideológicas, marcadas por la impronta cultural de las sociedades del consumo y el espectáculo, que es capaz de someter a las mujeres a nuevas esclavitudes. Es necesario en América Latina superar una mentalidad machista que ignora la novedad del cristianismo, donde se reconoce y proclama la “igual dignidad y responsabilidad de la mujer respecto al hombre” (DA 472).

Desde hace muchos años se reconoce que el hombre latino es “macho” y lo difícil que es romper esta actitud. En los últimos años la teoría de género ha contribuido a enfrentar este fenómeno y a promover la equidad, porque además las mujeres también tienen imbuido un esquema machista que tienen que romper. El Documento se expresa de manera negativa del género reduciendo este concepto a una *ideología* que socava la familia y la identidad sexual de la mujer y del varón. Es tarea estudiar y conocer mejor lo relativo al género, que si bien no es una teoría perfecta y hay diversas tendencias, tiene aspectos que favorecen a romper esquemas mentales y actitudes negativas arraigadas en ambos sexos.

Entre los aspectos positivos de las mujeres en la sociedad el DA menciona:

a. El liderazgo de las mujeres:

Una señal alentadora es la emergencia de liderazgos surgidos de organizaciones y movimientos populares de indígenas, trabajadores, mujeres y profesionales. (No. 53 de la primera redacción); es modificada a partir de la segunda redacción que dice: Con la presencia más protagónica de la sociedad civil y la irrupción de nuevos sujetos históricos como son los indígenas, los afroamericanos, las mujeres, los profesionales y los sectores marginados organizados, se está fortaleciendo la democracia participativa y se están creando mayores espacios de participación política... (DA 100).

b. Maternidad y desarrollo profesional

En la familia la mujer juega un papel indiscutible como madre, que es ampliamente reconocido y tiene que seguir valorizándose. Pero esto no se opone a su desarrollo profesional y al ejercicio de todas sus dimensiones, lo cual nos permite ser fieles al plan originario de Dios que da a la pareja humana de forma conjunta la misión de mejorar la tierra. La mujer es insustituible en el hogar, la educación de los hijos y la transmisión de la fe. Pero esto no excluye la necesidad de su participación activa en la construcción de la sociedad. Para ello se requiere propiciar una formación integral de manera que las mujeres puedan cumplir su misión en la familia y en la sociedad [No. 437 de la primera redacción y en las sucesivas redacciones se modifica a decir que urge valorar la maternidad como misión excelente de las mujeres... (DA 475)].

En este párrafo hay dos ideas significativas para el tiempo actual: la primera es la no contradicción entre el ser madre y a su vez el desarrollo profesional de la mujer y la segunda es que además de los roles generalmente asignados a las mujeres no se excluye la necesidad de dar su aporte en la construcción de la sociedad. Con una mirada más crítica y analizando lo que hoy sucede podemos también considerar que los roles asignados a la mujer deben ser compartidos por la pareja.

El siguiente párrafo que se mantiene desde la primera hasta el DA parece ambiguo. La mujer es un ser en sí mismo y su identidad no se desarrolla de cara al varón. Las ideas aparecen contradictorias con los párrafos previamente analizados. Además, no tiene secuencia la frase inicial con el resto del párrafo; es mucho más claro lo expresado el No 470 DA refiriéndose al varón y a la mujer: *El misterio de la Trinidad nos invita a vivir una comunidad de iguales en la diferencia.*

La sabiduría del plan de Dios nos exige favorecer el desarrollo de su identidad femenina en complementariedad y reciprocidad a la identidad del varón. Por eso la Iglesia está llamada a compartir,

orientar y acompañar proyectos de promoción de la mujer con organismos sociales ya existentes, reconociendo el ministerio esencial y espiritual que la mujer lleva en sus entrañas: recibir la vida, acogerla, alimentarla, darla a luz, sostenerla, acompañarla y desplegar su ser de mujer creando espacios habitables de comunidad y de comunión. La maternidad no es una realidad exclusivamente biológica, sino que se expresa de diversas maneras. Las mujeres que no han podido tener hijos tienen la posibilidad de desarrollar su vocación materna en amor y servicio a los demás. El compromiso de la Iglesia en este ámbito es ético y profundamente evangélico (DA 476).

c. Participación plena de las mujeres en todos los ámbitos

Urge que todas las mujeres puedan “participar plenamente en la vida eclesial, familiar, cultural, social y económica, creando espacios y estructuras que favorezcan una mayor inclusión” (Doc Sint 260 y DA 473).

El DA hace un llamado urgente a crear espacios y estructuras que garanticen una mayor inclusión en todos los ámbitos; para ello es necesario romper esquemas, estructuras que marginan, discriminan, minusvaloran e impiden su puesta en marcha.

La mujer en la iglesia

Analizando los párrafos que hablan de la mujer en la Iglesia queda una sensación de algo muy incompleto y pobre. ¿Se pasó la oportunidad histórica de dar un paso decidido?

1. Discriminación

Los obispos reconocen que en la Iglesia hay discriminación y poca valoración por el aporte femenino en la edificación de la Iglesia:

La eclesiología del Concilio Vaticano II renovó la vida de nuestras Iglesias. Sin embargo, lamentamos

el clericalismo, los intentos de volver al pasado, las lecturas y aplicaciones reduccionistas de la renovación conciliar, la ausencia de autocrítica, de una auténtica obediencia y del ejercicio evangélico de la autoridad, la pérdida de muchos bautizados atraídos por la pluralidad de ofertas religiosas, los moralismos que debilitan la centralidad de Jesucristo, las infidelidades a la doctrina y a la comunión, las debilidades de nuestra opción preferencial por los pobres, la discriminación de tantas mujeres y de grupos humanos, como indígenas y afrodescendientes (No. 76 de la primera redacción; No. 48 de la segunda con algunas variables “la discriminación de la mujer y su ausencia frecuente en los organismos de decisión eclesial”; con modificaciones No. 109 tercera y DA).

Es significativo el cambio de *decisión eclesial* a *ausencia frecuente de los organismos pastorales*. Se habla de la discriminación, por lo tanto del no reconocimiento de quienes son mayoría en la Iglesia y se le impide el poder participar en los organismos de decisión eclesial. Esto es una seria contradicción y quizás miedo, reticencia de una real inclusión de la mujer.

Innumerables mujeres de toda condición no son valoradas en su dignidad, quedan con frecuencia solas y abandonadas, no se les reconoce suficientemente su abnegado sacrificio e incluso heroica generosidad en el cuidado y educación de los hijos ni en la transmisión de la fe en la familia, no se valora ni promueve adecuadamente su indispensable y peculiar participación en la construcción de una vida social más humana y en la edificación de la Iglesia. A la vez, su urgente dignificación y participación pretende ser distorsionada por corrientes ideológicas, marcadas por la impronta cultural de las sociedades del consumo y el espectáculo, que es capaz de someter a las mujeres a nuevas esclavitudes. Es

necesario en América Latina superar una mentalidad machista que ignora la novedad del cristianismo, donde se reconoce y proclama la “igual dignidad y responsabilidad de la mujer respecto al hombre” (cf. DI 5; No. 491 primera redacción; Nos. 436 y 493 segunda redacción; se añade Lamentamos en el No 469 de la tercera y DA 109).

2. Hábitos machistas y autoritarios de los pastores

En el siguiente párrafo de la primera redacción se expresa una preocupación en torno a los pastores; esta frase que alude a una dolorosa realidad desaparece en subsecuentes redacciones.

Las mujeres constituyen la mayoría de nuestras comunidades y son las primeras transmisoras de la fe y colaboradoras de los pastores. Se requiere una formación de los pastores que, aún teniendo buenas ideas e intenciones, no logran desterrar sus hábitos machistas y autoritarios (No. 436 de la primera redacción, es modificado en la segunda redacción y permanece hasta el DA).

Las mujeres constituyen la mayoría de nuestras comunidades, son las primeras transmisoras de la fe y colaboradoras de los pastores, quienes deben acogerlas, valorarlas y respetarlas (DA 475).

Ya que la redacción fue enmendada hubiera sido mejor que dijera que las mujeres son colaboradoras de la evangelización en vista del Reino. ¿Por qué subordinar a las mujeres al dominio del varón también en la Iglesia cuando tendría que ser un espacio de horizontalidad, de diálogo, de consenso?

No encontré en el DA un párrafo que hable del aporte específico de la mujer en su contribución a la edificación de la iglesia, de sus capacidades, de su aporte teológico, de la diversidad de ministerios que desempeña, del liderazgo de miles de mujeres surgidas de las comunidades eclesiales de base.

En el No. 120 DA hay una alabanza:

Alabamos a Dios por los hombres y mujeres de América Latina y el Caribe que, movidos por su fe, han trabajado incansablemente en defensa de la dignidad de la persona humana, especialmente de los pobres y marginados. En su testimonio llevado hasta la entrega total resplandece la dignidad del ser humano.

El DA propone algunas acciones pastorales:

En el no. 498 de la segunda redacción:

- a) *Impulsar la organización de una pastoral de la mujer que en la tercera redacción No. 474 se modifica así: a) Impulsar la organización de la pastoral de manera que ayude a descubrir y desarrollar en cada mujer y en ámbitos eclesiales y sociales el “genio femenino” y promueva el más amplio protagonismo de las mujeres.*

Se amplió de forma positiva, pero hay una connotación diferente de una pastoral específica de la mujer a la organización de la pastoral amplia en la que se vela por el desarrollo de la mujer.

- b) *Garantizar la efectiva presencia de la mujer en los ministerios que en la Iglesia son confiados a los laicos, así como también en las instancias de planificación y decisión pastorales, valorando su aporte.*
- c) *Acompañar a asociaciones femeninas que luchan por superar situaciones difíciles, de vulnerabilidad o de exclusión.*
- d) *Promover el diálogo con autoridades para la elaboración de programas, leyes y políticas públicas que permitan armonizar la vida de la mujer con sus deberes de madre de familia.*

Junto con la “mae” Aparecida y María Guadalupe unamos fuerzas, proyectos, hechos, acciones que liberen de raíz a los millones de mujeres de la opresión, discriminación, machismo, explotación, marginación, exclusión en la sociedad e Iglesia para que efectivamente pueda ser de ellas el protagonismo del s. XXI.



LA VIDA DE JESUCRISTO PARA NUESTROS PUEBLOS



El proyecto Aparecida¹

*José Comblin**

El proyecto de la Conferencia de Aparecida es ambicioso. Se trata nada menos, que de una inversión radical del sistema eclesiástico. Hace siglos que la pastoral de la Iglesia está concentrada en la conservación de la herencia del pasado. Todas las instituciones fueron adaptadas a esa finalidad. El sistema fue instalado en el siglo XII y, desde entonces, no cambió de manera sensible. De acuerdo con el proyecto de Aparecida, todo va a estar orientado para la misión. La realización práctica de este proyecto va a ocupar todo el siglo XXI. Pues bien, los obispos lanzaron este proyecto, pero ahora el primer problema consiste en convencer al clero. La actual generación no está preparada para esta “inversión” de sus tareas. Va a ser necesario cambiar radicalmente la formación y preparar nuevas generaciones sacerdotales bien diferentes de la actual.

¹ Artículo original en portugués publicado por Paulus. La versión castellana fue difundida por Cuadernos, Movimiento También Somos Iglesia, Chile.

* Doctor en Teología y uno de los principales exponentes de la Teología de la Liberación. Llegó al Brasil en 1958. Fue profesor de teología en diversos institutos. Vivió durante 10 años en Chile y colaboró durante 15 años en Riobamba, Ecuador. Tiene más de 70 libros y 350 artículos publicados. Actualmente vive en Paraíba, nordeste de Brasil y se dedica a la formación de laicos y misioneros.

Hacer que toda la Iglesia sea misionera es una tarea gigantesca. Durante el primer milenio, la misión fue asumida por los monjes. Muchos de ellos llegaron a obispos y dejaron una fama de fundadores de Iglesias. La Iglesia era predominantemente rural. En los siglos XI y XII se creó el sistema de parroquias. Pero el clero parroquial era ignorante ya que no había recibido ninguna formación.

Ya en el siglo XIII, s. Tomás de Aquino se quejaba de que el clero no evangelizaba, no era misionero. En compensación él mostraba que eran los Mendicantes los que sí evangelizaban.

La misma queja fue repetida durante todos los siglos hasta hoy. La misión fue asumida por los Mendicantes a partir del siglo XIII, y después por las Sociedades de sacerdotes misioneros, tales como la Congregación de la misión de s. Vicente de Paul, la Congregación del Sismo. Redentor de s. Alfonso de Ligorio y otras.

En América Latina, la misión fue asumida, en primer lugar por los Franciscanos, que proporcionaron más de la mitad de los misioneros. Los Dominicos tuvieron su actuación más fuerte en el siglo XVI. Los Carmelitas y los Agustinos llegaron con menos misioneros, así como los Benedictinos. Después vinieron varias congregaciones.

En el siglo XX, esas órdenes y congregaciones asumieron parroquias y con eso sólo una pequeña minoría se dedicó a la Misión. Asimismo usaron métodos adaptados al siglo XVII y XVIII, pero totalmente inadecuados para el siglo XX. Se dedicaron al mundo rural en momentos en que el 80% de la población latinoamericana migraba hacia las ciudades.

Ahora viene el proyecto episcopal que va a exigir un cambio de mentalidad y un cambio de comportamiento. La misión será la prioridad y dejará en un segundo plano la administración de la pequeña minoría que frecuenta las parroquias. Será necesario cambiar la formación sacerdotal de modo radical. Los religiosos van a tener que volver a su vocación inicial y dejar de ser administradores de parroquias o de obras.

Hace algunos años atrás, escribí que don Helder era el modelo de obispo del siglo XXI. Don Helder era misionero y tenía un excelente colaborador para todas las tareas de administración. Sobre todo después de su conversión en 1955 y su nueva conversión a su llegada a Recife, don Helder fue el hombre del contacto personal, el hombre que era capaz de atraer, capaz de transformar a las personas con las que entraba en comunicación de modo que ellas sentían la necesidad de cambiar de vida. Él tenía el don de despertar vocaciones de cristianos misioneros.

1. Los temas más significativos del Documento Conclusivo de Aparecida

En primer lugar, necesitamos destacar la elección del tema general de toda la Conferencia. Hace unos 30 años atrás en América Latina no se hablaba de misión. En la mentalidad popular, los misioneros eran los padres y los religiosos y religiosas que venían de Europa o Norteamérica para reforzar los cuadros de las Iglesias locales. O eran los predicadores de las “Santas Misiones”.

Era una herencia colonial. La misionología ni siquiera estaba en los programas de formación sacerdotal. Era la especialidad de algunos que iban a dedicarse a las regiones más despobladas o retiradas como la Amazonia. Misioneros eran los evangelizadores de los indios y la mayoría de ellos eran extranjeros.

Esto no quiere decir que no había católicos, sacerdotes, religiosos, religiosas y sobre todo, laicos misioneros. No sabían que eran misioneros porque los misioneros no tenían visibilidad y no tenían un status definido. Eran misioneros anónimos.

Desde entonces aparecieron muchas experiencias que se presentaron como misioneras. La misma palabra misionero entró en el uso común del pueblo que identifica ya a ciertas personas como misioneros y misioneras. Muchos grupos adoptaron el nombre de misioneros. Hoy en día crece mucho la conciencia de una necesidad misionera en medio de una

sociedad cada vez más secularizada. La V Conferencia del CELAM recogió lo que se preparó durante 30 años.

En segundo lugar, hay que destacar que la Conferencia decidió volver al método de Medellín y Puebla, o sea, al esquema ver-juzgar-actuar de la Acción Católica (DA 19). Hay una insistencia muy fuerte en esa continuidad (DA 391-398). Es difícil no descubrir en esa insistencia una discreta expresión de arrepentimiento y de confesión. Es innegable que disminuyó la influencia de Medellín y de Puebla en los últimos años. No faltaban sacerdotes que simplemente decían que Medellín ya estaba superado y ya no servía más para la Iglesia actual. Por eso, conviene destacar la fuerte insistencia de la Conferencia de Aparecida.

Esa continuidad con Medellín y Puebla se manifiesta sobre todo en dos temas fundamentales: la opción por los pobres y las comunidades eclesiales de base. Son justamente dos temas que fueron muy atacados o tratados con indiferencia como si fueran cosas del pasado. Habían desaparecido en el Sínodo romano de 1997 *Ecclesia in América*. Si bien en los textos oficiales aún se mencionaban en ciertos países la opción por los pobres y las comunidades de base (sobre todo en Brasil), la situación general era bien diferente. Basta recordar el documento que un día publicó el p. José Marins, que había sido el apóstol incansable de las CEBs en toda América Latina. Era de una triste amargura. Desde Brasil es difícil imaginar hasta qué punto desaparecieron la opción por los pobres y las comunidades de base en varios (¡muchos!) países de América Latina.

La Conferencia de Aparecida renueva la opción por los pobres (DA 397, 398, 399). No se trata de una fórmula convencional. El texto es insistente: "Asumiendo con nueva fuerza esta opción por los pobres" (DA 399). Aquí también hay un cierto acento de arrepentimiento y como una conciencia de que esa opción había perdido su urgencia en la pastoral de la Iglesia: ya no era vivida como prioridad. Además de eso, el texto reconoce que los pobres son sujetos de la evangelización y de la promoción humana (DA 398). Ver todo el capítulo (DA 391-398).

El texto llega hasta el punto de usar dos veces la palabra “liberación” que era una palabra prohibida. Es verdad que la liberación está matizada por el adjetivo “auténtica” (DA 399) o “integral”. Pero ella está ahí, lo que significa que de ahora en adelante se puede usar de nuevo (DA 385).

El *Documento de Aparecida* habla explícitamente de las Comunidades Eclesiales de Base (DA 178-179). Esta es la parte del Documento que sufrió más correcciones en Roma, pues el texto de los obispos era mucho más incisivo. Asimismo, el texto enuncia todos los frutos positivos de las Comunidades Eclesiales de Base, reconociendo que ellas fueron la señal de la opción por los pobres.

Los obispos habían escrito: “Queremos decididamente reafirmar y dar nuevo impulso a la vida y a la misión profética y santificadora de las CEBs” en el seguimiento misionero de Jesús. Ellas fueron una de las grandes manifestaciones del Espíritu en la Iglesia de América Latina y del Caribe después de Vaticano II” (DA 194). Estas frases fueron censuradas y el texto quedó más débil. Otras correcciones van en el mismo sentido. Pero el texto de los obispos existe y puede ser consultado. Para la conciencia latinoamericana él es más significativo que las censuras.

En el texto de los obispos hay un reconocimiento de que las CEBs no pudieron desarrollarse, a pesar de su valor y a que varios obispos pusieron restricciones. Ahora los obispos quieren levantar esas restricciones y dar vida nueva a esas comunidades pobres.

Incluso con las restricciones del texto final, vale la pena leer atentamente los números 178 y 179.

Los mejores capítulos del Documento son los capítulos 7 y 8 sobre la misión. Ahí se encuentran las afirmaciones más fuertes.

“La Iglesia necesita de una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, en el estancamiento y en la tibieza, marginalizando a los pobres del Continente” (DA 362).

“La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera” (DA 370).

“La pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico” (DA 367).

Ver, sobre todo los números 362-370.

El cambio debe afectar a todas las instituciones de la Iglesia. Comienza con la reforma de la parroquia. Esta tendrá que ser subdividida en unidades menores (DA 372), de pequeños grupos con mejor relación. Tendremos cuidado para que esas pequeñas comunidades no reproduzcan la estructura y la actividad de la parroquia. Mas es muy bueno que la Conferencia haga alusión al mal funcionamiento de la parroquia como institución inadecuada para nuestros tiempos de urbanización creciente y de secularización.

El capítulo 8 elabora una pastoral social que va a ser reafirmada y reforzada (DA 401-404). El Documento enumera las nuevas categorías de pobres que surgieron o se desarrollaron en los últimos tiempos.

En fin, el Documento asume desafíos contemporáneos: la ecología y los problemas del medio ambiente, y la pastoral urbana. El programa de pastoral urbana es muy completo y define tareas que van a exigir la colaboración de millones de personas formadas. El desafío de la pastoral urbana ya fue definido por sociólogos católicos a fines del siglo XIX. Después de 100 años la jerarquía asume el desafío. La Iglesia católica tiene aún estructuras rurales y mentalidad rural. En la sociedad rural la parroquia se identifica con la sociedad. Ahora, las cosas cambiaron tanto que la inmensa mayoría de los ciudadanos vive al margen de la Iglesia y solamente recurre a ella en el nacimiento y en la muerte, o recurre a los Santos en las enfermedades.

En el segundo capítulo hay una extensa presentación de la realidad de América Latina. Esa exposición recurrió a la ayuda de especialistas y científicos, ya que ofrece informaciones bastante completas y pormenorizadas. Es un ejemplo de

colaboración entre la jerarquía y los laicos. Sin embargo, el Documento no llega a condenar al capitalismo y el sistema actual de globalización aunque haya mostrado todos sus vicios. No podía ir más allá de la llamada Doctrina Social de la Iglesia, tan silenciosa en los últimos tiempos.

Claro está que en los otros capítulos hay también muchas cosas importantes que ofrecen orientaciones para la aplicación del proyecto global. Pero un artículo no ofrece espacio suficiente para comentar todas esas doctrinas. Ciertamente van a ser publicados extensos comentarios del *Documento de Aparecida* para analizar el texto entero.

2. Algunas dudas

El proyecto de Aparecida es tan radical que surge una duda: ¿quién va a poner ese programa en práctica? La historia muestra que todos los cambios profundos en la Iglesia fueron realizados por personas nuevas, formando grupos nuevos y creando un nuevo estilo de vida, siempre a partir de una opción de vida en la pobreza. Nunca fueron los liderazgos establecidos ni las estructuras instaladas. Estas no consiguen salir de su papel tradicional. Es lo que hace pensar que el clero actual no tiene condiciones para aplicar ese programa.

Nunca me olvidaré de aquello que aconteció en el cambio del siglo XII al siglo XIII. Hubo una avalancha de fenómenos religiosos semejantes a la expansión pentecostal de hoy en día. Aparecieron nuevos animadores religiosos que consiguieron atraer y convertir a multitudes de católicos. Nació en muy poco tiempo un mundo de comunidades que recibieron varios nombres, siendo el nombre de Albigenes el más usado. Nadie conseguía frenar el movimiento. El Papa Inocencio III pidió a la Orden Cisterciense, que era la más poderosa en aquel momento, que asumiese esa misión de convertir a los herejes o, por lo menos, frenar el movimiento de expansión. Fue un fracaso total. Los Cistercienses venían de monasterios muy ricos y no sabían hablar a los pobres. Eran misioneros ricos, sin capacidad misionera.

Entonces aparecieron casi simultáneamente Francisco de Asís en Italia y Domingo de Guzmán en España. Escogieron el camino de la pobreza, viviendo una vida realmente evangélica. Evangelizaron a las masas populares del mundo rural y de las ciudades. Y consiguieron lo que las órdenes poderosas no habían conseguido. De ellos nacieron, en pocos años, los llamados franciscanos (hermanos menores) y dominicos (hermanos predicadores) que fueron miles en poco tiempo. Ellos se instalaron en medio del pueblo y fueron misioneros itinerantes, siempre en la búsqueda del pueblo de los pobres. Dieron a la Iglesia una fisonomía diferente. Eran una estructura diferente en la cual el pueblo de los pobres se reconoció ya que no se reconocía en las órdenes monásticas. El clero parroquial recogió las conversiones hechas por los Mendicantes, pero no había podido hacer aquel cambio necesario.

Hoy en día, ya hay en la Iglesia cristianos semejantes que conviven con el mundo de los pobres. Pero ellos son poco conocidos y poco valorizados, antes tolerados que apoyados porque no corresponden al esquema oficial: no tienen lugar en el derecho canónico. Generalmente son laicos, aunque hay también obispos o presbíteros que hicieron su conversión escapándose de la estructura en que estaban metidos.

Personalmente creo que los futuros misioneros capaces de cambiar la fisonomía de la Iglesia serán laicos, misioneros laicos.

¿Cómo va a comenzar la aplicación del programa de Aparecida? No podrá realizarse de arriba para abajo. No podrá comenzarse con un plan teórico. Comenzará con personas voluntarias dispuestas a entrar en una aventura, esta vez con el apoyo de la jerarquía. No se les dará ningún programa previo porque el Espíritu les mostrará lo que pueden hacer. Si su actuar misionero no procede de ellos mismos, no tendrá ningún efecto, porque no será un testimonio humano vivo, el único que puede tocar en el corazón de los oyentes.

No se adelanta con planificar. Nadie planificó el nacimiento o la vida de S. Francisco. El apareció y el Papa lo confirmó.

En los últimos años en muchos lugares las diócesis realizaron años misioneros, misiones populares, sin ningún éxito. Todo quedó en el papel porque en lugar de partir de las personas voluntarias que se sentían poco valorizadas, y más toleradas que apoyadas en su vocación misionera, entregaron la misión a los agentes de pastoral de la estructura diocesana o parroquial. No se puede concentrar (la misión) en la Iglesia parroquial porque los pobres no frecuentan la Iglesia parroquial. Ellos perciben luego que la Iglesia parroquial no pertenece a su cultura.

No se adelanta con dar cursos para enseñar una doctrina porque el Espíritu mostrará a los misioneros lo que deben hablar y hacer. Lo que se puede hacer es acompañar la espera de la voz del Espíritu. La jerarquía tiene un papel fundamental que consiste en hacer el discernimiento del Espíritu a partir de la tradición cristiana, y estimular una espiritualidad de espera y fidelidad a lo que el Espíritu dice.

En América Latina, el apoyo de los obispos y de los padres es fundamental. Pues, sobre todo en el mundo de los pobres, los católicos son tímidos, inseguros, no confían en sus propias cualidades. Es preciso apoyar, aceptar errores o fracasos temporales. No se puede acertar a la primera. La jerarquía tendrá que organizar la armonía entre todos los carismas.

¿Cómo será la formación? ¿Qué se entiende por formación de misioneros? La formación actual en los seminarios o en las facultades de teología es justamente lo contrario. El sistema actual da una formación académica o con pretensiones académicas. En Brasil muchos dieron alto valor al reconocimiento de los estudios del Seminario por el Ministerio de Educación. Ahora bien, con certeza el Ministerio de Educación no tiene proyectos misioneros.

Los certificados oficiales parecen ser garantía justamente para aquellos que no se sienten con una vocación misionera muy fuerte. No tengo nada en contra de esos certificados académicos, pero eso no tiene nada que ver con la misión. La formación académica torna vacía a la predicación, sin contacto con el pueblo. Los padres fueron preparados para

ser pequeños profesores de teología. Ya esto solo explica muchas cosas en cuanto a los problemas de la Iglesia que fueron denunciados por el *Documento de Aparecida*.

La formación misionera incluye primero una fuerte y radical espiritualidad concentrada en la Biblia en general, pero sobre todo en los evangelios, esto es, en la vida terrestre de Jesús.

En segundo lugar, la formación consiste en multiplicar los encuentros con personas, familias, grupos. El misionero necesita aprender a estar presente en todos los lugares de la vida social, como señal de vida renovada, animada por la fe, esperanza y caridad. No se trata de mostrarse en los eventos sociales, sino de conocer y descubrir a las personas que son sensibles a los llamados del Espíritu, y saber decir las palabras que marcan.

La exposición de la doctrina jamás convirtió a nadie. Jesús se manifiesta en la vida de ciertas personas y no por la doctrina. No se forman misioneros con cursos, seminarios o discusiones abstractas. Es preciso aprender el lenguaje popular. Algunos sacerdotes u obispos saben hacer eso perfectamente: son misioneros que se transformaron así por la gracia de Dios, superando los esquemas de formación académica que recibieron. Un ejemplo, Fray Carlos Mesters.

La formación por la vía del adoctrinamiento vino después de la Revolución Francesa para asegurar la fe de los sacerdotes que debían aprender a resistir las herejías de la época. La resistencia a las herejías dejó de ser una urgencia.

No puedo dejar de señalar un problema que no es solamente de Aparecida, sino de toda la Iglesia occidental, de los Concilios occidentales, de los documentos del magisterio, inclusive del Vaticano II. La Iglesia occidental ignora al Espíritu Santo. Claro está que el Espíritu Santo es mencionado muchas veces, también en el de Aparecida de Aparecida, pero siempre para reforzar el planteamiento hecho por la jerarquía o por el clero en general. La jerarquía define la conducta de la Iglesia, y, después, pide al Espíritu Santo que realice lo que fue ya decidido. O se supone que todo lo que procede de

la jerarquía, procede del Espíritu Santo, lo que es la misma cosa. No se adelanta con rezar para que el Espíritu venga a iluminar mi mente, si Él está presente en el mundo y muestra con señales claras lo que Él quiere.

Los orientales son mucho más sensibles a ese aspecto que la Iglesia de Occidente. En América Latina la Iglesia oriental tiene poca presencia y casi ninguna influencia. La Iglesia latinoamericana es hija de Occidente de modo casi exclusivo.

La enseñanza del Nuevo Testamento es diferente, tanto en la teología de Pablo como en la teología de Juan. Para S. Pablo la Iglesia es dirigida por los dones del Espíritu Santo (1 Cor 12, 4-11; 27-30). Ahora bien, el primer don es el don del "apostolado" (1 Cor 12,28). Cuando Pablo habla de los apóstoles no se refiere a los Doce, sino a aquellos discípulos que, como él, se transformaron en misioneros porque fueron enviados por el Espíritu Santo.

El don del gobierno viene en séptimo lugar. En segundo lugar aparecen los profetas que son considerados con mucha insistencia (1 Cor 14). Esos dones están desparramados y de repente aparecen de modo imprevisto. Nadie preparó, ni formó a Pablo como misionero. Él recibió un don del Espíritu Santo y mostró un camino verdadero y seguro para el pueblo de los discípulos que consiguió reunir.

El Espíritu Santo está presente en la Iglesia actual como siempre. El muestra los caminos de seguimiento de Jesús. La teología de Juan afirma que el Espíritu enseñará el alcance de la vida de Jesús en las circunstancias más diversas. Jesús no dejó ningún programa de apostolado, pero prometió que el Espíritu estaría presente para mostrar de qué manera podemos actualizar la vida de Él en las más diversas circunstancias de la historia. Jesús no quiso encerrar la historia en un cuadro estable, mas prometió que el Espíritu estaría presente para, en cada situación, enseñar el sentido de las obras y de las palabras que él realizó o pronunció en un contexto determinado y limitado, en Galilea. (Jn. 14, 26; 16, 13-15).

Pero no conviene acusar a la Conferencia de Aparecida, porque toda la historia de la Iglesia de Occidente fue así. Una conversión más radical todavía sería necesaria para volver a las enseñanzas del Nuevo Testamento sobre el Espíritu.

3. Los problemas

La parte más débil del Documento, a mi modo de ver, es la cristología. Era de esperar. No fue casual que la Notificación enviada a Jon Sobrino fuera publicada en la víspera de la Conferencia de Aparecida. Pues aquí estamos exactamente en el mayor problema teológico de la actualidad. La cuestión es: ¿qué significa la humanidad de Jesús? ¿Cuál es el significado de las palabras y de los actos de Jesús tal como los Evangelios los relatan? ¿En qué consiste la humanidad de Jesús? ¿Qué es ser hombre?

El texto recuerda muchas cosas bonitas sacadas de los evangelios, que lo muestran como un maestro de sabiduría y revelador de un modo de vida a ser imitado por los discípulos. Es una enumeración de actos y palabras bellas de la vida de Jesús. Falta la síntesis y lo que reúne todos esos dichos y actos en una vida humana (DA 129-135).

Esta enumeración no dice el significado de la vida humana de Jesús, o sea de su ministerio misionero. La vida de los seres humanos debe interpretarse a partir del contexto histórico en que ella se sitúa. Aquí no se habla del contexto histórico, como si Jesús estuviese fuera de la historia, como un maestro que vuela por encima de los siglos. Cada ser humano construye su vida a partir del contexto histórico que lo provoca y lo lleva a definir sus opciones en cuanto a los fines y a los medios. Él tiene un proyecto, atribuyendo a su vida una finalidad. Si Jesús fue hombre, Él debía ser así.

Comencemos por el anuncio de Jesús: El Reino de Dios (DA 101-128). ¿Qué fue lo que entendieron los campesinos de Galilea cuando Jesús les hablaba del Reino de Dios? Ellos estaban sufriendo el yugo pesado del reino de Roma, del reino del emperador. De repente, Jesús viene a anunciar que ese reino va a caer. Era exactamente lo que todos esperaban, por

lo menos los pobres oprimidos por el poder durísimo de los Romanos. La mayoría pensaba que eso sucedería solamente en un mundo nuevo, después de este mundo destruido de acuerdo con las predicciones apocalípticas. Jesús viene a anunciar que aquello acontecerá en este mundo. El reino de Satanás, encarnado en el poder romano va a caer y vendrá otro reino... Jesús conocía bien todas las conversaciones, todas las quejas y las esperanzas de su pueblo. El hablaba para esas personas. Se comprende que fue acogido y aclamado con entusiasmo por el pueblo simple de Galilea.

Después de ese anuncio, Jesús tuvo que explicar cómo sería el Reino de Dios y la diferencia radical con el reino del Cesar. Hasta los Doce tuvieron mucha dificultad para aceptar las explicaciones de Jesús.

Lo que no aparece en el Documento es que el Evangelio de Jesús fue una Buena Nueva para algunos y una Mala Nueva para otros. Jesús no trató a todos de la misma manera. La Buena Nueva se dirige a los pobres y la Mala Nueva a los ricos (Lc 6,20-26). El evangelio de María fue el mismo: "Derribó a los poderosos de sus tronos y a los humildes exaltó. Llenó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías" (Lc 1,52-53).

En la base de la psicología de Jesús estaba la compasión por los oprimidos y la indignación contra los opresores. ¿Por qué eso no aparece en un documento que pretende renovar la opción por los pobres? Hay una contradicción entre la Segunda parte y la Tercera parte del Documento.

En segundo lugar, no aparece el conflicto con los jefes de la nación que Jesús denuncia como usurpadores y opresores. Lo que ocupa un lugar fundamental en los evangelios no aparece: el conflicto de Jesús con los sacerdotes, los doctores de la ley, los fariseos, los grandes de aquel tiempo (Mc 11-13; Mt 23; Lc 20; Jn 8). Ese conflicto es el hilo conductor de los evangelios. Todos presentan la misión de Jesús como camino hacia la muerte. Desde el principio, los jefes quieren matarlo. Jesús denuncia la dominación de los grandes asociados a los

Romanos y permanece fiel a esa misión de su vida hasta que lo matan.

La muerte de Jesús fue a consecuencia de su acción: fue como la conclusión final de su ministerio. El Documento habla de Jesús que hizo el don de su vida (DA 139). Jesús fue muerto porque quiso ser fiel a su misión de denunciar la corrupción de los jefes de su pueblo que imponían un yugo insoportable al pueblo simple. Jesús era judío y como judío estaba escandalizado por el uso que los jefes hacían de la Ley. Jesús quería liberar a su pueblo de la mentira y de la dominación de las elites. Con su interpretación de la Ley las elites oprimían al pueblo de los pobres.

Ese fue el proyecto de Jesús. Lo que Él ofrece a sus seguidores es repetir la misma trayectoria en todas las épocas de la historia. Ahora bien, en el centro de la misión está la persecución, la muerte, la muerte de cruz, una muerte infamante.

El Documento hace apenas unas alusiones muy discretas a la muerte de Jesús sin decir por qué murió y el significado humano de esa muerte. El texto alude a los mártires de América Latina, pero sin explicar en qué consistía ese martirio (DA 140) como si el martirio fuese un valor en sí, un ejemplo de vida heroica. No coloca a los mártires en su contexto histórico y por eso la muerte de Jesús tampoco está en su contexto histórico. Es como si fuese un ejemplo de virtud sin motivo, sin ligazón con su ministerio de profeta.

El Documento simplemente dice que Jesús ofreció su vida. Esto puede significar muchas cosas, pero no evoca el contexto histórico y el lugar de esa muerte en la vida humana de Jesús.

En los evangelios la cruz está en el centro de la cristología de la vida humana de Jesús. Ella no está en el centro de la cristología del Documento. Tenemos la impresión de que el texto quiso evitar cualquier referencia al conflicto con los romanos y con las autoridades de Israel. Es un evangelio sin conflicto, de pura bondad. ¿Por qué un evangelio sin conflicto? Para no tener que reconocer el sentido del martirio

de tantos latinoamericanos crucificados en la segunda parte del siglo. Las elites quieren ocultar la responsabilidad histórica que tienen en esos martirios del siglo XX. El recuerdo de esos martirios ofende a las clases dirigentes de muchas naciones.

Por eso las alusiones a los mártires son muy discretas. Los mártires son presentados como héroes pero no se dice por qué murieron. Ahora bien un evangelio sin conflicto, ¿quién quiere eso? Es exactamente el evangelio que satisface a la burguesía. Esa cristología es burguesa en su inspiración. No expresa lo que sienten los pobres y de qué manera ellos entienden la vida y la muerte de Jesús. Estamos en una situación de conflicto entre dos cristologías, una que es burguesa y otra que es la de los pobres. Este conflicto existe desde el inicio de la Iglesia.

La misma falta de historicidad se encuentra en la descripción de la realidad eclesial en la primera parte. El texto hace una enumeración de los aspectos positivos y negativos de la Iglesia latinoamericana (DA 98-100). No se colocan tanto los aspectos positivos como los negativos en el contexto histórico. Es como si todo tuviese igual significado.

No se hace ningún análisis de las estructuras. El texto atribuye la responsabilidad y la culpa a “algunos católicos que se apartaron del evangelio” (DA 100h). Los aspectos negativos se deben a “deficiencias y ambigüedades” de algunos de los miembros (de la Iglesia). Si ese fuera el problema, no habría sido necesario reunir toda una Conferencia continental. Bastaría con enviar un buen confesor a esos pocos católicos.

De modo general, los documentos de la Iglesia no cuestionan las estructuras. Ahora bien, con certeza los miembros de la Iglesia no son peores ahora de lo que eran antes. Los problemas no son las personas, sino las estructuras. Algo de eso aparece implícitamente en la Tercera parte, por ejemplo cuando se trata de la parroquia. Pero un análisis más profundo sería muy útil. Algún día tendrá que hacerse.

Sorprendente es el silencio casi total sobre los movimientos pentecostales. Hay apenas algunas breves alusiones (DA

100g). Un día Harvey Cox escribió que se trataba del fenómeno religioso más importante del siglo XX y casi tan importante como la Reforma del siglo XVI. No se hace ningún análisis de esa realidad como si fuese una cosa sin importancia que no es problema.

Sin embargo, el pentecostalismo está en plena expansión en todos los continentes y también en América Latina. Muchos católicos dejan la Iglesia para integrar una comunidad pentecostal. Los pastores son innumerables. En muchos lugares del mundo de los pobres, los pentecostales son ya más numerosos que los católicos.

Sería necesario analizar las razones de ese éxito. Sin duda el pentecostalismo responde a las aspiraciones de una gran parte del mundo popular. Vale la pena estudiar el mensaje, la metodología, las formas de organización. Cerrar los ojos, como si el fenómeno no existiese, puede ser la política del avestruz.

Cuando se hace la descripción de la sociedad actual, principalmente de la cultura contemporánea, muchos se olvidan de que hay dos sociedades muy separadas y dos culturas bien diferentes. Hay la cultura examinada por los científicos y filósofos, que es la cultura de los que están incluidos en la nueva sociedad, y la cultura de los excluidos.

Asimismo, la Conferencia de Aparecida constituye un acontecimiento imprevisto. Nace una nueva conciencia. Los obispos recogieron las aspiraciones de la minoría más sensible a los signos de los tiempos. El Documento final constituye un motivo de renovada esperanza para los viejos y ofrece algunas orientaciones bien definidas a los jóvenes.

* Agradecimientos a:

Herve Camier, Marcelo Sarraith, secretaria de Nicolás García Moreno, y especialmente a Mane López, Juan Subercaseaux, y colaborador@s de Movimiento También Somos Iglesia – Chile, que han hecho posible esta traducción.

* (N.T.) Transcriptor- Editor: Enrique A. Orellana F.



Misión, el paradigma-síntesis de Aparecida

*Paulo Suess**

Del Vaticano II emergió la visión de una Iglesia que es por su naturaleza misionera. El énfasis teológico-pastoral del tiempo pos-Vaticano está en el ser misionero de todos los bautizados y no en la territorialidad de las misiones que deberían ser administradas. Muchas decisiones del Concilio no dieron el resultado esperado, porque no fueron acompañadas por las reformas estructurales necesarias que podrían responder a los cambios profundos de nuestra civilización. Asistimos a un proceso de reducción de los católicos en números absolutos¹ [100a] justamente en un momento en que se redescubrió la naturaleza misionera de la Iglesia [347]. ¿Cómo abrir los ojos de los bautizados frente a la realidad de nuestro continente, “marcada por grandes cambios” [33], y despertar su

* Sacerdote diocesano, doctor en teología fundamental. Trabajó en la Amazonía y a partir de 1979 ejerció el cargo de Secretario General del Consejo Indigenista Misionero (CIMI). En 1987 fundó el Departamento de Posgrados en Misionología en Sao Paulo. Entre 2000 y 2004 fue Presidente de la Asociación Internacional de Misiones (IAM). Actualmente es asesor teológico del CIMI y profesor de posgrados en el Instituto de Estudios Superiores de Sao Paulo / ITESP. Entre sus publicaciones: “A Conquista Espiritual da América Espanhola” (Vozes, Petrópolis, 1992; Abya Yala, Quito, 2002); “Evangelizar desde los Proyectos Históricos de los Otros” (Vozes, Petrópolis, 1995; Quito, Abya Yala, 1995); “Travessia com esperança” (Petrópolis, Vozes, 2001/2003); “Introdução à Teologia da missão” (Petrópolis, Vozes, 2007; Quito, Abya Yala 2007).

¹ Las referencias al *Documento de Aparecida* estarán entre corchetes [].

responsabilidad [14, 33]? Esta pregunta, sin embargo, necesita ser completada con otra pregunta sobre la estructura ministerial de la Iglesia, si no queremos responsabilizar por esa reducción estadística de la Iglesia Católica en nuestro continente, al “cansancio” de los bautizados, a un supuesto “descuido” de la Iglesia local y a la fatalidad de factores civilizatorios.

Aparecida dio continuidad al Vaticano II y al magisterio latinoamericano y caribeño. Al mismo tiempo, inició un nuevo capítulo en su contextualización [9]. Si Río de Janeiro representó un primer despertar de la cristiandad para la organización propia de la Iglesia de América Latina y el Caribe, que llevó a la fundación del CELAM, Medellín, con base en el Concilio, significó el inicio de la descolonización de muchas prácticas sociales amalgamadas a la labor misionera. En Puebla, se sintió fuerte resistencia a ese movimiento de emancipación de la Iglesia latinoamericana y caribeña de sus amarras coloniales. En Santo Domingo, el ala hegemónica entre los delegados de la Conferencia endureció su discurso contra las peticiones de perdón del propio Juan Pablo II y contra la memoria simbólica o discursiva de la “conquista espiritual” del continente. El rechazo al método ver-juzga-actuar fue una consecuencia de esa resistencia exógena a la realidad histórica. Aun así, el paradigma de la inculturación, que inserta a los evangelizadores en esa realidad, adquirió realce como imperativo del seguimiento de Jesús (SD 13).

Asentados en la pastoral posconciliar, la metodología y los contenidos de las conferencias anteriores, los delegados de la V Conferencia no necesitaban inventar un nuevo paradigma. Asumieron la misión como paradigma-síntesis y siempre inacabado, incorporando en ellas banderas de la descolonización e inculturación, liberación y opción por los pobres. Por el tema de la V Conferencia —“Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que en Él nuestros pueblos tengan vida”— ya estaba previsto que “discipulado” y “misión” serían palabras-clave en el *Documento de Aparecida* (DA)². El término “misión” es

² Cf. SUESS, P. “Lugar da missão em Aparecida”, en: *Vida Pastoral* 48/254 (mayo-junio de 2007), pp. 1-8.

invocado más de cien veces en las diferentes dimensiones o tareas específicas. Esa misión representa un proceso sin fin y el sueño de una “religiosidad virtuosa” (Max Weber) que se traduce en aproximación samaritana y en presencia profética en las comunidades, en sus luchas por justicia y reconocimiento, y en la construcción de un mundo para todos. En ese sueño, sin las debidas mediaciones históricas, residen la belleza y la debilidad del DA.

1. Ver y responder a la realidad

La creación de los seres humanos a semejanza de Dios y la encarnación del amor redentor de Jesús hasta la cruz fundamentan nuestro compromiso con la realidad del mundo y con el sufrimiento del otro [491]. La misión hace ver y responder a la realidad. La pastoral misionera de la Iglesia se confronta con desafíos que emergen de nuevos contextos históricos y socioculturales [367, 538]. Para poder responder a esas transformaciones, la Iglesia requiere transformar los cristianos culturales y tradicionales en discípulos misioneros: “Todo discípulo es misionero” [144] y, por eso, “la misión es inseparable del discipulado” [278e].

La realidad interpela a los cristianos y sus pastores; cobra coherencia con las promesas y los imperativos del Evangelio, “compromiso” [491] y relevancia delante de aquellos que cayeron en manos de los ladrones [135]. Sobre todo en el segundo capítulo de la primera parte, el DA presenta una “mirada de los discípulos misioneros sobre la realidad”, en los ámbitos sociocultural, económico, sociopolítico, étnico, ecológico [33-97] y eclesial frente a desafíos nuevos y heredados [98-100]. La misión de los discípulos misioneros en esa realidad es siempre implícita o explícitamente una misión transformadora y evangelizadora, integral, específica, contextual y universal [cf. 214, 287, 341, 450, 486i, 532, 545, 550]. Esa misión nos conduce “al corazón del mundo”, donde los discípulos misioneros abrazan “la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina” [148]. La sabiduría samaritana y la denuncia profética acompañan al cristianismo desde los primeros

mártires, las primeras comunidades descritas en los Hechos de los Apóstoles y la definiciones cristológicas de Calcedonia (451 a. C.): Dios está en Jesucristo inseparablemente (“indivise”) ligado a la humanidad sufriente, sin confundirse (“inconfuse”) con ella. Si diluimos a Jesús de Nazaret en la miseria humana o si lo separamos de ella, significaría en ambos casos no una valoración de la humanidad sino su traición. La espiritualidad y solidaridad de los cristianos están siempre en una relación de proximidad no identificadora y de solidaridad hasta las últimas consecuencias.

La misión auténtica “unifica la preocupación por la dimensión trascendente del ser humano y por todas sus necesidades concretas” [176]. Únicamente esa misión abarcadora puede cumplir la tarea “de hacer nuevas todas las cosas” [131]. Ella está “al servicio de todos los hombres” y se manifiesta como vida nueva “en todas las dimensiones de la existencia personal y social” [13; cf. 7.1.3 e 7.1.4.] y

...abrazo con el amor de Dios a todos y especialmente a los pobres y los que sufren. Por eso, no puede separarse de la solidaridad con los necesitados y de su promoción humana integral [550, cf. 545].

La cuestión social está estrechamente vinculada a la cuestión de la ortodoxia. Pecado significa indiferencia frente a la explotación de los pobres. En ellos, la Iglesia reconoce “la imagen de su Fundador pobre y paciente” (*Lumen gentium* 8c). En el cristianismo, esa pobreza del propio Dios recibe muchos nombres: encarnación, cruz y eucaristía. “La pobreza —dijo cierta vez el actual Papa— es la verdadera aparición divina de la verdad”³, la pobreza reconocida en “nuevos rostros de pobres” y “nuevos excluidos” [402, 207].

En esa caminata, Cristo “acompaña al Pueblo de Dios en la misión de inculturar el Evangelio en la historia” [491]. De esa articulación entre la fe en Cristo y su encarnación en la historia,

³ J. RATZINGER, “Der Dialog der Religionen und das jüdisch-christliche Verhältnis”, en: IDEM, *Die Vielfalt der Religionen und der Eine Bund.*, Bad Tölz: Urfeld, 2003 (3ª. ed.), pp. 93-121, aquí p. 116.

el Papa, en su Discurso Inaugural (DI) de la Conferencia, ya había apuntado algunas conclusiones importantes, inclusive sobre la articulación cristológica de la opción por los pobres. Repetidas veces el DA cita esa parte del DI [148, 392, 405, 505]. La articulación cristológica y, en su consecuencia, trinitaria de la opción por los pobres, hace de esa opción, y de sus desdoblamientos concretos, imperativos pastorales irrevocables.

2. Itinerario trinitario

Jesús nos reveló el misterio de la comunión trinitaria de Dios como origen de la misión. Esa comunión trinitaria [109, 153, 157, 523s.] es sinónimo de amor. Jesús es manifestación y testigo de este amor intratrinitario [348]. Hablar de Dios significa hablar de amor y misión. Frente a la Alianza rota por el pecado, Dios envía el Hijo en el Espíritu Santo en misión para inaugurar una Nueva Alianza, anunciando un Nuevo Mandamiento como Buena Nueva de la recreación del mundo y de la humanidad [241]. De esa “misión de Dios” (*missio Dei*) todos los cristianos participan, desde su bautismo [153], encontrándose “plenamente en el servicio al otro” [240; cf. 153, 347].

El Dios trinitario, que está en el origen de la creación, está también presente en la recreación del mundo, en la encarnación. Respondiendo a los movimientos pentecostales, Aparecida concede un cierto peso a la actuación del Espíritu Santo. María concibió a su hijo Jesús, Palabra de Dios, por la fuerza del Espíritu Santo. Ese mismo Espíritu se halla en el inicio de la misión de Jesús de Nazaret. En Él, el hijo del carpintero fue confirmado “Hijo bien amado” con ocasión de su bautismo en el Jordán (Lc 3,22). Por Él fue conducido “al desierto” para prepararse para su misión. En Él fue ungido Mesías e hizo el discernimiento decisivo de su vida acerca de la finalidad y los colaboradores de su misión: “Él me ungió para evangelizar a los pobres” (Lc 4,18).

A partir de Pentecostés la Iglesia comienza “a hablar en otras lenguas” (Hch 2,4). El Espíritu “forja misioneros” e indica los

lugares de la evangelización [150]. Pentecostés continúa en la misión de los discípulos misioneros. El tiempo pospascual es tiempo del Espíritu Santo, protagonista de la misión (cf. RM 21b; [267]. El Espíritu Santo está en el inicio de todas las caminatas que engendran vida. Él es don divino y donador de los dones (*dator múnierum*)⁴. El Espíritu Santo es Dios en el gesto del don [cf. 162]⁵. Él es el “Espíritu de la Verdad” (Jn 14,17) que articula las diferencias culturales y étnicas en una unidad mayor, que no afecta la verdad o la identidad. La verdad acontece en la generación de la vida: en la práctica del nuevo mandamiento (Jn 13,34) y de la justicia mayor en favor de los pobres. En la raíz de la pobreza-miseria se encuentra la acción del “padre de la mentira”, que perturba el orden social. El Espíritu Santo es el Paráclito, el “consolador”, el “abogado” de los pobres. La opción misionera por los pobres está enraizada en la cristología y en la pneumatología.

3. **Comunión eclesial**

Según la eclesiología del Vaticano II, presente en el DA, la dignidad del Pueblo de Dios precede a la diferenciación de dignidades jerárquicas (LG 1):

Todos los bautizados y bautizadas de América Latina y El Caribe, “a través del sacerdocio común del Pueblo de Dios” (DI 5), estamos llamados a vivir y transmitir la comunión con la Trinidad [157].

Hablar de la Iglesia significa hablar de esa misión del Pueblo de Dios. La estructura de esa Iglesia-misión es trinitaria porque ella es “Pueblo de Dios”, “Cuerpo del Señor” y “Templo del Espíritu Santo” (LG 17). Por ser “Templo del Espíritu Santo” es también “casa de los pobres”; ella “convoca y congrega a todos en su misterio de comunión, sin discriminaciones ni

⁴ La misma Secuencia habla de los siete dones (*sacrum septenarium*), siete fuentes de la gracia y dones de la vida, como los sacramentos, recordando la tradición mesiánica de Isaías: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad, temor de Dios (Is 11,2).

⁵ AGUSTÍN, A Trindade, liv. XV, 29.

exclusiones por motivos de sexo, raza, condición social y pertenencia nacional” [524, cf. 8].

La opción misionera por los pobres es una opción comunitaria de la Iglesia Pueblo de Dios [154]: “En el pueblo de Dios, ‘la comunión y la misión están profundamente unidas entre sí... La comunión es misionera y la misión es para la comunión’” (ChL 32; [163]). El discipulado, el envío y la misión “siempre suponen la pertenencia a una comunidad” [164, cf. 169]. Con ésa y en esa comunidad creemos, celebramos y asumimos los compromisos pastorales de colaborar en la transformación del mundo. Y ese compromiso es urgente.

Muchas veces el DA consigna esa urgencia. Todo en el campo pastoral [368, 389, 437j, 456, 518, 548] y social [148, 384, 550] parece urgente: urgente es un proyecto misionero en las diócesis [169] y el anuncio en las comunidades [289]; urgente es el diálogo entre la fe, la razón y las ciencias, en particular con la bioética [466]. Urgente es la formación específica del laicado [466]; urgente es la “promoción vocacional” [315]; urgentes son los “grandes problemas económicos, sociales y políticos” [148]. “Urge crear estructuras que consoliden un orden social, económico y político” [384]. Urgente es la cancelación de la deuda externa [406c], urgente es la solidaridad entre las iglesias y comunidades [545]. Y, finalmente, es urgente “educar para la paz” [541; cf. 394].

El anuncio del Reino es una cuestión urgente, de vida y muerte. “La caridad cristiana nos apremia” (2Cor 5,14) a destruir las estructuras de la muerte, interrumpir la lógica de los sistemas y cuestionar la lentitud de las burocracias. Pero, ¿quién debería hacer todo eso? El descubrimiento de la naturaleza misionera de la Iglesia Pueblo de Dios aumentó las responsabilidades, aunque no el número de agentes de pastoral ni el perfil de la práctica cristiana.

4. Al servicio del Reino

La misión, con sus dos movimientos, la *diástole* del envío a la periferia del mundo y la *sístole* que convoca, a partir de esa periferia, a la liberación del centro, es el corazón de la Iglesia.

Bajo la señal del Reino, propone un mundo sin periferia y sin centro. El Reino de Dios es el *kerigma* central del DA⁶. Innumerables veces el texto invita a los discípulos misioneros a ser lo que son, desde su bautismo⁷: misioneros de Jesucristo que viven su vocación cristiana no apenas a través de múltiples tareas, sino “en estado de misión” [213] al servicio del Reino de Dios. Convertirse al Reino es tarea cotidiana de esa Iglesia Pueblo de Dios. Ser discípulo misionero significa anunciar, como Jesús lo hizo, el Evangelio del Reino de vida como “buena nueva del Reino a los pobres” [30/29]⁸. La misión está al servicio del Reino [33, 190, 223], y la misión está, en un sentido amplio, al servicio de los pobres [516].

En las causas del Reino se sobreponen los verbos “anunciar”, “construir”, “denunciar”, “defender”, “vivir”, “repartir”, “presenciar” y “esperar”. El DA enfatiza los valores del Reino, pide el testimonio de esos “valores alternativos” [224], sin nombrarlos de manera explícita [212, 374, 518j]. Ciertamente pueden ser enumerados con base en las parábolas y la respuesta de Jesús al joven rico y al doctor de la Ley, quienes le preguntan: “¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?” (Lc 10,25; Mt 19,16). Los valores del Reino son algo más subyacente y estructural, mientras las señales del Reino son visibles y puntuales:

Señales evidentes de la presencia del Reino son: la vivencia personal y comunitaria de las bienaventuranzas, la evangelización de los pobres, el conocimiento y cumplimiento de la voluntad del Padre, el martirio por la fe, el acceso de todos a los bienes de la creación, el perdón mutuo... [383, tb. 374].

⁶ Cf. 25, 29, 32, 33, 95, 121, 139, 143, 144, 152, 154, 184, 190, 196, 212, 219, 223, 224, 250, 276, 278e, 280, 282, 315, 353, 358, 361, 366, 367, 374, 382, 383, 384, 417, 438, 441, 516, 518i, j, 520, 548, 552.

⁷ Cf. 10, 127, 153, 157, 160, 184, 186, 211, 213, 228, 349, 350, 357, 377, 382.

⁸ En las ediciones del DA por la Conferencia Nacional de Obispos del Brasil (CNBB) y por el CELAM, existen diferencias entre los números 23 al 32. En las citas de los respectivos ítems, el primer número corresponde siempre a la edición brasileña.

En las reflexiones de la Tercera Parte del DA sobre el Reino de vida y justicia, reencontramos la realidad de la Primera Parte, ahora con el propósito de transformarla. Frente a la utopía del Reino, el DA destaca las múltiples transformaciones necesarias. El Reino está en nuestro medio [143], pero está, al mismo tiempo, siempre en construcción [278, 280, 282, 548], transformando la realidad de nuestras sociedades y de nuestra Iglesia [382, 516, 358]. Casi todo se halla en transformación y debe ser transformado: la realidad [210], el mundo [290], la sociedad [283, 330, 336] y estructuras eclesiales y pastorales [365]. El tema de la transformación que acontece y que el Evangelio produce, se encuentra desde Medellín⁹ en el orden del día de la Iglesia latinoamericana y caribeña [cf. 511] y de la pastoral. Aparecida retoma la *Evangelii nuntiandi* cuando afirma que la misión procura

...transformar mediante la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés... los modelos de vida (EN 19; [331]).

El anuncio del Reino es históricamente relevante más allá de la historia. El proyecto de Dios, que nos fue comunicado por Jesucristo, tiene siempre como horizonte la transformación última, que permitirá ver a Dios cara a cara (cf. Mt 2,2; Ap 22,4).

5. Misión parroquial, continental y *ad gentes*

Después de esas consideraciones resultantes de la naturaleza misionera del Pueblo de Dios, el DA distingue aún tres ámbitos diferentes: a) la parroquia misionera, no como algo extraordinario, sino como nuevo patrón pastoral; b) la misión continental; y c) la misión *ad gentes*. A los tres ámbitos se sobrepone parcialmente la clásica división entre misión *ad intra*, quiere decir, la misión entre bautizados en la propia Iglesia Católica, y misión *ad extra*, entre no bautizados. Está

⁹ Tema de Medellín: “La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio”.

presente además en Aparecida, transversalmente, el diálogo interreligioso [95, 99g, 232, 237ss.] y ecuménico [95, 99g, 100g, 227s., 230-234], remitiendo a posturas ya asumidas en las conferencias anteriores.

a) *Parroquia misionera*

El DA apuesta al papel misionero de la parroquia, apunta hacia las dificultades existentes y propone, genéricamente, cambios estructurales. Las parroquias deben ser “comunidades de comunidades” [cf. 309, 517e] y transformarse de comunidades de preservación en “centros de irradiación misionera en sus propios territorios” y “lugares de formación permanente” [306; cf. 304]. La formación misionera debe ser integral [279, 299, 329, 337, 441a, 456], permanente [299, 306, 326, 437i, 518d], específica [179, 283], comunitaria [305] e inculturada [325]. Esto exige “abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe” [365], entre ellas, la estructura ministerial. El pueblo quiere a los interlocutores de su fe muy próximos. Mientras la relación entre “pastores evangélicos” y “sacerdotes católicos” es de 6 a 1, a falta del sacerdote el pueblo opta, muchas veces, por la presencia del pastor [cf. 90]. La propuesta de renovar las estructuras parroquiales [172] sin enfrentar cambios en la estructura ministerial de la Iglesia permanece un deseo piadoso. Existen otros desafíos de carácter estructural. Entre estos el DA enumera la extensión territorial, la pobreza, la violencia y la distribución desigual de los presbíteros en la Iglesia del continente [197].

Aparecida propone descentralización, desburocratización [203], multiplicación de los brazos y calificación de los ministros [513, 517, 518]. Debido a la enorme extensión de las parroquias propone, lo que no es nuevo, la división del territorio parroquial en sectores [372, 518c]. Al afirmar que “la renovación de la parroquia exige actitudes nuevas en los párrocos y en los sacerdotes” [201], el DA apunta a fallas en la formación seminarística. La mayoría

de los delegados de Aparecida conoce los problemas, incrementa las tareas y sobrecarga a los párrocos y sus equipos.

b) Misión Continental

En la preparación de la Conferencia de Aparecida, la Misión Continental daba muestras de que se convertiría en el asunto más importante del evento, lo que no aconteció. El día 24 de mayo de 2007, en conferencia de prensa, el cardenal Claudio Hummes, prefecto de la Congregación para el Clero, cuestionado sobre un eventual carácter proselitista de la Misión Continental, respondió:

Esa misión se dirige a los católicos bautizados... Vamos en busca de los católicos poco evangelizados, no de una forma proselitista ni antiecuménica, pues se trata de aquellos que ya fueron bautizados; consecuentemente, esa misión exigirá un cambio en la vida de todos los agentes pastorales.

La Misión Continental debería, por tanto, asumir lo que ya fue llamado “nueva evangelización entre los cristianos culturales” (cf. RM 33, SD 24) y “re-evangelización entre los no-practicantes” (RM 33, 37). En la Misión Continental todo el continente “quiere ponerse en estado de misión” [213], porque

...tenemos un alto porcentaje de católicos sin conciencia de su misión de ser sal y fermento en el mundo, con una identidad cristiana débil y vulnerable [286].

El DA resalta que

...asumimos el compromiso de una gran misión en todo el Continente... Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza [362].

La operacionalización de esa Misión Continental fue confiada al CELAM y sus departamentos. Difícilmente ella acontecerá en los moldes del entusiasmo documentado.

c) *Misión ad gentes*

Junto con la Misión Continental, el compromiso con la misión ad gentes continúa [cf. 373-379]; continúa la misión de “anunciar el Evangelio del Reino a todas las naciones” (cf. Mt 28,19; Lc 24,46-48; [144]). Misión ad gentes significa, en el DA, prácticamente “misión universal” de la Iglesia:

Somos testigos y misioneros: en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de nuestra América, en todos los ambientes de la convivencia social, en los más diversos “areópagos” de la vida pública de las naciones, en las situaciones extremas de la existencia, asumiendo ad gentes nuestra solicitud por la misión universal de la Iglesia [548].

Recientemente, el propio Papa se refirió a las transformaciones de la misión *ad gentes*:

El campo de la Misión *ad gentes* se ha ampliado notablemente y no se puede definir sólo basándose en consideraciones geográficas o jurídicas. En efecto, los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del pueblo de Dios no son sólo los pueblos no cristianos y las tierras lejanas sino también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones¹⁰ [375].

En la misión universal ad gentes compartimos nuestra fe, desde la pobreza de nuestros medios. Aparecida espera “una nueva primavera de la misión *ad gentes*” [379].

6. **Dar, perder, recibir**

Hoy, la “misión ad gentes” es “misión *inter gentes*”, misión entre pueblos y continentes. Los discípulos misioneros que vienen de Asia o de África para trabajar en la pastoral misionera de América Latina y el Caribe, también pueden decir que fueron

¹⁰ BENEDICTO XVI, Discurso a los miembros del Consejo Superior de las Obras Misionales Pontificias, 5 de mayo de 2007 (infelizmente el texto no se encuentra en el discurso publicado en el sitio del Vaticano).

enviados a una misión *ad gentes*. Hoy se vive cada vez más en la Iglesia local una reciprocidad misionera *inter gentes*. En la pastoral misionera todos son mensajeros y destinatarios de la Buena Nueva, en la mística y militancia de la esperanza y de la justicia. En la vida

...de nuestros pueblos late un fuerte sentido de esperanza... Ella se experimenta... gracias a los dones y signos de vida nueva que se comparte [536, cf. 7, 27, 29, 106].

Esa esperanza es nuestro don, no nuestra obra. “La vida es regalo gratuito de Dios, don y tarea que debemos cuidar” [464]. Vivimos la esperanza en la repartición de lo poco que tenemos, en las causas del Reino que defendemos y en la articulación de los pocos que somos. La misión de la esperanza es el permanente anuncio de la vida en un mundo en el cual la miseria no es accidente, sino producto de su organización social y de su civilización. La alternativa para la explotación y la violencia de ese mundo es la gratuidad: “el amor de plena donación, como solución al conflicto, debe ser el eje cultural ‘radical’ de una nueva sociedad” [543]. La esperanza es la hermana de los pobres y de los crucificados. “En la generosidad de los misioneros se manifiesta la generosidad de Dios, en la gratuidad de los apóstoles aparece la gratuidad del Evangelio” [31/30]. El “total don de sí” es “el distintivo de cada cristiano” y “no puede dejar de ser la característica de su Iglesia” [138, cf. 302, 336]. En la lógica del Reino “la vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad” [360, cf. 361]. En ese contexto, los delegados de Aparecida asumen el compromiso audaz de hacerse compañeros “de camino de nuestros hermanos más pobres, incluso hasta el martirio”. Después reafirman que la opción preferencial por los pobres

...debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales. La Iglesia latinoamericana está llamada a ser sacramento de amor, solidaridad y justicia entre nuestros pueblos [396].

Grandes tareas esperan a la Iglesia latinoamericana y caribeña. El realismo pastoral nos recuerda que nunca en la historia de la Iglesia aconteció que el conjunto de los bautizados se tornó sujeto de una “religiosidad virtuosa” como modelo de vida cotidiana. Tal modelo radical comprometería al individuo bautizado y su comunidad con una “ética virtuosa” en la cual la transformación del mundo sería una exigencia y una extensión de su actividad religiosa. El realismo de la ortodoxia institucional y de la práctica pastoral nunca fue tan lejos¹¹. El encaminamiento de los cristianos secularizados o meramente culturales, a través de la evangelización continental, a las prácticas de la religiosidad popular, que tienen tiempos fuertes de celebración, o, en algunos casos, a comunidades de base, ya sería un paso en la dirección correcta.

Igualmente, la transformación de agentes de pastoral en carismáticos ascetas, profetas o pastores incansables de tiempo completo y con religiosidad y ética virtuosas, es poco probable. Con un clero muy reducido y, muchas veces, sobrecargado por el deber sacramental, Aparecida apuesta al servicio generoso de laicos voluntarios. Sin embargo, en el mundo urbano, esos laicos y laicas trabajan de sol a sol para sostener a sus familias.

¿Con quién, entonces, transformar el mundo? ¿Con quién hacer la Misión Continental y sustentar el dinamismo de parroquias como “centros de irradiación misionera” [306] si mal conseguimos “asegurar” a los católicos todavía practicantes? Después de la interpretación del mundo, el paradigma-síntesis de Aparecida, la misión en su sentido pleno,

¹¹ Cf. WEBER, Max, *Economía e sociedade*, 2 vols. São Paulo: Imprensa Oficial, 2004/1999, aquí vol. 1, parte 2, cap. 5: Los caminos de salvación y su influencia sobre la conducta de la vida. — La religiosidad virtuosa o heroica, según M. Weber, es la religiosidad de místicos, ascetas y santos. Ella se diferencia de la religiosidad oficial de los cuadros de la ortodoxia institucional y de la religiosidad popular. A pesar de muchos llamados enfáticos al heroísmo y a la santidad de los discípulos misioneros del DA, la ortodoxia institucional vivió siempre en tensión con la “religiosidad virtuosa”, colocando al lado de las estatuas de grandes santos grandes confesionarios para el pueblo.

nos confiere la responsabilidad de la transformación. ¿Quién va a abrir la jaula de hierro ministerial, que es apenas una de las aberturas que se necesitan para realizar las propuestas de Aparecida? Para alcanzar la verdadera tradición evangélica, que promete vida para todos, para cumplir la palabra de Dios y comprometernos radicalmente con ella, necesitamos saber perder tradiciones secundarias y sacrificar costumbres de acomodación (cf. 362). La gratuidad, a contramano del sistema neoliberal, apunta hacia la posibilidad de un mundo para todos, pero asimismo hacia cambios de mentalidad y estructuras eclesiales. El Espíritu que es don y que da vida, vive en el Verbo encarnado, en la Palabra cumplida. Él, que es el padre de los pobres y la vida del Verbo, vive con nosotros en la Palabra de Dios cumplida en la fidelidad a la misión.



Iglesia particular, parroquia y CEBs

*Roberto Oliveros M.**

La conversión copernicana a que nos empujó el Espíritu, el Vaticano II y Medellín no era, ni es, tarea pequeña y fácil. Como se ha escrito con amplitud, dicha conversión que impulsó el Concilio de una eclesiología prevaticana y su pastoral centrada en la jerarquía (figura y modo piramidal), a una eclesiología y su pastoral centrada en los laicos(as) en el pueblo de Dios (figura y modo circular; y esto desde los pobres, en Medellín), pasó por una larga involución en el pasado pontificado. Las consecuencias para la Iglesia de América Latina son conocidas. Quizá esto explique las pocas expectativas que generó la preparación y realización de Aparecida¹. Y ahí, en ese bello e inmenso santuario, la pequeña imagen negra de nuestra Madre María acompañó e intercedió por el buen fruto del evento, como también lo hicieron diversos grupos de peregrinos del Pueblo de Dios.

* Sacerdote jesuita. Doctor en teología, nacido el 2 de abril de 1940, en la ciudad de México. Ha ayudado en el equipo nacional de las CEB, en México (1977 - 1987), en el de la CLAR (1979-1993), en Amerindia desde su formación hasta la fecha y desde 2001 es el Coordinador Latinoamericano de Parroquias Jesuíticas en A.L. y el Caribe. Autor de varios libros, entre ellos destaca el titulado “Liberación y Teología” (1977).

¹ Lo manifiesta la nula presencia de los medios de comunicación (no eclesiales) durante la Conferencia. Estuvieron presentes sólo durante la visita del Papa: eso es noticia, no “la Iglesia”.

El acontecimiento y el texto de los participantes en *Aparecida* manifiestan sus diversas visiones eclesiológicas. Y si bien, el tema eclesial atraviesa todo el documento, es en el capítulo 5, titulado “La comunión de los discípulos misioneros en la Iglesia”, donde se trabaja específicamente. Por ello, en dicho capítulo (el cual en un inicio fue el capítulo 4) se encuentra lo referente al tema de este aporte, “la Iglesia Particular, la Parroquia y las CEBs”. Para facilitar su comprensión y análisis sigo el orden en que es presentado.

1. La diócesis, lugar privilegiado para la comunión (DA 164-169)

El enfoque en que se encauzó la eclesiología de la V Conferencia fue el de la comunión². Esta óptica de acercamiento al misterio inagotable de la Iglesia, ya fue usada por una parte de los Padres Orientales y recientemente en el sínodo especial del año 1985. Esta óptica de “la comunión”, preferencia parte de la riqueza del aporte del Evangelio de Juan, sobre la visión del Jesús histórico de los sinópticos: somos llamados a comulgar con el Padre, en el Hijo, por la fuerza de su Espíritu (Jn 14 y 15), como sus hijos e hijas, y entre nosotros como hermanos y hermanas. Este enfoque eclesiológico asumido en *Aparecida*, sin duda aporta ricos elementos para revitalizar nuestra evangelización. Sin embargo, debemos tener presente que dicha óptica eclesiológica desde la comunión, no es la privilegiada por el Vaticano II, de la Iglesia = Pueblo de Dios.

En el capítulo 5 del *Documento de Aparecida*, después de haber desarrollado el que todos los discípulos y discípulas

² Al inicio del trabajo de los obispos y delegados que escogieron esta comisión para la elaboración de esta parte del texto, recibieron desde la primera redacción una larga exposición eclesiológica (aproximadamente 5 páginas) en la óptica de una eclesiología de comunión. O sea, ya se había preparado la orientación general del capítulo. Pero a lo largo del proceso de trabajo de la comisión, se le redujo a una página. Se presentó a la comisión un texto alternativo que sugería partir del acontecimiento histórico de la comunidad de Jesús (del cual quedó solamente el número que abre el tema), pero el conjunto de esa propuesta no fue posible introducirla.

del Señor Jesús somos llamados a la comunión, se pasa con buena lógica a desarrollar los “lugares eclesiales” para la comunión. Si consideramos estos “lugares eclesiales” en su dimensión institucional-social, son las también llamadas “estructuras eclesiales”. ¿Cómo se ha organizado el Pueblo de Dios, en su conjunto, para vivir el misterio de su ser Iglesia? Desde el siglo III aparece dicha organización y vivencia en tres niveles: en sus “comunidades domésticas”, en parroquias y en Iglesias Particulares³. En el texto de la V Conferencia, se expone primeramente lo relativo a la diócesis (Iglesia Particular). Destaco algunos elementos de rico contenido:

- Al inicio del n.164: “La vida en comunidad esencial a la vocación cristiana. El discipulado y la misión siempre suponen la pertenencia a una comunidad. Dios no quiso salvarnos aisladamente, sino formando un Pueblo”.
- En el n. 166: “La Iglesia Particular.... Es la realización concreta del misterio de la Iglesia Universal en un determinado lugar y tiempo”⁴.
- Y en el n.168: “La diócesis en todas sus comunidades y estructuras está llamada a ser una comunidad misionera”.
- En el n.169: “La diócesis, presidida por el Obispo, es el primer ámbito de la comunión y la misión. Ella debe impulsar y conducir una acción pastoral orgánica renovada y vigorosa de manera que la variedad de carismas, ministerios, servicios, organizaciones se orienten en un mismo proyecto misionero para comunicar vida”.

³ En los primeros tiempos al ir tomando forma la organización de la comunidad eclesial, su usó el modo de organización del Imperio en “diócesis”. La parroquia como su raíz etimológica lo expresa, es la reunión comunitaria de los vecinos. Aunque algunas familias tuvieran un buen grupo de sus miembros en ella (en la patrística, nunca la comunidad eclesial “doméstica” se refiere a una familia unida por lazos de carne y sangre, sino a la reunión de los bautizados que viven en la cercanía).

⁴ Es conveniente el destacar también el buen abordaje dado al reciente proceso de las Conferencias Episcopales en el espíritu de “colegio” impulsado por el Vaticano II (DA, capítulo 5, n. 181-183).

2. La Parroquia, como comunidad de comunidades (DA 170-177)

En los lugares eclesiales de comunión, enseguida de la diócesis o Iglesia Local, Aparecida desarrolla el nivel y comunidad eclesial de la Parroquia. La perspectiva y comprensión de la misma, como el título lo refleja, recoge y revalora esa realidad sustancial para vivir el discipulado misionero que es la comunidad. Teológicamente no es lo esencial de una parroquia su territorio, sino su vocación e identidad comunitaria. Y como lo expresa acertadamente el título del apartado, la parroquia es una comunidad de comunidades, o sea, es la comunión del conjunto de las CEBs-pequeñas comunidades que la conforman⁵. Es un grande paso teológico la recuperación de la parroquia como comunidad de comunidades, y a su vez un gran desafío pastoral el lograrlo:

“Si se quieren comunidades vivas y dinámicas, es necesario suscitar en ellas una espiritualidad sólida, basada en la Palabra de Dios, que las mantenga en plena comunión de vida e ideales con la Iglesia Local, y en particular con la comunidad parroquial. Así, la parroquia, de otra parte, como desde hace años nos lo hemos propuesto en América Latina, llegará a ser comunidad de comunidades” (DA 309).

Ayuda recordar que los obispos en el Vaticano II enfrentaron al desafío de renovar el cuerpo eclesial a fondo, desde las

⁵ En algunas diócesis y parroquias se ha denominado a lo que Puebla, en el espíritu de Medellín, denomina CEBs de distintas maneras: ya sea como pequeñas comunidades, o comunidades menores, o comunidades cristianas, etc. Este hecho y tendencia se ha originado por el rechazo y persecución que se orquestó contra el profético proyecto eclesial en A.L. de la Iglesia de los Pobres, cuya columna vertebral son las CEBs. Por ello, algunos obispos y agentes de la pastoral, juzgaron prudente evitar el nombre de CEB y usar otros, aun cuando se vive en sintonía de espiritualidad y método. Este hecho, sin embargo, entorpece y lastima la comunión y participación eclesial en A.L. y su proyecto orgánico de pastoral. La persecución-rechazo que han sufrido las CEBs es particularmente dolorosa cuando se ha dado por sus propios pastores. Sin embargo, es un rasgo que confirma su evangélico proceso, pues ya Jesús había anunciado que sus discípulos(as), si le eran fieles iban a encontrar rechazo y persecución (Jn 15,20).

mismas bases de las Iglesias Locales, o sea *desde las mismas células del cuerpo eclesial*. No hay rejuvenecimiento de un cuerpo, si no se rejuvenecen las células del mismo. ¿Cuáles fueron dichas bases o células del cuerpo de la Iglesia Local por las cuales pasaría la renovación conciliar? La respuesta ofrecida fue: “Cultiven sin cesar el sentido de diócesis de la cual la parroquia es como célula” (AA 10).

La promoción estratégica y pastoral del cuerpo eclesial propuesta por el Concilio, se debía realizar desde sus mismas células= las parroquias. La renovación eclesial realizada desde los laicos y laicas que conforman la comunidad parroquial, en la dinámica de la eclesiología del Pueblo de Dios, iría conformando el rostro nuevo y convertido de la Iglesia Local. Esta visión eclesiológica y pastoral del Vaticano II explica y fundamenta la renovada comprensión del lugar y misión de la comunidad parroquial. En ese horizonte es importante notar que la afirmación clara en el *Documento de Aparecida* de la parroquia como comunidad de comunidades, supera la confusión teológica y pastoral introducida en la conferencia de Santo Domingo, cuando mezcló indebidamente el ser e identidad comunitaria de la parroquia, con el de los carismas, propia de los movimientos, al escribir: “la parroquia, comunidad de comunidades y movimientos...” (DSD 58).

Esa afirmación podía inducir el error de considerar que la Iglesia ES comunidad y además ES movimientos. Otra cosa sería clarificar lo que es eclesiológicamente correcto: que la Iglesia ES comunidad y en ella se TIENEN, los movimientos, como sí refleja el texto de Aparecida⁶. En Santo Domingo, la renovación de la Iglesia, en su misma esencia comunitaria quedó revuelta con los movimientos, con sus valiosos, oportunos pero limitados aportes. Los movimientos por su índole carismático y poca estructuración, conforme a su propia identidad, nacen, crecen, florecen, pierden vigor y mueren. Por el contrario, la comunidad llamada Iglesia, permanece hasta el final de los tiempos.

⁶ Se encuentra en el capítulo 6, en los n. 311 al 313 el aborde a los movimientos.

La Iglesia es sacramento del Reino. Por ello, los diversos niveles estructurales de la misma, Iglesia Particular, Parroquia, CEBs, viven esa sacramentalidad. Esta realidad explica el acierto de Aparecida de tratar brevemente la riqueza de los 7 sacramentos cuando trabaja la comunidad parroquial (DA 175). Ahora bien, como claramente proclamó Paulo VI, “la Iglesia existe para evangelizar”. Por ello, su re-novación y rejuvenecimiento entraña esencialmente su re-novación misionera. Esta realidad está muy bien recogida y expresada por el mismo lema de la Conferencia de Aparecida “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos tengan vida en Él”. En este espíritu, el párroco, a ejemplo de Jesús Buen Pastor está llamado a ser servidor de todos por amor formando y animando la vida comunitaria⁷. Ahora bien, los obispos enfatizan acertadamente la urgencia de renovar y proyectar la vida misionera en las parroquias, que les es sustancial:

- “La V Conferencia es una oportunidad para que todas nuestras parroquias se vuelvan misioneras” (DA 173).
- “Los mejores esfuerzos de las parroquias al inicio del 3er. milenio deben estar en la convocatoria y formación de laicos misioneros” (DA 174).

3. **Comunidades Eclesiales de Base y Pequeñas comunidades**

Las CEBs, como es conocido, conllevan una renovación eclesial a fondo. No son algo periférico o tangencial a la conversión eclesial o a la no conversión. Son en el hoy, como Jesús, “piedras de contradicción”. Por ello es explicable el debate que se suscita en su entorno, como se dio también en Aparecida. Jesús no invitó a una renovación superficial o poner “parches calientes”, sino proclamó que “el vino nuevo se coloca en odres nuevos” (Mt 9,17). La comunidad histórica

⁷ El Documento de Aparecida ofrece lo referente al Presbítero bajo el título “los presbíteros, discípulos misioneros de Jesús Buen Pastor”, en los números 191-204.

de Jesús fue alternativa y profética delante del Imperio Romano o de visiones religiosas, que podían ser de buena voluntad, pero equivocadas, pues no estaban conforme al Reino de su Padre: “no todo el que me diga: ‘Señor, Señor’ entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre” (Mt 7,21).

Como hemos analizado, la conversión eclesial lanzada por el Vaticano II debía llevarse a fondo y realizarse desde sus mismas células = parroquias⁸. Por ello, la conferencia de Medellín retomó el lograr la re-novación de la Iglesia desde sus mismas células. Pero dadas las circunstancias numéricas (y en ocasiones sus dimensiones), de las parroquias en A.L. y el Caribe, se comprendió que en nuestra realidad las células eclesiales se tenían que realizar desde un nivel eclesial y comunitario más reducido y pequeño. Y en Medellín, los obispos participantes comprendieron a la luz del Espíritu que:

“La vivencia de la comunidad a que ha sido llamado, debe encontrarla el cristiano en su comunidad de base: es decir, una localidad local o ambiental que corresponda a la realidad de un grupo homogéneo y que tenga una dimensión tal que permita el trato personal fraterno entre sus miembros...Ella es célula inicial de estructuración eclesial y foco de evangelización” (DM d.15, n. 10).

Lo anterior explica el por qué desde el Vaticano II y Medellín, la conversión eclesial y su evaluación, tenga como un punto crucial el proceso de las mismas células eclesiales, o sea las CEBs, y desde y con ellas, la renovación de las parroquias e Iglesias Particulares en A.L. y el Caribe. Hay que tener en cuenta que esta renovación se da en una dialéctica e interacción mutua. La historia reciente manifiesta que cuando se armoniza y prioriza el proceso de las CEBs en una Iglesia Par-

⁸ Las circunstancias pastorales europeas explican esta denominación de la parroquia como célula eclesial, pues en aquel contexto socio-eclesial las parroquias no pasaban de unos cuantos cientos de personas, dada la abundancia de presbíteros y religiosos en aquel momento.

ticular y sus parroquias, se facilita la re-novación eclesial: en esa Iglesia Particular florecen los pobres como sujeto eclesial con su rico potencial evangelizador. En esa Iglesia se viven y proclaman con alegría y facilidad las bienaventuranzas y su dimensión profética: florece el pueblo de Dios, y realmente los pobres tienen como hogar, como abogada y defensora a la Iglesia.

Por ello, para la Conferencia de Puebla fue un elemento central y sustancial, el evaluar la renovación eclesial vivida en las CEBs, y tomar postura sobre ese proceso. Efectuado el análisis y discernimiento por los obispos participantes en Puebla su respuesta o postura no dejó lugar a dudas: “como pastores, queremos decididamente promover, orientar y acompañar las Comunidades de Base” (DP 648). Y el crecimiento de las CEBs lo consideraron como “motivo de alegría y esperanza de la Iglesia” (DP 96).

Con casi 40 años de experiencia de las CEBs, su comprensión y práctica, en teología, espiritualidad y pastoral propia se ha enriquecido en la diferencia⁹. Ahora bien, ¿cómo se han considerado las CEBs en Aparecida y con qué resultados? Para ofrecer una respuesta adecuada se requiere analizar el proceso del texto en su contexto. Las vicisitudes del proceso de elaboración del texto sobre las CEB manifiesta el debate y pasión que suscitan. Cabe destacar con fuerza que el proceso vivido en Aparecida expresa bien la importancia que tienen y recibieron en dicha asamblea. Se debe tener en cuenta que ya desde la preparación para Aparecida, la comisión para la comunión y el diálogo del CELAM preparó con la ayuda de personas de amplia experiencia en las CEBs y su proceso, un aporte sobre su identidad y misión que se encaminaría a ella.

⁹ Brasil tiene una riquísima experiencia en sus Iglesias Locales y parroquias, pero tiene diferencias con los procesos de Honduras, México, Bolivia, etc. En ocasiones, las diversas circunstancias culturales y años de camino determinan diferencias, en el tipo, materiales, horario, frecuencia, etc. de las reuniones. Es importante tener presente la rica lectura que se hace de la CEB como FERMENTO (el pequeño grupo que se reúne y es conocido y visible), del FERMENTADO (que son los cristianos que reciben su influencia). Pero todos esos procesos de CEBs tienen una unidad profunda en su espiritualidad, teología y método.

La comisión de obispos y delegados que trabajaron este capítulo ya desde el primer borrador o redacción le dieron realce y buen tratamiento a las CEBs, en los párrafos que se referían a ellas. Dado el contexto eclesial es explicable que las situaran enseguida de la Iglesias Particular y la parroquia, como se hizo en la Conferencia de Santo Domingo (DSD 54-63). En Puebla, el modo de presentación fue en sentido inverso, primero las CEB, enseguida la Parroquia y después la Iglesia Particular, para resaltar que la Iglesia, por la fuerza del Espíritu, nace desde lo pequeño, desde la base (DP 618-657).

Una muy desagradable sorpresa recibieron los miembros de la comisión de este capítulo, pues en el texto que aprobaron y enviaron a la comisión de redacción, al regresar a la Asamblea (ya unido y organizado con todos los trabajos de las diversas comisiones y fue cuando pasó de ser capítulo 4º a capítulo 5º) *“había desaparecido”* todo lo referente a las CEBs. ¿Por qué y quién había hecho semejante atropello?¹⁰. Para reinsertarlo al texto del documento, sólo restaba el recurso de presentar *“un modo”* al plenario, para lo cual tendría que ser respaldado por al menos 7 firmas de Presidentes de Conferencias Episcopales, donde se pidiera su reincorporación¹¹. Dichas firmas se consiguieron sin mucha dificultad y el *“modo”* se presentó en el plenario. Se escucharon pareceres a favor y contra y el plenario.... lo aprobó. Lograda esa aprobación mayoritaria, la comisión de redacción reinsertó los párrafos referentes a las CEBs en el documento conclusivo del Episcopado Latinoamericano. Para conocerlo y aprovecharlo adecuadamente presento sólo el segundo de ellos pues fue posteriormente sumamente deformado:

194. Queremos decididamente reafirmar y dar nuevo impulso a la vida y misión profética y santificadora de las CEBs, en el seguimiento misionero de Jesús.

¹⁰ Ya hemos hablado de esa *“mano escondida e irrespetuosa”* que actúa autoritariamente, sin diálogo, comunión y participación.

¹¹ El presidente de la comisión fue el cardenal Luis Terrazas, Bolivia, el cual, junto con su obispo coadjutor, Sergio Gualberto, organizaron y llevaron adelante ese importante y delicado servicio.

Ellas han sido una de las grandes manifestaciones del Espíritu en la Iglesia de América Latina y el Caribe después del Vaticano II. Tienen la Palabra de Dios como fuente de su espiritualidad, y la orientación de sus Pastores como guía que asegura la comunión eclesial. Despliegan su compromiso evangelizador y misionero entre los más sencillos y alejados, y son expresión visible de la opción preferencial por los pobres. Son fuente y semilla de variados servicios y ministerios a favor de la vida en la sociedad y en la Iglesia.

Ahora bien, ese documento conclusivo, como es ordinario se llevó al Papa, a Roma, para su aprobación conforme a la tradición eclesial. Y ahí triste, aunque no inesperadamente, lo reflexionado y determinado sobre las CEBs sufrió serias mutilaciones, añadidos y alteraciones a su sentido original¹². Por ejemplo, se mutiló en el 2º párrafo su fuerza y orientación al retirar: *“Queremos decididamente reafirmar y dar nuevo impulso a la vida y misión profética y santificadora de las CEBs, en el seguimiento misionero de Jesús. Ellas han sido una de las grandes manifestaciones del Espíritu en la Iglesia de América Latina y el Caribe después del Vaticano II”*. O sea, alguien decidió que los obispos latinoamericanos no debían “querer decididamente reafirmar y dar nuevo impulso” a las CEBs. Semejante irrespeto a una Conferencia de un episcopado de las dimensiones del latinoamericano es lamentable.

Los párrafos añadidos reflejan la mentalidad y la falta de conocimiento del proceso de las CEBs, por ejemplo cuando se pide: *“Las comunidades de base cuidarán de no alterar el tesoro precioso de la tradición y del magisterio de la Iglesia”*. Y con las alteraciones fundamentalmente se quiere contradecir la realidad de las CEBs como “la célula inicial

¹² La actuación de la “mano escondida, irrespetuosa y arbitraria” afirmo que no fue inesperada, dada su manera de proceder desde el anterior pontificado sobre puntos que cualifican y tipifican el proceso postMedellín de la Iglesia latinoamericana.

de estructuración eclesial” y por ello como nivel de Iglesia, y que por tanto la comunión de las mismas y que desde ellas se va conformando la parroquia como comunidad de comunidades. Se crea confusión al considerarlas como “algo” más que existe en la parroquia: *“juntamente con los grupos parroquiales, asociaciones y movimientos eclesiales, pueden contribuir a revitalizar las parroquias haciendo de las mismas una comunidad de comunidades”*.

Ahora bien, a pesar de las lamentables e irrespetuosas modificaciones sufridas por el documento conclusivo de Aparecida, en lo correspondiente a las CEBs, y que contraría la sana comunión y participación en la Iglesia, es *mucho más positivo y esperanzador el hecho que el episcopado latinoamericano participante haya recuperado y relanzado tan significativamente las CEBs*¹³. Fruto de este esfuerzo y lucha, lograron que aun en el mismo “documento oficial” aprobado en Roma, las CEBs no sólo siguen presentes en el texto, sino se reconoce que *“ellas recogen la experiencia de las primeras comunidades (Hch 2,42-47) y que desde Medellín son consideradas como la ‘célula inicial de estructuración eclesial y foco de evangelización’”* Además, que las CEBs de manera especial viven y *“despliegan su compromiso evangelizador y misionero entre los más sencillos y alejados, y son expresión visible de la opción preferencial por los pobres”*¹⁴. Reitero dada su importancia, que nuevamente, ahora en Aparecida, se manifestó que las CEBs por su vida y profetismo participan

¹³ Se puede comparar esta lamentable acción, que daña la comunión y participación en la Iglesia, a la de un chofer o conductor con problemas y que por su mala forma de conducir atropella a un trabajador, llamemos Juan Pérez López, el cual por su buena salud y fuerza salva su existencia: sigue siendo Juan Pérez López y el mismo incidente le llena de renovado vigor para servir mejor.

¹⁴ En Aparecida también los obispos recogieron y lanzaron ese aspecto que debe caracterizar a toda la Iglesia y por ello nos escribieron que: “Sólo la cercanía que nos hace amigos nos permite apreciar profundamente los valores de los pobres de hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir la fe. La opción por los pobres debe conducirnos a la amistad con los pobres. Día a día los pobres se hacen sujetos de la evangelización y de la promoción humana integral” (DA 398).

con Jesús, en esta historia santa y pecadora, el ser “piedra de contradicción”.

En la Iglesia, santa y pecadora, somos todos (aunque en proporciones diversas), necesitados de conversión para ser mejores discípulas(os) y misioneras(os). La V Conferencia de Aparecida ha sido y es un momento de gracia para mejor amar y servir a la vida en nuestros pueblos. Se ha sentido la presencia de Jesús resucitado y su Espíritu que nos dice a todos(as):

“Simón de Juan, ¿me amas más que estos? Le respondió él: ‘sí, Señor, tú sabes que te quiero. Le dice Jesús: ‘apacienta mis ovejas’...” (Jn 21,15).



Ministerios, laicos, vida consagrada y ministerio teológico

*Olga Consuelo Vélez Caro**

La V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, como reunión de Obispos, terminó. Comienzan las resonancias que dicho acontecimiento eclesial tiene para nuestra realidad social y eclesial. Pero ¿quiénes son la Iglesia? ¿Los obispos y sacerdotes? ¿Los laicos y laicas? ¿Las religiosas y religiosos?

La Iglesia es el Pueblo de Dios reunido por Él en comunidad en el que cada persona vive y realiza diferentes ministerios, carismas y servicios, todos ellos orientados a su edificación. La iglesia no es una “estructura” sino una “comunidad” de personas -al estilo de la primera comunidad cristiana- que comparten el seguimiento de Jesús y se comprometen con su misión desde la vocación específica, a la que cada uno ha sido llamado. Vivir en comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo es lo que constituye al discípulo/a y garantiza la tarea evangelizadora que realiza. En efecto, “la evangelización es un llamado a la participación en la comunión trinitaria”, de manera que ese testimonio haga posible que “el mundo

* Doctora en Teología, Pontificia Universidad Católica de Río, Brasil. Directora de la Carrera y Licenciatura en Teología de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana. Asesora externa de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe.

crea" y sea "atraído" hacia Cristo. "La Iglesia crece no por proselitismo sino por 'atracción' (...) la Iglesia 'atrae' cuando vive en comunión, pues los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como Él nos amó (Cf. Rm 12, 4-13; Jn 13, 34)" (DA 159).

Por el bautismo todos los miembros de la Iglesia gozan de la misma dignidad e igualdad fundamental. Sobre esta base es posible hablar de los diversos ministerios y vocaciones que permiten el desarrollo integral de la Iglesia. Ella, imagen del Cuerpo de Cristo, ha de mostrar que en su seno todos los miembros son imprescindibles y nadie puede sentirse más importante que los otros, ni ajeno a los sufrimientos de los demás (Cf. 1 Cor 12,26).

También por el bautismo, todos y todas participan de las dimensiones profética, sacerdotal y real del Señor Jesús. En otras palabras, todos llamados a una vocación común: ser discípulos/as misioneros/as. Esta vocación confiere santidad y plenitud a todas las vocaciones específicas que se viven en ella. Los ministerios laicales y ordenados, la opción religiosa, laical o sacerdotal y la multiplicidad de carismas le dan a la Iglesia, la potencialidad y riqueza necesarias para responder, eficazmente, a los desafíos actuales. Pero esta capacidad depende de la vivencia fiel de esos dones recibidos, de su despliegue efectivo y de su adecuada articulación. Son las personas, desde sus vocaciones específicas, las que evangelizan y son evangelizadas, las que son mediación para la construcción del Reino de Dios y su realización, las que responden a los desafíos de cada momento histórico con mayor o menor eficacia.

En este contexto nos preguntamos: ¿Qué aporta la V Conferencia a la renovación, impulso y despliegue de los diferentes ministerios y las vocaciones específicas en el seno de la Iglesia? ¿Qué caminos señaló para su mayor desarrollo? Conviene responder a estas preguntas ampliando el marco de la V Conferencia más allá del documento que consigna sus conclusiones, para no perder otras dimensiones que se generaron en torno a ella y que nos hablan de la

potencialidad, tantas veces escondida, del Pueblo de Dios, porción mayoritaria de la Iglesia.

Aparecida fue más que una reunión. Fue un acontecimiento eclesial que movilizó muchas fuerzas en el continente. Desde el 2005 con la publicación por parte del CELAM del “Documento de Participación” se generó -en aquellas realidades donde se trabajó-, un “interés” y una “preocupación” por la V Conferencia. Interés porque se dieron aportes y sugerencias para la V Conferencia. Preocupación porque en ese documento no se consignaban aspectos tan centrales como el Reino de Dios, el partir de la realidad o la misión entendida en términos de testimonio y profecía. Posteriormente, los aportes recibidos de las diferentes realidades se condensaron en el “Documento de Síntesis” -trabajado también por una comisión convocada por el CELAM- que sin pretender sistematizar todos los aportes recibidos, contribuyó a explicitar la metodología ver-juzgar-actuar, la opción por los pobres, el Reino de Dios y el protagonismo laical, por nombrar algunos aspectos que posteriormente se retomaron en la V Conferencia.

Pero más allá de los “Documentos” que generó este acontecimiento, es importante resaltar la vida del Pueblo de Dios que acompañó este tiempo. Aunque las Conferencias Episcopales son reuniones de Obispos, fueron invitados a participar de ella laicos/as, religiosos/as, sacerdotes, peritos y observadores de diferentes iglesias no católicas y del judaísmo.

No fue un gran número ni con una participación tan significativa pero tuvieron voz en algunos momentos y pudieron acompañar el acontecimiento muy de cerca. Pero más allá de los convidados, el compromiso eclesial de los laicos/as con la oración y la presencia en diferentes actividades que se realizaron durante los días de la Conferencia – como la llamada Tienda de los Mártires organizada por las Comunidades Eclesiales de Base de Brasil-, mostraron que su compromiso y responsabilidad en la vida eclesial va más allá de las estructuras que posibilitan su participación.

Todo lo anterior nos sitúa frente al *Documento de Aparecida* no como una realidad estática que hay que leer y aplicar sino como un punto de partida y una invitación a la vivencia fiel y audaz de un discipulado que se realiza en la pluralidad de ministerios y carismas que constituyen la Iglesia.

Para profundizar en esta realidad de los ministerios y vocaciones específicas nos detendremos en algunos números del capítulo 5 del *Documento de Aparecida*, señalando sus afirmaciones más significativas. Lo queremos leer en la dinámica de un camino que hay que realizar con más ahínco y como un deber ser que quisiéramos alcanzar.

Su punto de partida es la llamada a vivir la comunión (DA 154-163) como contexto vital en el que surgen las vocaciones específicas (DA 184-224). Sólo desde esta comunión de vida se entiende la diversidad de carismas, ministerios y servicios vividos con espíritu fraterno, obedientes todos/as al mismo Maestro, unidos a la misma Cabeza –Cristo– (DA 161). Esta llamada a la comunión es inseparable de la misión (DA 163) lo que hace a la Iglesia una comunidad misionera, signo del amor de Dios y de la fraternidad universal.

Afirma el Documento que para vivir la vocación bautismal, raíz de toda vocación específica, el discípulo ha de estar atento a los desafíos de cada tiempo presente: “el cambio de paradigmas culturales; el fenómeno de la globalización y la secularización; los graves problemas de violencia, pobreza e injusticia; la creciente cultura de la muerte que afecta la vida en todas sus formas” (DA 185). Estos y otros desafíos que podríamos enumerar -y que el mismo Documento señala en su primera parte dedicada al “ver”- muestran el sentido profundo de la vivencia ministerial y del despliegue de vocaciones específicas. Su razón de ser es la misión: discernir la realidad con el ánimo de transformarla.

Pero todos los ministerios en la Iglesia han de vivirse con la actitud de servicio propia del seguidor de Jesús. La V conferencia invita a los obispos a vivir su vocación conforme al corazón del Buen Pastor (DA 186) promoviendo la caridad y la santidad de los fieles (DA 187). Han de presentar al

mundo un rostro de una Iglesia que acoge a todos (DA 187), especialmente a los más pobres (DA 189).

A los presbíteros el Documento los invita a una formación cualificada (DA 191, 200) para que conociendo la cultura actual puedan sembrar la semilla del Evangelio en ella (DA 194). Han de ser hombres de oración, cultivando relaciones fraternas con sus hermanos presbíteros, los obispos y los laicos/as. Su ministerio es radicalmente comunitario, “tarea colectiva” (DA 195). También ellos, a imagen del Buen Pastor, han de ser hombres de misericordia, cercanos al pueblo (DA 198), comprometidos con la defensa de los más débiles y promotores de la cultura de la solidaridad (DA 199).

El ministerio ordenado no puede desligarse del sacerdocio común de los fieles. La riqueza de los ministerios laicales ha de desplegarse con más fuerza en este momento de la Iglesia de América Latina y el Caribe. En el Documento hace un llamado a los párrocos para que multipliquen los servicios y ministerios de manera que propicien una auténtica renovación y respondan a los múltiples desafíos de la realidad (DA 202).

Los diáconos permanentes deben vivir con más empeño su discipulado misionero desde el ministerio recibido colaborando activamente en el servicio de la Palabra, de la caridad y la liturgia, acompañando la formación de nuevas comunidades eclesiales, especialmente, en aquellos lugares donde no se cuenta con personas dedicadas a la acción evangelizadora (DA 205). La formación es también un requisito indispensable para una vivencia más audaz de este ministerio que se inserta en el servicio a los más necesitados (DA 207).

Ser discípulo misionero del Señor Jesús implica también una renovación profunda en la vida laical. Los laicos y laicas no pueden continuar siendo miembros de segunda categoría, considerados ajenos a una corresponsabilidad eclesial y sin un desarrollo adecuado de su específica vocación. Se necesita vivir la vocación laical con la radicalidad del discipulado y el compromiso misionero. La formación es fundamental para conseguir este protagonismo: “una sólida formación doctrinal,

pastoral y espiritual” (DA 212). A partir de aquí el laico/a será capaz de vivir su servicio eclesial y su compromiso social desde el horizonte del discipulado misionero. Los discípulos de Jesús han de vivir en todos los ámbitos de su existencia, la vocación a la que están llamados evitando los peligros de un “clericalismo” cuando se prestan servicios eclesiales o de un “secularismo” en la vida social de aquellos que se dicen cristianos.

No es solamente por la necesidad actual de la Iglesia de América Latina y el Caribe de anunciar a Cristo y renovar su vivencia cristiana que los laicos y laicas están llamados a participar de la misión evangelizadora. Ésta es inherente a su vocación al discipulado y a su participación en el sacerdocio de Cristo. Están llamados a ser profetas que anuncien la buena noticia del Reino a sus contemporáneos, mediadores entre Dios y toda la realidad en la que viven, comprometidos con el desarrollo de la creación, llamada también a la comunión de todos, todas y todo en Cristo (Cf. Ef 1, 22).

No sin razón el *Documento de Aparecida* recuerda a los pastores la urgencia de que tengan “una mayor apertura de mentalidad para que entiendan y acojan el ser y hacer del laico/a en la Iglesia” (DA 213). No basta tomar consciencia del protagonismo de los laicos. Se necesita renovar las estructuras eclesiales para que ese protagonismo pueda hacerse realidad, “que el laico sea tenido muy en cuenta con un espíritu de comunión y participación” (DA 213).

En este punto merece una especial mención la mujer. Para nadie es desconocida la marginación que ella ha padecido en la sociedad y en la Iglesia. El protagonismo laical necesita también asumir esa situación de subordinación que la mujer ha padecido para que sea superada y se le considere plenamente como discípula y misionera de Jesús. De hecho las mujeres siempre han sido miembros activos de la vida eclesial pero su actuación ha estado limitada a papeles de servicio, muchas veces no reconocidos, y ausente en las instancias de decisión eclesial. Es muy importante que en esta hora de la Iglesia, los consejos parroquiales, diocesanos

y nacionales se enriquezcan con la presencia femenina y su inestimable contribución.

Un aspecto a resaltar es la articulación que el Documento hace de la construcción de la ciudadanía y la construcción de la eclesialidad en un solo y único movimiento (DA 215). El discipulado ha de llevar a este crecimiento integral como personas, como cristianos y como ciudadanos.

La vida religiosa femenina y masculina en su condición de consagrados, seguidores del mismo estilo de vida asumido por Cristo en su existencia histórica, está llamada a dar testimonio de la entrega de toda la vida al servicio de la misión (DA 216). Es de destacar el reconocimiento que hace el Documento del compromiso que la vida religiosa ha tenido con los más pobres en este continente desde el inicio de la evangelización. La riqueza de sus carismas ha sido una oportunidad inestimable para evangelizar llegando a la pluralidad de situaciones y diversidad de personas que están llamados a acoger la buena nueva. El testimonio de la fraternidad, señal inequívoca de comunión eclesial, es invitación convincente de “otro mundo posible” (cf. DA 224) basado en relaciones de justicia y equidad que hagan realidad en este suelo latinoamericano una sociedad más justa y fraterna (DA 217).

Esta pluralidad de vocaciones se realizan en los diferentes ministerios que hacen posible la acción evangelizadora de la Iglesia en todas sus dimensiones: liturgia, catequesis, diversas pastorales, etc. Pero es importante destacar el ministerio teológico como garante de un crecimiento integral en la fe en cada tiempo presente. La teología como “medición entre la experiencia religiosa y cada cultura particular” permite sistematizar la fe vivida y actualizarla a los retos actuales. Contribuye a buscar significados y expresiones acordes con el sentir de los hombres y las mujeres de hoy. Ayuda a discernir de entre el pluralismo reinante los aspectos de la fe que han de articularse con las demás religiones.

Este ministerio teológico fue ejercido con gratuidad en la V Conferencia. Un grupo de teólogos/as del continente compartió su tiempo, sus conocimientos, sus sueños y

proyectos con los participantes de la Conferencia ofreciendo su asesoría desinteresada y oportuna. Pero su ministerio excede ese espacio. Continúa el desafío de seguir articulando Magisterio y Teología para que la vida eclesial dé sus mejores frutos y no de cualquier manera. El mismo *Documento de Aparecida* refiriéndose a la teología dice que “hoy día las fronteras trazadas entre las ciencias se desvanecen. Con este modo de comprender el diálogo, se sugiere la idea de que ningún conocimiento es completamente autónomo. Esta situación le abre un terreno de oportunidades a la teología para interactuar con las ciencias sociales” (DA 124). Por tanto, en este tiempo de post-Aparecida el papel del ministerio teológico es indispensable.

La V Conferencia, en realidad, comienza ahora. Todas y todos en la Iglesia estamos llamados a vivir un discipulado misionero que renueve a la Iglesia haciéndola viva, creíble y significativa para los tiempos actuales. La vitalidad ministerial y el desarrollo de las vocaciones específicas contribuirán decisivamente en esta tarea. Somos responsables de llevarla a cabo como exigencia de fidelidad a la fe que profesamos.



Una espiritualidad para un despertar misionero

*José María Arnaiz**

Para iniciar etapas importantes de la historia de la Iglesia se ha partido de una gran intuición y reflexión teológica. Ésta cuando adquiere un especial nivel de maduración se transforma en propuesta de espiritualidad; en camino espiritual. En un tercer tiempo estos hombres y mujeres del espíritu lideran y encarnan un proyecto pastoral que implica una propuesta sociopolítica y cultural. La novedad de la reflexión teológica nace de la vuelta a las fuentes bíblicas o patrísticas y también, de la provocación que se recibe de los desafíos socioculturales o religiosos que le presenta la sociedad o que le ofrece la misma iglesia.

1. Una espiritualidad liberadora

Estos pasos se han dado en el proceso seguido con el planteamiento fuerte y consistente del Vaticano II. Su aggiornamento teológico terminó por poner a la gente de rodillas, a la escucha del Espíritu y de los signos de los tiempos y la llevó a buscar y elaborar un camino espiritual que supuso hacer vida las nuevas reflexiones sobre la Iglesia, la Biblia, el mundo, los ministerios, el diálogo ecuménico

* Religioso marianista, licenciado en teología, doctor en antropología, escritor de varios libros y muchos artículos. Temas preferidos antropología, espiritualidad, vida consagrada, María, análisis cultural.

e interreligioso. Así, poco a poco fue tomando forma la espiritualidad conciliar.

Idéntico ha sido el recorrido que ha hecho la semilla que se planta en la Iglesia con la llegada de la teología de la liberación en los años 60. Tuvo que pasar tiempo para que apareciera el estupendo camino de vida cristiana que G Gutiérrez presenta en *Bebiendo del propio pozo*. A esta espiritualidad liberadora no le faltan metas y objetivos, medios y prácticas, maestros y discípulos, escuela y vida. Se traducirá en una lectura orante de la Biblia (DA 179), en un énfasis en la profunda experiencia de Dios, en las expresiones de la religiosidad popular o en relación con María que pasa por ir en peregrinación a visitar sus santuarios, en las fiestas, en una oración que es compromiso con la vida, una preparación para el martirio, en una fe que actúa por la caridad y exige justicia, en una mezcla de mística y profecía, ambas inseparables e imprescindibles, en una vida comunitaria que forma y prepara e implica en la misión (DA 259).

No hay ninguna duda que la teología de la liberación nos lleva a entrar en un camino, en un proceso que nos supone transformación. Supone liberarnos “de” todo lo que nos oprime para que en nuestras vidas haya mística, motivación interior, iluminación y fuerza del Espíritu. Pide purificación y capacidad de vivir de la verdad que nos hace libres. Exige liberarnos del poder, del tener, del gozar desproporcionados. Nos liberamos para amar y practicar la justicia.

Esto lo conseguimos “por” Jesús que vivió y ofreció una práctica, una experiencia de comunión con el Padre y con el pobre (Lc 4, 18), que ayuda y acompaña en este proceso para que todos en él y por él seamos liberados, purificados para tener vida en abundancia (Jn 10,10) y defendamos la vida amenazada. Por su gracia, que es presencia y acción misteriosa, podemos nacer y morir, salir de la opresión y entrar en comunión; podemos todo por aquel que nos da la fuerza (Fil 4,13).

Ese camino lo hacemos y lo llevamos a cabo “con” los otros; los otros miembros de nuestra comunidad, con los pobres,

con los que viven en conflicto y el dolor y quieren cambiar la situación y conseguir la libertad y superar la exclusión. Los otros son compañeros de la andadura liberadora. La espiritualidad liberadora es una espiritualidad de comunión (DA 203, 307, 368) y de una comunión amplia y generosa que el Documento llama “espiritualidad de masas” (DA 261) o espiritualidad popular (DA 263). Bien podemos decir que así se va de la espiritualidad a los pobres y de los pobres a la espiritualidad.

En ese camino estamos “*para*” que la otra sociedad, la otra Iglesia, la otra forma de vida sea alimentar la esperanza. La espiritualidad liberadora es una espiritualidad misionera, de presencia, de fermento, de transformación (DA 203) y ello “en los vastos campos de la política, de la realidad social y de la economía, como también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios y de otras realidades abiertas a la evangelización” (EN 70) (DA 283). En una palabra, la espiritualidad liberadora es una espiritualidad de servicio (DA 412).

Apunta a hacer realidad una liberación que termine en una comunión y desemboque en una forma de vida integral ya que supone la dimensión humana, económica, política, cultural, social, religiosa. De este proceso brota algo nuevo, una mujer y un hombre nuevo, una sociedad y una Iglesia diferente (Fil 2,15-16). Nos pone en tono apocalíptico, de recreación. Buscamos lo nuevo de lo nuevo; recreamos nuestras vidas, las de nuestros pueblos y la Iglesia. Para ello debemos dejar de hacer algunas cosas que hacíamos y comenzar otras que no realizábamos.

Ahí tenemos condensados los grandes elementos de esta corriente espiritual liberadora y que es más que liberadora pero comienza por hacer personas consistentes, libres y liberadas y por supuesto liberadoras. *Es seguimiento de Jesús y es más que seguimiento de Jesús; es toda gracia y todo fruto del amor de Dios que nos ama; está hecha a la medida de lo más auténticamente humano*. Es comunitaria pero no nos deja en la comunidad; nos envía, nos compromete, nos lleva a una

clara opción por los pobres. Por la comunidad nos liberamos y el fruto de esa liberación se lee en el rostro del pobre. Está encaminada a hacer posible la fraternidad y la sororidad y también a que juntos, en grupo, en comunidad, a resistir la opresión y proclamar que Dios está presente en medio de nosotros como Señor de la historia. Sólo con y por esta comunión se puede hacer posible la victoria de los vencidos; se puede, también, tomar conciencia del ansia de comunión y participación que hay en nuestros pueblos y luchar para que tenga una respuesta. Esta espiritualidad despierta el sentimiento filial y fraterno que a veces duerme en nosotros. Profundamente sapiencial y profundamente ligada a la mística profética enraizada en la vida del pueblo pobre y amante de su historia, de la tierra, de la creación. En esta espiritualidad cuenta mucho la comunión fraterna, la fracción del pan, las oraciones y el testimonio comunitario, el servicio, la acción transformadora, la denuncia y el anuncio.

Esta espiritualidad nos hace creativos, nos renueva por dentro, nos lleva a renacer, a recrear; a cambiar el ambiente, las personas y las estructuras. Todo esto es posible y necesario para que el mundo nuevo sea distinto y la justicia venga. Para ello hay que juntar cultura y religión, fe y vida, Biblia y realidad; hay que hacer un camino. Esta espiritualidad es dinámica e integradora; no olvida el conflicto y la violencia; la lucha por la justicia y sus violaciones constantes. Pero esta misma espiritualidad sostiene a los que creen que otro mundo, otra sociedad, otra Iglesia es posible porque Cristo ha pasado de la muerte a la vida; seguimos a un condenado a muerte que ha resucitado. Esa es nuestra fe. Y para eso ofrece un camino. En una palabra, *esta espiritualidad es cristiana, comunitaria, misionera, pascual y profética*. Quienes siguen este camino encuentran que es una espiritualidad sana, vigorosa y sólida (DA 309 y 316).

2. ¿Es ésta la espiritualidad de Aparecida?

No hay duda que Aparecida gira en torno a una doble preocupación: que en el Continente y en el Caribe haya más vida y esa vida sea más cristiana. Que haya muchos discípulos misioneros que tengan vida y la contagien. Se necesitan

grandes misioneros y misioneras que salgan a la calle y movidos y animados de una tal espiritualidad que transmitan la alegría de creer en Jesús y que de veras evangelicen convirtiendo. Son muchos los cristianos que no han sido evangelizados, que no se han encontrado con Jesús ni han vivido el momento kerigmático que supone el anuncio y el encuentro con Jesús resucitado que lleva a vivir para amar.

La descripción de la misión, del despertar misionero, del proyecto pastoral, de la conversión eclesial es la prioridad de Aparecida. ¿Cuál es la teología que subyace a esta propuesta? *De ella apenas se encuentran algunos atisbos*¹. Por tanto, solo atisbos habrá de la espiritualidad. En el DA no hay un apartado explícito para responder a esta pregunta. Con todo, es un hecho que los obispos cuando escribían el DA no han olvidado los miles de romeros que les acompañaban en las celebraciones litúrgicas, que encontraban en la subida al Santuario de Nuestra Sra. Aparecida y en cuyos rostros y gestos descubrían a grandes creyentes, que veían en la oración silenciosa delante de la Aparecida y en la tienda de los mártires. El rostro negro y femenino de nuestra Sra. Aparecida está en el origen de bastantes de los párrafos del DA y quizás de los más interpeladores, los cantos llenos de fuerza liberadora y de alegría (DA 266-272). El contexto de fe y de esperanza del pueblo que acudió a Aparecida influyó mucho en el texto. Y bien podríamos decir que el pretexto fue una mujer que sabe de la primacía de Dios y de una historia que se resume en el gozo de los humildes y en la humillación final de los poderosos. María de Aparecida, mujer, pequeña, negra, atenta y pobre inspiró muchas de las intuiciones sobre la espiritualidad misionera. Para hablar de esta espiritualidad hay que hablar de María². El discípulo misionero tiene que

¹ Con todo bien podemos afirmar que varias de las afirmaciones claves que se hacen en el DA solo se entienden desde la Teología de la Liberación.

² Nuestra Madre querida, desde el santuario de Guadalupe, hace sentir a sus hijos más pequeños que ellos están en el hueco de su manto. Ahora, desde Aparecida, los invita a echar las redes en el mundo, para sacar del anonimato a los que están sumergidos en el olvido y acercarlos a la luz de la fe. Ella, reuniendo a los hijos, integra a nuestros pueblos en torno a Jesucristo.

encontrar el camino para ser como ella para poder mostrar y contagiar a Jesús, fruto bendito de su vientre.

Falta en el texto la explicitación de una eclesiología como muchos habrían deseado; pasa lo mismo con la cristología. Esto responde a las diferentes sensibilidades o formaciones de los participantes. Algunos soñaban con una Iglesia circular, inclusiva y pueblo de Dios, de comunión. Comunión que se traduce y se refleja en unas estructuras de participación, en unas actitudes de comunión y en un espíritu de vida entregada. Pero no faltaban los que querían una Iglesia más autoreferente y jerárquica. El mismo Documento lamenta estas situaciones³. Una Iglesia de comunión nace de una eclesiología y de una espiritualidad de comunión que los Obispos y todos los creyentes deben cultivar (DA 181). No podemos olvidar que la teología brota del impulso de la verdad que tiende a comunicarse y del amor que desea conocer cada vez más al que ama, en este caso a Jesús. Pero en el Documento Jesús no es el hilo conductor. Por eso, de la espiritualidad tenemos intuiciones pero no una elaboración consistente. Con todo, lo más significativo del DA es que nos permite afirmar que contamos con los elementos de una espiritualidad misionera y no faltan los de una espiritualidad liberadora. Están necesitados de una mejor elaboración para marcar las vidas de los discípulos misioneros. Es la tarea del postaparecida.

3. Los grandes acentos de Aparecida: una espiritualidad misionera

La palabra *espiritualidad* está presente 32 veces en el DA; son pocas. Se repite de una manera especial en el Capítulo VI: el itinerario formativo de los discípulos misioneros. El conjunto de este capítulo nos confirma que *lo más característico de la espiritualidad de Aparecida es su dimensión misionera*⁴. Se

³ Lamentamos, sea algunos intentos de volver a un cierto tipo de eclesiología y espiritualidad contrarias a la renovación del Concilio Vaticano II (DA 100 b).

⁴ “Es necesario formar a los discípulos en una espiritualidad de la acción misionera, que se basa en la docilidad al impulso del Espíritu, a su potencia de vida que moviliza y transfigura todas las dimensiones de la existencia.

nos describe la espiritualidad del discípulo misionero que está llamado a hacer que la vida de Cristo sea la vida de nuestros pueblos (DA III Parte). El acontecimiento Jesús está, por lo tanto, en el inicio de ese sujeto nuevo que surge en la historia y al que llamamos discípulo: *“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”*⁶. Esto es justamente lo que, nos han conservado todos los evangelios como el inicio del cristianismo: un encuentro en la fe con la persona de Jesús (Cf. Jn 1, 3 5-39) (DA 243). Con ese encuentro parten los procesos de conversión, comunión y solidaridad.

El DA señala los lugares donde se encuentra a Jesús para poder iniciar ese camino: la Iglesia, la Palabra de Dios, la celebración litúrgica, el sacramento del perdón, la comunidad y “de un modo especial en los pobres, afligidos y los enfermos” (DA 246-257). Dedicar un apartado para describir la piedad popular como espacio de encuentro con Jesús. Siguiendo la reflexión del Papa, se reconoce que la religiosidad popular es una realidad rica y profunda y las expresiones de la misma muy variadas y acertadas ya que llegan a penetrar la existencia del creyente y le hace un hombre del Espíritu (DA 261); recoge las más hondas vibraciones de la América profunda (DA 264).

Otra consecuencia del encuentro con Jesucristo, quien entregó su vida y resucitó, es estar dispuesto a acogerlo en otros encuentros, tal como aparece en la experiencia de los discípulos de Emaús: ir lado a lado en el camino de la vida (Lc 24,15), en las Escrituras (vv. 25-27), en la hospitalidad al necesitado (v. 29) y en la fracción del pan (vv. 30-31). En otras

No es una experiencia que se limita a los espacios privados de la devoción, sino que busca penetrarlo todo con su fuego y su vida. El discípulo y misionero, movido por el impulso y el ardor que proviene del Espíritu, aprende a expresarlo en el trabajo, en el diálogo, en el servicio, en la misión cotidiana” (DA 284).

⁵ *Ibid.* 1

palabras, existen cuatro lugares donde podemos encontrar el Cristo entero: en el camino cotidiano de la vida, sobre todo en sus momentos de incertidumbres; en las Escrituras, que iluminan nuestro caminar; en la hospitalidad del que necesita de acogida; y en la memoria de los motivos por las cuales Él entregó su vida, que se expresa principalmente en la Eucaristía.

La iniciación en una espiritualidad la llevan a cabo los maestros y maestras; los que ya son discípulos misioneros. Entre ellos se presenta a María y se describe con mucho acierto su labor formadora (DA 266-272)⁶. Maestros son, también, los apóstoles y los santos y santas y sobre todo, los grandes misioneros de ayer y de hoy.

Para iniciar en la espiritualidad se han establecido y propuesto, sobre todo en los últimos años, caminos, es decir, procesos. Se ha llegado a la conclusión que no basta el acontecimiento aislado; hay que hacer cadena. Sólo si se vive esa andadura el cristiano se transforma en misionero. El proceso comienza cuando se provocan las ganas de hacerlo y se despiertan aspiraciones profundas. Como bien dicen los Padres: “los Magos no vieron la estrella y se pusieron en camino; se pusieron en camino y vieron la estrella”.

Ese camino tiene etapas y/o dimensiones: el encuentro con Jesucristo, la conversión, el discipulado, la comunión y la misión. Estas etapas podrían haberse analizado mejor; en la práctica pareciera que han sido tomadas de alguno de los

⁶ Con los ojos puestos en sus hijos y en sus necesidades, como en Caná de Galilea, María ayuda a mantener vivas las actitudes de atención, de servicio, de entrega y de gratuidad que deben distinguir a los discípulos de su Hijo. Indica, además, cuál es la pedagogía para que los pobres, en cada comunidad cristiana, “se sientan como en su casa”. Crea comunión y educa a un estilo de vida compartida y solidaria, en fraternidad, en atención y acogida del otro, especialmente si es pobre o necesitado. En nuestras comunidades, su fuerte presencia ha enriquecido y seguirá enriqueciendo la dimensión materna de la Iglesia y su actitud acogedora, que la convierte en “casa y escuela de la comunión”, y en espacio espiritual que prepara para la misión (DA 272).

movimientos eclesiales y en ellas falta toda la importancia y relieve que debe tener el contacto con la realidad purificadora y desafiante, el compromiso transformador, la misma palabra de Dios y la intuición mística que no puede faltar en el punto de partida y en el de llegada. Sin embargo, entra en la lógica de la Conferencia que hay que iniciar en una espiritualidad para la misión y en una misión que nos hace hombres y mujeres del Espíritu⁷.

En el DA se señalan los criterios para iniciarse en esta espiritualidad. Tiene que ser una iniciación kerigmatica, el kerigma no es una etapa, es el hilo conductor del proceso (DA 278 a); integradora de dimensiones diversas; respetuosa de los tiempos, los ritmos, la gradualidad; acompañada, orientada a la acción misionera. La espiritualidad que se está proponiendo no nos encierra en una intimidad cómoda; nos convierte en personas generosas y creativas, felices en el anuncio y el servicio misionero (DA 285).

En este capítulo, el más largo de todo el Documento, hay un apartado que bien podría titularse: lugares para la iniciación en la espiritualidad misionera; pero se titula de hecho: "Lugares de formación para los discípulos misioneros". En él se deberían presentar "las escuelas y hogares" de espiritualidad misionera. Pero de hecho se habla de todo; es muy disperso y no se responde a la interesante pregunta. Son "escuelas y hogares" de formación las familias, las parroquias, las CEBs, las pequeñas comunidades eclesiales, los movimientos eclesiales, los seminarios y casas de formación y los centros educativos. La vida consagrada tiene una larga tradición de

⁷ "La Misión: El discípulo, a medida que conoce y ama a su Señor, experimenta la necesidad de compartir con otros su alegría de ser enviado, de ir al mundo a anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, a hacer realidad el amor y el servicio en la persona de los más necesitados; en una palabra, a construir el Reino de Dios. La misión es inseparable del discipulado, por lo cual no debe entenderse como una etapa posterior a la formación, aunque se la realice de diversas maneras de acuerdo a la propia vocación y al momento de la maduración humana y cristiana en que se encuentre la persona" (DA 278 e).

espiritualidad profunda y de saber iniciar en ella; el texto lo reconoce (DA 220) pero está poco contrastado e inspirado con la riqueza y variedad de esta experiencia.

Después de analizar el DA podemos decir que la espiritualidad misionera parte de la Trinidad que es la fuente del agua viva y se desparra como el amor. En ella está la fuente de esta vida en el Espíritu (DA 240-42). El momento culmen tiene lugar con el encuentro con Jesús que lo define todo: Ese encuentro es punto de partida de un proceso de seguimiento de Jesús.

4. Para añadir y para seguir reflexionando y viviendo esta espiritualidad misionera

Jesús a quien seguimos, inspira nuestra espiritualidad

“Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en él tengan vida”, el lema-consigna de la V Conferencia. Para muchos se ha convertido en una llamada del Espíritu a las iglesias del continente a un despertar misionero. Abre una oportunidad providencial para renovarse profundamente en la fidelidad a los orígenes y en la cercanía a las mayorías abandonadas. Así se parte bien en el camino de una espiritualidad misionera.

Esta espiritualidad necesita una insistencia mayor que la del DA en que el cristiano de nuestros días debe encontrar su fundamento, inspiración y norma permanente en la comunidad de Jesús con sus discípulos/as en su vida y ministerio histórico. Ahí se nos presenta el horizonte para la espiritualidad de los discípulos misioneros; este horizonte que en el documento apenas está sugerido. El discípulo misionero que tiene que recorrer los caminos de América debe asumir los rasgos del misionero del Padre, destacados por los evangelios:

- Ese Jesús de Nazaret, “el hijo del carpintero”, solidario con los pobres y marginados.
- El que en medio de su pueblo tan desigual y segregado, es un campesino de la marginal Galilea, lejos de los ricos propietarios o comerciantes y de los sacerdotes del

templo; que tampoco se ha hecho Maestro de la ley ni ha ingresado en un grupo religioso como los fariseos.

- Jesús, el profeta popular de Galilea y en camino a Jerusalén, errante e indefenso, pero “ungido” y guiado por el Espíritu de Dios.
- Con su práctica tan libre de sanar y liberar, de perdonar y reunir, de enseñar y proponer sembrando dignidad y esperanza; por la que pronto entra en conflicto con los pudientes.
- Con su profunda sintonía y conmoción frente a la muchedumbre abandonada, y su atención delicada a cada una de las personas sufrientes que acuden a él o encuentra en su camino.
- Siempre más conmovido por el sufrimiento que por el pecado; más preocupado por la vida y la convivencia humanas, que por las normas del culto y la pureza. Especialmente allí donde la vida está más amenazada: por la miseria o la enfermedad, por el desprecio o la exclusión.
- Con el gozoso anuncio de la justicia del reinado de Dios que llega.
- Con su testimonio, a través de todo ello, del amor entrañable de ese Dios y Padre.
- Testimonio del Hijo que como nadie conoce al Padre, vive de una profunda comunión con él y que por eso en su sintonía comparte con los pobres y con los pecadores: “Te alabo, Padre... porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los sencillos”.
- Misión y destino del Mesías-Sirviente, como la figura profética cantada en el segundo libro de Isaías, entregado hasta el extremo, y que por esa vía traerá salvación a su pueblo oprimido y se hará “Luz de las gentes”.
- Testigo y anunciador de una buena noticia, de un evangelio que le lleva a recorrer caminos, participar en banquetes,

interpelar a las personas y hablarles con ejemplos de la vida cotidiana.

El seguimiento de Jesús, hilo conductor de la espiritualidad misionera

Lo que nos convierte en cristianos no es la aceptación de una doctrina que nos encandila la mente, sino el seguimiento de Jesucristo, que como persona nos ha ganado el corazón y nos ha convertido. Lo que nos hace discípulos suyos es ir tras los pasos del hijo del carpintero, en quien vemos al Verbo de Dios hecho carne. Es él quien nos ha cautivado y dado la capacidad de dejar todo para seguirlo como lo hicieron sus primeros discípulos y discípulas.

En las bienaventuranzas (Mt 5,1-12) el mismo Jesús nos explica quiénes son y cómo llegar a ser verdaderos discípulos suyos acogiendo con sinceridad la Buena Nueva del Reino de Dios, que conduce a la vida en abundancia, y acaba con los proyectos de muerte que imperan en el mundo. El Reino consiste en “ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero es, sobre todo, liberación del pecado y del Maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por Él, de verlo, de entregarse a Él” (Pablo VI, Evangelio Nuntiandi 9).

La misma solidaridad de los pobres y con los pobres nos impulsa a luchar por una sociedad más justa y fraterna. “La vida cristiana no se expresa solamente en las virtudes personales sino también en las virtudes sociales y políticas... En este contexto es inevitable hablar del problema de las estructuras, sobre todo de las que crean la injusticia. En realidad las estructuras justas son una condición sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad” (Benedicto XVI, Discurso I de la V Conferencia 3 y 4.). Todo esto está incluido en la espiritualidad del discípulo misionero.

Implicaciones del seguimiento de Jesús para una espiritualidad misionera

Jesús es germen y primicia de un Reino, inaugurado por Él, pero que será edificado por toda la humanidad, hasta la

consumación de los siglos. Como “fermento en la masa” o como “luz del mundo”, llama, forma y constituye una comunidad de discípulos. En sus manos pone su misión.

El discipulado se remite al Maestro y la misión a la continuidad de su obra. Jesús-discípulo-misión conforman un trinomio indisoluble. De la misma forma que, en el seno de la economía trinitaria, no hay Cristo sin Jesús histórico, tampoco hay misión implícita y explícitamente cristiana que no sea continuidad de la obra de Jesús, en el hoy, bajo el dinamismo del Espíritu.

Estar y caminar con Él

En la misión pública de Jesús de Nazaret, el discipulado aparece, ante todo, como el resultado de un llamado a vincularse a Alguien y a su obra, inaugurada en el seno de Israel pero abierta a toda la humanidad. Jesús llamó a sus discípulos para que “estuviesen con él” (Mc 3,14), para que estando con Él, asumiesen lo que Él hacía y enseñaba. Los junta para enviarlos no para que permanezcan con él (Mc 1,14-15.22).

Para los Evangelios no es suficiente oponerse al mal; es indispensable hacerlo por alguien que experimenta la misericordia de Dios y opta por la búsqueda y acogida de los más extraviados y desprotegidos (Mc 2,1.28). Jesús no vino para ser servido, sino para servir. Por eso, llama teniendo presente la urgencia del discípulo de servir a los otros. En la medida en que el discípulo se hace servidor de sus semejantes se torna seguidor de Jesús.

Un nuevo proyecto de vida

Estar con Él, es el primer paso para ser capaz de optar por un nuevo proyecto de vida. Jesús no es un maestro como en la tradición rabínica, donde la misión del discípulo era imitar al rabino. Al contrario, Jesús llama discípulos para que lo sigan. Los discípulos judíos elegían el maestro, Jesús elige sus seguidores. En rigor, Jesús no es maestro, y los llamados no son discípulos, sino seguidores y compañeros. La misión de

Jesús, al contrario de la tarea de los rabinos, no fue explicar la *torá*, sino persuadir a las personas a abrazar otro proyecto de vida (el Reino de Dios). Él no buscó formar un grupo, sino una comunidad que viviese de tal modo que Dios reinase entre ellos. El Reino de Dios fue la apuesta de Jesús.

Perfil del misionero

El fruto de una espiritualidad vívida es una persona nueva que testimonia esta espiritualidad. En nuestro caso un misionero que sabe por qué evangeliza, qué hacer para conseguirlo, a quién dirigir su palabra y acompañar con su presencia. Ese misionero encarna un determinado perfil; una manera de proceder y de ser, de hablar y de escuchar, de sanar y asumir su debilidad, de mirar la realidad y de actuar sobre ella. En nuestros días se buscan misioneros diferentes. Sólo ellos transmitirán vida abundante y fecunda. ¿Cómo será el talante de este misionero? El DA nos pone en camino para establecer este perfil pero, una vez más, nos deja a media andadura. El perfil del misionero nuevo lo da la necesidad de intensificar la experiencia de fe y de luchar contra la pobreza y la exclusión y se llama *audacia, lucidez, fidelidad creativa y caridad pastoral*.

Este misionero tiene que ser libre, liberado y liberador; esto no es poco. Esta libertad grande le tiene que dejar con la fuerza de la *audacia* apostólica (DA 251, 273, 553); se advertirá en el anuncio y en la acción misionera (DA 549). Pone valentía y coraje para vencer y superar lo difícil e incluso lo imposible. La audacia es moneda de doble cara: la mística y la profecía. Mueve, pone el “aguijón en el flanco”. Los grandes misioneros de América Latina y el Caribe en los momentos de más vitalidad y de más clara conciencia de su tarea han hecho una opción por la audacia que se ha convertido en un ministerio de la compasión, el consuelo, la misericordia, la hospitalidad y la gratuidad. Esto ha sido lo suyo: ser la sal, la que da sabor y que nos permite comer el alimento que nos hace audaces.

Tendrá mente despierta para ver y juzgar con *lucidez*. Ello supone capacidad para mirar lejos y ver lo profundo y lo

nuevo. Toda sana y significativa espiritualidad parte de un ver la realidad para convertir la intuición en convicción, la motivación en fuerza y en propuesta. Las razones, para creer si son convicciones, hacen amar lo que se cree y esperar lo que se ama. La luz viene de Jesús. Para ser misionero como Jesús es preciso hacer lo que él hizo y conseguir que el evangelio sea la norma de nuestra misión.

Audacia y *fidelidad* van juntas. Conviene que vayan juntas⁹. Así aparecen en uno de los párrafos más inspirados de todo el DA. En *Aparecida* estuvo más presente la fidelidad que la audacia; está más mencionada y se la ve como más importante. Se pide una fidelidad al evangelio, a la misión, a la Iglesia, al Espíritu Santo, al Maestro (DA 139, 181, 257, 367, 372). Se advierte también que esa fidelidad falta en la Iglesia (DA 100). Cuando trabajamos por un presente que tenga futuro vivimos la fidelidad verdadera y cuando no renunciamos a un futuro que esté anclado en el presente nos ejercitamos en la audacia. El misionero tendrá alas pero no le faltarán *raíces*. Es muy frecuente que falten las raíces en nuestra experiencia de fe. La misión nos exige, por tanto, volver a beber en las fuentes más puras del evangelio y de la tradición latinoamericana. No hay duda que estamos desafiados en el comienzo del nuevo milenio a recuperar lo específico, lo propio.

Para las buenas relaciones humanas y para que se ponga amor en lo que se anuncia y sobre todo a quien se le anuncia no debe faltar la *caridad pastoral*. Esta caridad la necesita todo misionero y no es exclusiva del presbítero como lleva a pensar el *Documento de Aparecida* (DA 195-199). El buen misionero es un buen samaritano. Ama a todos y con más intensidad a los que son menos queridos. Pone amistad y cariño, ternura y compasión en su tarea. Sabe que le tiene que animar la imaginación de la caridad. Su tarea es poner amor y recibir amor. Al que está animado de esta caridad le mueve la alegría pascual de la que nace la pasión y la compasión (DA 27-28). El fuego es el símbolo de este amor. La invitación repetida en la Biblia de ser fuego, corresponde bien a este aspecto del misionero relanzado a la tarea. El *fuego* tiene que

llegar a una determinada intensidad para hacer hervir el agua. Es lo que pasa a veces en la misión; la realizamos sin el grado de entusiasmo necesario para lograr encender la fe de los demás.

Para más de uno, Aparecida ha sido una sorpresa del Espíritu; el postaparecida debe seguir siéndolo. Escuchemos al poeta: “Despertar cantores; acaben los ecos, empiecen las voces”. Unamuno decía que la octava obra de misericordia es “despertar al que duerme” y desvelar la aurora. Pasemos a la vida y que a los nuevos misioneros/as se les vea ya por las calles, haciendo gestos que interpelen y diciendo palabras de vida.



Liturgias, celebración y Eucaristía

Vera Ivanise Bombonato*

El santuario mariano de Aparecida es, sin duda alguna, un lugar donde el pueblo realimenta su fe, fortalece la esperanza para continuar, con amor y dedicación, el camino de seguimiento de Jesús. Durante la V Conferencia, las celebraciones eucarísticas, adecuadamente preparadas y animadas, llamaron la atención tanto de los participantes como de todos los que acompañaron las transmisiones a través de los medios de comunicación. La presencia, la participación y la oración de los romeros fueron significativas. En la casa de María, discípula y misionera de su Hijo Jesús, ellos, como acostumbran hacer, agradecieron los dones recibidos e imploraron las bendiciones de Dios para sí y para sus familiares.

Todas las mañanas, en la basílica mariana, los participantes de la V Conferencia iniciaban el día celebrando, en la Eucaristía, el misterio pascual de Cristo, muerto y resucitado, implorando

* Pertenece a la Congregación de las Hermanas Paulinas y es Doctora en Teología Dogmática, profesora de cristología, responsable por el área de teología y miembro del Consejo Editorial de Paulinas. Participa en el equipo de reflexión teológica de la Conferencia de Religiosos del Brasil y de la CLAR. Es miembro de la Sociedad de Teología y Ciencias de la Religión y autora del libro *Seguimiento de Jesús. Un segundo abordaje a la cristología de Jon Sobrino* publicado por Paulinas Editorial.

las luces del Espíritu para sus trabajos. Las celebraciones litúrgicas fueron el punto alto, pues congregaron a los participantes, venidos de todos los países de América Latina y el Caribe, en busca de caminos nuevos para la vivencia de la fe cristiana en nuestro continente, en este momento histórico de profundas y rápidas transformaciones que tocan la vida del pueblo.

En este contexto mariano, celebrativo y eucarístico, fue gestado, en el corazón de los participantes, el *Documento de Aparecida*, que orientará la vida y la misión de la Iglesia latinoamericana y caribeña en los próximos años. De esta forma, en el espíritu de Aparecida, que traspasa los límites de un escrito, es preciso auscultar los gemidos del Espíritu, que entrelaza íntimamente contexto y texto, palabras y silencios, a la espera de la gestación de una nueva generación de discípulos y misioneros y de una nueva sociedad en la cual reinen la justicia, la paz y el amor.

Continuidad histórica

Para comprender mejor el mensaje del *Documento de Aparecida* en relación a la liturgia, las celebraciones y la Eucaristía, es importante tener presente su modo propio de presentar ese contenido. Quien está acostumbrado con los documentos anteriores de Medellín, Puebla y Santo Domingo a localizar fácilmente lo que se refiere a la liturgia por medio de un título o subtítulo, en un primer momento tendrá dificultades en encontrar ese contenido en el *Documento de Aparecida*. Simplemente porque este Documento sigue una lógica diferente en la presentación de los temas. El hilo conductor es el tema central de la Conferencia: Discípulos y misioneros al servicio de la vida. A partir de ahí y como consecuencia de él, se despliegan los otros asuntos.

La dimensión litúrgica está relacionada con aspectos significativos de la vida del discípulo y misionero. Consecuentemente, es necesario hacer el esfuerzo de una lectura global del Documento para percibir la lógica interna y el desarrollo de los temas.

Al contemplar la realidad de la Iglesia con sus luces y sombras, el *Documento de Aparecida* constata un doble aspecto con respecto a la liturgia, las celebraciones y la Eucaristía. Por un lado, el progreso:

La renovación litúrgica acentuó la dimensión celebrativa y festiva de la fe cristiana, centrada en el misterio pascual de Cristo Salvador, en particular en la Eucaristía. Crecen las manifestaciones de la religiosidad popular, especialmente la piedad eucarística y la devoción mariana. Se han hecho algunos esfuerzos por inculturar la liturgia en los pueblos indígenas y afroamericanos (DA 99 b).

Por otro lado, de manera genérica, el Documento se lamenta por algunas tentativas de regresar a una eclesiología y espiritualidad anteriores al Concilio Vaticano II y por algunas lecturas y aplicaciones reduccionistas de la renovación conciliar (DA 100 b).

Situándose en la continuidad histórica de las conferencias anteriores, *Aparecida* reafirma las propuestas pastorales de Medellín, Puebla y Santo Domingo. Por tanto, asume con renovado ardor el desafío de la construcción de una identidad propia, inculturada en la realidad latinoamericana y caribeña, procurando dar respuestas adecuadas a los problemas concretos del pueblo.

En la huella de la recepción creativa del Concilio Vaticano II, en Medellín la Iglesia de América Latina y el Caribe relee la constitución *Sacrosanctum concilium*, sobre la liturgia, y la adapta a nuestra realidad. Al afirmar que “la celebración litúrgica corona y comporta un compromiso con la realidad humana” (*Medellín*, Liturgia, n. 4), percibe la estrecha relación entre liturgia y liberación y restablece la ligazón entre liturgia y vida, esto es entre celebración y compromiso histórico. Estos aspectos son retomados en *Aparecida*, que insiste de manera particular en la relación entre el ser discípulo y el ser misionero (DA 250).

Mediante su comprensión de la Iglesia a partir de la comunión y la participación, Puebla reafirma el carácter comunitario de

la liturgia, en la cual todos participan activamente. Se percata de la necesidad de integrar liturgia y religiosidad popular y lanza el desafío de la inculturación de la liturgia en la realidad cultural latinoamericana y caribeña. Aparecida ratifica la importancia de la dimensión comunitaria en la vida del discipulado misionero y de la inculturación de la fe, por medio de la cual la Iglesia se enriquece con nuevas expresiones y valores, expresando y celebrando cada vez mejor el misterio de Cristo (DA 479).

En Santo Domingo, la Iglesia manifiesta mayor conciencia de la relevancia de las culturas amerindias, afros y de la religiosidad popular como espacio de evangelización con la consecuente opción por la inculturación. Reconoce la pluralidad de las expresiones de fe inculturadas en la realidad urbana y en las culturas afro-amerindias, y asume de modo positivo la religión del pueblo. Destaca el papel evangelizador de la celebración litúrgica y confirma el valor cultural de la religiosidad popular. Reconoce que aún queda mucho por hacer para asimilar la renovación litúrgica propuesta por el Concilio Vaticano II, así como para ayudar a los fieles a entender y vivir la centralidad del misterio de Cristo, fuente y punto culminante de la vida y de la misión de la Iglesia.

En sintonía con las conferencias anteriores, Aparecida reafirma la centralidad del misterio de Cristo en la vida de la Iglesia, comunidad de los discípulos misioneros. La liturgia es la celebración de la Pascua de Jesús, es Dios mismo actuando, revelando su plan de amor y renovando su alianza con la humanidad. Es el memorial de la Pascua de Jesús, pasaje de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida.

De forma particular, Aparecida relaciona la liturgia al tema central del discipulado misionero y resalta el papel fundamental e imprescindible de la vida litúrgica y eucarística en la formación y misión de los discípulos y misioneros. Estos aspectos, de alguna manera, estuvieron presentes desde la primera redacción del Documento y sólo fueron siendo mejor explicitados a lo largo de las distintas redacciones.

Eucaristía e identidad del discípulo y misionero

Entre los lugares privilegiados de encuentro con Jesucristo, el *Documento de Aparecida* resalta: la Sagrada Escritura y la Eucaristía, además de la oración personal y comunitaria, de la comunidad de fe y del amor fraterno, del prójimo, en particular de los más pobres y necesitados. La Palabra, don del Padre, camino de “auténtica conversión y de renovada comunión y solidaridad”, es fuente de vida para la Iglesia y de su acción evangelizadora (DA 247- 248). La Eucaristía es, por excelencia, expresión de la vida de los discípulos misioneros de Jesús. De ella ellos se alimentan y en ella se fortalecen para el anuncio del Reino a los hermanos y hermanas. En la liturgia, los discípulos de Cristo penetran más profundamente en los misterios del Reino, en ella viven y expresan de modo sacramental su vocación de discípulos y misioneros (DA 250).

En la escuela del Maestro, el discípulo y misionero aprende siempre de nuevo la oración personal y comunitaria, cultiva una relación de amistad con Jesús y procura asumir la voluntad del Padre (DA 255). Jesús prometió: “Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20). Él sigue vivo y presente en la vida de sus seguidores y seguidoras, en especial en los pobres y excluidos (DA 256-57).

En estrecha relación con el tema de la Conferencia y con la consecuente preocupación de hacer de la Iglesia una comunidad misionera, el Documento da énfasis a la formación de los discípulos y misioneros. Formación que debe abarcar las dimensiones humana, espiritual, intelectual, comunitaria y pastoral misionera, integradas armónicamente en todo el proceso formativo.

En el proceso de renovación de la Iglesia a partir de Aparecida, la formación litúrgica en todos los niveles y alcances (comprensiones, inclusiones) y la inculturación de la liturgia siguen siendo el gran reto a ser enfrentado con seriedad.

Lugar y función de la liturgia en el camino de seguimiento de Jesús

En el itinerario formativo del discípulo y misionero, a la liturgia, celebración de la Pascua de Jesucristo, le incumbe un papel fundamental: es lugar de comunión de vida del discípulo con el Maestro y fuente inagotable del impulso misionero. En la Eucaristía el discípulo entra en el doble movimiento que caracterizó la vida de Jesús: volcado hacia el Padre y al servicio de los hermanos y las hermanas “para que todos tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10).

En medio de las inseguridades y dificultades propias del camino de seguimiento de Jesús, el discípulo misionero necesita del alimento que lo sustente y le dé fuerzas. *Aparecida* insiste en el hecho de que ese alimento es el pan de la Palabra y el pan de la Eucaristía (DA 26, 106, 199, 255).

El Documento resalta que existe un estrecho vínculo entre creer, celebrar y vivir el misterio de Jesucristo, de modo tal que la existencia cristiana adquiere una forma eucarística. La vida cristiana se abre a una dimensión misionera a partir del encuentro eucarístico. Es en la escuela eucarística que el Espíritu fortalece la identidad del discípulo y lo despierta para anunciar a los otros lo que escuchó y vivió (DA 251).

Eucaristía: fuente de nuevas relaciones evangélicas

El Documento de *Aparecida* enfatiza la dimensión comunitaria del ser discípulo y misionero. La vocación al discipulado misionero es *con-vocación* a la comunión en la Iglesia, Pueblo de Dios. Así, la pertenencia a una comunidad concreta, lugar donde podemos vivir la experiencia permanente de discipulado y de comunión, es elemento constitutivo del ser cristiano (DA 156).

Los discípulos misioneros son llamados a vivir en comunión: con el Padre tierno y misericordioso, con su Hijo muerto y resucitado y con el Espíritu Santo de amor. La comunión trinitaria fundamenta y hace visible la comunión de los fieles

y de la Iglesia particular que constituye el Pueblo de Dios, peregrino en la historia.

En ese peregrinar rumbo a la plenitud en la Patria Trinitaria, la comunión crece y se nutre en las dos mesas: del pan de la Palabra y del pan del cuerpo de Cristo. La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida cristiana, “alimento de la vida en comunión”. De la Eucaristía nacen y se nutren las nuevas relaciones evangélicas. La Iglesia es “casa y escuela de comunión”, donde los discípulos misioneros comparten la misma fe, esperanza y amor al servicio de la misión evangelizadora (DA 158).

Aparecida retoma y ratifica el vínculo entre liturgia y vida, celebración y compromiso. Participar de la Eucaristía, signo de unidad, que prolonga y hace presente el misterio del Hijo de Dios que se hizo pobre, trae consigo la exigencia de una evangelización integral. El proyecto de Jesús, quien vino para que todos tengan vida y la tengan en abundancia, choca con la realidad de las varias dimensiones de la pobreza en nuestro continente. La misión, inspirada en la práctica de Jesús, unifica la preocupación de la dimensión trascendente del ser humano con sus necesidades concretas para que todos alcancen la vida en plenitud (DA 176).

Pastoral del Domingo

En el Antiguo Testamento el sábado era el día sagrado, en el cual el pueblo de Israel conmemoraba al Creador de la vida con el reposo restaurador de las fuerzas de la creación. En el Nuevo Testamento es el domingo, el primer día de la nueva creación, inaugurada por la victoria de Cristo sobre la muerte, celebrada en el misterio pascual y, de forma plena, en la Eucaristía.

La celebración del domingo, haciendo memoria de la resurrección de Jesús, marcó la vida de las primeras comunidades cristianas. De la misma manera, hoy, es necesario promover la “Pastoral del Domingo” (DA 252). El objetivo es redescubrir la importancia del primer día de la semana, día del Señor, en que la familia de Dios se reúne para escuchar la Palabra y repartir el pan consagrado, recordando

la resurrección del Señor en la esperanza del amanecer del nuevo día, cuando la humanidad entera reposará delante del Padre.

Al referirse a la Pastoral Urbana, el Documento propone la integración de los elementos propios de la vida cristiana: la Palabra, la liturgia, la comunión fraterna y el servicio, principalmente a los pobres. Dadas las profundas transformaciones sociales, sobre todo en las grandes ciudades, la celebración del domingo a la luz de la fe cristiana constituye un gran desafío. Es necesario buscar caminos nuevos y alternativos.

Finalizando, conviene recordar que el papa Benedicto XVI, en la carta de aprobación del *Documento de Aparecida* dirigida a los obispos de América Latina y el Caribe, afirma

...haber leído con particular aprecio las palabras que exhortan a dar prioridad a la Eucaristía y a la santificación del Día del Señor en los programas pastorales (cf. DA 251-252), así como los que expresan el deseo de reforzar la formación de los fieles en general, en particular, de los agentes de pastoral.

Reflexionamos sobre algunas realidades que juzgamos significativas en relación a la liturgia, las celebraciones y la Eucaristía, en el espíritu de Aparecida y a la luz del contexto y del texto. En una lectura interactiva el lector podrá complementar esos aspectos y plantear otros. Queda, no obstante, la certeza de que todavía nos resta recorrer un largo camino para hacer de nuestras liturgias verdaderas escuelas de discipulado misionero al servicio de la vida en nuestro continente. En ese sentido, el Documento de Aparecida no es punto de llegada sino punto de partida que nos impulsa a proseguir en el camino para hacer de la Eucaristía el “centro vital del universo, capaz de saciar el hambre de vida y felicidad” (DA 354).



Iniciación cristiana, catequesis y comunicación

*Irmão Nery fsc**

Introducción

Textos de Aparecida

La V Conferencia General del Episcopado de América Latina y el Caribe es mucho más que sus textos: Mensaje Final y Documento Final de Aparecida, elaborados bajo el atropello del poco tiempo, de una metodología no tan bien conducida y por algunas manipulaciones, que no respetaban ni lo que era aprobado por la asamblea plenaria. Posteriormente, el Vaticano introdujo fuertes cambios, especialmente en lo que atañe a las Comunidades Eclesiales de Base, ignorando que el Documento tiene la aprobación de la V Conferencia. Pero, asimismo, esos textos son pozos de los cuales podemos sacar agua buena para irrigar y fortalecer nuestro ideal y lucha por una Iglesia renovada y por sentido, inspiración, fe, justicia social, celo apostólico de discípulos y misioneros de Jesucristo para que todas las personas, y también el planeta Tierra, tengamos vida en abundancia.

* (La Salle), Brasil. Catequista, escritor. Miembro del GRECAT-CNBB y Presidente de SCALA (Sociedad de Catequistas Latinoamericanos).

Preparación de Aparecida

El Documento de Participación a la V Conferencia, frágil histórica, teológica y pastoralmente, ignoró por completo, inexplicablemente, la catequesis. De las contribuciones enviadas por las Conferencias Episcopales del Continente se elaboró, a comienzos de 2007, el Documento de Síntesis que contempló, aunque tímidamente, la catequesis. En 2006 constaron, en los planes del CELAM, varios seminarios preparatorios sobre temas importantes para la V Conferencia. Pero se ignoró la catequesis. Una movilización continental de catequistas y agentes de pastoral logró para mayo de 2006, en Bogotá, bajo la coordinación del Departamento de Catequesis del CELAM, un Seminario, que pasó a constar como la III Semana Latinoamericana de Catequesis. Sus dos textos, el Documento y algunas propuestas, llegaron a la Comisión que estaba encargada de preparar la V Conferencia.

1. La Catequesis en el Discurso Inaugural de Benedicto XVI

1.1 Contradicciones

El Papa, en la apertura de la V Conferencia, el 13 de mayo 2007, afirma que la catequesis estuvo muy presente en la evangelización de América Latina y del Caribe en la época de la colonización del continente; que “del encuentro de esa fe con las etnias originarias ha nacido la rica cultura cristiana”, “formando una gran sintonía en la diversidad de culturas y de lenguas”. Pero, desentendiendo de la realidad histórica, Benedicto XVI afirma que “el anuncio de Jesús y de su Evangelio no supuso, en ningún momento, una alienación de las culturas precolombinas, ni fue una imposición de una cultura extraña”. Algunos días después, ya en Roma, el Papa se retractó, bajo presión internacional, por aquella falla suya. Pero el malestar quedó.

El Sumo Pontífice no dice en su Discurso que, desde aquella época de la colonización hasta mitad del Siglo XX, y en algunos lugares hasta hoy día, la Iglesia redujo la comprensión

de la catequesis al catecismo, como enseñanza nocional, doctrinal, dando la vivencia de la fe por supuesto en la familia y en la sociedad. Y no deja de confirmarlo al decir que: “para ello se dispone de instrumentos muy valiosos como son el Catecismo de la Iglesia Católica y su versión más breve, el Compendio del Catecismo de la Iglesia católica”.

Benedicto XVI, tampoco considera los importantes pasos e impulsos de la renovación de la catequesis después del Concilio Vaticano II (1962-1965), que trajo para toda la Iglesia el soplo renovador de aquel nuevo Pentecostés. En efecto, se buscaron poner en práctica dos grandes solicitudes del mismo Concilio. Citamos algunos importantes documentos: la del Directorio General para la Catequesis (DGC), que fue publicado en 1971; el inicio del rescate adaptado del Catecumenado de los primeros siglos de la Iglesia –una solicitud del Concilio–, que se plasmó en 1972 en una excelente publicación: el Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos (RICA). Otro paso fue, en 1987, el Sínodo sobre Catequesis del cual resultó, en 1980, la Exhortación Apostólica de Juan Pablo II: *Catechesi Tradendae* (La Catequesis hoy). En ese mismo año de 1997, la Sede Apostólica publicó uno de sus más ricos y completos documentos sobre Catequesis, el Directorio Catequético General (DCG), indispensable para la renovación de la catequesis hoy día.

Pero esto no impidió que la V Conferencia llegase a decir que se camina en la Iglesia para un consenso, por ejemplo, de que el catecismo de preparación a los sacramentos no es suficiente para el despertar de la fe, el asumir de la vida cristiana y de los valores evangélicos. También que la catequesis no es sólo cosa de niños, debe priorizar también a los adultos. Y que la catequesis es un proceso de educación continuada, permanente y no solamente para preparar a los sacramentos.

Podemos decir que una importante renovación de la catequesis se hace necesaria porque la realidad revela que, en este mundo de cambio, con un gran pluralismo religioso y hasta cristiano, los fieles católicos en general no se sienten convertidos a

Jesús, y que lo que han aprendido en el catecismo tradicional les ayuda poco. Se ha constatado también que, preocupados con la falta de suficiente convicción y compromiso de los miembros de la mayoría de los fieles y con la cantidad de católicos que pasan a otras religiones y denominaciones cristianas, algunos episcopados buscan nuevos caminos para la renovación de la evangelización y de la catequesis.

1.2 *La importancia central de la catequesis*

En este sentido, el mismo Benedicto XVI, y esto es paradójico en el contexto de su Discurso Inaugural de Aparecida, habla con énfasis sobre la importancia de la catequesis en la misión de la Iglesia y recuerda su base teológico-pastoral y la necesidad de su renovación, que podemos, con gusto, apreciar y valorar.

1.2.1 CONOCER A FONDO A JESÚS Y A LA PALABRA DE DIOS

El Papa, en el numeral 3 de su Discurso, así introduce el tema de la catequesis: “Antes de afrontar lo que comporta el realismo de la fe en el Dios hecho hombre, tenemos que profundizar en la pregunta: ¿cómo conocer realmente a Cristo para poder seguirlo y vivir con Él, para encontrar la vida en Él y para comunicar esta vida a los demás, a la sociedad y al mundo?”

Él mismo presenta la respuesta, que es una clave fundamental para un cambio radical en la catequesis. “Principalmente, Cristo se nos da a conocer en su persona, en su vida y en su doctrina por medio de la Palabra de Dios”. Y él dice que para la “nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y del Caribe” inicia en Aparecida, “es condición indispensable el conocimiento profundo de la Palabra de Dios. Por esto, hay que educar al pueblo en la lectura y meditación de la Palabra de Dios: que ella se convierta en su alimento para que, por su propia experiencia, vean que las palabras de Jesús son espíritu y vida (cf. Jn 6,63). De lo contrario, ¿cómo van a anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a fondo? Tenemos que fundamentar nuestro compromiso misionero y nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios. Para ello, animo a los Pastores a esforzarse en darla a conocer”.

Podemos añadir a esta reflexión del Papa que, en las Sagradas Escrituras, hay un sentido específico de conocer que no es sobre todo de orden intelectual y racional. El verbo conocer significa, también, una experiencia tan profunda que genera un cambio especial en la vida y a su vez genera vida. Así es que en Gn 4, 1 el texto bíblico dice que: “Adán conoció a su mujer, la cual quedó embarazada” y en Mt 1,25 se dice que: “José no conoció María hasta que ella dio a luz a un hijo, al que él puso el nombre de Jesús”. En este sentido es indispensable que los fieles tengan “por su propia experiencia” un encuentro vivo con Jesucristo y tengan experiencia de comunidad eclesial y de compromiso con el Reino. El estudio intelectual de la doctrina no genera, por sí mismo, la experiencia existencial de fe y, por lo tanto, el conocimiento profundo de la fe.

1.2.2 RENOVAR E IMPULSAR LA CATEQUESIS

Benedicto XVI, motiva a la Iglesia para que intensifique la catequesis y la formación en la fe, incluso con los adultos. Al respecto él dice: “un gran medio para introducir al Pueblo de Dios en el misterio de Cristo es la catequesis. En ella se trasmite de forma sencilla y substancial el mensaje de Cristo. Convendrá por tanto intensificar la catequesis y la formación en la fe, tanto de los niños como de los jóvenes y adultos. La reflexión madura de la fe es luz para el camino de la vida y fuerza para ser testigos de Cristo”.

El Papa habla de transmisión sencilla y substancial ya que no cabe en la catequesis hacer elucubraciones teológicas, sino centrarse en los temas fundamentales de la fe. Pero, para que sea substancial, debe ser un alimento rico y fortalecedor del discípulo del Señor. En este sentido, la formación del cristiano no se hace según el modelo escolar de un salón de clase donde se estudia una disciplina del currículo académico. Se trata de una comunidad que se congrega para hacer resonar la Palabra (kata-echkéó), que vive un itinerario que lleva a la experiencia personal y comunitaria con Jesús, que celebra su presencia y acción por la fuerza de su Espíritu y que impulsa al compromiso con la comunidad eclesial y con la construcción

del Reino, desde los pobres, según el Proyecto Mesiánico de Jesús en Lc 4, 14-21.

1.2.3 CATEQUESIS Y LIBERACIÓN

Para Benedicto XVI es imprescindible que la evangelización y, también, la catequesis estén conectadas de lleno con la vida, la promoción y la liberación humana: “en este esfuerzo por conocer el mensaje de Cristo y hacerlo guía de la propia vida, hay que recordar que la evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana. `Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios´ (Deus caritas est, 15). Por lo mismo, será también necesaria una catequesis social y una adecuada formación en la doctrina social de la Iglesia. La vida cristiana no se expresa solamente en las virtudes personales, sino también en las virtudes sociales y políticas”.

1.2.4 CATEQUESIS Y MISIÓN

El Papa Benedicto XVI, concluye su reflexión sobre la catequesis explicitando el carácter misionero de la misma: “El discípulo, fundamentado así en la roca de la Palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la Buena Nueva de la salvación a sus hermanos. Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (cf. Hch 4,12). En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro”.

Podemos avanzar un poco más y decir que ser misionero es intrínseco al discípulo, sobre el cual fue derramado el Espíritu de Pentecostés, que lo lleva a un compromiso con la profética y evangélica transformación de la sociedad, según los parámetros dados por Jesús en Mt 25, 31-46 y el modo de ser Iglesia presentado por San Lucas en la descripción de las comunidades cristianas primitivas (Hechos 2 y 4) y concretado hoy día por las Comunidades Eclesiales de Base, las CEBs.

2. ***Documento de Aparecida - Los grandes rasgos de la formación del discípulo y misionero hoy***

2.1 *Examen de conciencia*

El *Documento de Aparecida*, en su análisis de la situación de la Iglesia en América Latina y el Caribe es bastante optimista y triunfalista en sus aspectos positivos (DA 98 y 99). Sobre los aspectos no tan positivos del VER, el Documento a pesar de revelar importantes fallas en la Iglesia (DA 100), se calla sobre otras, no menos importantes. Sólo como ejemplo citamos algunas:

a) Los laicos y laicas todavía no son sujetos para la mayoría de la jerarquía, que sigue muy clericalista y se considera como la Iglesia; b) los fieles no poseen buena formación bíblica, teológica, espiritual, pastoral y misionera; c) se continúa creyendo que la sacramentalización y la devoción, sin la evangelización y la catequesis, son suficientes; d) el espacio para los ministerios laicales en la Iglesia es mínimo; e) la formación actual de los presbíteros está desconectada del mundo y de las necesidades reales de los fieles; f) la jerarquía no busca con libertad evangélica caminos para cambiar el modelo de presbítero y, por este motivo, no da prioridad al derecho que los fieles tienen de acceso a la Eucaristía, a la Reconciliación y al pastoreo de los presbíteros; g) una parte de la jerarquía se resiste a considerar la Vida Religiosa Inserta en medio de los pobres y la valora mucho más por su suplencia a la falta de clero que por su valor profético específico en el Pueblo de Dios; h) lo mismo sucede en relación a las Comunidades Eclesiales de Base; i) desde los últimos 20 años hay una acelerada disminución de la misión profética de la jerarquía, de los religiosos y de los laicos de cara al capitalismo, al neoliberalismo y al mercado y un alejamiento escandaloso en relación a la opción por los pobres y de sus iniciativas de solidaridad, liberación y promoción.

2.2 *Cambios profundos de enfoque y de estructuras*

Pero, en *Aparecida*, el Espíritu suscitó en un significativo número de obispos, osados y llenos de coraje, algunas

conclusiones y propuestas para la formación cristiana, de la cual es parte, la catequesis. Y la V Conferencia las aprobó. Si son llevadas a la práctica efectivamente ellas producirán un significativo cambio en nosotros/as, Iglesia Católica, y en nuestra manera de ejercer nuestra misión hoy.

2.2.1 LA INICIACIÓN CRISTIANA

- **La realidad.** Mirando la realidad analizada, dicen los obispos: “esto constituye todo un desafío que cuestiona a fondo la manera como estamos educando en la fe y como estamos alimentando la vivencia cristiana; un desafío que debemos afrontar con decisión, con valentía y creatividad, ya que en muchas partes la iniciación cristiana ha sido pobre o fragmentada” (DA 287).
- **Orientaciones.** Para una mejor eficacia de la misión de la Iglesia, los pastores resuelven un cambio fundamental en el modo de operativizarla: asumir la iniciación cristiana de los fieles. Y ellos definen que “la iniciación cristiana, que incluye el kerygma, es la manera práctica de ponerse en contacto con Jesucristo e iniciar en el discipulado. Nos da también la oportunidad de fortalecer la unidad de los tres sacramentos de la iniciación y profundizar en su rico sentido. La iniciación cristiana propiamente hablando, se refiere a la primera iniciación en los misterios de la fe, sea en la forma de catecumenado postbautismal para los bautizados no suficientemente catequizados, sea en la forma de catecumenado bautismal para los no bautizados. Este catecumenado está íntimamente unido a los sacramentos de la iniciación: bautismo, confirmación y eucaristía, celebrados solemnemente en la Vigilia Pascual. Habría que distinguirla, por tanto, de otros procesos catequéticos y formativos que puede tener la iniciación cristiana como base”.

Ellos optan por la formación cristiana, entendida como un proceso y no actos aislados o cursos académicos de religión que priorizan lo intelectual. Y desglosan los pasos de este proceso formativo que conforma la

iniciación cristiana. En síntesis, esto es lo que obispos proponen: a) el encuentro personal con Jesucristo, como resultado del kerigma; b) la conversión, como respuesta inicial de acogida de la presencia y acción del Señor; c) el discipulado, con la actitud decidida y permanente de seguir a Jesús, y las consecuentes responsabilidades que el Señor confía al discípulo/a; d) la comunión (koinonía), que es vivir con Jesús, pero en comunidad, en fraternidad y amor: familia, comunidades, comunidad eclesial, servicio; e) la misión, anunciar al Señor y su mensaje, denunciar todo lo que no está conforme a la voluntad de Dios, comprometerse en la construcción del Reino de Dios, que es de justicia, fraternidad, solidaridad, paz. Y este compromiso incluye necesariamente la opción por los pobres.

- **Sugerencias.** La lectura del capítulo VI del *Documento de Aparecida*, números 286-294, permite deducir algunas orientaciones prácticas para la iniciación cristiana: a) desarrollar en las comunidades un proceso de iniciación en la vida cristiana, que lleve la persona al encuentro personal con Jesucristo, lo inserte cordial, fraternal y proféticamente en la comunidad eclesial y en la sociedad, y lo haga solidario en el amor, sobre todo, por los pobres, y fervoroso misionero; b) recordar que el itinerario formativo del cristiano en la tradición más antigua de la Iglesia (el catecumenado) tuvo siempre un carácter de experiencia, en el cual era determinante el encuentro vivo y persuasivo con Cristo, anunciado por auténticos testigos. Es lo que se llama catequesis mistagógica. Para ello es necesario el estudio y la asimilación del Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos (RICA), que es una referencia necesaria y un apoyo seguro para el proceso inicial cristiano; c) adoptar nuevas actitudes pastorales de parte de obispos, presbíteros, diáconos, personas consagradas y agentes de pastoral y, también, realizar toda una reestructuración de la vida pastoral de la parroquia. La renovación exige conversión de las personas y cambio de las estructuras de la Iglesia.

2.2.2 LA CATEQUESIS

- El *Documento de Aparecida* dice que “los desafíos que plantean la situación de América Latina y el Caribe, requieren una identidad católica más personal y fundamentada. El fortalecimiento de esta identidad pasa por una catequesis adecuada que promueva una adhesión personal y comunitaria a Cristo, sobre todo en los más débiles” (DA 297).

Para lograr este intento se puede, con apoyo en Aparecida, afirmar que son necesarias y urgentes por lo menos cinco medidas para la superación de algunos graves problemas de la catequesis: a) la formación teológica, pedagógica y cultural de los catequistas en general, no es buena. Falta el carácter de “proceso iniciático” a esta misma formación de los catequistas; los cursos que se ofrecen son muy académicos, nocionales (296); b) la catequesis no es permanente, continuada, procesual; está reducida a momentos, preparación a los Sacramentos, sobre todo a los niños y adolescentes (298); c) los materiales y subsidios de la catequesis, que no se integran en la pastoral de conjunto (296); d) los métodos pedagógicos, que generalmente no son actualizados (296); e) los servicios catequísticos, que carecen de buena organización y, con frecuencia, no tienen la colaboración de las familias (296); f) muchos párrocos, que no asumen su función de primeros responsables por la catequesis y por la formación de los catequistas en la parroquia (296).

- **Sugerencias.** De cara a estos desafíos, los pastores se comprometen a impulsar cambios importantes para la catequesis. En síntesis nos parecen que son estas las principales pautas presentadas por Aparecida (cf. DA 398-346).
- a) Comunidad y pastores. La catequesis y su renovación es una tarea de toda la comunidad de discípulos, pero de manera especial a quienes, como obispos, han sido llamados a servir a la Iglesia, pastoreándola, conduciéndola al encuentro con Jesús y enseñándole a vivir todo lo que nos ha mandado (cf. Mt 28, 19- 20).

- b) Proceso. La catequesis no debe ser sólo ocasional, reducida a los momentos previos a los sacramentos, sino “un itinerario catequético permanente”¹. Compete a cada Iglesia particular, con la ayuda de las Conferencias Episcopales, establecer un proceso catequético orgánico y progresivo que se extienda por todo el arco de la vida, desde la infancia hasta la ancianidad (DA 276 - 280).
- c) Adultos. El “Directorio General de Catequesis” considera la catequesis de adultos como la forma fundamental de la educación en la fe.
- d) La Palabra de Dios. El pueblo, para que, en verdad, conozca a fondo a Cristo y lo siga fielmente debe ser conducido especialmente en la lectura y meditación de la Palabra de Dios, que es el primer fundamento de una catequesis permanente².
- e) Formación integral. La catequesis no puede limitarse a una formación meramente doctrinal sino que ha de ser una verdadera escuela de formación integral. Por tanto, se ha de cultivar la amistad con Cristo en la oración, el aprecio por la celebración litúrgica, la vivencia comunitaria, el compromiso apostólico mediante un permanente servicio a los demás.
- f) Familia. La familia es la primera escuela de la fe (DA 302 - 303). Una manera concreta para renovar la catequesis puede ser el ofrecer un proceso de iniciación cristiana en visitas a las familias, donde no sólo se les comunique los contenidos de la fe, sino que se las conduzca a la práctica de la oración familiar, a la lectura orante de la Palabra de Dios y al desarrollo de las virtudes evangélicas, que las consoliden cada vez más como iglesias domésticas;
- g) La religiosidad popular. Debe darse una catequesis apropiada que acompañe la fe ya presente en la religiosidad popular. Para este crecimiento en la fe

¹ DI 3.

² *Ibid.*

también es conveniente aprovechar pedagógicamente el potencial educativo que encierra la piedad popular mariana. Se trata de un camino educativo que provoque la apropiación progresiva de las actitudes de María, verdadera “educadora de la fe”³ que nos lleva a asemejarnos cada vez más a Jesucristo.

- h) La formación catequística en la Parroquia (DA 304 - 306), en las pequeñas comunidades eclesiales (DA 307 - 310), en los movimientos y nuevas comunidades (DA 311 - 313), en los Seminarios y Casas de Formación religiosa (DA 314 - 327), en la educación católica (DA 316, 328 - 330), en los centros educativos católicos (DA 331 - 345) y en las universidades y centros superiores de educación católica (DA 341 - 346).

3. Fe y Comunicación Social

3.1 *La revolución de la Comunicación*

En Aparecida (DA 484-490) la jerarquía logró dar un paso significativo en la comprensión de que Comunicación es otra cosa bien distinta y mucho más rica y amplia que los Medios de Comunicación Social. Se trata hoy de una gran cultura mediática y de nuevos lenguajes, que configuran un importante elemento articulador de los cambios en la sociedad. La evangelización, la catequesis, la piedad popular, la formación continuada de los fieles ya no pueden prescindir de los medios de comunicación, pero sobre todo, de la cultura de la comunicación y de sus lenguajes específicos. Son millones de personas que pueden ser beneficiados con este servicio. Pero es fundamental y urgente que se introduzcan muchos cambios en la Iglesia para que efectivamente ella pueda actuar, con competencia y eficacia, en esta cultura.

3.2 *Orientaciones*

Para ello, la V Conferencia (DA 486) ha decidido impulsar a todos los pastores y fieles para: a) conocer y valorar esta

³ DP 290

nueva cultura de la comunicación; b) promover la formación profesional en la cultura de la comunicación de todos los agentes y creyentes; c) apoyar y optimizar la creación de medios de comunicación social propios, tanto en los sectores televisivo y radial, como en los sitios de Internet y en los medios impresos; d) estar presente en los MCS: prensa, radio y tv, sitios de internet, foros y tantos otros sistemas para introducir en ellos el misterio de Cristo; e) educar en la formación crítica en el uso de los medios de comunicación desde la primera edad; f) animar las iniciativas existentes o por crear en este campo, con espíritu de comunión; g) formar comunicadores profesionales competentes y comprometidos con los valores humano-cristianos en la transformación evangélica de la sociedad; h) promover leyes para crear una nueva cultura que protejan a los niños, jóvenes y más vulnerables para que la comunicación no conculque los valores y, en cambio, creen criterios válidos de discernimiento; i) desarrollar una política de comunicación capaz de ayudar tanto las pastorales de comunicación como los medios de comunicación de inspiración católicos a encontrar su lugar en la misión evangelizadora de la Iglesia; j) rescatar el papel del sacerdote como formador de opinión; k) crear o dinamizar los grupos de diálogo entre la Iglesia y los formadores de opinión de los diversos campos y de diálogo entre fe y razón y del pensamiento católico.

3.3 *Catequesis y comunicación*

Encontramos en el Discurso Inaugural del Papa una palabra lúcida sobre este importante tema. Él enseña que es necesario, para la Iglesia, aprovechar todos los medios de comunicación para ayudar en la formación de los fieles y para llevar el mensaje de Cristo a muchas personas. “En este campo – dice el Papa – no hay que limitarse sólo a las homilías, conferencias, cursos de Biblia o teología, sino que se ha de recurrir también a los medios de comunicación: prensa, radio y televisión, sitios de Internet, foros y tantos otros sistemas para comunicar eficazmente el mensaje de Cristo a un gran número de personas” (DI 3).

Es evidente que para “comunicar eficazmente el mensaje de Cristo” es necesario un proceso comunicativo de fe, esperanza y amor que llegue a la persona entera (emoción, corporeidad, intelecto, imaginación, situación concreta de vida personal, familiar, comunitaria, social, política, cultural, afectiva, existencial). El discurso tradicional doctrinal no es aceptado en la cultura de la comunicación moderna. Pero, más que el uso de los medios, los predicadores necesitan aprender el lenguaje mediático, que conlleva una gran complejidad de lenguajes humanos. Uno de los grandes problemas de la transmisión de la fe está en la cultura de la comunicación, que es algo muy nuevo para la Iglesia, pero que hoy día influye decisivamente en todo.

4. Aparecida es ahora

El *Documento de Aparecida* es profundamente catequético. El mismo tema central de la V Conferencia así lo exigía. Es catequética toda la primera parte (La vida de nuestros pueblos), toda la segunda parte (la vida de Jesús en los discípulos) y toda la tercera (la vida en Jesucristo para la vida de los pueblos). Lo mismo se debe decir del Mensaje Final de Aparecida.

Pero, documento no es vida. Y Aparecida solo tendrá efectivamente valor como hito histórico y como impulsor de la renovación de la Iglesia en América Latina y el Caribe, si logramos que pase a la vida de cada miembro de la Iglesia, de las Diócesis, Parroquias, Congregaciones, Movimientos, grupos. Por lo tanto, Aparecida es ahora o no será sino una Conferencia más que ya pasó.



La pastoral social en Aparecida

Parábola del Buen Samaritano (Lucas 10, 25-37)

“Jesús empezó a decir: Bajó un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de bandidos, que, después de haberlo despojado de todo y de haberlo molido a golpes, se fueron dejándolo medio muerto” (Lc 10,30).

“Y Jesús le dijo: Vete y haz tu lo mismo” (Lc 10,37).

“Para que no haya más asaltantes ni asaltados”.

*Sergio Torres G.**

La parábola del buen samaritano es una poderosa luz, a la vez que dramática advertencia, para reflexionar sobre la Pastoral Social. Son muchos los heridos y los asaltados en los caminos de América. Esto viene desde muy lejos. Desde hace 500 años. Los heridos no han caído por accidente o por enfermedad. Han sido víctimas. Son dejados “medios muertos” ó “semi-vivos” por otras personas, por los asaltantes, que pueden ser personas o instituciones. Algunos y algunas mejoran. Muchos quedan dañados para toda la vida. Otros, sencillamente, desaparecen en la oscuridad de la muerte. Aparentemente no hay responsables ni culpables. Sin embargo, alguien tiene que

* Sacerdote diocesano de Santiago de Chile y profesor de Teología en el Instituto Alfonsiano de Teología y Pastoral de Santiago. Salió al exilio en 1973, después del golpe militar de Pinochet y desde entonces ha estado envuelto en actividades teológicas y ecuménicas como la Asociación Ecuménica de Teólogos del Tercer Mundo y Amerindia, una red continental de teólogos/as y agentes pastorales. Publicó numerosos libros en varios idiomas como editor de las Conferencias de Teólogos/as de diferentes continentes.

asumir la responsabilidad por los heridos. Esos responsables deben ser amados, con amor evangélico, y al mismo tiempo ser denunciados, combatidos, castigados y eventualmente perdonados.

Hay una hermosa tradición en las Iglesias de preocuparse por los heridos de los caminos. En nuestro Continente esa atención también viene desde hace 500 años. Escuelas, hospitales, solidaridad, promoción humana, liberación, atención en los desastres, etc. Esa hermosa tarea se llama Pastoral Social. Nos proponemos aquí reunir y resumir lo que el Documento dice en relación a la trágica situación de los pobres y de los mal heridos.

El tema de la Pastoral Social fue tratado con mucha atención y profundidad en la Conferencia de Aparecida y esa preocupación quedó reflejada adecuadamente en el Documento Conclusivo¹, particularmente en el Capítulo VIII, titulado “Reino de Dios y Promoción de la Divinidad Humana” (DA 380-430). También se puede leer con provecho el Capítulo II sobre la realidad sociocultural, económica y sociopolítica de nuestro Continente (DA 43-97).

1. Pastoral Social / Caritas

Las reflexiones del *Documento de Aparecida* (DA), por una parte, reflejan la historia y la experiencia de la Pastoral Social en el Continente y, por otra, le proporcionan un fundamento teológico más explícito, prioridades y propuestas concretas².

¹ El Documento Final de Aparecida tiene el subtítulo de “Documento Conclusivo”. Nosotros, aquí en este artículo, lo citaremos siempre como *Documento de Aparecida* (DA).

² Muchas personas valoramos estos textos positivos del Documento Conclusivo. En este artículo se escogen aquellos que reflejan y actualizan la tradición de Medellín y de Puebla. Pero, el Documento no está exento de ambigüedad. Hay otros textos que no reflejan esa tradición y que corresponden a otras corrientes teológicas presentes en la Iglesia del Continente. También existe una gran preocupación por algunos cambios realizados, al parecer por alguna “instancia romana” en el Documento aprobado por los obispos en Aparecida. Esto ha sido especialmente notorio y grave en el tema de la Comunidades Eclesiales de Base, que fue profundamente alterado respecto al texto original.

Poco antes de la Conferencia de Aparecida se había realizado en Haití, del 19 al 24 de marzo, el XVI Congreso Latinoamericano y Caribeño de Caritas y el III Encuentro Continental de Pastoral Social / Caritas para promover “una América incluyente y solidaria”. Después de Aparecida se reunió en Roma del 3 al 9 de Junio de 2007, la XVIII Asamblea General de Caritas Internacional con el tema “Testigos de la Caridad para Construir la Paz”.

Ambos acontecimientos expresan la fuerza, organización y vitalidad de la Pastoral Social y la renovada imagen y acción de Caritas. Esos acontecimientos y la Conferencia de Aparecida se complementan y se enriquecen mutuamente.

La Pastoral Social o las “pastorales sociales”, según los países, aseguran eficazmente la presencia y el servicio de la Iglesia al mundo y a la sociedad para “participar activamente en el proceso de transformación de la realidad sufriente de nuestros pueblos” (Declaración de Haití, N° 5). Caritas ha experimentado una gran transformación en los últimos años. Pasó de ser una Organización para distribuir alimentos a una Institución promocional y de desarrollo. Hoy día se identifica más y más con la Pastoral Social, conservando características especiales y algunas tareas propias. Ambas instituciones han cumplido abundantemente tareas de misericordia y de justicia para atender a los “heridos” de los caminos.

2. Fundamentos Teológicos

El capítulo VIII del DA es uno de los más interesantes de todo el Documento, pues recoge algunos temas de la tradición de Medellín y Puebla, como la opción por los pobres y los “rostros sufrientes” y propone orientaciones muy actualizadas para la Pastoral Social.

A continuación presentamos algunos textos del Documento con reflexiones teológicas que invitan a ir más allá de la ayuda y del asistencialismo y que constituyen un sólido fundamento para la acción social y caritativa. No es suficiente, como

el buen samaritano, “curar las heridas”. Hay que buscar el sentido de la vida, la voluntad de Dios y el proyecto de Jesús para la sociedad.

Lectura Cristiana de la realidad

Un aporte fundamental del DA ha sido reincorporar el método teológico y pedagógico del ver, juzgar y actuar. El texto lo señala expresamente: “En continuidad con las anteriores Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, este Documento hace uso del método ver, juzgar y actuar” (DA 19).

Seguramente por esta razón, Aparecida recomienda partir de la realidad para proyectar y planificar la Pastoral Social: “Con la ayuda de distintas instancias y organizaciones, la Iglesia puede hacer una permanente lectura cristiana y una aproximación pastoral a la realidad de nuestro Continente, aprovechando, el rico patrimonio de la Doctrina Social de la Iglesia” (DA 403). Antes de cualquier decisión para fijar prioridades y planificar la acción de la Pastoral Social hay que realizar primero “una lectura cristiana de la realidad”. Esto es muy importante pues hasta hace poco la acción social se confundía con actividades paternalistas y asistencialistas. Es necesario tener primero una visión de conjunto, un conocimiento de las causas de los problemas y solamente después se puede realizar “una aproximación pastoral”. Preguntarse por que hay “asaltantes” en los caminos de la vida de los pobres.

Iglesia y reino de Dios

El tema de la Pastoral Social está incluido, como hemos dicho, dentro del capítulo sobre el Reino de Dios y la Promoción de la Dignidad Humana. Este es otro aspecto positivo del Documento: recuperar el tema teológico del Reino de Dios, un aspecto central en la predicación de Jesús y en la tradición teológico-pastoral de América Latina y el Caribe. Citando un texto clásico de San Marcos, el Documento nos dice que Jesús “nos sigue llamando como discípulos misioneros y nos interpela a orientar toda nuestra vida desde la realidad transformadora del Reino de Dios que se hace presente en

Jesús" (DA 382)³. También hoy día Jesús sigue llamando a los que trabajan en la Pastoral Social.

La eclesiología del Concilio Vaticano II, incorporada por Medellín, es reinocéntrica más que eclesiocéntrica. Para comprender la misión de la Iglesia hay que situarla en relación al Reino de Dios y al mundo. La Iglesia no existe para servirse a sí misma, sino para ser signo e instrumento del Reino de Dios en medio del mundo. La Pastoral Social es una de las maneras privilegiadas del hacer presente el servicio de la Iglesia al mundo, sin diferencias de credos ni de comunidades eclesiales.

La opción por los pobres

La Pastoral Social siempre ha estado relacionada con los que sufren, con los pobres. El tema de la opción por los pobres es fundamental para apreciar la identidad de la Iglesia de América Latina y el Caribe. Aparecida, a pesar de algunos temores previos, confirmó esa opción. Dice: "Nos comprometemos a trabajar para que nuestra Iglesia Latinoamericana y Caribeña siga siendo, con mayor ahínco, compañera de camino de nuestros hermanos más pobres, incluso hasta el martirio. Hoy queremos ratificar y potenciar la opción del amor preferencial por los pobres hecha en las Conferencia anteriores" (DA 396).

Esta reafirmación fue enriquecida con el aporte de Benedicto XVI en su discurso inaugural y que fue recogido en el Documento: "Por eso la opción preferencial por los pobres esta implícita en la fe crisitológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza. Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo, el Dios hecho hombre que se ha hecho nuestro hermano" (Hb 2,11-12) (DA 392). En otro texto muy hermoso, el Documento dice: "Todo lo que tenga que ver con Cristo tiene que ver

³ Lamentablemente en algunos números, el Documento no es consecuente con esta interpretación de la expresión Reino de Dios, tan central en la predicación y en la práctica de Jesús. Por ejemplo, no señala que en Jesús, la prioridad del Reino es para los pobres, y que para conseguir entrar al Reino de Dios hay muchos conflictos.

con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo" (DA 393). El herido en el camino de Jerusalén a Jericó y los heridos en los caminos de hoy son también el rostro de Cristo sufriente⁴.

La Pastoral social no es una actividad optativa que se pueda realizar o no. Es una característica distintiva del cristiano. "El servicio de la caridad de la Iglesia entre los pobres es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral" (DA 394).

3. Prioridades Pastorales

En el Documento podemos descubrir la mente de los Obispos y otros participantes al proponer sus reflexiones y conclusiones. Aquí solamente proponemos un cierto orden, pero todo basado en los textos del Documento Conclusivo.

Evangelización, Liberación y Promoción Humana

El Documento de Aparecida retoma y reafirma la gran tradición de Medellín, Evangelii Nuntiandi y Puebla. No se puede separar la Evangelización de la Promoción Humana. Están íntimamente relacionadas. Siguiendo a Benedicto XVI, el Documento señala: "Asumiendo, con nueva fuerza esta opción por los pobres ponemos de manifiesto que todo proceso evangelizador implica la promoción humana y la autentica liberación sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad" (DA 399). Esta palabra "liberación", tan incomprendida y muchas veces criticada, es reintroducida con nueva fuerza en el Magisterio episcopal de nuestros obispos.

⁴ Curiosamente en la redacción del Documento aprobada por Roma se incluyó un texto que no estaba en el Documento original aprobado por los Obispos al final de la Conferencia. El texto, incluido en el N° 392, es el siguiente, hablando de la opción por los pobres: "Ella, sin embargo, no es exclusiva ni excluyente". Esta afirmación ha sido utilizada muchas veces en los últimos años para desvirtuar y disminuir la fuerza y la obligatoriedad de la opción evangélica por los pobres, que muchas veces incluye oposición y contradicción con los ricos.

La verdadera promoción humana no puede reducirse a aspectos particulares. “Debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y todo el hombre, desde la vida nueva en Cristo que transforma a la persona de tal manera que la hace sujeto de su propio desarrollo” (DA 399).

La razón fundamental para defender la dignidad de la persona humana es su condición de creatura de Dios. “La mirada cristiana sobre el ser humano permite percibir su valor que trasciende todo el universo; Dios nos ha mostrado de modo insuperable como ama a cada hombre, y con ello le confiere una dignidad infinita” (DA 388).

Globalizar la solidaridad

Aparecida describe con acierto que la globalización es el hecho mayor del mundo en este momento. En el capítulo II hace un análisis adecuado de este fenómeno mundial, a pesar que no profundiza en la influencia de la ideología individualista neoliberal como su componente esencial.

Se destacan algunos aspectos positivos, pero inmediatamente se señalan algunas consecuencias negativas y se hace un llamado a la solidaridad. Siguiendo a Benedicto XVI señala que la globalización “comporta el riesgo de los grandes monopolios y de convertir el lucro en valor supremo” (DA 60). También se dice que la globalización “sigue una dinámica de concentración de poder y de riquezas en manos de pocos, no sólo de los recursos físicos y monetarios, sino sobre todo de la información y de los recursos humanos, lo que produce la exclusión de todos aquellos no suficientemente capacitados e informados, aumentando las desigualdades que marcan tristemente nuestro continente y que mantienen en la pobreza a una multitud de personas” (DA 62).

Frente a estos aspectos negativos se invita a los cristianos y por lo tanto a la Pastoral Social a reaccionar positivamente: “Por ello, frente a esta forma de globalización sentimos un fuerte llamado para promover una globalización diferente que esté marcada por la solidaridad, por la justicia y por el respeto a los derechos humanos, haciendo de América Latina y del

Caribe no solo el Continente de la esperanza, sino también el Continente del amor, como lo propuso SS. Benedicto XVI en el Discurso Inaugural de esta Conferencia” (DA 64).

Vincular la economía con la ética

Hay consenso en que una de las causas fundamentales de la pobreza y las injusticias está en desvirtuar la finalidad de la actividad económica, o de la economía en general. En lugar de estar al servicio de la sociedad y de la comunidad, se transforma en una fuente de lucro y de ganancias para un número cada vez más reducido de personas y empresas. Hay un clamor universal de regular la economía y de ponerla al servicio del bien común. Este marco regulatorio sólo puede ser inspirado por los criterios humanistas éticos y la ética cristiana.

Aparecida no podía dejar de proponer “una justa regulación de la economía, finanzas y comercio mundial” (DA 406, c). Más concretamente sugiere como tarea, especialmente para los laicos: “Formar en la ética cristiana que pone como desafío el logro del bien común, la creación de oportunidades para todos, la lucha contra la corrupción, la vigencia de los derechos laborales y sindicales” (DA 406, b).

En el Capítulo II cuando se habla de la situación económica del Continente y citando de nuevo a Benedicto XVI propone una gran tarea: “Como en todos los campos de la actividad humana, la globalización debe regirse también por la ética, poniendo todo al servicio de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios (DA 60).

4. Propuestas Concretas

Denunciar las estructuras injustas

La Iglesia, a lo largo de toda la historia ha desarrollado una labor admirable al servicio de los pobres. Los primeros hospitales, escuelas y orfanatos fueron creados y mantenidos por la Iglesia. Los cristianos siempre han tenido misericordia por las personas “heridas y asaltadas” en los caminos. Muchos santos fueron apóstoles de la caridad. Como el buen

samaritano se dedicaron a socorrer las necesidades de los “heridos”, a llevarlos a lugares de refugio y de asistencia y a buscar soluciones transitorias para curarlos totalmente.

Pero, en general, la “caridad” fue entendida como compasión, beneficencia, acogida, limosna. Solamente en lo siglos XIX y XX surgió con fuerza el tema de la justicia y la búsqueda de las causas de la pobreza. Entre nosotros, la Conferencia de Puebla destacó esta verdadera conquista de la reflexión teológico-pastoral y de la Doctrina Social de la Iglesia: “Al analizar más a fondo esta situación, descubrimos que esta pobreza no es casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya otras causas de la miseria”. Luego agrega: “Esta realidad (pobreza) exige, pues conversión personal y cambios profundos de las estructuras que respondan a las legítimas aspiraciones del pueblo hacia una verdadera justicia social” (DP 30).

Aparecida, siguiendo otra vez a Benedicto XVI, expresó con fuerza este análisis estructural indicado en su Discurso Inaugural: “En este contexto es inevitable hablar del problema de la estructuras, sobre todo de las que crean injusticia. En realidad las estructuras justas son una condición sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad” (DI 4).

El Documento Conclusivo invita con insistencia: “Urge crear estructuras que consoliden un orden social, económico y político en el que no haya inequidad y donde haya posibilidades para todos. Igualmente, se requieren nuevas estructuras que promuevan una autentica convivencia humana, que impidan la prepotencia de algunos y faciliten el diálogo constructivo para los necesarios consensos sociales” (DA 384).

Las personas que ahora son “asaltadas” y “heridas” en los caminos son víctimas de las estructuras injustas que producen pobreza, injusticia y marginación. En tiempo de Jesús no se hablaba de globalización, pero ya había estructuras injustas y representantes de organizaciones opresoras del pueblo pobre. Algunos ejemplos eran los soldados del imperio romano y algunos funcionarios del templo que cobraban impuestos excesivos.

Identificar los Nuevos rostros sufrientes

Uno de los textos más hermosos de Puebla es el de los “rostros sufrientes de Cristo” donde se propone una lista de aquellas personas afectadas por distintas formas de pobreza (DP 31-39). Eran los “heridos” en los caminos de la vida en el año 1979.

El *Documento de Aparecida*, retoma esa impactante expresión e invita a los cristianos y en particular a la Pastoral Social a reconocer los nuevos “rostros” de los que han sido “asaltados” y están medio muertos en las encrucijadas de la injusticia, la miseria y la exclusión en el año 2007, al inicio del tercer milenio. “Si esta opción está implícita en la fe Cristológica, los cristianos, como discípulos y misioneros estamos llamados a contemplar en los rostros sufrientes de nuestros hermanos, el rostro de Cristo que nos llama a servirlo en ellos: Los rostros sufrientes de los pobres son rostros sufrientes de Cristo. Ellos interpelan el núcleo de obrar de la Iglesia, de la Pastoral y de nuestras actitudes cristianas” (DA 393).

Antes, en el capítulo II había propuesto una larga lista de los nuevos rostros sufrientes. Entre ellos citamos: “Esto nos debería llevar a contemplar los nuevos rostros de quienes sufren. Entre ellos están las comunidades indígenas y afro descendientes, que en muchas ocasiones no son tratadas con dignidad e igualdad de condiciones; muchas mujeres que son excluidas, en razón de su sexo, raza o situación socioeconómica; jóvenes que reciben una educación de baja calidad y no tienen oportunidades de progresar en sus estudios ni de entrar en el mercado del trabajo para desarrollarse y construir una familia; muchos pobres, desempleados, migrantes, desplazados, campesinos sin tierra, quienes buscan sobrevivir en la economía informal; niños y niñas sometidos a la prostitución infantil, ligada muchas veces al turismo sexual; también los niños víctimas del aborto” (DA 65).

En el Capítulo VIII sobre Pastoral Social se dedica mayor atención a algunos “rostros sufrientes que nos duelen” y se

enumeran los siguientes: personas que viven en la calle en las grandes urbes, migrantes, enfermos, adictos dependientes y detenidos en las cárceles (DA 407 - 430).

Pero hay algo muy novedoso a este respecto. Aparecida no sólo se conduele con los “heridos” de los caminos y no sólo se propone acompañarlos y ayudarlos. Los invita a que ellos se ayuden así mismos. “De nuestra fe en Cristo brota... el permanente acompañamiento en sus esfuerzos por ser sujetos de cambio y transformación de su situación” (DA 393).

Incidencia social y política

En la Pastoral Social y en Caritas se ha popularizado un concepto de gran importancia, la incidencia o influencia entre los responsables de dictar leyes y de impulsar políticas públicas a favor de los “asaltados” de los caminos de América. Aparecida confirma esa tarea e impulsa nuevas propuestas. En primer lugar dice que no basta la caridad privada o individual. La Pastoral Social debe pasar a la acción: “En esta época suele suceder que defendemos demasiados nuestros espacios de privacidad y de disfrute, y nos dejamos contagiar fácilmente por el consumismo individualista. Por eso nuestra opción por los pobres corre el riesgo de quedarse en un plano teórico o meramente emotivo, sin verdadera incidencia en nuestros comportamientos y en nuestras decisiones. Es necesaria una actitud permanente que se manifieste en opciones y gestos concretos, y evite toda actitud paternalista” (DA 397).

El Documento propone que la Pastoral Social se haga presente, haga contactos, influencie positivamente en las instituciones, nacionales e internacionales donde está en juego la dignidad de la persona y la situación injusta de los pobres.

Entre esas tareas se enumeran las siguientes:

- “Asumir evangélicamente y desde la perspectiva del Reino las tareas prioritarias que contribuyen a la dignificación de todo ser humano. Y a trabajar juntos con los demás ciudadanos en bien del ser humano” (DA 384).

- Por una parte es importante que “socorramos las necesidades urgentes, al mismo tiempo que colaboremos con otros organismos e instituciones para organizar estructuras más justas en los ámbitos nacionales e internacionales” (DA 84).
- “En esta tarea y con creatividad pastoral, se deben diseñar acciones concretas que tengan incidencia en los estados para la aprobación de políticas sociales y económicas que atiendan las variadas necesidades de la población y que conduzcan hacia un desarrollo sostenible” (DA 403).
- “La Iglesia en América Latina y en el Caribe siente que tiene una responsabilidad en formar a los cristianos y sensibilizarlos respecto a grandes cuestiones de la justicia internacional. Por ello, tanto los pastores como los constructores de la sociedad tienen que estar atentos a los debates y normas internacionales sobre la materia” (DA 406).
- “Apoyar la participación de la sociedad civil para la reorientación y consiguiente rehabilitación ética de la política. Por ello, son muy importantes los espacios de participación de la sociedad civil para la vigencia de la Democracia, una verdadera economía solidaria y un desarrollo integral, solidario y sustentable” (DA 406, a).
- “Examinar atentamente los tratados intergubernamentales y otras negociaciones respecto del libre comercio. La Iglesia del país latinoamericano implicado, a la luz de un balance de todos los factores que están en juego, tiene que encontrar los caminos más eficaces para alertar a los responsables políticos y a la opinión pública acerca de las eventuales consecuencias negativas que pueden afectar a los sectores más desprotegidos y vulnerables de la población” (DA 406, d).
- “Llamar a todos los hombres y mujeres de buena voluntad a poner en práctica principios fundamentales como el bien común (la casa es de todos)” (DA 406, e). Aquí hay una alusión al tema del cuidado del medio ambiente que

había sido expresado con mayor fuerza cuando analizó el tema de la biodiversidad, ecología, Amazonía y Antártida (DA 83-87).

- Finalmente hay un llamado al ecumenismo en la Pastoral Social: “En esta actividad a favor de la vida de nuestros pueblos, la Iglesia católica apoya la colaboración mutua con otras comunidades cristianas” (DA 401).

5. Hacia una renovada Pastoral Social

Finalmente el *Documento de Aparecida* hace un llamado a que la Iglesia entera del Continente impulse una Pastoral Social renovada que, entre otras cosas, incluye:

- “Queremos, por tanto, desde nuestra condición de discípulos y misioneros impulsar nuestros planes pastorales, a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia, el Evangelio de la vida y la solidaridad” (DA 400).
- Queremos además “promover caminos eclesiales más efectivos, con la preparación y compromiso de los laicos para intervenir en los asuntos sociales” (DA 400).
- Como un resumen o como una síntesis señala las características generales de una Pastoral Social capaz de responder a las necesidades y urgencia de los “heridos” por la economía de nuestros países: “Las Conferencias Episcopales y las Iglesias locales tienen la misión de promover renovados esfuerzos para fortalecer una Pastoral Social estructurada, orgánica e integral que con la asistencia, la promoción humana, se haga presente en las nuevas realidades de exclusión y marginación que viven los grupos más vulnerables, donde la vida está amenazada” (DA 401).

6. Vete y haz tú lo mismo

En la parábola del buen samaritano, Jesús le dice al doctor de la ley, que le preguntaba sobre el prójimo que saque él mismo sus propias consecuencias. Concluye la conversación diciéndole: “Vete y haz tú lo mismo”. Algo semejante nos

dice Jesús en Aparecida. A todos los cristianos, hombres y mujeres de América Latina y el Caribe nos repite: “Vayan ustedes y hagan lo mismo”. Busquen los “asaltados”, sanen sus heridas, llévenlos a lugares de acogida. Pero también identifiquen a los asaltantes, a los responsables de las heridas de nuestro tiempo. A esas personas, ámenlas con el amor de Jesús, denúncienlas e invítenlas a la conversión.

Repitamos nosotros con devoción y valentía: “Amén. Ven Señor Jesús” (Ap. 22,20).



Ecumenismo y diálogo interreligioso

Paulo Suess*

Aparecida no creó un nuevo paradigma ecuménico. Sigue las líneas maestras del Vaticano II y asume el magisterio latinoamericano y caribeño sistematizado en las conferencias anteriores. Los temas fundamentales del *Documento de Aparecida* (DA)¹ están dentro de una tradición y de un contexto. Deben ser interpretados a la luz del Vaticano II y del magisterio latinoamericano y caribeño y situados en la realidad sociocultural e histórica de nuestros pueblos, sobre todo de los pobres. La opción por los pobres, confirmada en Aparecida, tiene también un impacto sobre el ecumenismo y el diálogo interreligioso.

* Sacerdote diocesano, doctor en teología fundamental. Trabajó en la Amazonía y a partir de 1979 ejerció el cargo de Secretario General del Consejo Indigenista Misionero (CIMI). En 1987 fundó el Departamento de Posgrados en Misionología en Sao Paulo. Entre 2000 y 2004 fue Presidente de la Asociación Internacional de Misiones (IAM). Actualmente es asesor teológico del CIMI y profesor de posgrados en el Instituto de Estudios Superiores de Sao Paulo / ITESP. Entre sus publicaciones: “A Conquista Espiritual da América Espanhola” (Vozes, Petrópolis, 1992; Abya Yala, Quito, 2002); “Evangelizar desde los Proyectos Históricos de los Otros” (Vozes, Petrópolis, 1995; Quito, Abya Yala, 1995); “Travessia com esperança” (Petrópolis, Vozes, 2001/2003); “Introdução à Teologia da missão” (Petrópolis, Vozes, 2007; Quito, Abya Yala 2007).

¹ Las referencias al DA estarán entre corchetes [].

1. Ecumenismo

El ecumenismo tiene sus orígenes en el deseo de unidad de Jesús. Él pidió al Padre que sus discípulos misioneros “sean uno” (Jn 17,21; [227], cf. SD 132), para que el Evangelio del Reino sea proclamado en todo el Universo, en toda *oikumêne* (Mt 24,14). El movimiento ecuménico está esencialmente ligado a la naturaleza de la Iglesia, a su naturaleza apostólica, misionera, comunitaria y universal.

En los últimos cuarenta años el magisterio latinoamericano y caribeño y la práctica pastoral de la Iglesia Católica han insistido en el diálogo ecuménico. Aparecida no necesitaba repetir lo que Medellín (II/26, III/20, IV/19d, V/19, VIII/11, IX/14), Puebla (108, 1008, 1096s, 1107s., 1114s., 1118-1122, 1124, 1127, 1161) y Santo Domingo (132s., 135) sintetizaron. En los documentos, el ecumenismo está definido y asumido. La relación fraterna entre todos aquellos que adoran a Dios como Padre y “que fueron regenerados por el bautismo” [228] no es algo optativo entre especialistas, sino que es “irreversible”² e “irrenunciable para el discípulo y misionero”. Lo contrario sería y es un “escándalo, un pecado y un atraso del cumplimiento del deseo de Cristo” [227] (cf. UR 1, SD 132).

Las grandes rupturas entre los cristianos, entre Oriente y Occidente en el siglo XI, y principalmente la ruptura en el interior del Occidente en el siglo XVI, con sus consecuencias de acusaciones recíprocas y guerras religiosas, no permitieron que el cristianismo sirviera más de base común a la unidad de la sociedad y de los imperios. Para restablecer y mantener la paz era necesario excluir, neutralizar y privatizar la cuestión religiosa y librarse de las querellas internas del cristianismo. Entre las fracturas del cristianismo y la secularización existe un vínculo causal.

Esa privatización, sin embargo, no fue posible en todos los ámbitos sociales (matrimonio, escuela, legislación

² *Ut unum sint* 3.

sobre cuestiones éticas). Fue necesario buscar consensos sobrepuestos, sin dejar de lado la separación entre Iglesia y Estado. Nuevos denominadores comunes secularizados, como la razón, la Ley Natural, los derechos humanos y la democracia como base de un Estado constitucional, impusieron sus lógicas propias y sus horizontes autónomos. Por el Vaticano II, la Iglesia hizo las paces con ese mundo secularizado y reconoció su autonomía (GS 36b, 41c, 55, 56f, 59c, 76c).

Los procesos históricos son irreversibles. Las rupturas dentro del cristianismo no sólo contribuyeron a la separación entre Iglesia y Estado y a la secularización del mundo. Contribuyeron igualmente a una mejor comprensión de la presencia eclesial en el mundo. Hoy, el movimiento ecuménico busca la “reintegración de la unidad entre todos los cristianos” (UR 1), pero no el restablecimiento de la confusión entre la esfera pública y la religiosa bajo el dominio de las iglesias. El movimiento ecuménico no puede ser considerado un movimiento para la reconstrucción de una cristiandad ecuménica en la cual las diferentes iglesias y comunidades eclesiales conformarían un nuevo bloque hegemónico. Por tanto, la unidad de las iglesias, que responde a la oración de Jesús que es una orden para los cristianos, tiene como finalidad la coherencia con el Evangelio y la relevancia de la humanidad.

El movimiento ecuménico nació, en el inicio del siglo XX, en los antiguos territorios misioneros³. La misión, que niega la fuerza salvífica al cristianismo de las otras confesiones y denominaciones, que hace proselitismo y predica de una manera fundamentalista el Evangelio considerando hereje o anticristiano al representante de otra denominación, carece de credibilidad.

³ Ver Puebla 1114; cf. *Unitatis redintegratio* 1. A veces, la Conferencia Mundial sobre Misión y Evangelización, de Edimburgo 1910, es considerada el inicio del movimiento ecuménico de las iglesias de la Reforma. En Edimburgo aún no participaron delegados de la Iglesia Católica, de la Iglesia Ortodoxa y de las iglesias evangélicas de América Latina y el Caribe.

La unidad de los discípulos misioneros presupone pluralidad. Su unidad es unidad y “comunidad en el Espíritu Santo” (2Cor 13,13), en lo plural de los dones, las vocaciones y los significados históricos [155]. El Espíritu Santo es no solamente el protagonista de la misión, es asimismo el promotor de la unidad en la diversidad de las culturas y del diálogo ecuménico a partir de un credo trinitario común con sus desdoblamientos históricos diferenciados. Con el Vaticano II, también Aparecida reconoció “la acción del Espíritu Santo en el movimiento por la unidad de los cristianos” [231].

Guiado por el Espíritu Santo, el movimiento ecuménico produjo muchos frutos: “favorece la estima recíproca, convoca a la escucha común de la palabra de Dios y llama a la conversión a los que se declaran discípulos y misioneros de Jesucristo” [232]. Donde existe el diálogo ecuménico, “disminuye el proselitismo, crece el conocimiento recíproco, el respeto y se abren posibilidades de testimonio común” [233]. El ecumenismo nos hace “recuperar en nuestras comunidades el sentido del compromiso del Bautismo” [228], suscita “nuevas formas de discipulado y misión en comunión” [233] e inspira la colaboración en el campo social [99g].

El credo común de la fe cristiana “en Dios uno y trino, en el Hijo de Dios encarnado, Redentor y Señor nuestro”, nos permite dar “testimonio de nuestra esperanza” al mundo y nuestra

...cooperación en el problema social... La cooperación de todos los cristianos expresa de una manera viva la unión con la que ya entre sí están unidos y hace más patente el rostro de Cristo Servidor (UR 12).

Aquí están ancladas la responsabilidad y la opción por los pobres que el Papa Benedicto XVI confirmó en su Discurso Inaugural (DI) de la V Conferencia:

...la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Co 8,9) (DI 3).

La articulación cristológica y, en su consecuencia, trinitaria de la opción por los pobres, hace de esa opción y de sus

desdoblamientos concretos en la responsabilidad por ellos un imperativo central de la pastoral misionera y macroecuménica. En la medida en que profundicemos la opción por los pobres, profundizaremos la unidad ecuménica. Por el amor de Dios y por el amor a los pobres debemos avanzar en el diálogo ecuménico.

Los participantes del diálogo ecuménico sólo pueden avanzar en dirección a la unidad a partir de su identidad eclesial. Los individuos podrían avanzar con más rapidez. Las comunidades son más lentas. Ciertamente “la eclesiología de comunión” que, según el DA, nos “conduce al diálogo ecuménico” [227] es además “eclesiología del Pueblo de Dios”. La unidad de los fieles y de las Iglesias Particulares es unidad en el interior de la diversidad del Pueblo de Dios, que “se sustenta en la comunión con la Trinidad” [155]. Un pueblo o grupo social es siempre más dinámico de lo que el concepto abstracto de su comunión pueda retratar.

Por otra parte, en la verdad central de nuestra fe trinitaria, los cristianos de las diversas denominaciones ya están bastante unidos. Una de esas verdades centrales que permiten articular Dios, los pobres y los cristianos, es la revelación de Dios en los pobres (Suess, 2007: 45-48). En otras cuestiones —en la comprensión de los ministerios y de los sacramentos, por ejemplo—, tendremos todavía que caminar más lejos, caminar como el profeta Elías, “cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el Horeb” (1Rs 19,8).

El diálogo ecuménico, según el DA, no se ha desarrollado aún a la altura de las exigencias pastorales [99g]. Un obstáculo puede ser la convivencia con grupos fundamentalistas que “atacan a la Iglesia Católica con insistencia” [100g]. Es importante participar de organismos ecuménicos en todos los niveles de la vida eclesial⁴. Unos proveen, otros exigen una

⁴ Algunas instituciones con larga tradición ecuménica: CESEP (Centro Ecuménico de Servicios a la Evangelización y Educación Popular; www.cesep.org.br), CONIC (Consejo Nacional de Iglesias Cristianas del Brasil; www.conic.org.br), CESE (Coordinadora Ecuménica de Servicios; www.cese.org.br), Koinonía (Presencia Ecuménica y Servicio; www.koinonia.org.br), IAMS (International Association for Mission Studies/Asociación Internacional de Estudios Misionológicos; www.missionstudies.org).

buena preparación para el diálogo ecuménico [232]. Además de las “escuelas de ecumenismo” ya existentes, “necesitamos más agentes de diálogo y mejor calificados” [231], con una gran sensibilidad pastoral.

El mandato evangélico de la unidad de los discípulos y las discípulas está fundamentado en la estructura trinitaria de nuestra fe y de nuestra pertenencia a la Iglesia de Jesucristo, que es más amplia que la suma de las iglesias o denominaciones que surgieron en el transcurso de la historia.

En nombre de la Santísima Trinidad, por medio del bautismo, fuimos iniciados en la comunidad eclesial. Por eso, “el magisterio”, nos recuerda Aparecida,

...insiste en el carácter trinitario y bautismal del esfuerzo ecuménico, donde el diálogo emerge como actitud espiritual y práctica, en un camino de conversión y reconciliación [228].

La unidad de los cristianos será fruto del amor que históricamente crece “para que Dios sea todo en todos” (1Cor 15,28), en la plenitud escatológica.

2. Diálogo interreligioso

La finalidad del movimiento ecuménico no es la solución de todas las cuestiones disputadas, sino la concretización del Evangelio en medio de los pobres. Si la Iglesia es la “casa de los pobres” [8, 224], entonces la palabra griega *oikuméne* (οἰκουμένη), que el Nuevo Testamento tomó prestada del mundo cultural de la época y que está en la raíz de la palabra *ecuménico* o *ecumenismo*, puede ser traducida como “mundo”, por tanto como casa de convivencia de todos, y como “Universo”. El Universo es la casa de Dios y la casa de convivencia de toda la humanidad (cf. Mt 24,14; Hch 17,31; Hb 2,5).

El ecumenismo, clásicamente pensado como movimiento por la unidad de los cristianos, puede y debe siempre ser pensado como macroecumenismo del diálogo interreligioso que apunta a la unidad de toda la humanidad. Unidad significa aquí convivencia en la diversidad de las culturas, religiones

y visiones del mundo. Esa unidad, por tener como base la creación del ser humano según la imagen y semejanza de Dios, protege a las personas contra cualquier discriminación racial, religiosa o de género [cf. 97; 533].

El mundo descontextualizado por la globalización económica y cultural y los mundos contextualizados de nuestras comunidades, muestran que antiguas fronteras cayeron. Donde existían muros de identidades cerradas, hoy se observan arbustos que permiten la comunicación más allá del territorio, que marcan y generan crisis de identidad. La mirada macroscópica de la cosmología y la observación microscópica de las ciencias confirman esa desaparición de fronteras. Vivimos en un tiempo en que todo conocimiento es influenciado por el conocimiento de una vecindad global; estamos en un mundo en “que ningún conocimiento es completamente autónomo” [124].

Hoy el diálogo es constitutivo para la comprensión de sí mismo y de los otros. Tampoco el conocimiento religioso es autónomo. Depende de mediaciones sociales, históricas, culturales, económicas y políticas, que condicionan la comprensión de la experiencia religiosa y la práctica de la fe. Esas mediaciones son formas de diálogo interpersonales e interdisciplinarias. En ese diálogo amplio de comprensiones incompletas e históricamente situadas de los misterios divinos y humanos se inserta el diálogo interreligioso. Teológicamente comprendido, el diálogo no es instrumento para construir la verdad, sino para aproximarse con y más allá de Jesús de Nazaret. La aproximación interdisciplinaria y comunitaria a los misterios de la vida y de la fe es más profunda y abarcadora que una aproximación solitaria y cerrada dentro de una sola disciplina. Ningún grupo humano puede afirmar que tiene acceso a la totalidad de la verdad.

Al admitir que ningún conocimiento es completo, Aparecida sitúa el diálogo interreligioso en un territorio donde se antepone una comprensión incompleta de cada participante del diálogo a la convicción de una práctica religiosa propia entre cristianos y no cristianos, que confiere a los participantes del diálogo su identidad religiosa. Se debe distinguir entre

el diálogo interreligioso, el diálogo con los no creyentes y el diálogo ecuménico, que es un terreno más familiar a los cristianos [cf. 232]. De igual modo, según Aparecida, se debe “invertir en el conocimiento de las religiones, en el discernimiento teológico-pastoral y en la formación de agentes competentes para el diálogo interreligioso” [238], en particular para el diálogo con las religiones monoteístas [237].

En la realidad pastoral podemos partir del presupuesto que, de antemano, nadie quiere cambiar su religión por otra y nadie habla con el otro para convertirlo. Ni el judío quiere ser cristiano, ni el cristiano, musulmán o judío. Siguiendo las orientaciones del Concilio (cf. *Lumen gentium* 16), Aparecida reafirma que:

Por el soplo del Espíritu Santo y otros medios de Dios conocidos, la gracia de Cristo puede alcanzar a todos los que Él redimió, más allá de la comunidad eclesial [236].

En la convivencia cotidiana todos se respetan recíprocamente y tienen el derecho de vivir y comunicar sus convicciones unos a los otros. En ese diálogo se halla incrustada una confesión de la propia fe y su anuncio. Este anuncio hace parte de la necesidad de hablar de aquello que da sentido a nuestra vida y que nos hace crecer.

El diálogo interreligioso... tiene un especial significado en la construcción de la nueva humanidad: abre caminos inéditos de testimonio cristiano, promueve la libertad y dignidad de los pueblos, estimula la colaboración por el bien común, supera la violencia motivada por actitudes religiosas fundamentalistas, educa a la paz y a la convivencia ciudadana... [239].

Puebla ya había recordado el carácter testimonial y respetuoso del diálogo y advertido acerca de “sus exigencias de lealtad e integridad de parte de ambos interlocutores” (Puebla 1114). Lealtad con las convicciones de la propia comunidad religiosa e integridad del contenido representan presupuestos del diálogo. A la preocupación por la misión y el anuncio, que siempre acompaña la reflexión sobre el diálogo interreligioso,

Aparecida responde claramente: el diálogo interreligioso no sustituye la misión ni el anuncio [238]. La misión exige el diálogo y el diálogo “se fundamenta justamente en la misión que Cristo nos confió”; exige “la sabia articulación entre el anuncio y el diálogo como elementos constitutivos de la evangelización” [237].

El diálogo interreligioso, como tal, es una gracia para todos los participantes. Al hablar de la “gracia del diálogo” [238], el DA cita el documento *Diálogo y anuncio*, de 1991, que respalda el espíritu de la *Ecclesiam suam* y de la *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI, de los respectivos documentos del Vaticano II (1962-65) y del significado de las celebraciones interreligiosas de Asís, donde Juan Pablo II

...acentuó la unidad fundamental del género humano, en su origen y en su destino, y el papel de la Iglesia como signo efectivo de esta unidad (cf. *Diálogo y anuncio*, 5,89).

3. “El sentido de la fe” como buen sentido

En el camino de la unidad, que es histórico, podemos retroceder, parar o avanzar. Los documentos de la Iglesia son como cachorritos que corren detrás del caminar de la práctica. Aparecida invoca un nuevo Pentecostés “que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente” [362, cf. 91, 548]. También el ecumenismo y el diálogo interreligioso esperan un nuevo Pentecostés. Sabemos que la unidad y el diálogo, en última instancia, no son obras humanas. Pero tampoco acontecen sin el avance práctico de las comunidades. Unidad y diálogo se presuponen recíprocamente. No hay diálogo sin códigos comunes de comunicación ni unidad sin diálogo. Ellos son, con todo, un “don del Espíritu Santo” [230], un don que envuelve oración, participación y compartir de los involucrados. En sintonía con el Vaticano II, el DA afirma que una de las bases importantes del movimiento ecuménico es la oración y la conversión. En cuestiones de fe, que permiten tantas divergencias, el ecumenismo sociológico del “movimiento” necesita de ese apoyo del “ecumenismo

espiritual" (UR 8 [230]). El ecumenismo, que nace de la oración de Jesús, únicamente es sustentable a través de la oración y conversión de los discípulos [234]. Conversión y reconciliación de los cristianos son los presupuestos del diálogo con las religiones no cristianas.

Siguiendo el Vaticano II, Aparecida llama la atención hacia un "falso irenismo" que se olvida del dinamismo histórico (UR 11a). Se necesita tomar en cuenta "las normas de la Iglesia" [234], presentes en los documentos del Vaticano II y en el Directorio Ecuménico [231]. Celebraciones a-históricas y descontextualizadas que intentan anticipar la unidad, que de hecho no existe, con base en una lengua general (¡latín!) o mezclando elementos de cada denominación y/o religión que participa de la respectiva celebración, hieren, muchas veces, la identidad de personas o grupos involucrados y aumentan la discordia que querían superar. No debemos transformar el *guiliatún* de los mapuches (Chile) en Misa ni en reunión de un partido político. El movimiento ecuménico y el diálogo interreligioso son impulsados por la energía que corre entre los dos polos. En el ecumenismo, es la desunión existente de hecho y la voluntad firme de superarla; en el diálogo interreligioso, se trata de una diferencia que no apunta hacia la unidad, sino hacia la voluntad de comprender y respetarla en su valor salvífico.

El ecumenismo y el diálogo interreligioso con base popular conviven y avanzan, generalmente, con más facilidad que diálogos ecuménicos e interreligiosos más académicos, sin prescindir del soporte científico en esos diálogos. "Sostenido por el Espíritu de la verdad", el pueblo vive en su conjunto y en el cuerpo a cuerpo ecuménico e interreligioso el "sentido de la fe" (LG 12a). Ese "sentido de la fe" es su brújula, su infalibilidad en el acto de la fe, en las situaciones en las cuales se siente desamparado con explicaciones descontextualizadas. El pueblo pobre, que es la base constitutiva de nuestras iglesias, sabe que no todos los caballos de batalla doctrinaria tienen la misma importancia. Sin nunca haber oído, sabe situarse en la "jerarquía de valores" (GS 37a) y en la "jerarquía de verdades" (UR 11c), sin traicionar el propio credo y sin despreciar el ajeno.



Conclusión: María de Guadalupe y de Aparecida

(Religiosidad popular)

*María Cecilia Domezi**

La pequeña ciudad brasileña de Aparecida del Norte¹ se prestó eficientemente para los trabajos en función de la V Conferencia del Episcopado de América Latina y el Caribe. Sus moradores, en su gran mayoría económicamente pobres, están habituados a las multitudes de peregrinos que todos los fines de semana y días feriados, suben y descienden las colinas y recorren sus calles estrechas, siguiendo cada paso del itinerario de su devoción.

La pasarela o puente que une la basílica al antiguo santuario construido por esclavos, como de costumbre recibió un intenso flujo de personas devotas, que inclusive la recorren de rodillas. Y la importancia de la Conferencia no apagó la importancia de las diversas expresiones del catolicismo popular, vivas en esa región del valle del río Paraíba, como

* Doctora en Ciencias de la Religión - PUC de San Paulo, Maestra en Teología Dogmática con especialización en Historia de la Evangelización en América Latina en la Facultad Asunción en San Paulo, realiza también trabajo pastoral con CEBs desde 1979.

¹ Se llama Aparecida del Norte por estar situada al norte del estado de São Paulo.

las tradiciones de los devotos de San Benito y la novena de Santa Rita de Casia, terminadas con fiestas.

Por primera vez, una Conferencia General del Episcopado de este continente se realizó en un santuario de devoción popular. El gigantesco santuario de Aparecida, que no sería nada sin la fuerza simbólica de la pequeña imagen de María presente en su interior, llamaba a la Iglesia de esta región del mundo a ponerse al servicio del santuario de la vida.

Desde los primeros tiempos de la colonización, los miembros de la jerarquía de la Iglesia son interpelados a acoger la Buena Nueva que pasa por la experiencia de fe de hombres y mujeres indígenas, negros, mestizos y empobrecidos, que se hacen sujetos de su liberación integral. La revelación del rostro materno de Dios, a través de María, llama a la Iglesia a desplazarse del centro de poder hacia los lugares sociales relegados a la periferia, donde el Espíritu fecunda los dinamismos culturales que alimentan la resistencia solidaria de los que tienen su vida amenazada. En la perspectiva de María de Guadalupe, la misión de la Iglesia es ponerse al servicio de la lucha por la vida abundante, para todas las personas, con toda la dignidad humana y con la plenitud en Cristo.

1. A los pies de la imagen pequeña y negra

El momento final de la Eucaristía de clausura de la V Conferencia General fue especialmente significativo. En procesión, los representantes de las conferencias episcopales de cada país, con sus respectivas banderas y en los pasos del Pueblo de Dios peregrino, se aproximaron a la imagen de Nuestra Señora de Aparecida y pidieron la bendición a la Madre de Jesús y nuestra Madre. Era importante ponerse a los pies de la imagen-signo, como hacen tantas personas de las mayorías económicamente pobres que constituyen nuestros pueblos. La imagen material es mediación para la esfera simbólica, donde se da la experiencia de Dios.

Este gesto manifestó gran apertura, dadas las dificultades para admitir la realidad de las imágenes de María india y negra.

La expresión: “Junto a la imagen negra de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida”, que estaba al inicio del texto propuesto para el Mensaje a los Pueblos de América Latina y el Caribe, fue modificada a: “Reunidos en el Santuario Nacional de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida en Brasil”.

Por otro lado, fueron fundamentales los esfuerzos para solidarizarse efectivamente con los pueblos indígenas y afroamericanos como “otros” diferentes que exigen respeto y reconocimiento: los indígenas son la población más antigua y están en la raíz primera de la identidad latinoamericana; los afroamericanos son “otra raíz que fue arrancada de África y traída aquí como gente esclavizada” (DA 88, 89).

Frente a la sociedad que, menospreciando su diferencia los condenó a la exclusión, a la pobreza y a graves ataques contra su identidad y sobrevivencia (DA 89, 90), la Iglesia los reconoce como nuevos actores que emergen ahora en su seno y también en el seno de la sociedad; quiere acompañarlos en las luchas por sus derechos; se propone la evangelización inculturada, particularmente en las culturas indígenas y afroamericanas, tomando en cuenta la catolicidad de su cosmovisión, sus valores e identidades particulares, para vivir un nuevo Pentecostés eclesial (DA 75, 89, 91, 112).

Los gestos pueden ir más allá del texto escrito. Insertarse en la manera del catolicismo popular para pedir la bendición a María, “Madre de Dios y Madre de América Latina y del Caribe, estrella de la evangelización renovada, primera discípula y gran misionera de nuestros pueblos” (DA 26), era asimismo confiarle humildemente los temores de ser Iglesia en un mundo en cambio de época, con efervescentes transformaciones, en especial en el campo cultural.

El lenguaje entusiasta del *Documento de Aparecida* esconde esos miedos que, aunque tengan razón de ser, se apoyan en una mentalidad de exclusivismo cristiano. La concepción integral del ser humano, que incluye su relación con el mundo y con Dios, está amenazada de fragmentación, erosión, dilución (DA 38, 44); la misma religiosidad popular

comienza a sufrir erosión en medio de las tendencias por prácticas de devoción fragmentadas, adhesiones selectivas y parciales a las verdades de la fe (DA 38, 12). La defensa de la hegemonía cristiana católica insiste en la búsqueda de un “significado unitario para todo lo que existe”, “una única vocación de sentido”; también hace procurar “recomenzar desde Cristo” (DA 12, 38, 41, 42). Al mismo tiempo, se afirma una Iglesia sintonizada con el Concilio Vaticano II: servidora de la humanidad, promotora de la verdadera libertad y en diálogo con los diferentes. “La sociedad panamazónica es pluriétnica, pluricultural y plurirreligiosa” (DA 86).

En la mantilla de Cuahutlatóac, el sobreviviente azteca místico que abrazó el Evangelio de Jesús con el nombre de Juan Diego, la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe se estampa en el dinamismo de la recomposición de los destrozos de la cultura indígena agredida por el cristianismo colonizador. Desde su núcleo más profundo, que es la experiencia religiosa (cf. DA 39), las personas oprimidas, en el dinamismo de sus culturas, juntan fragmentos de su cosmovisión y los re-significan, componiendo y recomponiendo el sentido unitario mediante un proceso vivo y siempre dinámico. Es así que a través de la pequeña escultura recogida en pedazos por pescadores explotados, ennegrecida y abierta a nuevos significados, María se hizo Aparecida como respuesta de sentido a la lucha de las mayorías que buscan recomponer la vida despedazada por los agentes y beneficiarios del sistema capitalista esclavizante. Con base en las tradiciones de solidaridad de los pobres, hoy se buscan formas alternativas de economía, desde las pequeñas cooperativas de trabajadores y trabajadoras hasta la integración regional en este continente en un empeño por globalizar la justicia (DA 82).

El signo de Guadalupe, siempre presente y renovado en Luján, Copacabana, Caacupé, Aparecida y tantos lugares de los pobres, fue reconocido en la Conferencia de Puebla y reafirmado en la de Aparecida como signo de inculturación (Puebla 15; DA 4). Él hace parte de la tradición propia que la Iglesia de este continente con sus islas desarrolló y mantiene.

En esta tradición están el método que hace sumergirse en la realidad histórica, la misión asumida como liberación integral, la opción preferencial por los pobres y la inculturación del Evangelio. Fue sumamente importante la reafirmación de esta tradición en la V Conferencia, en medio de las incertidumbres provenientes del cambio de época que atravesamos y también en las condiciones de un complejo pluralismo interno de la propia Iglesia.

2. Los peregrinos en el santuario, la Conferencia en el subsuelo, la Tienda de los Mártires en la periferia

El *Documento de Aparecida* muestra una gran atención hacia la religiosidad popular. El papa Benedicto XVI la calificó de “rica y profunda”, “el precioso tesoro de la Iglesia Católica en América Latina” que revela el alma de estos pueblos (DI 1; DA 275). La religiosidad popular se constituye en una de las invocaciones que llamarán a todos los segmentos de esa Iglesia marcadamente plural a la constante conversión y renovación.

La V Conferencia se realizó en el subsuelo del gran santuario, conservando el estilo gregoriano en la liturgia y un tanto preservada de la movilización de los peregrinos que, salvo algunas excepciones, poco o nada sabían de la marcha de los trabajos. La mirada dirigida al mundo de la religiosidad popular desde fuera explica la modificación en el número 282 del Documento. Aquí se habla de la relación afectiva con la cual las personas devotas de nuestros pueblos se identifican con el Cristo sufriente. En la primera redacción se agregaba: “Así lo hemos percibido en el santuario de Aparecida, sobre todo los domingos”. Sin embargo, desde la segunda redacción esta frase fue suprimida.

En la periferia de la ciudad de Aparecida, próxima al puerto que se halla en el recodo del río Paraíba donde los pescadores encontraron la imagen en 1717, una gran tienda blanca llamada Tienda de los Mártires, sin puertas ni ventanas, se mantuvo como presencia constante y actuante de las comunidades eclesiales de base, junto con organizaciones de pastorales

sociales, pastoral de la juventud y minorías proféticas. Allí, en unión de familias pobres moradoras de la vecindad, la Iglesia se hizo evento de salvación en el horizonte del Reino, al servicio de la vida abundante para todas las personas y para la Tierra, nuestra casa común. Bajo la tienda, alrededor de una imagen de Nuestra Señora Aparecida y rodeados por el testimonio de los mártires de la caminada, muchos de los participantes de la Conferencia tuvieron la oportunidad de alimentar su fidelidad a la tradición profética de la Iglesia de esta parte del mundo.

Entre el tono propio de los nuevos movimientos eclesiales, bastante apoyados durante el largo pontificado de Juan Pablo II, y el tipo de Iglesia de los testigos martirizados por causa de su compromiso junto a los movimientos sociales transformadores, fue visible un complejo abanico de diversidad en las maneras de ser Iglesia, pero era común a todos y todas la preocupación por el nuevo *kairos*. Este tiempo oportuno de la gracia liberadora encuentra la persistencia de las estructuras injustas, causantes del agravamiento de los viejos problemas que afectan a nuestros pueblos en los campos económico, social, político, ético. Y, con la globalización del mercado neoliberal, surgen nuevos problemas, no menos preocupantes. La Conferencia tuvo la sensibilidad de retomar, de Puebla, los rostros concretísimos de Jesús en la persona de las víctimas de la desigualdad y del irrespeto a la dignidad humana (DA 65).

La reafirmación de la opción preferencial por los pobres es una reafirmación siempre actualizada: los pobres son sujetos en la caminada de liberación (Medellín y Puebla), poseen sus ricas culturas (Santo Domingo) y tienen su espiritualidad encarnada en el mundo en que viven, que no es inferior a las otras formas de espiritualidad, sino de otra manera (Aparecida).

No obstante, dentro de esta Iglesia hay una diversidad de concepciones de misión que dependen del modo como la Iglesia se sitúa en el mundo. Esta pluralidad de visiones provoca algunos conflictos, sin embargo el Espíritu actúa

en medio de la conflictividad y la hace fértil. En el polo de la comprensión de la misión como servicio a una Iglesia hegemónica se habla de cultura en singular, entendiéndola como cultura cristiana; en el polo de la comprensión de una Iglesia servidora, que abraza la misión en favor de la vida digna para todas las personas y criaturas, en compañía con las organizaciones que luchan en el sentido de la justicia, la cultura es referida en plural y se habla de encarnación del Evangelio en las culturas, o de inculturación².

En la primera redacción del Documento, el tema de la religiosidad popular aparecía en el capítulo 4 con el subtítulo: “La piedad popular como espacio de comunión”. Pero desde la segunda redacción, junto con el desplazamiento al capítulo 6, persistió el cambio de subtítulo a: “La piedad popular como espacio de encuentro con Cristo”. De este modo, el énfasis en la dimensión vertical e individual acompaña el reconocimiento de la religiosidad popular como piedad popular³ y como espiritualidad popular, que no depende directamente de la ilustración de la mente, sino de la acción interna de la gracia. Se trata de una viva experiencia espiritual, que es una espiritualidad cristiana popular: encuentro con el Señor, que integra mucho las dimensiones corpórea, sensible, simbólica y las necesidades más concretas de las personas (DA 276, 280).

Lejos de admitir los sincretismos en sus complejas y variadas formas, como modo cultural que reclama una mirada puesta

² El conflicto entre cultura cristiana e inculturación se hizo visible en la Conferencia de Santo Domingo, la cual se expresa en términos de “cultura cristiana” e “identidad católica”, aunque propone asimismo la encarnación del Evangelio en las culturas, principalmente las indígenas y afroamericanas, y lo hace en términos de “evangelización inculturada”. Puede verse, por ejemplo: Santo Domingo 20-24, 243, 244, 299.

³ DA 278, 279, 280, 281. El término piedad popular es preferido por Pablo VI, en lugar de religiosidad popular, porque esta expresión religiosa es rica en valores y suscita actitudes interiores. Cf. *Evangelii nuntiandi* 48. El Documento de Medellín se refiere a su “enorme reserva de virtudes auténticamente cristianas, especialmente en lo que respecta a la caridad” (Medellín 6,2). Puebla utiliza las tres expresiones: religión del pueblo, religiosidad popular y piedad popular (cf. Puebla 444, 447, 449, 451).

en la alteridad, el *Documento de Aparecida* solamente se refiere a las culturas en plural en el sentido de una “síntesis entre las culturas y la fe cristiana” (DI 1; DA 281). Enaltece el énfasis mariano de la religiosidad popular de nuestros pueblos, pero en la perspectiva de exclusividad del cristianismo (DA 43), y busca la convergencia en una “historia compartida”, a la manera del mestizaje (DA 56).

Por otro lado, Aparecida retoma Puebla. Entre las virtudes de la piedad popular están además los “valores de dignidad personal y de hermandad solidaria”, su capacidad de congregar multitudes y el potencial de convertirse en “clamor por una verdadera liberación” (Puebla 449, 452). Ella es igualmente mística popular, con un rico potencial de santidad y justicia social (DA 279). A pesar de las ambigüedades, la comprensión de la piedad popular logra reafirmaciones y avances importantes:

Ella es evangelizadora. Es canal de transmisión de la fe, del pueblo cristiano que se evangeliza a sí mismo⁴ y que, en el ambiente de secularización, sigue en la confesión del Dios vivo que actúa en la historia. Es “una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia, y una forma de ser misioneros”, capaz de recoger las vibraciones más profundas de este continente (DA 281). En cuanto espiritualidad popular, ella no es un modo secundario de la vida cristiana ni es menos espiritual, es un modo de espiritualidad que se encarna en la vida de los simples, de otra manera (DA 280). Esta “otra” manera hace parte de la originalidad histórico-cultural de los pobres de este continente (DA 281; Puebla 446).

3. Iglesia en misión desde Guadalupe y Aparecida

Las referencias a María son abundantes en el *Documento de Aparecida*, con un énfasis que a veces escapa de la mariología del Concilio Vaticano II, discreta, encarnada, bíblica y basada

⁴ En el Documento de Puebla se afirma que la religiosidad popular, en cuanto contiene encarnada la Palabra de Dios, “es una forma activa con la que el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo” (Puebla 450).

en las fuentes de la gran tradición de la Iglesia⁵. La referencia al *Magnificat* no presenta su dimensión profética (DA 288).

Por otro lado, el Documento incorpora formulaciones de una mariología latinoamericana-caribeña: María se hizo parte del caminar de cada uno de nuestros pueblos, “entrando profundamente en el tejido de su historia y acogiendo los rasgos más nobles y significativos de su gente”. En los diversos santuarios se evidencia su presencia próxima al pueblo. “Ella les pertenece y ellos la sienten como madre y hermana” (DA 286). En América Latina y el Caribe la religiosidad popular, principalmente la devoción mariana, “ha logrado persuadirnos de nuestra común condición de hijos de Dios y de nuestra común dignidad ante sus ojos, no obstante las diferencias sociales, étnicas o de cualquier otro tipo” (DA 37). Nuestros pueblos encuentran la ternura y el amor de Dios en el rostro de María. En ella ven reflejado el mensaje esencial del Evangelio (DA 282).

No faltó una mirada a María en cuanto mujer: “Del Evangelio emerge su figura de mujer libre y fuerte, conscientemente orientada al verdadero seguimiento de Cristo” (DA 283). Esta mirada es particularmente significativa, si se consideran las dificultades de esta Conferencia al tratar el tema de las relaciones entre mujeres y hombres en la Iglesia y la sociedad⁶. Es claro que hubo pasos importantes en este sentido, como un lenguaje más inclusivo y la atención a la realidad de exclusión

⁵ El capítulo VIII de la *Lumen Gentium* es un texto corto y denso con un avance cualitativo en la mariología, que vuelve a las fuentes y presenta una novedad en la perspectiva: inserta a María en el arco completo de la acción salvífica de Dios en la historia, principalmente en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Así, la doctrina mariana es puesta en el horizonte eclesiológico y alargada en el horizonte cristológico. Léase a este respecto: Boff, Clodovis. *Introdução à Mariologia*. Petrópolis, Vozes, 2004, págs. 93-121.

⁶ La categoría “género”, utilizada por las ciencias para tratar de las relaciones sociales entre los sexos, es refutada como ideología negativa que ha provocado modificaciones legales gravemente perjudiciales a la dignidad del matrimonio, al derecho a la vida y a la identidad de la familia (DA 40).

que alcanza más a las mujeres pobres, de etnias indígenas y afrodescendientes.

Una Conferencia que culmina con el gesto de ponerse a los pies de Nuestra Señora Aparecida muestra una Iglesia Local que, a pesar de sus dilemas, tiene sincera voluntad de adherir al paradigma de apertura a la alteridad y a la encarnación en el mundo de los pobres con sus dinamismos culturales diferentes. Todavía hay un largo camino por recorrer en esta dirección. Los condicionamientos de la visión colonialista y de exclusivismo cristiano dificultan la percepción de la indianidad y de la negritud en María, que los ojos de los oprimidos de este continente y el Caribe ven y aprecian como el sentido religioso de su lucha por dignidad.

La Iglesia de América Latina y el Caribe quiere lanzarse con renovado ardor en su misión permanente en este cambio de época. Por eso, mira hacia María. En Guadalupe, ella hace a sus hijos que pertenecen al pueblo de los pequeños sentirse al abrigo de su manto (DA 282), aunque también los trata como sujetos de la misión. En Aparecida, ella convoca a esos hijos pequeños, como discípulos y discípulas, a “dejar las redes” (DA 282) para hacerse misioneros y misioneras en el “mutirão” (auxilio gratuito)⁷ que recoge despojos, reconstruye la vida con su dignidad, teje redes solidarias, forma el pueblo en la justicia y la fraternidad.

⁷ La tradicional práctica del “mutirão”, que recibe otros nombres en las distintas regiones brasileñas, proviene de los campesinos pobres que se unen y, de sorpresa, van a ayudar a un vecino, pariente o amigo en su trabajo en la tierra. Mujeres y hombres se distribuyen en la división de tareas, que incluyen alimento abundante, compartido entre todos. El día de “mutirão” culmina en una fiesta de confraternización. Las CEBs, a partir de esta tradición, estimulan un espíritu de “mutirão” en su práctica de permanente ayuda mutua.



ANEXOS





Los cambios al documento de Aparecida

*Ronaldo Muñoz**

La versión “oficial” del Documento de Aparecida, contiene un alto número de cambios al Documento Conclusivo aprobado por la V Conferencia.

De esos cambios, la gran mayoría son MENORES, de carácter redaccional o gramatical, y ayudan a la lectura fluida y comprensión del texto. Son cambios que eran necesarios y son de agradecer. Hay también cambios de lugar (y por lo tanto, de numeración) de varios párrafos, lo que altera la numeración del conjunto.

Pero hay también cambios MAYORES, los que afectan al contenido del texto de la Conferencia, debilitándolo o distorsionándolo. Estos cambios afectan por lo menos a 40 de los párrafos numerados del Documento original. A veces, el cambio consiste en una censura (se elimina una palabra o una frase, o una parte más larga del párrafo en cuestión). Otras veces, es una interpolación (se intercala algo ajeno

* Santiago de Chile, 1933. Desde 1964 profesor de Teología y asesor de organismos y encuentros eclesiales en Chile y América Latina. Doctorado en Alemania (Ratisbona, 1972), y desde entonces viviendo en poblaciones obreras en la zona Sur de Santiago, donde es vicario parroquial. Autor de “Nueva conciencia de la Iglesia en América Latina” (1973); “La Iglesia en el pueblo” (1983); “Dios de los cristianos” (1987); “Ser Iglesia de Jesús en poblaciones y campos” (2000); “Quién es Jesús” (2006).

al original). O bien, consiste en ambas cosas a la vez (se reemplaza una cosa por otra).

Aquí presento 34 de esos CAMBIOS MAYORES, ordenados siguiendo un elenco de los que me parecen los nueve TEMAS MÁS AFECTADOS. En cada tema, luego de poner en paralelo los textos, señalo esquemáticamente la TENDENCIA (o la preocupación) que orienta esos cambios. Tendencia que, por lo demás, resulta bastante fácil descubrir.

En el paralelo, el texto original aparece en la columna del lado izquierdo, poniendo en letra negrita la parte afectada por el cambio. Y al frente, en la columna derecha y con la nueva numeración, aparece en letra cursiva la parte interpolada en la versión “oficial”.

Los temas más afectados

Documento original	Documento “oficial”
1. La visión de la realidad social	
69. ...Sin embargo, según la Doctrina Social de la Iglesia, la Economía Social de Mercado sigue siendo una forma idónea de organizar el trabajo, el conocimiento y el capital para satisfacer las auténticas necesidades humanas. La empresa está llamada a prestar una contribución mayor en la sociedad, asumiendo la llamada...	69. ...Sin embargo, según la Doctrina Social de la Iglesia, <i>el objeto de la economía es la formación de la riqueza y su incremento progresivo, en términos no sólo cuantitativos, sino cualitativos: todo lo cual es moralmente correcto si está orientado al desarrollo global y solidario del hombre y de la sociedad en la que vive y trabaja. El desarrollo, en efecto, no puede reducirse a un mero proceso de acumulación de bienes y servicios, aun cuando fuese en pro del bien común, no es una condición suficiente para la realización de una auténtica felicidad humana</i> (CDSI, 334). La empresa está llamada ...
Tanto los interpoladores “oficiales” como la Conferencia misma, perdieron la oportunidad de hacer aquí un juicio profético (o ético) claro del capitalismo neoliberal de Mercado (como funciona de hecho en el actual mundo globalizado) en la perspectiva evangélica de las mayorías empobrecidas, es decir de las víctimas.	

74. Constatamos como hecho positivo el fortalecimiento de los regímenes democráticos en muchos países de América Latina y El Caribe según demuestran los últimos procesos electorales. Sin embargo, vemos con preocupación...	74. Constatamos <i>un cierto proceso democrático que se demuestra en diversos procesos electorales</i>. Sin embargo, vemos con preocupación...
El cambio parece reflejar la preocupación de los sectores tradicionalmente dominantes, frente al poder que van conquistando democráticamente los sectores pobres (a menudo, indígenas) en países como Bolivia, Ecuador, Venezuela y el Sur de México.	
96. ...cultura y expresiones religiosas. Permanece aún en los imaginarios colectivos una mentalidad y mirada colonial con respecto a los pueblos originarios y afroamericanos. De modo que, descolonizar las mentes...	96. ...cultura y expresiones religiosas. <i>En algunos casos</i> permanece una mentalidad y una cierta mirada de menor respeto acerca de los indígenas y afrodescendientes. De modo que, descolonizar las mentes...
En línea con el anterior, este cambio viene a minimizar el etnocentrismo "occidental" de nuestros sectores pudientes, secularmente habituados al "colonialismo interno" (Medellín) que, en formas nuevas, sigue vigente en nuestro continente.	
435. Es muy dolorosa la situación de tantas personas y, en su mayoría jóvenes, que son víctimas de la vorágine insaciable de intereses económicos de quienes comercializan con la droga	422. <i>El problema de la droga es como una mancha de aceite que invade todo. No reconoce fronteras ni geográficas ni humanas. Ataca por igual a países ricos y pobres, a niños, jóvenes, adultos y ancianos, a hombres y mujeres. La Iglesia no puede permanecer indiferente ante este flagelo que está destruyendo a la humanidad, especialmente a las nuevas generaciones. Su labor se dirige especialmente en tres direcciones: prevención, acompañamiento y sostén de las políticas gubernamentales para reprimir esta pandemia. En la prevención insiste en la educación en los valores que deben conducir a las nuevas generaciones, especialmente el valor de la vida y del amor, la propia responsabilidad y la dignidad humana de los hijos de Dios. En el acompañamiento, la Iglesia está al lado del drogadicto para ayudarlo a recuperar su dignidad y vencer esta enfermedad. En el apoyo a la erradicación de la droga, no deja de denunciar la criminalidad sin nombre de los narcotraficantes que comercian con tantas vidas humanas teniendo como meta el lucro y la fuerza en sus más bajas expresiones.</i>

El documento "oficial" trae aquí un análisis y propuestas que serán útiles. Pero no apunta a las raíces del problema en el sistema socio-económico y cultural de masas dominante, del que son víctimas también los pequeños traficantes de los barrios. Por lo mismo, omite la responsabilidad de la iglesia y los cristianos de todo nivel en su dimensión testimonial y profética.

490. ...no un planeta con aire contaminado, **con aguas envenenadas y con recursos naturales agotados.**

471. ...no un planeta con aire contaminado. *Felizmente en algunas escuelas católicas se ha comenzado a introducir entre las disciplinas una educación a la responsabilidad ecológica.*

No se ve por qué eliminar aquí la referencia a las aguas y a los recursos naturales. La educación ecológica en las escuelas no es tan nueva, ni es mérito especial de algunas escuelas católicas. La TENDENCIA de este grupo de cambios parece ser la de quitarle mordiente al análisis del sistema (injusto y corruptor de la vida), tomando distancia de la perspectiva de los empobrecidos.

2. La visión de Jesucristo, de la Comunión Trinitaria, de María

191. La Eucaristía, signo de la unidad (...) misterio del Hijo de Dios hecho **pobre**, nos plantea...

176. La Eucaristía, signo de la unidad (...) misterio del Hijo de Dios hecho *hombre* (Cf. Fil 2,6-8), nos plantea...

256. ...fundamento de la Trinidad-Amor. **Somos hijos de la comunión y no de la soledad.** La experiencia de un Dios...

240. ...fundamento de la Trinidad-Amor. La experiencia de un Dios...

284. ...La Virgen de Nazaret tuvo un **papel** único en la historia de salvación... (...) una familia, la familia de Dios.

267. ...La Virgen de Nazaret tuvo una *misión única* en la historia de salvación... (...) una familia, la familia de Dios. *En María nos encontramos con Cristo, con el Padre y el Espíritu Santo, como asimismo con los hermanos.*

304. ...la Palabra de Dios, **permita** un encuentro personal cada vez mayor con Jesucristo, experimentado como plenitud.

289. ...la Palabra de Dios, *que conduzca* a un encuentro personal cada vez mayor con Jesucristo, *perfecto Dios y perfecto hombre* (165) experimentado como plenitud...

350. Por lo tanto, la meta que la escuela católica se propone respecto de los niños y jóvenes, es la de **colaborar** en la construcción de **su** personalidad teniendo a Cristo como referencia en el plano de la mentalidad y de la vida. Tal referencia...

336. Por lo tanto, la meta que la escuela católica se propone respecto de los niños y jóvenes, es la de *conducir al encuentro con Jesucristo vivo, Hijo del Padre, hermano y amigo, Maestro y Pastor misericordioso, esperanza, camino, verdad y vida, y así a la vivencia de la alianza con Dios y con los hombres. Lo hace, colaborando en la construcción de la personalidad de los alumnos*, teniendo a Cristo como referencia en el plano de la mentalidad y de la vida. Tal referencia...

362. ...participarnos de su propia vida. Es la vida que comparte con el Padre y el Espíritu Santo , la vida eterna. Su misión...	348. ...participarnos de su propia vida. Es la vida <i>trinitaria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo</i> , la vida eterna. Su misión ...
Ver también el 109 citado más abajo, para el Tema 5	100b.
Más que avanzar en una visión bíblica, evangélica, para un discipulado más fiel y creíble en las actuales circunstancias, lo que parece buscarse con estos cambios y añadidos es acentuar una visión más dogmática, para una espiritualidad menos encarnada, para una ortodoxia y una moral “más seguras”.	
3. La relación Iglesia – mundo	
19. Este documento continúa la práctica del método “ver, juzgar y actuar”, utilizado en anteriores Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano. Muchas voces venidas de todo el Continente...	19. En <i>continuidad con las anteriores Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano este documento hace uso del método ver, juzgar y actuar. Este método implica contemplar a Dios con los ojos de la fe a través de su Palabra revelada y el contacto vivificante de los Sacramentos, a fin de que en la vida cotidiana veamos la realidad que nos circunda a la luz de su providencia, la juzguemos según Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, y actuemos desde la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo y Sacramento universal de salvación, en la propagación del reino de Dios, que se siembra en esta tierra y que fructifica plenamente en el Cielo. Muchas voces venidas de todo el Continente...</i>
235. ... tendencias de secularización, la vida consagrada está llamada a dar testimonio...	219....tendencias desecularización, también en la vida consagrada, <i>los religiosos</i> están llamados a dar testimonio...
240. Su anhelo de escucha, acogida y servicio, y su testimonio de los valores alternativos del Reino, transformado en Cristo, el Señor , es posible (106)	224. ...Su anhelo de escucha, acogida y servicio, y su testimonio de los valores alternativos del Reino, <i>muestran que una nueva sociedad latinoamericana y caribeña, fundada en Cristo</i> , es posible (120).
274. Si el impulso del Espíritu... (...) creativas, felices en el servicio. Nos vuelve...	285. <i>Cuando el</i> impulso del Espíritu... (...) creativas, felices en el <i>anuncio</i> y el servicio <i>misionero</i> . Nos vuelve...

Aquí aparece asomar una dificultad grande de los censores a reconocer una densidad teologal en la vida cotidiana y la historia de la humanidad fuera de la Iglesia, vida e historia “profanas” que no tendrían por tanto nada importante que enseñar a la misma Iglesia. Tal vez tengan que ver con ello los reproches de “secularización” que se dirigen a la Vida Consagrada (¿a las “comunidades insertas?”), y el recurrente sueño de “una sociedad nueva, fundada en Cristo” (¿según los criterios y las normas de la Jerarquía católica? Cf. La “Gaudium et Spes”).

4. La Iglesia y el pecado

98. La Iglesia Católica en América Latina y El Caribe, a pesar de **sus** deficiencias y ambigüedades, ha dado testimonio de Cristo...

98. La Iglesia Católica en América Latina y El Caribe, a pesar de *las* deficiencias y ambigüedades de *algunos de sus miembros*, ha dado testimonio de Cristo...

115. Reconocemos que **muchas veces los** católicos **nos hemos** apartado del Evangelio, que requiere un estilo de vida más fiel a la verdad y a la caridad, más sencillo, austero y solidario, como también nos ha faltado valentía, persistencia y docilidad a la gracia para proseguir la renovación iniciada por el Concilio Vaticano II...

100 h. Reconocemos que *en ocasiones algunos* católicos *se han* apartado del Evangelio, que requiere un estilo de vida más fiel a la verdad y a la caridad, más sencillo, austero y solidario, como también nos ha faltado valentía, persistencia y docilidad a la gracia para proseguir, *fiel a la Iglesia de siempre*, la renovación iniciada por el Concilio Vaticano II...

Ver también el **109** citado más abajo, para el Tema 5.

100b.

Es habitual que la Jerarquía católica reconozca la infidelidad y el pecado en “algunos hijos” de la Iglesia, desde la primera conquista y también hoy, llamándolos en ese caso a la conversión personal. Otra cosa es reconocer la evidencia histórica o sociológica (a veces abrumadora) de que en la Iglesia ha habido y hay también pecado social (colectivo o masivo) y estructural (institucionalizado). Aquí no basta la conversión de personas y comunidades, sino que se requiere también la reforma estructural de la misma Iglesia, “en la cabeza y en los miembros” (Cf. Juan Pablo II, “Ut Unum Sint” y “Tertio Milenio Adveniente”).

5. La Iglesia: comunidad y ministerios

109. Lamentamos **cierto clericalismo**, algunos intentos de volver a **una** eclesiología y espiritualidad **anteriores al** Concilio Vaticano II, algunas lecturas y aplicaciones reduccionistas de la renovación conciliar, la ausencia **de un sentido de autocrítica**, de una auténtica obediencia y de ejercicio evangélico de la autoridad, **los moralismos que debilitan la centralidad de Jesucristo**, las infidelidades a la doctrina, a la moral y a la comunión, nuestras débiles vivencias de la opción preferencial por los pobres, no pocas recaídas secularizantes en la vida consagrada, **la discriminación de la mujer y su ausencia frecuente en los organismos pastorales**. Tal como lo manifestó el Santo Padre ...

100 b. Lamentamos, *sea* algunos intentos de volver *a un cierto tipo* de eclesiología y espiritualidad *contrarias* a la renovación del Concilio Vaticano II (41), *sea* algunas lecturas y aplicaciones reduccionistas de la renovación conciliar; *lamentamos* la ausencia de una auténtica obediencia y de ejercicio evangélico de la autoridad, las infidelidades a la doctrina, a la moral y a la comunión, nuestras débiles vivencias de la opción preferencial por los pobres, no pocas recaídas secularizantes en la vida consagrada *influida por una antropología meramente sociológica y no evangélica*. Tal como lo manifestó el Santo Padre ...

190 f. ...Orden: **la opción de algunos cristianos de ponerse definitivamente al servicio pastoral de sus hermanos, una vez llamados por el Obispo.**

175 f. ...Orden: *el don del ministerio apostólico que sigue ejerciéndose en la Iglesia para el servicio pastoral de todos los fieles.*

209. El primero dice relación con la identidad teológica del ministerio presbiteral. El Concilio Vaticano II establece el sacerdocio ministerial al servicio del sacerdocio común de los fieles, y **cada uno a su manera** participa del único sacerdocio de Cristo (84). Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, nos ha redimido y nos ha participado su vida divina. En Él, somos todos hijos del mismo Padre y hermanos entre nosotros, **también los presbíteros. Antes que padre el presbítero es un hermano. Esta dimensión fraterna debe transparentarse en el ejercicio pastoral y superar la tentación del autoritarismo que lo aísla de la comunidad y de la colaboración con los demás miembros de la Iglesia.** No puede **tampoco** caer en la tentación de considerarse solamente un delegado o representante de la comunidad sino un don para ella por la unción del espíritu en su ordenación y su especial unión con Cristo cabeza.

193. El primer *desafío* dice relación con la identidad teológica del ministerio presbiteral. El Concilio Vaticano II establece el sacerdocio ministerial al servicio del sacerdocio común de los fieles, y cada uno, *aunque* de manera *cualitativamente distinta*, participan del único sacerdocio de Cristo (97). Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, nos ha redimido y nos ha participado su vida divina. En Él, somos todos hijos del mismo Padre y hermanos entre nosotros. *El sacerdote* no puede caer en la tentación de considerarse solamente un *mero delegado o sólo un representante* de la comunidad, sino un don para ella por la unción del Espíritu y por su especial unión con Cristo cabeza. *"Todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y puesto para intervenir a favor de los hombres en todo aquello que se refiere al servicio de Dios"* (Hb 5,1).

239. ... que, en mutua relación con los Pastores, en comunión y diálogo fecundo y amistoso (105) , están llamadas a estimular... Reino de Dios.	223. ... <i>que, en auténtica comunión con los Pastores y bajo su orientación</i> , en un diálogo fecundo y amistoso (118), están llamadas a estimular... Reino de Dios (119).
363. ...El bautismo (...), y lo hace hermano de los hijos del mismo Padre, reconociendo a Cristo como Primogénito...	349. ...El bautismo (...), y lo hace <i>hijo de Dios, le permite reconocer</i> a Cristo como Primogénito...
Ver también el párrafo 224 .	208.

Estos párrafos de la V Conferencia, por fidelidad en el discipulado de Jesús y tal vez buscando una mayor credibilidad de la organización de nuestra Iglesia, acentúan (aunque tímidamente) la hermandad cristiana por sobre la jerarquía eclesiástica. Los censores, en cambio, parecen preocupados, de salvaguardar la "distancia y categoría" de las "órdenes" clericales superiores sobre las inferiores, y sobre todo, del dero sobre los fieles. Curiosa resulta, en este contexto, la aplicación que se hace a un ministerio eclesial cristiano (ninguno de los cuales es nombrado ni descrito en el Nuevo Testamento como "sacerdotal") de lo que afirma la Carta a los Hebreos (5,1) del Sumo Sacerdote del culto judío.

6. Las Comunidades Eclesiales de Base (CEB's) y las "pequeñas comunidades"

193. En la experiencia eclesial de América Latina y El Caribe, las Comunidades Eclesiales de Base **con frecuencia** han sido **verdaderas** escuelas que **forman** discípulos y misioneros del Señor, como testimonia la entrega generosa, hasta derramar su sangre, de tantos miembros suyos. Ellas recogen la experiencia de las primeras comunidades, como están descritas en los Hechos de los Apóstoles (Cf. Hch 2,42-47). Medellín reconoció en ellas una célula inicial de estructuración eclesial y foco de evangelización. **Arraigadas en el corazón del mundo, son espacios privilegiados para la vivencia comunitaria de la fe, manantiales de fraternidad y de solidaridad, alternativa a la sociedad actual fundada en el egoísmo y en la competencia despiadada.**

178. En la experiencia eclesial de *algunas iglesias* de América Latina y de El Caribe, las Comunidades Eclesiales de Base han sido escuelas que *han ayudado a formar cristianos comprometidos con su fe*, discípulos y misioneros del Señor, como testimonia la entrega generosa, hasta derramar su sangre, de tantos miembros suyos. Ellas recogen la experiencia de las primeras comunidades, como están descritas en los Hechos de los Apóstoles (Cf. Hch 2, 42-47). Medellín reconoció en ellas una célula inicial de estructuración eclesial y foco de fe y evangelización (87). *Puebla constató que las pequeñas comunidades, sobre todo las comunidades eclesiales de base, permitieron al pueblo acceder a un conocimiento mayor de la Palabra de Dios, al compromiso social en nombre del Evangelio, al surgimiento de nuevos servicios laicales y a la educación de la fe de los adultos (88), sin embargo también constató "que no han faltado miembros de comunidad o comunidades enteras que, atraídas por instituciones puramente laicas o radicalizadas ideológicamente, fueron perdiendo el sentido eclesial" (89).*

194. Queremos decididamente reafirmar y dar nuevo impulso a la vida y misión profética y santificadora de las CEBs, en el seguimiento misionero de Jesús. Ellas han sido una de las grandes manifestaciones del Espíritu en la Iglesia de América Latina y El Caribe después del Vaticano II. Tienen la Palabra de Dios como fuente de su espiritualidad, y la orientación de sus Pastores como guía que asegura la comunión eclesial. Despliegan su compromiso evangelizador y misionero entre los más sencillos y alejados, y son expresión visible de la opción preferencial por los pobres. Son fuente y semilla de variados servicios y ministerios a favor de la vida en la sociedad y en la Iglesia. 195. Las Comunidades Eclesiales de Base, en comunión con su obispo y el proyecto de pastoral diocesana, son un signo de vitalidad en la Iglesia, instrumento de formación y de evangelización, y un punto de partida válido para la Misión Continental permanente. Ellas podrán revitalizar las parroquias desde su interior haciendo de las mismas una comunidad de comunidades. Después del camino recorrido hasta ahora, con logros y dificultades, es el momento de una profunda renovación de esta rica experiencia eclesial en nuestro continente, para que no pierdan su eficacia misionera sino que la perfeccionen y la acrecienten de acuerdo a las siempre nuevas exigencias de los tiempos.	179. <i>Las comunidades eclesiales de base</i>, en el seguimiento misionero de Jesús, tienen la Palabra de Dios como fuente de su espiritualidad y la orientación de sus Pastores como guía que asegura la comunión eclesial. Despliegan su compromiso evangelizador y misionero entre los más sencillos y alejados, y son expresión visible de la opción preferencial por los pobres. Son fuente y semilla de variados servicios y ministerios a favor de la vida en la sociedad y en la Iglesia. <i>Manteniéndose en comunión con su obispo e insertándose al proyecto de pastoral diocesana, las CEBs se convierten en un signo de vitalidad en la Iglesia particular. Actuando así, juntamente con los grupos parroquiales, asociaciones y movimientos eclesiales, pueden contribuir a revitalizar las parroquias haciendo de las mismas una comunidad de comunidades. En su esfuerzo de corresponder a los desafíos de los tiempos actuales, las comunidades eclesiales de base cuidarán de no alterar el tesoro precioso de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia.</i>
196. Junto a las CEBs, hay otras variadas formas de pequeñas comunidades eclesiales, grupos de vida, de oración y de reflexión de la Palabra de Dios, e incluso redes de comunidades. El Espíritu las va haciendo florecer como respuesta a los nuevos desafíos de la evangelización. La experiencia positiva de estas comunidades hace necesaria una especial atención para que tengan a la Eucaristía como centro de su vida y crezcan en solidaridad e integración eclesial y social.	180. <i>Como respuesta a las exigencias de la evangelización, junto con las comunidades eclesiales de base hay otras válidas formas de pequeñas comunidades, e incluso redes de comunidades, de movimientos, grupos de vida, de oración y de reflexión de la Palabra de Dios. Todas las comunidades y grupos eclesiales darán fruto en la medida en que la Eucaristía sea el centro de su vida y la Palabra de Dios sea faro de su camino y su actuación en la única Iglesia de Cristo.</i>

Ver también 104 y 334 .	99e y 319
La intervención en esta sección ha sido profunda: en la censura, en la incorporación de frases y desarrollos nuevos, en la reestructuración del conjunto. Se conservan elementos importantes, pero debilitados o contrapesados por una insistencia obsesiva en la inserción parroquial y en la fidelidad al “tesoro precioso de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia”. Incluso, se renueva la sospecha, recogida por Puebla en un contexto histórico muy diferente, de la secularización y “radicalización ideológica” de “miembros de comunidad y comunidades enteras”. Todo lo cual parece justificar que se deje de lado la “decidida reafirmación” y el “nuevo impulso” que la V Conferencia quiso dar a las CEB’s en el nuevo contexto de América Latina y el Caribe. Uno pude preguntarse cuál es el motivo real de tal rechazo. ¿Será que se teme a las CEB’s como amenaza o competencia? Pero, ¿para quiénes? ¿Para las parroquias como estructura clerical? ¿Para los movimientos que cunden en los sectores medios o altos? ¿Es hacia esas Parroquias y movimientos que tienen que convocar los discípulos misioneros pobres a sus vecinos y compañeros, los que buscan acogida fraterna, participación activa, y sobre todo, a un Jesucristo como ellos, con un mensaje de vida nueva en su realidad concreta? Si no hay más y mejores CEB’s y “comunidades pequeñas” (¿CCB’s?), ¿cómo podemos quejarnos que tanta gente de nuestro pueblo sencillo busque todo eso en las congregaciones pentecostales que tiene a pasos de su casa, integrados (y a menudo pastoreados) por hombres y mujeres de su cercanía cotidiana? ¿O es que lo que teme cierta Jerarquía católica es simplemente que los pobres vayan accediendo “en la Iglesia” a su mayoría de edad, y pasen a ser en la misma Iglesia sujetos activos?	
7. La lectura bíblica	
187. La renovación (...) una red de comunidades y grupos capaz de articularse logrando que los participantes se sientan (...) Toda parroquia está llamada a ser el espacio donde la escucha de la Palabra sea la fuente del discipulado misionero. Su propia renovación exige que se deje iluminar siempre de nuevo por la Palabra viva y eficaz.	172. La renovación (...) una red de comunidades y grupos, capaces de articularse logrando que <i>sus miembros</i> se sientan (...) Toda parroquia está llamada a ser el espacio donde se <i>recibe y acoge</i> la Palabra, se <i>celebra</i> y se <i>expresa en la adoración del Cuerpo de Cristo</i>, y <i>así</i> es la fuente <i>dinámica</i> del discipulado misionero. Su propia renovación exige que se deje iluminar siempre de nuevo por la Palabra viva y eficaz.

(Entre el 269 y el 270)	254 (nuevo). <i>El sacramento de la reconciliación es el lugar donde el pecador experimenta de manera singular el encuentro con Jesucristo, quien se compadece de nosotros y nos da el don de su perdón misericordioso, nos hace sentir que el amor es más fuerte que el pecado cometido, nos libera de cuanto nos impide permanecer en su amor, y nos devuelve la alegría y el entusiasmo de anunciarlo a los demás con corazón abierto y generoso.</i>
Ver también los párrafos 19 (citados más arriba en el Tema 3) y 110 .	19 y 100c
El Documento original promueve insistentemente la lectura bíblica, como alma del discipulado misionero y de la convivencia comunitaria (Cf. La “Dei Verbum”). Los censores “oficiales” parecen preocupados por equilibrar las cosas, insistiendo en la práctica sacramental y desvirtuando (en el 100c) el reproche de “sacramentalismo”.	
8. El ecumenismo y el diálogo interreligioso	
106. ...No con la misma intensidad en todas las Iglesias se ha desarrollado el diálogo ecuménico e interreligioso, enriqueciendo a todos los participantes. En otros lugares se han creado escuelas...	99 g. ...No con la misma intensidad en todas las Iglesias se ha desarrollado el diálogo ecuménico. <i>También el diálogo interreligioso, cuando sigue las normas del Magisterio, puede enriquecer a los participantes en diversos encuentros.</i> En otros lugares se han creado escuelas...
114. ...no es adecuado englobar a todos en una sola categoría de análisis, ni llamarlas simplemente “sectas” . Muchas veces no es fácil el diálogo ecuménico con grupos cristianos que atacan a la Iglesia Católica con insistencia.	100 g. ...no es adecuado englobar a todos en una sola categoría de análisis. Muchas veces no es fácil el diálogo ecuménico con grupos cristianos que atacan a la Iglesia Católica con insistencia.
241. ...metodológicos de nuestra Iglesia. En verdad, mucha gente que pasa a otros grupos religiosos no está buscando salirse de nuestra Iglesia sino que está buscando sinceramente a Dios.	225. ...metodológicos de nuestra Iglesia. <i>Esperan encontrar respuestas a sus inquietudes. Buscan no sin serios peligros responder a algunas aspiraciones que quizás no han encontrado, como debería ser, en la Iglesia.</i>

La V Conferencia, como fruto del debate entre los mismos obispos y de una escucha sincera a los “observadores” evangélicos, promueve con esperanza el ecumenismo y (más débilmente) el diálogo interreligioso, valorando positivamente a “los diferentes”. La tendencia de los censores denota más bien miedo, preocupación porque la participación católica sea muy controlada, incluso por el Vaticano. Pareciera presuponerse que sólo en la Iglesia católica romana pudiéramos encontrar a Jesucristo “camino, verdad y vida”.

9. La familia

301. ...activamente en la comunidad eclesial. **Esto** nos interpela profundamente...

286. ...activamente en la comunidad eclesial. *Sin olvidar la importancia de la familia en la iniciación cristiana, este fenómeno nos interpela profundamente...*

460 a. ...atendiendo a su formación integral.

441. a. atendiendo a su formación integral. *De importancia para toda su vida es el ejemplo de oración de sus padres y abuelos, quienes tienen la misión de enseñar a sus hijos y nietos las primeras oraciones.*

467. La Palabra de Dios nos interpela, de muchas maneras, a respetar y valorar a nuestros mayores y ancianos. Incluso nos invita a aprender de ellos, con gratitud, y a acompañarlos en su soledad **o débil condición**. La frase de Jesús...

448. *El respeto y gratitud de los ancianos debe ser testimoniado en primer lugar por su propia familia.* La Palabra de Dios nos interpela de muchas maneras a respetar y valorar a nuestros mayores y ancianos. Incluso nos invita a aprender de ellos con gratitud, y a acompañarlos en su soledad y fragilidad. La frase de Jesús...

La preocupación por la familia, presente con insistencia en el Documento original, se refuerza aquí aún más. Aparentemente, se da por un hecho que entre nosotros, en general, la familia sigue en condiciones de transmitir la fe cristiana y los valores básicos de la vida humana.

10. **OTROS TEMAS** en los que asoma una preocupación por quitarle fuerza al Documento original, son: **LA OPCIÓN POR LOS POBRES** (406 → 392, donde se añade “Ella, sin embargo, no es exclusiva ni excluyente”); y **LA MUJER** (109 → 100b, citados más arriba en el tema 5, donde se censura la denuncia de la discriminación de la mujer en la Iglesia).